



CONVERSACIONES CONTRA EL OLVIDO

EDUARDO CARRASCO - DELFINA GUZMÁN
RICARDO NUÑEZ - MA ANTONIETA SAA
MARIANO RUIZ-ESQUIDE - FANNY POLLAROLLO
ROBERTO FANTUZZI - LAURA SOTO
BELISARIO VELASCO - SERGIO BITAR

Pepe Auth

CONVERSACIONES CONTRA EL OLVIDO

PEPE AUTH

Diseño e ilustración de portada: Alex Chellew

Transcripción de las grabaciones: Marcia Tolosa

Al cuidado de la edición: Pepe Auth

Versión digital: junio 2020

(C) Pepe Auth

ISBN: 978-956-401-825-6

La difusión parcial o total de este libro digital a través de todos los medios electrónicos, así como su descarga gratuita e impresión, no sólo está autorizada sino agradecida. Está permitido, asimismo, publicar en cualquier medio escrito fragmentos de este libro con la sola condición de indicar con precisión la referencia bibliográfica.

Prohibida su comercialización.

Mi agradecimiento sincero al equipo que participó en este proyecto de largo aliento, del que este libro refleja su primera fase. A Marcia Tolosa, Marcelo Belmar, Carmen Gloria Salazar, Rodolfo Baier, Yurie Álvarez, Robinson Valdebenito y Juanita Marambio, vayan todos mis reconocimientos por su colaboración entusiasta y comprometida.

Esta obra es la transcripción de entrevistas hechas para su difusión a través de canales de televisión regionales y radios locales. La oralidad ha sido preservada en la edición realizada por el entrevistador.

Versión audiovisual de las diez entrevistas puede verse en el canal de YouTube, “Conversaciones Contra El Olvido”, y también se pueden escuchar los podcasts en Spotify, bajo el mismo título.

El proyecto multimedia “Conversaciones Contra El Olvido” es de largo aliento y contempla próximas series de conversaciones con protagonistas de la historia, del presente y de la construcción del futuro en sus diversos ámbitos.

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo de Pepe Auth	6-8
Delfina Guzmán	9-22
Eduardo Carrasco	23-41
Ricardo Núñez	43-69
María Antonieta Saa	70-92
Roberto Fantuzzi	93-110
Fanny Pollarolo	111-131
Mariano Ruiz-Esquide	132-149
Laura Soto	150-162
Belisario Velasco	163-181
Sergio Bitar	182-226

PRÓLOGO

Pepe Auth

“Conversaciones Contra El Olvido” nace como reacción a la memoria breve que domina nuestras conversaciones públicas, respuesta a quienes caminan por el territorio de la realidad y de los conceptos como si avanzaran por tierra ignota y no hubiera huellas en el camino, a los que reniegan de su propio pasado para acomodarse a los dictados del presentismo que juzga la historia desde las posibilidades y restricciones de hoy, sin ponerse en el contexto material, tecnológico, social, cultural y político del periodo cuyas decisiones son sometidas a juicio sumario. La escasa valoración de la historia y el desconocimiento de las trayectorias pasadas conduce a un anacronismo similar al de esas antiguas películas ambientadas en la Roma imperial donde se filtraba por error un reloj en la muñeca de alguno de sus protagonistas.

Las diez personas escogidas para conversar largamente sobre sus trayectorias de vida tienen en común mi respeto, admiración y cariño. He participado o sido testigo de las aventuras que describen en sus testimonios, comparto algunos de sus sueños y ambiciones, he valorado sus aportes y compartido parte de sus trayectorias. A todos los he conocido de cerca, soy un observador atento, comprometido y parcial de sus decisiones de vida. Estas conversaciones están hechas desde la subjetividad más extrema, intentando siempre ponerme en el lugar de mis entrevistados, confrontándolos a sus propias convicciones y en ocasiones también a las mías, aunque siempre empatizando, nunca juzgando, incluso en nuestros momentos de mayor desacuerdo.

Son 833 años de vida en diez personas, 6 hombres y 4 mujeres (mis amistades antiguas no alcanzan para la paridad). Dos son nonagenarios, cinco octogenarios y tres jóvenes en el último cuarto de sus siete décadas. Todos crecieron y vivieron como adultos la república democrática con algún protagonismo, tuvieron un rol en la resistencia a la dictadura militar y también protagonismo cierto en la nueva era democrática.

El evidente sesgo político del grupo entrevistado es mi absoluta responsabilidad y tiene que ver con las limitaciones de una época en que era muy difícil respetar, admirar y encariñarse con alguien del campo político contrario. Si hiciera esto mismo con líderes de estos tiempos -no descarto hacerlo en el futuro próximo-, el elenco sería más diverso y representativo del país entero. Nueve de mis diez entrevistados fueron francos opositores a la Dictadura, y la excepción, Roberto Fantuzzi, nunca fue pinochetista ni justificó violaciones a los derechos humanos. Dos de ellos fueron militantes emblemáticos del Partido Comunista, el fundador de Quilapayún Eduardo Carrasco y la doctora Fanny Pollarolo, ambos dejaron de serlo como resultado de la resistencia de ese partido a asumir los cambios derivados del fracaso de las experiencias comunistas detrás de la cortina de hierro. Otros dos fueron líderes de la renovación socialista, presidentes señeros y en distintos periodos del Partido Socialista y del Partido Por la Democracia, Ricardo Núñez y Sergio Bitar. También son dos los demócratacristianos, Mariano Ruiz-Esquide y Belisario Velasco, firmantes ambos de la Carta de los 13, casualidad no planificada, aunque su participación en esa iniciativa es una de las principales razones de mi admiración y cariño. Las cuatro mujeres entrevistadas retratan en toda su diversidad la lucha por la igualdad de género en el siglo Veinte, desde Delfina Guzmán que se atreve a ser actriz con el costo de perder la tuición de sus hijos, Laura Soto que en un mundo de hombres emerge como emblemática defensora de los derechos humanos y de la diversidad sexual, María Antonieta Saa equilibrando su participación en partidos políticos y sus tempranas convicciones feministas, Fanny Pollarolo buscando siempre esa integralidad de las distintas dimensiones de la actividad humana, incluida la vocación política y de servicio público.

Casi todos se formaron en la Universidad de Chile, con excepción del doctor Ruiz-Esquide, que estudió y después hizo docencia en la Universidad de Concepción, y de Belisario Velasco, que debió interrumpir sus estudios secundarios para ingresar como funcionario a la ECA cuando recién tenía 16 años. Seis de los entrevistados tuvieron experiencia parlamentaria en este nuevo periodo democrático y dos tuvieron importante protagonismo como autoridades del Ejecutivo en los gobiernos de la Concertación. Dos han construido su identidad en el mundo de la cultura, aunque los avatares de la política no les han pasado por el lado. La mitad de ellos, además, vivió la experiencia del exilio. Las diez personas entrevistadas, al hacer el balance de sus vidas, seguramente tomarían decisiones distintas en algunos de los momentos cruciales de sus trayectorias, pero ninguno tiene nada que lo avergüence y lo lleve al arrepentimiento de lo hecho, todas y todos nos enseñan que la felicidad está en jugársela por sus valores, sus deseos y sus sueños.

Éste no es sin duda un libro de historia, es un libro de historias. Historias de vida entrelazadas, cuyos hilos atraviesan muchos nudos comunes, refieren a los mismos eventos y organizaciones desde sus propias y diversas experiencias, analizan complementariamente disyuntivas históricas comunes, en fin, en sus historias particulares se oyen sin duda el eco y los latidos de la gran historia de nuestro país en la segunda mitad del siglo Veinte. Avanzando en la lectura se puede ver que los entrevistados no sólo conversan conmigo, sino que lo hacen también entre ellos, tejiendo una red de significados y sentidos comunes que son parte de la historia colectiva de Chile.

Las conversaciones tienen el mérito de remontarnos al pasado y sus contextos, de mostrarnos el valor y la fragilidad de cosas que hoy son parte del paisaje garantizado, de enseñarnos que la historia no es una línea permanente de progreso, que hay avances y también retrocesos, de enriquecer la mirada de las disyuntivas del presente asumiendo las lecciones de quienes enfrentaron en otra época y con otras restricciones, desafíos y circunstancias equivalentes.

Los verdaderos autores de este libro son las diez personas entrevistadas, a quienes agradezco infinitamente la confianza de entregarme el testimonio de sus vidas, de abrirse a contar intimidades y reflexionar juntos sobre las lecciones que les dejan los desafíos que debieron afrontar en distintos momentos de sus trayectorias. Es para que quienes enfrenten disyuntivas equivalentes en el futuro sepan por dónde caminaron otros en el pasado, conozcan sus huellas, esquiven sus errores y aprendan de sus lecciones para avanzar.

DELFINA GUZMÁN



Delfina Guzmán Correa, nació en Santiago el 7 de abril de 1928. Actriz de teatro, cine y televisión, formada en la Universidad de Chile. Debutó en 1956 en el Teatro Experimental de esa casa de estudios, participó varios años en la compañía de Teatro de la Universidad de Concepción (TUC) y durante 28 años como actriz, guionista, directora y socia de la compañía teatral Ictus. Ha recibido numerosos premios, quizás el más importante en 2019 el Premio Caleuche, reconocimiento de sus pares a su trayectoria artística. Además, es cofundadora y presidenta de la Fundación Teatro a Mil.

Estamos aquí en un departamento hermosísimo, pletórico de plantas y flores, con hermosos cuadros. Es el hogar de la gran Delfina Guzmán, con quien vamos a recorrer su trayectoria de vida. ¿Cómo estás, Delfina?

Mi lindo precioso, muy contenta con esta entrevista porque tenía muchas ganas de conversar contigo. Que nunca nos encontramos así de tú a tú.

Siempre a la distancia. Yo te hice una vez un homenaje en la Cámara, tú estabas en la tribuna.

Sí, me acuerdo muy bien, así que estoy muy contenta.

Yo te sigo desde que mi madre me llevaba al teatro cuando tenía 8 años. Pero empezamos desde el comienzo. Tú creciste en la zona Poniente de Santiago, donde se criaba la aristocracia chilena. Una casona de Erasmo Escala, después otra en Huérfanos, con un número infinito de primos. Cuéntanos cómo se vivía la infancia con tantos tíos, tantos primos, con tantos niños y niñas.

Yo tuve la oportunidad, porque en general la clase alta –no sé por qué se dice clase alta si son todos chicos- es muy reducida, pero en las familias grandes te ponen a ti, desde muy chica, en la diversidad. Porque tienes al viejo, la vieja, el divorciado, el tonto, el mariconcito... Hay de todo. Esa diversidad fue muy buena. Fue muy bueno porque me acostumbró a la gente.

Tú tuviste siempre eso que se llamaba “don de gente”.

Sí, siempre tuve un vocabulario para entenderme con toda clase de gente, chica, grande, gorda, flaca, de todo.

¿Cómo eras tú de niña? A los 10, 12 años...

Insoportable. Me echaron del Colegio Universitario, las monjas franquistas, les tomé odio porque me mangoneaban. Me echaron del colegio. Una de las cosas que más me molestaba era que para ir en los recreos desde la sala de clases que me correspondía a mí hacia un salón grande, había una baldosa blanca en el pasillo y por ambos lados baldosas negras. Las monjas te obligaban a caminar por la baldosa blanca hasta ir derecho al altar, y tú comprendes, yo andaba como una loca. Había un problema de espacio, que ese espacio que me propusieron estas monjitas franquistas me tenía enloquecida.

Luego tu adolescencia fue en el Dunalastair.

Sí, los recuerdos más lindos de infancia son de ese colegio. La directora del colegio era Miss True que se paseaba entre las alumnas, iba a las clases con cinco perros, siempre andaba con sus perros salchicha. Yo me acuerdo haber

estado en una clase de filosofía con un perro aquí encima. Esa sensación de complicidad con la vida entera me la dio ese colegio.

¿Ahí empezaste a hacer teatro?

Ahí conocí ni más ni menos que a los bailarines del Ballet Jooss que llegaron a Chile arrancando de la persecución a los judíos, de Hitler -el pajarito ése tan simpático-, a la Lola Botka y Rudolf Pescht, que se quedaron en Chile a hacer clases de ballet. Mi mamá era muy anglófila, por eso me metió a ese colegio inglés, donde pasé toda mi adolescencia en medio de un mundo muy fascinante, de alta cultura, y también deporte. Yo nadaba.

Eran tiempos de la guerra. Tú cumpliste 15 años más o menos en medio del conflicto.

Además, aprendí ballet. Estos personajes llegaron a hacer clases de ballet al colegio y mi mamá me tomó clases de ballet.

Y del colegio a tu primer matrimonio ¿cómo fue eso? Te casaste temprano...

A los 20 años, a los 21 nació Joaquín, mi hijo mayor. La gente se casaba a esa edad, no había otro destino. Me casé con un pobre personaje adorable buenmocísimo, riquísimo, arquitecto que construyó las casas más preciosas, un tipo espectacular. Yo lo único que hice fue joderlo, joderlo y joderlo, insoportable. Así que te juro que cuando murió, hace como tres años, lo lamenté muchísimo. Era hermoso, buenmocísimo, rico, riquísimo...

Como tus hijos...

Sí, son muy bonitos. Francamente encuentro que... cuando miro para atrás y pienso que dejé todo eso... Pero, fíjate, a mí me aburrió el matrimonio. Lo que pasa es que yo estaba enloquecida con el teatro.

La decisión de irte a estudiar teatro fue resistida por tu marido, por tus padres.

No, no. Al contrario, él fue la persona que me llevó a ver teatro muchas veces, era un tipo muy culto, maravilloso. Después, ya metida en la cosa, empezaban los amores... el pecado de uno.

Sacaste un clavo con otro clavo. Ahí vino Gustavo Meza. ¿Él era estudiante o profesor?

Gustavo Meza estaba un curso más abajo que yo. Nos conocimos haciendo obras. Y en los ensayos comenzó la cosa, yo perdí el seso también.

¿Te fuiste de la casa?

Quedó la crema más absoluta. Primero, dejar al marido por andar con un caballero, de teatro más encima, y de clase media -que no me escuche Gustavo-, él no era de mi clase, de la clase que me habían enseñado a mí. Fue el horror de los horrores y yo lo hice de la peor forma. Pero estuve casada con un hombre muy maravilloso a quien adoro también.

Después te fuiste a Concepción con él.

Me contrató el teatro universitario, que poco se habla de esa experiencia... Don David Stichkin era el rector de la Universidad de Concepción. Se habla poco de él, un hombre absolutamente increíble. Con una vocación por la cultura... Él contrató a un grupo de teatro en Concepción, un teatro chico, medio aficionado con buenos actores que hacían sus cosas. Pero llevó a 10 actores recién salidos de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile en Santiago.

Ustedes dos con Gustavo, Nelson Villagra, Shenda Román, Jaime Vadell...

Claro, contrató a toda esta gente joven de Santiago, que llegó a Concepción no a apoderarse de la ciudad, sino que a juntarse con Concepción. Así fue como armamos el Teatro de la Universidad de Concepción, el TUC. Desde Concepción conocí este país, porque hicimos giras por todos lados. No hay pueblo chileno donde no haya hecho teatro. Conozco Chile como tú no te puedes imaginar, por eso estoy tan enamorada de mi país, a pesar de todo.

Te gusta Chile. Tú sabes que es recíproco: a Chile le gustas tú.

Yo adoro Chile y me da mucha pena cuando la gente deja cagadas grandes porque es un país que... Mira la cordillera, mijito. Yo peleo con una amiga mía porque me dice, “es que no hay como la Tour Eiffel”, eso es de una rotería atroz al lado de la cordillera de Los Andes. Me salen las lágrimas cuando la miro.

Se me fue preguntarte por esa luna de miel extraordinaria, inimaginable. Cuando te casaste partiste casi un año a Europa, justo después de la guerra.

Ocho meses, 8 meses recorriendo pagada por quien tú sabes. Cuando llegué a París tomé clase con Marcel Marceau, el famoso mimo francés. Yo ya estaba muy metida en el teatro. Como te dije, fue mi primer marido el que me llevó al teatro, porque él era escenógrafo de un grupo de teatro que había en la Universidad Católica donde cursaba arquitectura. Así que tuve el privilegio de estudiar con el mismísimo Marcel Marceau.

Empezaste tu carrera artística como mimo.

Ballet primero, mimo después, y luego el teatro.

Leí que cuando volviste a Chile trabajaste en esa compañía de mimos que dirigía Jodorowsky. ¿Qué recuerdos tienes? ¿Era muy loco?

Tú sabes que iba a mi casa. Yo vivía todavía con mis padres, lo convidaba a almorzar. Un día llegó entero quemado con toda la ropa quemada, y le dije “¿qué te pasó?” Se había quemado la casa donde vivía en la calle Matucana con sus padres, se había quemado toda su ropa y fue a almorzar a mi casa con la ropa quemada. Imagínate, en el almuerzo de esa casa aristocrática, mis papás elegantísimos y él con la ropa quemada... Con mis locuras y las de mis amigos, a mis papás les dio para pensar que yo estaba completamente *out of my mind*.

Cuando te fuiste a Concepción y, en el fondo, abandonaste a tu familia, tu marido te llevó a juicio y se quedó con la tuición ¿Fue una opción tomada sabiendo las consecuencias que podía tener o no?

Uno nunca sabe exactamente las consecuencias de las cosas que uno hace. Pero yo te digo que quitarle los hijos a una madre porque la madre está dedicada al teatro, hay que ser demasiado imbécil.

¿Eso fue un fallo de la Corte Suprema?

Por supuesto. Yo no tenía abogado. Nada, andaba vestida como tú te imaginas, a veces con este Jodorowsky, que me acompañaba vestido así... un mundo completamente... Mi familia estaba absolutamente enloquecida. No entendían, no entendían...

Tus padres estuvieron con tu marido en ese proceso.

Absolutamente. Me quitaron la tuición de los niños porque supuestamente no tenía capacidad mental.

¿Tú te reconciliaste más tarde con tus padres?

Con mi papá. Era un tipo muy simpático. Insoportable, de mal carácter, pero muy simpático y me quería mucho. Con mi mamá tuve muy mala relación siempre, pobrecita.

¿Cuánto tiempo significó eso sin relacionarte con tus hijos? Todo el tiempo de Concepción o alcanzaste...

No, no. Conseguí a través de gente de Concepción un abogado que me ayudó a que los niños fueran de repente a verme y yo venía a Santiago unas dos veces al mes. Terminaba las funciones en el teatro de la Universidad, y en la noche del

sábado partía en bus a Santiago, estaba todo el domingo y el lunes con los niños y volvía en la noche del lunes.

Tus hijos seguramente te cobraron más tarde ese período de ausencia.

No te digo cuánto. Y yo también me lo cobro.

Pero ¿fue una consecuencia del camino que seguiste, o sentías entonces que optabas entre el teatro y tus hijos?

Fue una consecuencia. Porque las cosas ocurren en este país por las razones más absurdas. Fíjate que una de las cosas que más le molestaba a mi familia es que comencé a fallar a los encuentros familiares de los días sábado porque tenía ensayo. Entonces esa fue una de mis grandes falencias, decían, "esta niñita no tiene disciplina para nada, no puede tener a sus hijos".

También fueron perdiendo el control sobre ti y eso no les gustaba.

Absolutamente. Además, yo enloquecí, el teatro es una cosa increíble, una pasión, es una pasión increíble. Yo todavía me subo al escenario y tiritito de felicidad. Me encanta, me encanta.

Eras actriz, pero para tu familia serías una bataclana, como se decía en esa época.

Putas más bien, sin ganar lo que ganan las putas.

Pero tenían un sueldo estable en Concepción. Esa era la gracia, porque era una compañía estable, contratados como si fueran profesores, el teatro entonces era algo relevante para la Universidad. Después de algunos años volviste a Santiago con Gustavo...

Volví el '65. Me contrató Víctor Jara, que dirigía una obra que se llamaba La Mañana, de la inglesa Ann Jellicoe, donde trabajábamos Nelson Villagra, Jaime Vadell y yo. Era lindísima. Víctor dirigía en medio de unas discusiones tan cómicas. Porque él entró ya con posiciones bastante avanzadas en cuanto a lo académico que predominaba en el teatro de la Universidad de Chile. La obra era una obra de gente muy joven, de vanguardia para la época, hacíamos mucho ejercicio y teníamos todas las mañanas reuniones con alguien que nos hacía algo así como ballet.

Vino después el ICTUS y la ruptura que representó para el teatro pasar a la creación colectiva.

Esa fue una experiencia extraordinaria. Como la de conocer Chile gracias a la Universidad de Concepción. Conocí el mundo teatral nuevo, joven. Estar en la partida de las cosas es muy bonito.

Hasta el Ictus en Chile había un dramaturgo que escribía una obra, un director que dirigía y un grupo de actores que representaba ese texto. El Ictus rompió esa tradición. Trabajando con Jorge Díaz, con David Benavente, con el propio Gustavo Meza, en fin, crearon obras colectivas que marcaron historia en el teatro y también en la propia historia de Chile. Cuéntanos, Delfina, ¿cómo era esa época? ¿cómo viviste la creación colectiva?

Esa cuestión es tan impactante para un actor. Los que no han pasado por esa etapa no saben lo que es sentirte con el poder también tú, el actor que escribe y decide y va surgiendo la obra. Fue muy lindo, además estábamos todos en la misma situación. No había primer actor ni segundo actor, estábamos todos en igual posición. Fue precioso. Fue muy interesante, nos desarrolló mucho.

Fueron determinantes. Un hito en la historia del teatro en Chile.

Así es, el teatro estaba marcado más que nada por el teatro universitario, que era muy académico...

Y ustedes después plasmaron eso en la televisión con La Manivela, que era más o menos lo mismo.

Absolutamente lo mismo. Pero fíjate que no me acuerdo mucho de los inicios de La Manivela. Me acuerdo de haber hecho millones de manivelas. Pasamos por todos los canales.

Empezó el '70 en el 7, después se fue al 13, donde los echó el cura Hasbún cuando asumió la dirección del canal el '72, ahí se fueron al 9 que era el canal de la Universidad de Chile. En Dictadura tuvieron un par de temporadas en UCV Televisión y el '90 volvieron por un rato a TVN.

La Manivela era exactamente lo mismo que la creación colectiva con el Ictus, la participación actoral era la misma. No sólo era participación actoral sino también participación autoral.

Tenía algo también de lo que primaba en el teatro europeo en esa época, que era el teatro del absurdo. Estaban ahí Nissim Sharim, Jaime Vadell, Andrés Rillón, José Manuel Salcedo y Jaime Celedón. Eso tuvo mucho impacto sobre ti y los demás en términos de conocimiento público ¿Se hicieron famosos?

La Manivela tuvo mucho éxito. Ese programa tuvo un éxito tremendo,

tremendo. La gente nos paraba en la calle para felicitarnos. De la noche a la mañana pasamos a ser famosos.

Yo recuerdo haber visto “Tres noches de un sábado” el año del golpe. Y te recuerdo por supuesto a ti. No me acuerdo si hacías uno o dos roles. En uno estabas con una guagua en brazos esperando para entrar a la pieza en el motel ¿te acuerdas?

Hacia las tres mujeres, la aristócrata, la de clase media y la popular. Fíjate que de la de clase media me acuerdo menos. La popular la hice con Patricio Contreras.

Después hubo que cambiar porque los pilló el Golpe y tu acompañante ya no podía ser un marino. ¿En qué te sorprendió el Golpe a ti, Delfina?

Fíjate que me pilló un día que tenía que partir yo al canal. Cuando iba saliendo comencé a ver que la calle estaba llena de gente gritando, “Allende, Allende, Allende”. Me metí dentro de mi casa y ahí ya no pude salir.

Tú te habías hecho comunista, además. Aristócrata y católica, ¿cómo fue que llegaste al Partido Comunista?

Adoré a los comunistas porque me adoraron a mí. Nunca me trataron como pituca, nunca se picaron porque yo tenía los ojos claros...

En esa época casi toda la gente del arte y la cultura era comunista.

Absolutamente. Yo comencé a militar en Concepción. Vendía El Siglo los días domingo. Estudie un poquito de marxismo. Tengo muy buenos recuerdos, y en este momento, a esta altura de mi vida, cuando me hablan de los comunistas - con todas las tonteras que hacen, para qué vamos a decir una cosa por otra- la verdad es que yo tengo esa imagen tan potente de esa ingenuidad, de esa entrega, del amor. Amar al pueblo fue una cosa para mí tan importante, preocuparme qué comía, cómo vivía y cuánto ganaba la gente de la clase baja. Es que ésa fue una inmersión en las teorías de Marx, pero desde el punto de vista muy emocional, fíjate, fue una militancia emocional de la que me alegró mucho.

Tú eras como mi mamá, comunista con el favor de Dios. Porque te mantuviste como católica...

Sí. Yo nunca dejé de creer en Dios. No podría, ¿cómo voy a explicarme la vida? En el último sueño que tuve, está Marx -es parte de una telenovela que vamos a hacer- con la Virgen María juntos. La Virgen María vestida de blanco y Marx hecho un príncipe, vestido de negro. Yo soñé que me encontraba con ellos porque querían hablar conmigo para contarme que mi familia me quería

sacar de mi casa y meterme en un hogar. Entonces mi conversación con la Virgen María y Marx es exactamente lo que yo fui en mi comunismo: La Virgen María y Marx.

Para ti, el Golpe y el establecimiento de una dictadura ¿qué significó en términos de hábitos de vida, de manera de sobrevivir?

Primero, la muerte, la cárcel y el exilio para muchos de mis compañeros de trabajo. A mí me pasó una cosa muy curiosa con el Golpe. Te quedan esos resabios de tu clase social, que siempre tienes tendencia a mirar a todos hacia abajo. Me acuerdo de una reunión clandestina o semiclandestina en la que nos juntamos todos los comunistas, o todos aquellos que estaban contra el Golpe en la Plaza de Armas y se me acercó un carabinero diciéndome, "¿qué está haciendo aquí?" Yo le respondí, "¿y a usted qué le importa, no se meta conmigo, sabes quién soy yo? Soy una gran actriz". Con la seguridad más absoluta. Siempre pensé que toda esta gente del Golpe era gente de muy mala calidad intelectual y moral. Siempre los desprecié. Un desprecio profundo que me costó mucho que se me quitara. La sensación siempre de decir, "todos estos imbéciles, de dónde salieron para botar a Allende".

Le tenías cariño al presidente Allende.

Yo fui compañera de curso de Tencha Bussi cuando estudiábamos teatro en la Universidad de Chile. Conocía mucho la intimidad de la familia. Entonces para mí Allende... todavía lo miro... tengo su foto en mi velador, por supuesto. Lo amé, lo amé, fuimos muy amigos. Entonces la traición a Allende nunca se las perdoné. Yo tuve mucho desprecio por la gente que se levantó con el Golpe de Estado.

La cultura fue particularmente golpeada. Después de la dimensión más dura de violación de los DDHH, vino el apagón cultural, y ustedes eran un foco de resistencia. Ahí, desde el Ictus y desde el movimiento teatral, ustedes tuvieron un rol bien importante en la lucha democrática.

Así es. Sí, y con mucha conciencia, con mucha responsabilidad. Sabiendo a lo que nos exponíamos.

Sí, porque las obras hablaban metafóricamente de lo que nos ocurría, lo recuerdo bien porque con mi mamá fuimos a todas, y en el teatro mismo había la sensación de que uno estaba cometiendo un delito, que podía en cualquier momento llegar la Dina o la CNI después...

Las obras del Ictus, en esa época, tenían siempre un intermedio, porque ése era el momento en que la gente salía y podía juntarse. Esa etapa, lo que pasa es que yo la miro ahora desde otro punto de vista y con más años, por supuesto, y veo

que mi actitud ante el Golpe, más que conceptual y política, era una mirada de clase.

Quizás esta pregunta es más complicada. La primera vez te fuiste tú de la casa cuando dejaste a Joaquín Eyzaguirre. Pero la segunda vez fue Gustavo Meza quien se fue de tu casa. ¿Qué recuerdos tienes de eso?

Tú sabes que yo adoro a Gustavo. Además, la Elsa Poblete es un ser que yo adoro.

Pero entonces no era Elsa Poblete la razón de la partida.

Era Jael Unger.

Es que Jael Unger era lo más estupendo que había en el teatro chileno.

Esa niñita es adorable, tengo una linda amistad también. La quiero mucho. Cuando viene de Montevideo. A la Jael yo le puse entonces “el camello hebreo”, lo que es el colmo, sobre todo después que la conocí. Fue tan inteligente que adoró a mis hijos, entonces por ahí me ganó a mí, y me dije, “esta mujer es fantástica”.

Tú tienes una debilidad gigantesca por tus hijos. Lo he visto cuando atacaban a Nicolás en su época de ministro, una vez mandaste a los críticos a enfermarse de cáncer.

Los niños me dicen, “tenga cuidado con lo que dice, mamá, usted dice cualquier barbaridad, no se frena”. Es cierto, nací así y me voy a morir igual.

Delfina, tú te resististe por muchos años a participar en telenovelas. Hasta que Vicente Sabatini te convenció. Aunque tú habías estado hartito en la tele, haciendo teatro. Hiciste “La Casa de Muñecas” de Ibsen, por ejemplo, en Canal 9. Imagínate ahora, una obra de Henrik Ibsen sobre la liberación de la mujer en Megavisión, inimaginable. En esa época, la televisión era universitaria y tenía un rol cultural muy potente.

Y con mucha conciencia de ese valor y de ese poder que da la cultura.

Tú fuiste musa inspiradora de Raúl Ruiz también, el gran cineasta chileno, quizás el más grande de todos. Trabajaste en “El último tango del viudo” que fue su debut, y en “Tres tristes tigres” el ’67. Tenías 29 años...

Raúl vivía en la calle Huelén donde mi papá se construyó una casa. Estábamos chicos, al frente vivía Raúl con su mamá. Nos conocimos y nos hicimos muy amigos, muy amigos. Ahí participé en “El Tango del Viudo” en la casa de Raúl, y después “Tres tristes tigres”. Hice “La Expropiación” también, con

Nemesio Antúnez, éramos marido y mujer. Me acuerdo de que era la historia de los campesinos de un fundo que no querían que el patrón se fuera. Recuerdo cuando nos citó a Nemesio y a mí a un boliche bien picantón y nos dijo, "ya, quiero conversar sobre sus personajes". Llegamos con Nemesio a este boliche, entonces nos dice "ustedes son un matrimonio, católicos, de clase alta, dueños de este fundo en que los campesinos no quieren que ustedes como patrones se vayan. Quiero que me canten todas las canciones religiosas que sepan". Así que hemos estado Nemesio y yo cantando en ese boliche, "Ave María..." Mira qué genial la manera de enfocar el trabajo actoral, pescarlo por el lado de cómo se imaginaba la religión y a Dios.

Raúl Ruiz les daba mucha libertad a sus actores. Después seguiste haciendo cine, hiciste varias con Silvio Caiozzi. Tengo el recuerdo de una mucho más tardía, con Cristian Galaz, "El Regalo", donde hacías un personaje maravilloso.

Ahí fue donde mostré las pechugas, los niños estaban furiosos.

No lo habías hecho antes.

No, fijate..... En privado, sí.

Pero ahí ya tenías cerca de 80, porque eso fue en 2008. Valiente, valiente. Una película hermosa, estaba Jaime Vadell también.

Y Julio Jung, Nelson Villagra, Tito Noguera y Gloria Munchmeyer. Pasamos un mes todos juntos en esa casa maravillosa donde hicimos la grabación, fue muy linda experiencia y tuvo mucho éxito. Nos fue muy bien.

Volviendo a las teleseries, tú tenías prejuicios con eso, pero empezaste a tener un éxito increíble: Sucupira, Romané, La Fiera, El Circo de las Montini...

A toda la gente que trabajaba en televisión le iba estupendo. Nunca tuve la sensación de que yo fuera un ser especialmente excepcional. Lo que sí me pasó es que comencé a darme cuenta de lo que significa para la gente de la calle, no caminaba dos pasos y se te acercaba alguien a felicitarte o a decir que no le gustaba lo que había hecho tu personaje o a preguntarte lo que iba a pasar más adelante en la teleserie. La gente de la televisión penetró en la opinión pública de una manera tremenda.

Y de todos esos personajes que son bien emblemáticos, la amante aristócrata de Pampa Ilusión, Adela Flores de Romané, la Olga Primera de las Montini y muchos otros roles, ¿cuál es el personaje que más te quedó de todas esas teleseries, al que más cariño le tienes?

Tú sabes, me han hecho esa pregunta varias veces, y no sé, porque se me van y

me vienen los personajes según el estado de ánimo en que esté. Creo que tuve mucha suerte de hacer tantos personajes lindos, me fue demasiado bien, porque no era para tanto.

Tú te sientes como regalada por la vida. A mí me sorprendió mucho eso. Cuando te vi llorar al hablar el día que te dieron el premio Caleuche, el que te entregaron tus pares. Parecía tan obvio que hubiera un reconocimiento a la trayectoria de Delfina Guzmán y tú lo veías casi como un regalo inmerecido.

Fíjate que de verdad me cayó como sorpresa total. Nunca tuve mucha conciencia. Es verdad lo que te voy a contar. Nunca tuve conciencia para decir, “ah la Delfina...” Nunca tuve conciencia de eso, el teatro y todo ese mundo para mí es parte tan esencial de la vida, amaba tanto lo que hacía que me satisfacía lo suficiente como para no necesitar nada más. Me bastaba con poder hacerlo y seguir haciéndolo. De repente me daba un poquito de vergüenza cuando decían “ahh la Delfina”. No es para tanto, les decía yo.

¿Le tienes particular cariño a algún personaje de alguna de las numerosas obras que protagonizaste?

En teatro, al personaje popular que hacía junto a Pato Contreras en “Tres Noches de un sábado” le tengo mucho cariño.

Delfina, tú rompiste esquemas cuando joven. Hiciste algo que las mujeres de esa época y menos aún las mujeres aristócratas hacían, sin ninguna conciencia, es cierto, pero eso tiene más valor todavía. Porque tú estabas predestinada a ser madre, esposa fiel, etc. y te convertiste en una de las actrices más connotadas del siglo y de alguna manera fuiste feminista antes del feminismo. El feminismo original que defendía justamente que la mujer no debía responder al estereotipo y seguir su propio destino, tú lo hiciste. Sin embargo, tu relación actual con el feminismo es más bien de pugna, cuando yo considero que tú fuiste, si hubiera que hacer la historia del feminismo en Chile, fuiste feminista antes de la existencia siquiera del feminismo como movimiento. Tú en la práctica votaste antes de que hubiera derecho a voto.

Yo no tengo mucha conciencia cuando me pronuncio a favor o en contra de las cosas, no creas que me hago mucho rollo. Soy una persona que actúa fundamentalmente por instinto. Mis reacciones de verdad son espontáneas, porque no las pienso, no son poses, no son elaboradas. Ése es mi defecto también, porque meto la pata muchas veces...

Sí, pero también es tu virtud. Lo que pasa es que en exceso las virtudes se transforman a veces en defectos. Pero yo te quiero decir a ti que, visto desde afuera, la historia dirá que fuiste una mujer que rompió con el determinismo de su familia y de su clase social y seguiste tu impulso, el que te llevó al

teatro, que te llevó a Concepción, que te llevó a ser comunista, que te llevó a ser antidictadura.

El impulso, el impulso, fíjate que ése no pensar, el actuar sin pensar, que es tan mal visto, yo lo recomiendo hartito. Por lo demás, a mí me tocó ser así.

Y si rebobinaras el casete, si hubiera casete para rebobinar alguna de tus decisiones, por ejemplo, la de irte a Concepción y perder la tuición de tus hijos, tú volverías atrás ¿o eres como Edith Piaf, que no se arrepiente de nada?

Je ne regrette rien, rien de rien. Exactamente. Fíjate que, mirando para atrás, hay cosas en el comportamiento diario, en la conducta diaria que uno se desespera y dice, para qué hice esto. Pero de las grandes determinaciones, todo lo que me tocó en la vida o me regaló el cielo, lo he recibido muy contenta. Estoy muy contenta de haber hecho todo lo que hice.

¿Cómo quisieras que te recuerden, Delfina? Tú crees en el cielo, cuando estés mirando desde allá, ¿cómo quisieras que uno te recordara?

Primero, como una mamá. Mamá de cuatro hijos hombres. Como mamá y actriz, eso soy yo, mamá y actriz al mismo tiempo, y sin problema entre esos dos. Al contrario. Mira, eso es un mérito que me atrevo a aceptar. Haber podido solucionar el problema de ser una buena mamá -no sé si le preguntas a mis hijos lo que te van a contestar- pero el amor que les tuve fue una cosa insoslayable. Y nunca fallé en el teatro. Al teatro no le quité nada, le di todo. Y a mis hijos... no les... sí, les quité cosas, les quité presencia, porque uno es una sola persona no más, no puede estar en dos partes al mismo tiempo. Eso es todo.

Pero yo creo, Delfina, que te vamos a recordar y te van a recordar muchas generaciones, como la pasión hecha persona. Porque tú eres un atado de pasión por el teatro, por la justicia, por tus hijos, por Chile...

Chilena y por Dios que me gusta ser chilena. Me encanta este país.

Fuiste Reina Guachaca, que es como emblema de Chile, además para una aristócrata como tú, imagínate, ser reconocida como emblema de la chilenidad es un gran mérito.

En fin, he tenido suerte, suerte de nacer en este país, tener la familia que tuve, a pesar de todos los desagradados que me hicieron pasar cuando no me comprendieron lo que yo necesitaba. Quitarle a una madre sus hijos es muy fuerte, es muy duro, eso de la clase social a la que pertenezco no lo voy a perdonar, no lo voy a perdonar nunca, nunca, nunca. Me voy a morir en el ataúd y voy a estar diciendo, "el colmo, el colmo".

Hay una veta de este último tiempo, ya llevan más de 20 años. Tú fuiste cofundadora de Teatro a Mil, una de las iniciativas más espectaculares de difusión del teatro. Cómo ves el teatro hoy día, porque yo te he visto varias veces en estrenos, tú vas al teatro.

Yo trabajo en el Teatro a Mil, voy a todas las reuniones, porque soy parte del directorio. Mira, yo a Carmen Romero la encuentro un ser humano realmente increíble, lo que ha hecho con el teatro chileno, lo que es el teatro ahora, las posibilidades que tiene, la forma y el trato que recibe de la población. La Carmen ha hecho algo increíble. El Teatro a Mil es una maravilla.

Y es una maravilla a la que tú contribuiste. Muchas gracias, Delfina, no sólo por Teatro a Mil, no sólo por todos tus personajes muy queribles de las teleseries sino por tus obras de teatro, por tu aporte a la reconstrucción de la democracia en Chile y por ser como eres.

Y por tener la suerte que tengo.

Entrevista realizada en su hogar de Providencia el 2 de agosto de 2019.

EDUARDO CARRASCO



Eduardo Carrasco Pirard nació en Santiago el 2 de julio de 1940. Filósofo y Músico formado en la Universidad de Chile, fundador del conjunto Quilapayún, grupo emblemático de la Nueva Canción Chilena. Vivió exiliado en Francia desde 1973 hasta 1989. Además de la numerosa discografía con Quilapayún, ha participado como compositor, productor y solista en varias producciones discográficas. Es también autor de numerosos textos de filosofía y poesía.

Eduardo Carrasco es un hombre de larguísima trayectoria, de identidades múltiples. Probablemente todo el mundo lo conoce como el Quilapayún, pero en verdad el Quila es de alguna manera la síntesis provisoria de sus muchas identidades. Es filósofo, escritor, podría decirse también poeta, y también es, fue o será, nos dirá eso en la conversación, un político. Todas esas identidades naturalmente se concentraron en algún período de su vida en Quilapayún. Pero si la vida te obligara a elegir entre tus múltiples identidades ¿por cuál optarías?

Si tú me hubieras preguntado esto mismo hace cuatro o cinco años atrás, yo te habría dicho sin duda filósofo, siempre ha sido como el centro en mi vida. Pero después de lo que ha pasado, en especial una especie de desengaño con la parte académica universitaria, de la enseñanza, me he alejado un poco de mi centro, he perdido interés. De nuevo la música ha recuperado importancia y he empezado a hacer muchas canciones. Me gusta mucho hacer textos de canciones y trabajar con nuestros músicos, pero también hago música propia. Eso me ha ocurrido en el último tiempo, la música ha pasado a ser muy importante en mi vida. Pero depende de las épocas, en algunos momentos he sido más filósofo, en otros soy más músico.

Y en otras más político...

En otras he sido más político, es cierto. Pero la política para mí siempre ha sido desde la distancia. No he sido un tipo que se ha metido de lleno en política, como tú, por ejemplo.

A pesar de que tú y Quilapayún fueron símbolo político de alguna manera.

Sí, a pesar de eso. Siempre he estado un poco retirado, mirando desde fuera. Una cosa que me enseñó el exilio es precisamente asumir esa distancia con mayor fuerza, en el sentido de que cuando tú tienes una vocación filosófica, la filosofía es como observar el mundo desde un rincón invisible. Lo único válido es la mirada objetiva, no tomar partido...

Por eso yo nunca entendí, porque te reconozco y te he leído como un espíritu libre, como alguien que jamás cede a la tentación de comprarse una verdad entera ni seguir una religión o dogma, que entraras al Partido Comunista, que era todo lo contrario. Cuéntanos cómo viviste eso.

Lo que explica eso es la época, era una época en que el Partido Comunista tenía una enorme influencia en el mundo cultural chileno. No sólo por Neruda, si tú te fijas, el Partido Comunista fue protagónico en el apoyo a los movimientos artísticos que tenían sesgos sociales o revolucionarios. Fue muy importante, ese Partido Comunista del que estamos hablando no tiene mucho que ver con lo que hoy en día se llama Partido Comunista o con lo que durante la Dictadura fue el Partido Comunista. Ese Partido Comunista llegó a ser, por ejemplo, el

partido más consecuente en el apoyo al proyecto político de Allende. Es bien curioso eso, el Partido Comunista en esa época mantenía una actitud bastante libre hacia la cultura, a pesar de que Corvalán lo definía como un partido "soviethincha", lo que fue muy ridiculizado después.

¿Se toleraba ese espíritu crítico, esa diversidad? Porque no te imagino participando en reuniones del partido siendo acrítico...

Fíjate que tenía tolerancia... Te cuento una anécdota que muestra claramente eso. Cuando nosotros hicimos el disco "Por Vietnam", que fue editado por la Juventud Comunista el año 68, había en ese momento muchas fricciones entre el Partido Comunista Chileno y el Partido Comunista Cubano. Había distancias, no era la política del Partido Comunista Chileno la política del Partido cubano, ni menos las ideas del Che. Nosotros, en el disco editado por el Partido, incluimos una canción al Che Guevara, incluimos varias cosas que eran de una línea más ultraizquierdista que la línea del Partido Comunista. Eso te muestra que había bastante amplitud. No sé si esa amplitud estaba en la cabeza de los dirigentes comunistas de esa época, pero en todo caso la había en la conducta y eso es muy importante. Fue muy importante para nosotros. Ahora, cuando salió ese disco nosotros todavía no éramos militantes comunistas.

Tú habías sido más bien simpatizante del MIR junto a tu hermano.

Al comienzo, sí, claro, éramos más bien simpatizantes del MIR porque era una cosa universitaria, estaba mucho más cerca nuestro, había un espíritu proclive a esas tendencias en ese momento. Estaba el gran prestigio de la Revolución Cubana y del Che.

Ser comunista en esa época, para volver a tu pregunta, era como abrazar consecuentemente la reivindicación de justicia social, la situación de la pobreza, que era dramática, no tiene nada que ver con lo que tú puedes ver hoy día como pobreza recorriendo barrios populares. Era miseria. En esa época era una cosa insoportable, había niños con pies desnudos en pleno invierno, hacías cola en el cine y te venían a pedir limosna. Era una cuestión que te partía el corazón. Además, estaba el prestigio de grandes figuras de la cultura que eran comunistas. Pero también estaba el prestigio del movimiento obrero, del movimiento social. Después nosotros tomamos esos temas, Recabarren, la Cantata Santa María de Iquique, en fin, muchas cosas en las cuales nosotros de alguna manera también participamos. Entonces, ser comunista, te diría, era una cosa para nosotros casi de responsabilidad y, además, veíamos lo poco responsable que era el ultraizquierdismo en aquella época. Hoy día también lo es, pienso. En esa época era muy evidente lo contradictorio que resultaban las posturas extremistas, porque estábamos -por ejemplo- en plena Reforma Universitaria y mientras los comunistas estaban buscando cómo se mejoraban

los planes de estudio, el MIR decía, "Reforma no. Revolución". Se negaba a cualquier mejora, por sustantiva que fuera.

Para la ultraizquierda los comunistas eran los amarillos, los reformistas de la época. Reformismo que hizo progresar a Chile enormemente en leyes sociales y avance de la clase obrera.

Claro, por eso no es contradictorio que yo militara en el Partido Comunista. Además, yo era comunista y al mismo tiempo enseñaba a Nietzsche y Zarathustra en el Departamento de Filosofía.

¿Tú egresaste e inmediatamente continuaste como ayudante o profesor en la universidad?

Mientras estaba estudiando ya era ayudante de varios profesores, me fue muy fácil entrar después como profesor, tenía bastante éxito como académico.

¿Y cuándo te metiste al Conservatorio?

Me parece que fue a comienzos del año 70, siendo ya profesor en la Universidad.

Con el Quila ya consolidado, porque el 70 ustedes ya eran el principal grupo de la Nueva Canción Chilena.

Ya habíamos sacado el disco de la Cantata Santa María, lo habíamos presentado, estábamos en contacto con varios músicos como Sergio Ortega y Luis Advis, que hacían clases en el Conservatorio. Eso fue una evolución personal que tiene que ver con las necesidades de evolución del conjunto. Claro, nosotros empezamos cantando sin saber nada, las posturas de la guitarra y eso era todo. Con eso empezamos a hacer cosas y al cabo de poco tiempo nos empezamos a dar cuenta de que había que aprender música si queríamos llegar a alguna parte. Eso es lo que me motivó a estudiar música en el Conservatorio.

Volvamos al origen. Me interesa el contexto de la emergencia del Quilapayún. Yo sé que dos barbones, tu hermano y Julio Numhauser, te llaman a ti, el tercero, a constituir un conjunto musical. Tú dices en uno de tus libros que fuiste para tocar provisoriamente en el grupo, pero al final eres el único de los tres en ser integrante definitivo. Pero cuál contexto, por qué armar un grupo, ¿qué significa Quilapayún? Tres barbas ¿no?

Tres barbas, sí. Efectivamente yo no tenía ningún interés en meterme en eso porque estaba iniciando mi carrera académica. Había sido contratado como ayudante en la escuela de Filosofía, estaba haciendo clases. Todo estaba muy bien encaminado hacia una carrera académica. Este proyecto, que era principalmente de Julio Numhauser en ese momento, no me interesaba mucho,

pero como los veía tan entusiasmados y a veces cantábamos juntos -sobre todo con mi hermano-, nos acompañábamos con la guitarra, cantábamos temas de Los Beatles y canciones de Atahualpa Yupanqui. Entre esos extremos vivíamos. Empezamos a cantar, al principio con mucha discusión sobre cuál era la línea que íbamos a seguir...

¿Cuál era el repertorio inicial?

Cantábamos, me acuerdo, una canción de Ángel Parra que nos había entregado él, se llamaba “El Pueblo”. El grupo trabajó un corto tiempo con Ángel. Cantábamos “La Cuculí”, un tema que yo había hecho con la guitarra y también “El Forastero” y “La Paloma”, canciones que habíamos aprendido de discos peruanos y bolivianos.

Ustedes estaban más abiertos al mundo andino...

Sí, inmediatamente tomamos ese camino. Esa fue una cosa bien renovadora, porque la Violeta había venido a Chile en esos mismos tiempos con Gilbert Favre, “El Afuerino”. Él tocaba la quena y en las presentaciones de la Violeta siempre había charango y quena. Era una cosa muy parisina, porque fue en París donde se juntaron distintos músicos y armaron ese tipo de conjuntos con orientación andina. Eso lo trajeron los Parra para acá e interesó mucho. La Violeta, también Ángel y en la Peña de Los Parra se tocaba ese tipo de instrumentos. Nosotros armamos un grupo con eso, que era lo interesante y novedoso.

¿Esos eran los primeros espacios donde ustedes cantaron como Quilapayún? ¿La Peña de avenida Carmen?

Pero también la peña de la Universidad Técnica, que era importante en esa época, y la peña de la Universidad de Chile de Valparaíso, que también era muy importante. Nosotros lo que hacíamos con Víctor Jara, me acuerdo, era trabajar ensayando un repertorio durante la semana, luego nos juntábamos en mi casa el sábado en la noche, en las dos citronetas, la de Víctor y la mía, cargábamos las guitarras, el bombo y todo, y nos íbamos a buscar donde tocar. Llegábamos a una peña o se sabía que en la Escuela Dental había una toma y a lo mejor nos dejaban tocar, Víctor se bajaba y preguntaba si les parecía bien que nos bajáramos a cantar...

¿Y esto era sin cobrar nada?

Pero claro, estás loco, nada. Nos bajábamos y cantábamos sin pedir nada a cambio, a lo más una bebida o un vaso de vino navegado. Esa era la rutina durante bastante tiempo, varios meses. Salíamos a buscar donde cantar. Víctor empezó después a tener una actividad más profesional. Él estaba fundamentalmente en el teatro, era un personaje del teatro. Cantaba, pero

artísticamente era reconocido como uno de los directores más promisorios del ambiente teatral chileno. Trabajó con grandes actores, dirigió obras en el Teatro de la Universidad de Chile y también en la Compañía de los Cuatro con los hermanos Duvauchelle, que eran muy importantes en la escena teatral chilena.

¿Debutaron más armaditos en el Marconi? Escuché de una actuación muy importante en ese teatro de Providencia, hoy día revivido como Nescafé de las Artes...

Antes ya habíamos hecho recitales. Como Víctor era un hombre de teatro, le interesaba hacer recitales. ¿Y qué era un recital? Era un espectáculo organizado, armado casi como una obra de teatro, con coreografía muy precisa, iluminación, las posturas de cada uno, cómo presentábamos las canciones, cómo salíamos al escenario y todo eso.

Eso marcó mucho la impronta de Quilapayún, que tiene un carácter teatral que no tienen otros grupos de la misma época, un sentido del espectáculo...

En toda la evolución del Quilapayún está el teatro. De hecho -te iba a contar eso- justamente uno de los primeros recitales que hicimos fue en el teatro IEM que era del Instituto de Extensión Musical de la Universidad de Chile, ahí en la calle Tarapacá, donde hoy funciona el Cine Arte Normandie, era una cosa muy novedosa porque en Chile ningún folclorista ni tampoco ningún cantante popular hacía recitales. Se presentaban en la radio o en peñas, pero no hacían un espectáculo, cantaban unas pocas canciones. Nosotros con Víctor Jara hicimos los primeros espectáculos de ese tipo y la gente quedó muy impresionada porque toda esta cosa verdaderamente era muy eficaz para generar un impacto en el público.

¿Los ponchos negros estuvieron desde el inicio?

El poncho, sí, desde el inicio. Al comienzo fue muy ridículo porque los primeros ponchos eran de castilla, o sea de lana gruesa. Imagínate, en pleno verano, cantando con poncho de castilla era absolutamente absurdo. Era una cosa que se le ocurrió a Numhauser porque, según él, el poncho de castilla no tenía identificación con alguna localidad, región o país en particular. Después se nos ocurrió felizmente teñir unos ponchos de paños de Tomé y ahí cambió completamente la imagen. Era más elegante y no nos moríamos de calor.

De Víctor Jara, con el que compartieron tantos momentos, ¿qué recuerdo tienes?

La diferencia que hay entre el recuerdo que nosotros tenemos de Víctor y la imagen que se ha forjado es muy grande, aunque no podemos ir contra eso porque sería absurdo discutir con la imagen que uno ve en la calle, en la pintura

mural, la imagen de Víctor como el héroe de esos tiempos, la huella que dejó, toda esa cosa épica y además dramática. Pero para nosotros Víctor era nuestro amigo, un tipo con el cual hacíamos asados y convivíamos cotidianamente.

¿Él ofició como director del grupo?

Efectivamente. Víctor fue director de Quilapayún. A nosotros nos costaba mucho organizarnos y armar una canción, eran puras discusiones, no había cómo ponerse de acuerdo y no había nadie que tuviera la autoridad musical como para decir no, esto se hace así. Por eso, sabiamente, empezamos a buscar un director y lo encontramos en Víctor. Lo conocimos y se lo propusimos. Él inmediatamente accedió y se puso a dirigirnos. Para él fue una aventura, una cosa divertida, yo creo que empezó a ver algo que nosotros no habíamos visto en nosotros, porque no era muy serio lo que hacíamos. Nos juntábamos porque era divertido juntarse, porque los dos Julios –Carrasco y Numhauser- eran tipos muy cómicos, muy divertidos, verdaderos payasos.

Yo lo sé, Julio Numhauser fue mi agregado cultural en Suecia cuando fui embajador, lo conozco muy bien y lo quiero mucho.

De veras, era un payaso fantástico y mi hermano también. Entonces era puro jolgorio y risas, era muy divertido. Entonces eso era lo principal. Nosotros no nos imaginábamos cantando en un teatro y en un festival, eso era inimaginable.

Víctor fue clave para hacer ese clic.

Claro. Víctor nos enseñó la disciplina y estrictamente. Nos decía, por ejemplo, "vamos a empezar a ensayar y en silencio", ahí empezamos a trabajar en serio, estaba prohibido hacer un chiste, una observación que pudiera dar lugar a algo cómico, comenzamos entonces a tomarnos en serio, porque además con esta disciplina los resultados musicales nos iban sorprendiendo. Era fantástico, porque de repente salían cosas que verdaderamente nos emocionaban y sentíamos que íbamos bien, que ése era el camino.

¿Y ustedes eran 4 al inicio con Víctor?

No, no. Víctor cantaba a veces con nosotros, hacíamos cosas juntos. Pero cuando presentábamos el espectáculo, nosotros hacíamos una primera parte, él hacía una segunda y al final cantábamos juntos. Al comienzo éramos tres y después fuimos cuatro con Patricio Castillo, que salió rápidamente, porque no era muy responsable y nosotros ya estábamos enriados en una cosa distinta. Ahí entró Carlos Quezada, que todavía está en el grupo, un gran tenor, y fue muy divertido porque cuando nosotros lo reclutamos necesitábamos un bajo. Entonces él empezó a cantar como bajo. No teníamos idea que era uno de los mejores tenores que ha habido en la música chilena, felizmente lo descubrimos a tiempo y lo cambiamos de posición musical.

¿Cuándo entró Willy Oddó?

Willy entro después. Él cantaba en la peña de la Universidad Técnica, cantaba samba muy bonito, bien romántico. A nosotros nos gustaba mucho, lo reclutamos y ahí empezamos a ser cinco. Poco después pasamos a ser seis cuando integramos a Hernán Gómez, y con Rodolfo Parada completamos los siete.

¿Qué te pasa a ti, Eduardo, cuando ves el destino de Víctor Jara y la salvación de ustedes, quizá completamente casual? Porque estaban en Argelia y tenían una actuación el 15 de noviembre en París. Si no, habrían regresado a Chile y seguramente habrían seguido su destino, porque ustedes eran un símbolo de la Unidad Popular, tanto o más odiados que Víctor.

Fue una cosa asombrosa en realidad. Nosotros estábamos muy cerca de Allende. De hecho, en un cumpleaños del presidente Allende fuimos el regalo que le hizo el embajador de México. Fue muy divertido porque se preparó todo en la residencia del embajador para que nosotros estuviéramos escondidos detrás de una cortina en un pequeño lugar al lado del living, teníamos que esperar que llegaran los invitados. Cuando estuvieron todos reunidos, incluido Allende, el embajador hizo una introducción ofreciéndole un concierto del Quilapayún a Allende en su cumpleaños. Nosotros hicimos el concierto y fue fantástico. Estábamos muy cerca de Salvador Allende, el presidente nos quería mucho y tenía una idea increíble del grupo.

Ustedes habían participado protagónicamente en su campaña.

Sí, absolutamente, pero decía cosas como que "nunca, nunca les vamos a poder pagar a estos muchachos lo que han hecho por la causa".

Es que ustedes hicieron el himno de la campaña, “Venceremos” y el himno de la lucha social en Chile y buena parte del mundo, que es “El Pueblo Unido”, había hartito que agradecer.

Entonces él nos invitó a Argelia -nunca sabremos con qué intención lo hizo- pero nos invitó a participar con él como delegación cultural a la Conferencia de Países No Alineados que iba a hacerse el 9 de septiembre de ese año en Argel. Al final, Allende no pudo ir. Nos mandó para allá y gracias a eso nos libramos. En la noche después de la actuación nos despedimos de Clodomiro Almeyda, que era el jefe de la delegación, lo despedimos en el avión, en la noche, y pocos días después fue el Golpe.

¿Y a ustedes los pilló en Argelia o ya estaban en París?

Nosotros teníamos una actuación el 15 de septiembre en París. Fue terrorífico todo ese tiempo, al momento del Golpe. Estábamos en una conferencia de prensa porque íbamos a participar en el Festival de l'Humanité en París y de repente empezaron a llegar los télex avisando del Golpe de Estado en Chile, empezaron a aparecer esas palabras horribles, “golpe militar”, “bando número uno” y otras igual de terribles. Para nosotros era muy horrible porque, por una parte -como todos los chilenos de esa época- estábamos convencidos de que el ejército chileno era un factor constitucionalista.

En el peor de los casos se pensaba que se iba a dividir.

Claro, piensa que el Gobierno de Allende a esas alturas era un gobierno cívico militar, había militares dentro que ocupaban ministerios, Pinochet era supuestamente el comandante leal, pero había en la población esa idea, había un respeto hacia los militares. Yo jamás me habría imaginado el salvajismo que efectivamente tuvo el Golpe, salvajismo del que fue víctima Víctor Jara entre miles de otros. Que los militares fueran a torturar, a asesinar gente, eran cosas que parecían imposibles. Fue como despertar de una ilusión. Una cosa terrible. Para nosotros el Golpe fue horroroso.

En ese recital que ustedes hacen el sábado 15 en el Olimpia, ¿ya sabían del salvaje asesinato de Víctor Jara?

No, nos enteramos dos o tres días después. Fue en otro teatro, donde había un homenaje a Allende que le hacían grandes intelectuales franceses. Yo recuerdo que estaba sentado al lado del actor Michel Piccoli cuando de repente vino una persona a contarnos que habían asesinado a Víctor Jara. Al principio era una cosa imposible de creer. Un tremendo golpe desde el punto de vista emocional, para mí por lo menos, fue ahí que el golpe me ocurrió a mí, fue realmente terrible. Muy triste. No podía hablar. Era una cosa muy triste e increíble porque todos esos días nosotros vivimos con esa sensación de incredulidad, como que esto era una pesadilla, no puede estar pasando una cosa así, y resulta que después todo era peor de lo que jamás hubiéramos podido imaginar.

Y esa tristeza, ese golpe se tradujo por mucho tiempo en la manera de ser y de actuar de Quilapayún.

Sí, fue muy triste todo. Además, nosotros tuvimos la suerte de poder seguir haciendo algo en contra de la Dictadura, poner nuestra contribución a la derrota de esa barbaridad que había ocurrido, y empezamos en Francia y afuera, cada tres días teníamos un concierto. En un mes incluso estuvimos tocando en los cinco continentes, siempre asociados a la lucha contra la Dictadura.

Dime, Eduardo, tú en el período 70-73 ya eras profesor de filosofía y al mismo tiempo intérprete, autor y director musical del grupo. Yo tengo el recuerdo de haber ido al edificio de la UNCTAD, hoy día Gabriela Mistral, a

ese recital donde ustedes lanzaron la escudería Quilapayún, el grupo de mujeres, el de jóvenes, en fin, como 4 grupos, con la pretensión de que Quilapayún extendiera su influencia e impacto social. Mi pregunta es si esa decisión de crear una verdadera institución cultural más allá del conjunto tenía que ver también con tu deseo de regresar a la filosofía.

Tenía que ver con eso, es cierto. Pero también con una ambición que teníamos, porque el Quilapayún es una experiencia cultural artística que nosotros empezamos a vivir y a descubrir que se pueden hacer cosas que nunca nos imaginamos, y nos dimos cuenta de la influencia y el poder que eso significa. El poder de hacer cosas y el apoyo de la gente. Lo que pasó es que descubrimos una cosa muy importante dentro de esta experiencia, que fue lo que ocurrió con la Cantata Santa María de Iquique. ¿Y qué fue eso? Fíjate que con la Cantata Santa María el pueblo chileno descubrió y aprendió lo que era una cantata. Eso era un hecho muy importante porque señalaba cómo hay que hacer para que el pueblo chileno acceda al mundo de la música. Te estoy hablando de la música clásica, que por lo menos para mí siempre ha sido el referente principal donde está la máxima creatividad. Entonces, a través de la Cantata descubrimos que se podía hacer que la gente tuviera una relación espontánea, de descubrimiento de esa puerta abierta hacia la música culta, o sea, a la gran música. Nosotros nos propusimos aprovechar eso y hacer una ópera, una ópera popular. Porque la Cantata no tiene personificación, sino que es un relato. Quisimos hacer algo con personificación. Empezamos a echar a andar ese proyecto y para eso hicimos ese llamado a integrarse a Quilapayún. Era con Pablo Neruda, hablamos con él, ya estaba comprometido, íbamos a hacer una especie de Romeo y Julieta. Esa era la intención porque nosotros veíamos cómo desarrollar y aprovechar lo que había sido nuestra experiencia con un sentido cultural más profundo. Todavía pienso lo mismo, debería hacer una ópera popular que esté al alcance de la gente.

Volver al origen de la ópera. La ópera en Francia o Italia llenaba teatros populares en su origen.

Eso es lo que pasa. Si queremos ser un país culto tenemos que descubrir la pólvora. No se puede avanzar en el dominio de la cultura sin descubrir la pólvora. La pólvora es la cantata Santamaría, que le abre a la gente lo que esa forma musical -es muy importante el problema de la forma- representa, que le muestre para qué sirve una cantata, qué sentido tiene.

¿Ustedes hicieron otras cantatas después con Gustavo Becerra?

Sí, hicimos una con Juan Pablo Orrego, otra con Cirilo Vila que finalmente no pudimos presentar, hicimos “La Fragua” con Sergio Ortega, “Allende” y “América” con Gustavo Becerra. Fue una vertiente muy importante de nuestra creatividad.

Eso es una característica peculiar del Quila, dentro del contexto de la nueva canción, que es la búsqueda del vínculo con compositores de música clásica.

Eso es porque siempre hemos pensado en la evolución de la música. Si tú vas a querer tener en Chile un gran desarrollo musical tienes que llegar necesariamente a la música clásica. Pero ¿qué es lo que pasa ahora? La música clásica es de la élite, la que tiene vínculos con Europa. No hay una tradición de ese tipo de música en Chile. Nosotros la empezamos a crear con esta obra, por eso la importancia que tiene, eso es lo que vimos nosotros, por eso quisimos transformar Quilapayún en una institución cultural. Por ahí hay un camino que nosotros lamentablemente no pudimos seguir, pero lo habríamos seguido si hubiéramos tenido la posibilidad. Ya teníamos el apoyo de la Universidad Técnica del Estado que había arrendado especialmente una casa para nosotros al lado del edificio de la UNCTAD, empezamos a hacer clases de actuación a esos muchachos, hicimos varios conciertos con ellos, les enseñamos lo que nosotros sabíamos, entonces era una cosa muy bonita, muy interesante...

Llegó a ser una escuela el Quilapayún.

Llegó a ser una escuela y de hecho muchos grupos musicales salieron de ahí, como Barroco Andino, Ortega y varios más.

Yo admiro mucho la época en que ustedes recorrieron el mundo muy vinculados a la resistencia chilena y a la mantención de la idea del socialismo en democracia, la imagen de Allende, la denuncia contra Pinochet, etc. Sin embargo, ustedes logran de alguna manera desprenderse de eso y evolucionar musical y conceptualmente. Yo asistí -creo en 1985- a lo que considero la cima de la expresión musical de Quilapayún, a un espectáculo de un par de semanas en el teatro Olympia, que es quizás el principal escenario de la música francesa. En el Olympia actuaban los grupos chilenos normalmente los lunes, que era el día desocupado. El único grupo que vi que tenía una temporada continua de recitales, más de una semana a tablero vuelto, es Quilapayún, en una puesta en escena dirigida por Daniel Mesguich, uno de los principales directores de teatro y ópera de la época. Los recuerdo a ustedes ahí sentados en el escenario, leyendo y comentando el diario, lanzando diatribas contra el estalinismo. Para mí fue una gran sorpresa, un golpe. Yo no los había visto desde esa vez que presentaron el '73 la escudería que comentamos y al escuchar y ver esas canciones, musicalmente mucho más complejas, temáticamente más actualizadas, fue un verdadero shock, positivo por supuesto. Pero me imagino que eso también iba en contra de lo que les pedía su público. Porque la gente tiende a pedir lo mismo, a decir "cántenme las canciones que me sé". Y ustedes evolucionaron.

Claro. Nosotros evolucionamos, eso es algo que le debemos a Francia, en el sentido que de repente nos encontramos en un medio distinto, muy exigente

desde el punto de vista artístico. Como nosotros empezamos a depender de la música, nos profesionalizamos cien por ciento. Hubo un primer periodo en que las actuaciones y conciertos estaban movidas principalmente por la solidaridad con Chile. Pero luego la solidaridad con Chile naturalmente perdió relevancia, no es porque haya nada malo en ello, es natural, las cosas pasan, aparecen otras causas, la Revolución de las Flores en Portugal, la lucha contra el Apartheid en Sudáfrica, el fin del Franquismo, cuestiones tremendas y muy importantes para los europeos.

Entonces, la única arma que teníamos para sobrevivir era lograr hacer un grupo musical con una consistencia artística tan fuerte que generara un interés más allá de la cuestión chilena. Por supuesto, siempre estuvo el ingrediente adicional de la solidaridad con Chile, pero lo principal pasó a ser el atractivo artístico. No cabe duda, ese desafío fue fundamental para nosotros y empezamos a crear música mucho más elaborada, más poética, más alejada de la cosa contingente porque eso ya no tenía sentido.

¿Esa transformación coincide también con la ruptura con el PC?

Coincide con la ruptura, porque en Francia se vivió con mucha fuerza la discusión sobre el estalinismo. Estaba emergiendo lo que se denominó eurocomunismo. Empezaron a aparecer textos muy importantes, como el informe Krushev, avalado ahora por el propio movimiento comunista, porque cuando recién se supo del Informe fue por su publicación en la revista Life. ¿Cómo le íbamos a creer a la Life? La gente de izquierda consideró eso como patrañas anticomunistas. Pero resulta que era verdad, lo publicado por la revista era exactamente el informe Krushev. Porque mucho después se publicó en toda la prensa en Francia e Italia.

Ahí empezó toda esa disputa sobre el eurocomunismo, se discutía mucho sobre la dictadura del proletariado y otros temas importantes. En el fondo, la discusión era si es posible o no un socialismo democrático. Lo que estaba en juego era la revaloración de la democracia, en cierto modo eso por lo que nosotros habíamos luchado. Nosotros éramos allendistas más que nada. Entonces vino al mismo tiempo una especie de retroceso del Partido Comunista chileno hacia posturas más duras, como la vía armada, y ahí curiosamente después de toda la experiencia democrática que tenía el Partido Comunista, se volvió hacia posturas estalinistas. Por ejemplo, había una revista, “Araucaria”, donde se había censurado a un artista plástico porque hacía representaciones muy eróticas, muy fuertes, del conflicto, casi sadomasoquistas, pero muy potentes desde el punto de vista expresivo, representaciones de la dictadura y del pueblo. La imagen del pueblo era la de una mujer violentada. Bueno, eso había sido prohibido, la revista apareció y en la Unión Soviética la prohibieron. Cosas así fueron importantes para nosotros, como el alegato de García Márquez porque Cien Años de Soledad había aparecido en traducción rusa eliminándole

todas las alusiones sexuales. Era absurdo, estábamos volviendo a la Edad Media.

La ruptura entonces empezó con lo cultural.

Sí. Fue eminentemente cultural, porque nosotros éramos antiestalinistas.

¿Cuándo renuncias tú al Partido Comunista?

Me parece que fue por el año 80.

Era el tiempo de la pelea con DICAP, la institución del PC que administraba los recursos que generaban ustedes, Inti-Illimani y los otros.

Sí. Pero fue una pelea cultural. Tuve, recuerdo, un enfrentamiento en una reunión de comunistas en Francia con Volodia Teitelboim, que se había puesto duro, curiosamente, y nosotros nos enfrentamos a eso y fue tan violento el encontronazo que tuvimos que renunciar al Partido porque nos dimos cuenta de que estábamos dando la hora. El Partido Comunista de Chile había cambiado de política, había cambiado de vínculos y relaciones con la cultura. Seguía apoyando a Brézhnev, que era una especie de rehabilitación del peor estalinismo después de sacar a Nikita Krushev, un retroceso terrible. Y el Partido Comunista chileno seguía apoyando esas cosas sin hacer los debidos distanciamientos ni definir posturas más críticas como las que tenían los comunistas italianos y franceses, también los españoles en menor medida. Entonces, nosotros rompimos y nos salimos de eso. Fue bastante duro, muy difícil, porque fuimos tratados de traidores y vendidos. Fue terrible.

El 30 de septiembre de 1988, yo estaba arriba de una azotea en la Panamericana. Era la concentración final de la Campaña del No y estaban los Prisioneros, Gervasio, en fin, todos esperábamos el retorno a Chile en gloria y majestad del Quilapayún, fue increíble cuando cantaron El Pueblo Unido. ¿Cómo viviste eso?

Esa fue una experiencia casi surrealista. Después de 15 años volvíamos a Chile, la última actuación más memorable había sido en la Alameda en una concentración de mujeres, donde cantamos por primera vez “El Pueblo Unido”, fue muy masivo, miles de personas, consignas, etc. Entonces, imagínate, después de 15 años volvíamos a estar en la misma situación, todos arriba de un tremendo escenario cantando “El Pueblo Unido” y la gente acompañándonos en la canción, gritando, uno veía lejos el final de la concentración, eran miles y miles de personas y veías la reacción de la gente, era muy emocionante para nosotros. Vivimos varias experiencias interesantes -desde el punto de vista político -que a ti te pueden interesar. Una es que poco antes de que empezara el acto, estaba Aylwin preparándose para el discurso, así como nosotros nos estábamos preparando a cantar, estaba ahí al alcance nuestro, a dos pasos,

paseándose de un lado a otro, y nosotros arriba, armando los micrófonos. En un momento me dije, pucha, voy a saludar, tuve la intención de hacerlo, pero no pude ir, me retuve. Él para nosotros era una figura nefasta, terrible, yo no había vivido todo lo que se había vivido en Chile, las protestas, las luchas unitarias, en fin, yo estaba en otra parte, entonces tenía todavía esa rabia contra este tipo y no pude ir a saludarlo. Es interesante, porque llegar a elegir a Aylwin debe haber sido para la gente de izquierda, para comunistas y socialistas, un asunto difícil de tragar, que sólo se entiende por el proceso previo. Además, qué pensar de este señor que había jugado ese papel tan horrible en los últimos días previos al Golpe y ahora estaba ahí, discurseando, encabezando la manifestación...

Capaz que también cantando El Pueblo Unido...

Capaz que cantando El Pueblo Unido... Muy distinto fue el encuentro que tuvimos muchos años antes en Estados Unidos con Radomiro Tomic. Fue un encuentro muy emocionante en la casa de Orlando Letelier. Orlando había organizado una recepción donde había figuras importantes, incluso gente del gobierno norteamericano, y estaba Radomiro Tomic. Nos saludamos calurosamente, creo que era la primera vez que había un encuentro afectuoso entre un eminente democratacristiano y un grupo comunista, porque nosotros todavía éramos comunistas. Entonces fue muy bueno porque él aprovechó ese momento para mandar un mensaje. Me dijo que quería conversar conmigo y nos fuimos al segundo piso de la casa. Nos encerramos en el dormitorio de Orlando, y él empezó a plantear distintas cosas de la contingencia y el mensaje fundamental era que se abría a la posibilidad de tener conversaciones más formales con los comunistas a nivel de dirección de los partidos. Nosotros, por supuesto, lo primero que hicimos fue llevar el recado, no sé qué importancia habrá tenido ni si se llegó a concretar algo, pero para nosotros fue muy agradable encontrarlo porque era sentir de pronto que esas personas que habían sido opositores, o que habían generado o contribuido a generar ese clima tan terrible que se vivió en los últimos días de la UP, modificaban sus posturas y se abrían a un diálogo, a una posibilidad de acuerdo. Era esperanzador.

Me cuesta entender, Eduardo, que después hayas regresado definitivamente a Chile para quedarte, porque eras de los mejor habitados e integrados a la vida en Francia, incluso te has reclamado muchas veces como ciudadano francés. ¿Qué explica que te hayas venido tan pronto y te hayas quedado en Chile, a diferencia de muchos de tus pares?

Hay dos niveles de explicación. Uno fue mi fracaso matrimonial, que fue un golpe terrible para mí, se fue todo a las pailas. Volvimos de la gira por Chile y me encontré con una situación terminal, fue en cierto modo un manotazo de ahogado. Veintisiete años de matrimonio, era para mí una relación consolidada, pero bueno, las cosas en la vida son así de sorpresivas y de repente me encontré con esa situación dolorosa. Además, era un momento en que el interés por

Quilapayún había bajado bastante en Francia, nuestra gran época ya había terminado, la cosa no podía durar eternamente. Entonces era muy difícil seguir teniendo eso como forma de vida principal. Ya todos los integrantes del conjunto habían comenzado a buscar soluciones personales, en la educación, por ejemplo, yo había empezado a hacer un doctorado, estaba en eso cuando sucedió todo esto.

Ya era muy difícil vivir del Quilapayún, Eso ya no tenía mucho sentido. De hecho, Willy Oddó se había venido antes, hacía un año se había ido a Argentina y todos estábamos buscando qué hacer. No había muchas posibilidades en Francia. Era difícil, yo era profesor de filosofía, pero ya la época en que los chilenos entraron a las universidades había pasado. Conocí más de un tipo que ni siquiera había hecho clases en la universidad en Chile, pero que se puso en la fila de los universitarios expulsados y como los franceses abrieron las puertas, fueron muy generosos, pudo hacer una carrera en la universidad francesa sin tener previamente ningún antecedente académico válido. Fue así, yo podría haber perfectamente entrado a la Sorbona y haber enseñado filosofía durante todo ese tiempo, pero no lo hice porque me dediqué al Quilapayún. Era mi deber. Y ya era demasiado tarde para volver atrás. Sí, demasiado tarde.

Así que me vine a Chile, donde además encontré rápidamente mi inserción en la universidad. Había mantenido correspondencia durante todo el exilio con mi amigo Humberto Giannini, que se mantuvo como profesor universitario en la Universidad de Chile, era el director del departamento de Filosofía. Fue él quien me propuso entrar de nuevo a Filosofía, yo había sido ayudante de Humberto antes de partir. Entonces fue natural volver, instalarme ahí, empezar de nuevo. Fue difícil, muy difícil, porque lo que tú dices de Francia y mi relación con ese país es absolutamente cierto. Roberto Matta decía una cosa muy bonita, que Francia no es un país sino una causa. Yo pienso que sí, que Francia es una causa y sigue siéndolo en muchos sentidos. Sentía mucho cariño por Francia, además ahí se quedaron mis hijos. Tengo tres hijos allá en este momento, porque el menor de mi último matrimonio estudió cine en París y se quedó allá. También tengo 3 nietos. Vuelvo permanentemente. Siempre va a ser así, probablemente termine mis días en Francia, más que en Chile, creo yo, mirando para adelante, lo más probable es que vuelva definitivamente a Francia.

¿Sigues haciendo clases de Filosofía en la Universidad?

Estoy terminando. He perdido el interés por la cosa académica. Se ha deteriorado bastante. No es un lugar donde me interese mucho estar ahora. Me interesó mucho, trabajé muy lealmente por la Universidad de Chile, pero en este momento ya no es el caso. He estado en cosas más personales y he vuelto a priorizar la música. La vida académica tiene sus pros y sus contras.

Hubo un periodo en que te alejaste de la música y te metiste de lleno a la cuestión académica, a escribir y publicar, pero finalmente Quilapayún volvió a tomar protagonismo en tu vida.

Volvió ahora, sin duda. Durante todo este último tiempo, en los últimos diez años el Quila ha vuelto a tomar mucho protagonismo en mi vida.

Esos fueron, además, los años de la recuperación de la imagen de Quilapayún para sus fundadores.

Claro. Exactamente. Esos últimos años han sido muy importantes en la historia del Quilapayún. Estamos en todo un proceso creativo, estamos haciendo muchas cosas que son verdaderamente muy interesantes. Estos conciertos que vamos a hacer ahora con el Inti-Illimani son verdaderamente muy apasionantes, estamos muy comprometidos.

¿Cuántos de los fundadores hay ahora en el grupo?

De los fundadores, que éramos tres, con Julio Numhauser y mi hermano, quedo yo no más. De los más originales está también Carlos Quezada. Después vienen otros que llegaron poco después -en el exilio- como Ricardo Venegas. Aún está Hernán Gómez, aunque esté en París, a veces lo traemos. Hugo Lagos y Guillermo García, que son históricos, también participan, pero están allá en Francia.

Está Oddó, a través de su hijo Ismael, que tiene una semejanza increíble con Willy.

Sí, claro, están los hijos. También es parte de Quilapayún actual Sebastián Quezada, hijo de Carlos, y Caíto Venegas que es hijo de Ricardo. Son tres chicos no tan chicos que llevan más de 10 años cantando con nosotros y han sido un factor fundamental en la evolución del grupo en el último tiempo. Incluso hasta hemos hecho rap porque toda esta música nueva es para ellos totalmente natural, lo que nos ha permitido meternos a todos en eso también. Entonces estamos actualizados, haciendo cosas interesantes, nos ha ido bastante bien. Y a mí como persona me ha ido muy bien. Hice un disco hace poco al que le ha ido muy bien, en Argentina ha sido muy bien recibido, primeras páginas en el diario, ha gustado mucho, ha tenido mucha aceptación. “Carrasco 2” se llama, porque tengo otro, “Carrasco 1”, que hice hace como veinte años.

Tienes muchas colaboraciones, además, con Ismael Oddó, por ejemplo, también te he visto como autor en el disco de Manu, tu hija.

Sí, y eso me gusta mucho. Crear es una cosa extraordinaria. Hasta en sueños estoy pensando cosas. Despierto y resulta que tengo una canción en la cabeza y tengo que anotarla.

Qué viene primero, ¿la letra o la música?

De las dos maneras. Y a veces vienen juntas. La música es una cosa muy platónica. Gustavo Becerra tenía una definición muy buena de lo que es la composición. “Componer es escuchar por primera vez una música”, nos decía el Premio Nacional de Artes Musicales. El hecho de que una música pueda tener diferentes intérpretes significa que lo esencial no es el sonido, lo esencial está en otra parte, está en el mundo de las ideas.

Gustavo era el marido de mi tía Flor Auth. Yo de chico lo admiré muchísimo. Es el hombre más culto que he conocido en mi vida. Un gran músico, además.

Te quiero decir que, mirando desde fuera, pareciera que la vida familiar ocupa hoy un espacio muy importante en tu vida.

La familia siempre ha sido para mí fundamental. Con todos mis hijos, que son muy diferentes, tengo relaciones de mucho cariño. Con Eduardo, el mayor, que vive en Francia, nos llamamos todos los días. Con Mauricio, el menor, y con Alejandra, tenemos largas conversaciones por WhatsApp. Cuando voy a Francia, me dedico exclusivamente a la familia, librerías y música.

¿Y cómo ha sido para ti tener una hija tan especial como Manuela?

Al principio fue triste. Al año, como todavía no caminaba, la llevamos al médico y, lamentablemente, nos tocó un tipo muy poco sensible. Tuvimos una gran pena. Nos costó, pero de repente lo empezamos a tomar como hay que tomarlo, a asumir que es diferente y viendo qué hacer, con las potencialidades que tiene, para organizar su vida. El síndrome de Williams es una cosa muy curiosa, entre sus características hay cosas negativas, por cierto, pero también tiene otros rasgos como la hiperacusia, por ejemplo. Manu tiene oído absoluto, que es un oído privilegiado. Tú no te puedes secretar con alguien cerca de ella porque escucha perfectamente todo lo que se dice. Entonces aprovechamos eso, comencé a hacerle canciones, después las montamos y organizamos un disco muy bonito, “Contando Estrellas”, que se escucha con mucho agrado. Ese fue en 2010, después en 2013 hicimos otro, “Universo Feliz”. Además, ella ha participado en varios discos míos y de Quilapayún, en mi último disco está muy presente Manuela haciendo coros. Y está abierta la posibilidad de que sigamos haciendo música juntos. Si se me ocurren más canciones, lo más probable es que sigamos haciendo música.

Yo la veo cantar con mucho éxito.

Ella tiene un desplante muy especial, nadie se lo ha enseñado, aprendió viendo YouTube y televisión, lo hace fantásticamente bien. Cuando ha cantado en público hace cantar a la gente, no tiene vergüenza de estar parada en el escenario, lo hace con toda naturalidad.

No hemos hablado de tu veta de escritor. Tú tienes una veintena de obras propias y otros de conversaciones ilustres, como aquella con Roberto Matta.

Además, tengo tres libros de poesía y varios de filosofía. Quizás esa es una veta importante en mi vida. Lo que yo no soy es un escritor en el sentido literario. Sí soy poeta, porque de repente me ilumino y salen poemas, a veces cosas divertidas, en otras ocasiones cosas profundas, tengo esa sensación de la forma en la palabra.

Así como escribes mucho, también has leído siempre. Dime, Eduardo, ¿a qué libro vuelves siempre?

Vuelvo siempre a lo que para mí es como la Biblia. De hecho, si tú vas a mi casa en cualquier época de mi vida, en mi velador encontrarás el mismo libro, el de las tragedias de Esquilo y Sófocles. Esas tragedias para mí son como la Biblia, ahí yo encuentro el punto más alto de la sabiduría humana. La tragedia es como la historia de un tipo que es el héroe, que siempre se extralimita. Lleva su impetuosidad o su ambición, o su proyecto medio loco, más allá de los límites, más allá de sus propias posibilidades, razón por la que los dioses lo castigan. Eso es lo máximo para mí. Entender que tú tienes que desarrollar tu vida dentro de los límites que son los tuyos. Hay una frase que estaba en el frontis del templo de Apolo que nunca se entiende bien, traducida como “conócete a ti mismo” y se interpreta como una frase psicológica, algo así como una introspección, pero eso no tiene nada que ver con los griegos. Lo que significa más bien es “cuida de no ir más allá de lo que son tus límites”. Es una advertencia, Si tú sobrepasas y pretendes lo que sólo los dioses pueden realizar, entonces te van a castigar los dioses. Los dioses son para mí son las instancias que deciden la vida de los hombres, no tienen que ver con las decisiones voluntarias o con las propuestas y planes que tú te puedes hacer, sino con las cosas que interfieren con eso. Por ejemplo, yo dije “voy a una gira maravillosa a participar en la Conferencia de Países No Alineados”, y resulta que me quedé 15 años exiliado en París. Lo que tú programas no es lo que finalmente ocurre. Y esas fuerzas, esos elementos extraños, son los dioses, en el sentido que no son cosas previsibles, tu vida se desarrolla en un medio donde hay factores que tú no controlas, no puedes decidir sobre ellos.

Y de la veintena de tus libros, ¿con cuál te quedas?

En el plano académico, quizás el libro más ambicioso y mejor logrado es la interpretación del Zaratustra de Nietzsche, que además es un libro exitoso, es uno de los pocos libros de filosofía escrito por un chileno que se ha agotado. También libros de otro tipo, como el de las conversaciones con Matta, también el diálogo con el filósofo Roberto Torretti, me siento feliz de haberlos hecho, son una contribución importante, van a quedar. Son libros que van a tener sentido mientras haya interesados en la cultura chilena.

¿Cómo se condice este hombre, músico serio, filósofo, académico disciplinado, con la persona que salta en la galería junto a la barra Los de Abajo? ¿Qué te hizo fanático de la U?

Cuando yo era niño existían los clásicos universitarios, entonces estabas obligado a elegir, o eras de la U o eras de la Universidad Católica. Mi padre era masón y radical. Si había que elegir, yo casi no tenía opción. Para desgracia de mi padre, porque él era de Magallanes. A veces me llevaba a ver partidos de Magallanes con la U, y cuando salía el equipo universitario a la cancha yo daba saltos en mi asiento, mi padre me miraba con mucha desilusión. Después pasó el tiempo, yo iba regularmente al Estadio Nacional a ver a la U, vi los mejores partidos del Ballet Azul, la mejor época de la U, eso te marca para toda la vida. Cuando volví a Chile después del exilio, llegué a un grupo de gente más joven que organizaba las giras del Quilapayún, eran todos fanáticos de la U. Nos juntábamos todos los fines de semana. Estábamos jugando en el campeonato de Ascenso, íbamos al estadio Santa Laura y adonde fuera, vimos toda esa gesta heroica de la U en su lucha por volver a Primera. Igual fue una gran época, después salimos campeones.

Luego de esta vida tan recorrida por múltiples recovecos y dimensiones, ¿eres de los que siguen a Edith Piaf o de los que revisitan su historia de vida diciendo, “esto no lo habría hecho si hubiera tenido otras opciones”?

No. Yo nunca voy a decir eso, porque tengo una relación importante con los dioses, y frente a lo que deciden los dioses hay que inclinarse. No pudo haber sido de otra manera, por lo tanto, asúmelo. Así lo asumo yo, veo una necesidad en todo lo que ha ido ocurriendo, No es la razón hegeliana de la historia ni el determinismo marxista, es el hecho de que tu vida se va tejiendo con lo que tú vas haciendo, con lo que tú te vas proponiendo y con las cosas que van ocurriendo que son ajenas a tu voluntad. En ese tejido hay un cierto orden, una cierta dirección, que es la dirección de tu vida, que si alguna vez se puede contar se va descubriendo. Hay algo que te condujo, que te llevó a ser lo que tú fuiste. No creo que haya un destino predeterminado ni mucho menos. Pero sí creo que hay una dirección. Tú vas a redondear la idea. Yo en este momento en que ya soy viejo -estoy muy próximo a los 80 años-, ya estoy redondeando la idea. Ya se está notando que había una intención, una dirección detrás. De nada

me arrepiento. Eso lo puedo decir de todas maneras. En realidad, lo digo con absoluta certeza.

Gracias, Eduardo. Esa es una linda manera de terminar esta conversación sobre tu vida, que nos habla también de la historia de nuestro país.

Esta entrevista fue realizada en el edificio del Congreso en Santiago el 21 de junio de 2019.

RICARDO NÚÑEZ



Ricardo Núñez Muñoz nació en Sewell el 9 de diciembre de 1939. Profesor de Historia y Geografía y Sociólogo de la Universidad de Chile, Máster en Demografía en la Universidad Carolina de Praga. Fue Senador por la Región de Atacama entre 1990 y 2010, Embajador de Chile en México en el segundo gobierno de Michelle Bachelet y fue presidente del Partido Socialista en distintos periodos.

Conversaremos ahora con una figura de la política chilena que está en el ADN del Partido Socialista. Es difícil imaginar al Socialismo de estos tiempos sin la personalidad de Ricardo Núñez, Líder de la renovación socialista, participó en la época de la Unidad Popular, marcó el exilio y la clandestinidad, también ha sido una figura importante en los años que llevamos de democracia. ¿Cómo estás, Ricardo?

¡Hola, Pepe!

Ésta es una conversación suelta. Vamos a recorrer tu vida personal y política, partiendo desde donde comienza, en Sewel.

Desde El Teniente. Acaban de entregarme un documento por el cual las autoridades municipales de Machalí certifican que yo nací efectivamente en El Teniente, en Sewel, porque hasta el momento era parte de lo imaginario. Cuando yo decía, miren, nací en Sewell, la gente me decía, ¿qué es eso? No, es un mineral que está cerca de Rancagua. Por fin tengo un certificado y, por lo tanto, soy parte de los llamados sewelinos, personas que añoramos la cordillera, la nieve blanca. Aunque ahora no está nevando, el cambio climático llegó por esos lados también. He tratado de ir, pero me dicen que no vaya en invierno, que ya no hay nieve.

Yo nací tirándome en trineo en las montañas cercanas a Sewell. Nunca logré esquiar, porque sólo los gringos esquaban, uno se lanzaba en trineo nomás. Ahí hice mi primer acto antimperialista, tirarme a la piscina de los gringos. Con un amigo que hoy es dentista en Rancagua, nos metimos entre los gringos, no se dieron cuenta, nos tiramos a la piscina temperada. Nosotros estábamos acostumbrados a una piscina muy helada, extremadamente helada. Siempre he dicho que ése fue mi primer acto de rebeldía antiimperialista.

Esa es una infancia protegida. Yo viví en condiciones similares en Enap, en Cerro Sombrero. Era más o menos lo mismo, aunque sin gringos...

Uno lo echa de menos, a pesar de la presencia de los gringos. Yo recuerdo que los gringos se preocupaban bastante de los niños. Comí mucho chocolate, de aquellos que les sobraron en la Segunda Guerra Mundial. Comíamos gratis unos chocolates enormes, también comí cuáquer cuando no existía en el resto del país, los jóvenes y los niños no tenían idea de qué se trataba ese cereal. El mejor hospital de Chile en la época era el de El Teniente y el peor hospital de América Latina era el de Lota. Eran los contrastes de Chile.

Nací en un hospital donde mi madre no tuvo absolutamente ningún inconveniente. Aparte a lo mejor de haberme traído a este mundo. Mi padre era dirigente sindical, falangista, antes de la formación de la DC. Creo que no

alcanzó a estar en su fundación, quizás en los prolegómenos, porque murió el año '54 y la DC se creó el '57. Era muy admirador de don Bernardo Leighton.

Recuerdo que, siendo pequeño, una vez los gringos echaron a mi padre del mineral por ser dirigente sindical, lo que era una desgracia enorme para la familia salir de ahí y llegar a la civilización, era como perderlo todo. Mi padre dijo, “no se preocupen, voy a hablar con don Bernardo”. Bajó a Rancagua y a Santiago, volvió y nos dijo, “don Bernardo me escuchó”. Para mí se transformó desde muy pequeño en una figura extremadamente importante. Alguna vez intenté contarle en Roma y no me fue posible, después vino el atentado, así que nunca le pude contar. Él no se recordaría, por cierto, de este dirigente sindical que era el único falangista en El Teniente, el resto eran radicales, socialistas y comunistas, estos últimos del sindicato obrero. Mi padre era del sindicato de empleados. Tuve entonces una cercanía muy temprana con la política. Además, tenía un cuñado comunista que obviamente fue perseguido por la Ley de Defensa de la Democracia. Para mí era una suerte de héroe, porque se escapó por los cerros para llegar a Rancagua y estuvo clandestino mucho tiempo. Era un gran comunista, además un comunista serio, parte del aparato del Partido Comunista por mucho tiempo. Él sufrió y, por lo tanto, todos sufrimos la Ley de Defensa de la democracia. Mi padre, que no era muy bueno para reconocer la presencia de los comunistas y menos de los socialistas, solidarizó con él porque era el marido de mi hermana. De modo tal que, efectivamente, la política me llegó muy temprano, muy temprano sentí que la política era parte de la lucha, de contestar lo establecido.

¿Había escuela básica ahí?

Y muy Buena.

Pero tú te viniste al liceo a Santiago.

Yo me vine al liceo en Primer año de Humanidades, al Valentín Letelier, el “Vale Vale”. Ahí también tuve mucho contacto con el movimiento estudiantil.

¿Ahí entraste a la juventud Socialista?

No todavía, entré cuando estaba en tercer año de Humanidades a la Juventud Socialista Popular. El Partido Socialista Popular era mayoritario. No es la Usopo, esa pequeña formación política que nació de la división de fines de los '60, es el principal partido socialista, dirigido por Raúl Ampuero, el que fue fundamental en la candidatura de Ibáñez el '52.

Era la época del APRA en Perú y del Peronismo en Argentina...

Claro. Al Peronismo lo concebíamos como un movimiento muy progresista. Argentina estaba creciendo muy rápidamente con Perón. El Partido Socialista

Popular trató de convertir a Ibáñez en una suerte de Perón, pero no lo logró. La verdad es que a los jóvenes socialistas nunca nos gustó mucho Ibáñez, por su pasado como dictador echado en parte por la movilización estudiantil. Además, en esos años ejerció un acto represivo contra estudiantes peruanos que escapaban de la dictadura en ese país, fueron devueltos al Perú cuando llegaron a Arica y uno de ellos fue brutalmente asesinado por la policía de ese país. Eso despertó la solidaridad latinoamericana. Me acuerdo de que salimos todos los liceos de Santiago, al menos los más emblemáticos, a protestar a las calles por lo ocurrido con estos jóvenes peruanos. Fue interesante, recuerdo que peleábamos con un señor de apellido Ferrer, el subsecretario que dio la orden de que estos jóvenes universitarios peruanos no pudieran ingresar al territorio nacional.

El ingreso a la Juventud Socialista fue una cuestión vinculada a luchas como esas o tuvo que ver con una dimensión más intelectual, de lecturas. ¿Qué leían en esa época?

El Manifiesto Comunista creo que fue el primer libro –no es un libro, es un buen folleto- de carácter político que leí. No entendí mucho, pero siempre había alguien que sabía más que uno, era un joven universitario, Carlos Fortín, que estudiaba Derecho y era más leído que nosotros. Él nos daba charlas sobre marxismo y el Manifiesto Comunista a los pocos jóvenes del Valentín Letelier que optamos por el Partido Socialista Popular.

¿Y por qué el Manifiesto te lleva al PS y no al Partido Comunista?

Había razones casi familiares. Un primo hermano, Alfredo Joignant, ya era socialista. Ciertamente que mi cuñado era comunista, pero a mí no me gustaban los comunistas, mi padre me decía cosas terribles contra los comunistas, además nunca me gustó Stalin, ya estaba en mi subconsciente como dictador. El Partido Socialista en ese tiempo era muy claro sobre esa materia. Era la impronta de Eugenio González y del propio Allende. Allende tiene unos discursos maravillosos explicando por qué no es comunista y rechaza categóricamente los crímenes de Stalin. Hay un muy buen discurso que él hace en el Senado por ahí por el '47. En nuestra generación tenemos claro que el estalinismo no es el camino a través del cual queremos transformar la realidad. Eso lo supimos muy rápidamente los jóvenes que ingresábamos a la Juventud Socialista Popular, leyendo esos manifiestos y después también algunos escritos de otros líderes de América Latina. El PSP era muy amigo de reproducir en Chile textos del peruano Haya de la Torre, del mexicano Cárdenas, leímos “El Tiburón y las Sardinas”, de Juan José Arévalo, presidente de Guatemala, también cosas interesantes del Partido Socialista Uruguayo.

¿Y quiénes eran tus referentes políticos chilenos?

En ese momento era Raúl Ampuero, y lo fue por mucho tiempo. Tenía gran claridad y un sentido ético de la política. Un hombre que llegaba muy temprano al Partido, a barrerlo, nos daba charlas y recomendaciones. Luego don Eugenio González, al que conocí después cuando ingresé al Pedagógico, él era Decano de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación. Después fue Rector de la Universidad de Chile. Me acuerdo de una vez que fuimos a entregarle el carné del Partido Socialista. Como a las 2 de la tarde en su oficina, con Enzo Faletto y Lucho Alvarado, el núcleo socialista que teníamos en el Pedagógico, no éramos muchos más. Él estaba tomando leche con unas galletitas de soda y nos dice “para qué, si los carnés no sirven para nada, yo soy socialista de corazón, nací socialista y moriré socialista, pero sin carné, para qué me lo traen”. A nosotros nos pareció ahí que no tenía ningún sentido tener carné, que la condición de socialista no estaba dada por un papel, tampoco sólo por las lecturas.

Yo no conocí en persona a Eugenio González, pero siempre me pareció un personaje similar al alcalde de Madrid, Enrique Tierno Galván.

Claro. Como Tierno Galván. Menos poeta que el alcalde de Madrid, pero la misma figura ética. Además, los dos eran socialistas populares. Tierno Galván era del Partido Socialista Popular de España. Don Eugenio pudo haber sido una figura mucho más señera de lo que fue. Yo le tenía gran cariño. Cuando vino la Reforma Universitaria el '67 y '68, yo era dirigente estudiantil de la escuela de Sociología. Siempre he pensado que fui responsable en alguna medida que don Eugenio renunciara después a la rectoría. Porque fuimos con jóvenes socialistas de distintas facultades a presionarlo para que se pusiera a la cabeza de la Reforma Universitaria. “Don Eugenio –le decíamos- ésta es la revolución que usted alguna vez soñó”, porque él había sido presidente de la Fech de los años '20 junto a los anarquistas. Pero nos decía, “no, jóvenes, no es el momento, no están dadas las condiciones”. “Don Eugenio, están todas las escuelas y facultades tomadas, yo soy dirigente del Pedagógico, aquí estamos dirigentes socialistas de varias facultades, ¿por qué no se pone Ud. a la cabeza como Rector?”, le insistíamos. Después acompañamos a Allende a hablar con él, pero ahí nos dijo “no, yo ya renuncié”. Fuimos los propios socialistas los que no lo supimos comprender, así como posteriormente no entendimos a Allende.

¿Pero tú no estudiabas Historia?

Es que primero estudié Historia y Geografía en el Pedagógico de la Universidad de Chile, luego salí a Checoslovaquia a hacer una maestría en Geografía y cuando volví a Chile entré a Sociología, que era un antro socialista.

En algún momento te inscribiste en Derecho...

Sí, pero no me gustó mucho Derecho, donde todos usaban corbata y había unos

mozos que se ponían librea. Además, eran muchas menos mujeres que en el Pedagógico, que era mucho más entretenido, tenía unos jardines maravillosos, no había donde perderse. Además, siempre me había gustado la historia, como también me gustaba la geografía.

Después de egresar te fuiste a Praga con una beca.

Fui el primer socialista que atravesó la Cortina de Hierro. Los checos fueron famosos siempre por tener muy buenos geógrafos y yo estaba interesado en la geografía económica. Había tenido unos cursos aquí en el Pedagógico y me pareció muy interesante como enfoque la geografía económica. Estaba de alguna manera dentro del debate de los términos del desarrollo en aquella época. Cómo desarrollábamos la minería, cómo desarrollábamos la industria del hierro, cómo se desarrolla el salitre y la pesca. Era una disciplina extraordinariamente interesante –y lo es todavía- para los efectos de tener un enfoque claro de cómo se puede desarrollar un país.

Esos dos años en Praga, al parecer, más bien confirmaron tu vocación socialista en lugar de cuestionarla.

Sí, absolutamente. Lamentablemente nunca conservé lo que escribí entonces. No tenía muchas luces tal vez de carácter ideológico político. Recuerdo, sí, haberle escrito a Renato Julio, un gran amigo que murió, contándole por qué seguía siendo socialista a pesar de la experiencia que estaba viviendo en Checoslovaquia.

¿Había signos de falta de libertad y de represión en esa época?

En la Universidad tenía dos profesores, Badlas Hoffer y Joseph Brinke, que trabajaban directamente conmigo en distintos idiomas, yo sabía algo de francés e inglés y rudimentos de checo. Ellos eran muy disidentes, yo captaba las buenas razones por las cuales eran disidentes. Cuando me preguntaban por qué yo no era comunista y seguía siendo socialista, era capaz de decirle las diferencias que existían entre comunistas y socialistas. Ya en esa época sabía claramente lo que ocurría y no me gustaba Antonin Novotný, líder del Partido Comunista Checoeslovaco y presidente de ese país, una suerte de Stalin reencarnado en la realidad checa. Novotný era de esos personajes secos, sin ninguna gracia, pero un gran burócrata del Partido.

Como yo había tenido como socialista chileno una experiencia antiestalinista, sabía perfectamente lo que significaba el estalinismo. No nos gustaba que no pudiéramos escuchar radios de Occidente. Entonces estaba apareciendo uno de los fenómenos más espectaculares que yo viví de joven, Los Beatles. Para escucharlos debíamos tener una radio transistor pequeña, como la que tenían los estudiantes árabes, que manejaban mucha plata y podían comprarse una radio a pilas. Nosotros no podíamos, teníamos un receptor que solamente

permitía escuchar la radio checa. Entonces escuchábamos a Los Beatles con un compañero que lograba sintonizar por onda corta radios de Londres.

¿Ese vínculo con Checoslovaquia te hizo celebrar después la Primavera de Praga el '68?

Por cierto. La declaración del Partido Socialista para solidarizar con la Primavera de Praga la hizo Clodomiro Almeyda conmigo. Yo era su ayudante en la Universidad y me dijo “Ricardo, Ud. que sabe de Checoslovaquia, póngale unas líneas a esta declaración”, así que escribí algunas cosas en ese texto de rechazo a la invasión de la Unión Soviética en Checoslovaquia. Todos los jóvenes comunistas chilenos que vivían en ese momento en Praga dejaron la Jota y el PC por la invasión, que fue respaldada por los comunistas en Chile. Yo ya estaba lejos de aquello, me pareció un crimen absurdo, ridículo, porque el socialismo democrático podría haberse instalado en Checoslovaquia y en otros países de Europa Oriental. Serían hoy sociedades extraordinariamente progresistas y no como ahora que hay varias medias fascistas. Ése fue un gran error de la Unión Soviética. Por eso yo reivindico el carácter señero de la declaración del Partido Socialista, que ya se había expresado el '56 contra la intervención soviética en Budapest, Hungría.

Al parecer, a tu regreso te volcaste de lleno a la actividad política. Volviste el '65 y estuviste en el Congreso del PS en Linares, y después te elegiste miembro del Comité Central en el Congreso de Chillan el '67.

Ya estaba metido en política antes de irme a Praga. Lo que pasa es que se reafirmó porque era el momento de la Revolución Cubana. El '65 soy candidato a la presidencia de la FECH por la Brigada Universitaria Socialista y saqué hartos votos. Ganaba entonces la Democracia Cristiana. Entré primero al Comité Central del Partido como delegado de la Juventud Socialista, fui uno de los 10 delegados jóvenes al Congreso de Linares. Ahí se produjo una de las peleas históricas más espectaculares que he visto, entre dos personajes que a mí siempre me llenaron la imaginación, Ampuero y Allende. Se pelearon cada uno desde una tribuna, como grandes tribunos. Nunca he vuelto a ver una pelea ideológica de contenido tan elevado. Había perdido Salvador Allende el '64, él culpaba a la incapacidad del partido dirigido por Ampuero de generar las condiciones para ganar. Allende imputaba a Ampuero haber llevado al PS a una izquierdización que le cerraba posibilidades de ser mayoría en la sociedad. La verdad es que Ampuero nunca fue muy izquierdista, lo que pasa es que fue muy socialista en el sentido auténtico y tradicional de la palabra, un hombre por los cambios, impulsor de la transformación social. No era anticomunista, aunque era capaz de fustigar a los comunistas cuando lo consideraba necesario, tenía una sólida formación ideológica. Ése fue mi primer Congreso, de importancia histórica, con dos grandes líderes del socialismo chileno.

¿Con quién te alineabas en esa discusión?

Yo creo que ahí nos alineábamos con Altamirano, que ya aparecía como uno de los principales liderazgos intelectuales. También con Clodomiro Almeyda, que era el líder para todos los que éramos universitarios. Porque era nuestro profesor, además de tener una espectacular imaginación ideológica y política. Con él me peleé después en la RDA, pero nunca dejé de reconocer que fue uno de los dirigentes políticos más preclaros que he conocido.

Ya veníamos desilusionados de Ampuero, pero nunca éramos tan allendistas como para seguir las aguas de “este señor reformista”, como decíamos de Allende. Por cierto, la historia demostró que él tenía más razón que yo y que nosotros. Después, en el Congreso de Chillán el '67, nos alineamos con las posiciones más de izquierda, la línea del Frente de Trabajadores, como superación de la línea anterior del Frente Popular. Ahí se expresó también la desvalorización del camino electoral y el señalamiento de sus limitaciones. Pero muy pronto después vino la elección complementaria de senador en la Araucanía, en el Partido había que votar si apoyábamos o no al académico radical Alberto Baltra, y la mayoría de nosotros votó a favor del apoyo que finalmente le dio el Partido Socialista.

Raúl Ampuero ya se había ido.

Se había ido. En realidad, lo habíamos expulsado. Digo “habíamos”, porque yo también ayudé. Ampuero cometió el error de comenzar a minar la posibilidad de que Allende fuera candidato nuevamente, porque si bien había perdido con Frei el '64, seguía siendo el líder indiscutido de la izquierda, además el único que podía unir a radicales, socialistas y comunistas, y lo que venía de la Democracia Cristiana, el MAPU.

Tampoco entendió muy bien nuestro Ampuero el impacto de la Revolución Cubana, que alimentaba el entusiasmo de una generación completa de gente, no sólo jóvenes universitarios como algunos creen, sino también de jóvenes obreros, poblacionales, y un porcentaje muy alto de los trabajadores. Fidel Castro era una figura que movió la imaginación de todo el mundo en América Latina. No entender lo que significó Fidel Castro en América Latina es no entender a América. Yo diría que eso influyó mucho en mí y en mucha gente. Nunca hemos estudiado muy exactamente lo que significó la Revolución Cubana. No fue un amor irracional, no fue un cariño que surgiera de la noche a la mañana. La Revolución Cubana en un momento fue la expresión de una rebeldía latinoamericana muy profunda. Una cosa muy antinorteamericana. También era la lucha en Vietnam contra la intervención de Estados Unidos, la invasión a Panamá y a Guatemala.

Tú participaste de esa marcha por Vietnam.

A p e pelado, porque se nos echaron a perder los zapatos. Eso fue desde Valparaíso a Santiago.  ramos miles de jóvenes, con Gladys Marín a la cabeza y también Carlos Lorca, en fin, otros más que veníamos de la Universidad. Algunos nos quedamos en Quillota, en un restorán que nos ofreció gratuitamente unos botellones y nos quedamos ahí comiendo sanguchitos mientras otros caminaban con gran entusiasmo. Obviamente éramos socialistas los que nos quedamos ahí. Los comunistas siguieron caminando como corresponde, dirigidos por doña Gladys.

Y desde ese amor a la revolución,  c mo encajaron en la campaña electoral de Allende?

Buena parte del triunfo se debió a la sabiduría del Partido Socialista, que no siempre la hemos tenido. Pero yo creo que lo más sabio del mundo fue exactamente entender que Allende era una esperanza cierta. De que lo que significaba Allende con la Unidad Popular era una alternativa única en el mundo de construir una sociedad mejor a través del voto. Y nos volcamos todos a obtener los votos como fuera, a recorrer el país, nos subimos al Tren de la Victoria, que fue el tren que hizo recorrer a Allende desde La Serena hasta Puerto Montt. Nos quedábamos en los lugares más increíbles, donde Allende pedía que pararan el tren. Los maquinistas eran todos socialistas, así que paraban donde Allende les dijera, en Mulchén, en cualquier lugar. Nosotros repart amos volantes de la campaña, él hacía un discurso desde la escalerilla del tren, se juntaban miles de personas. Recuerdo que partimos de San Bernardo y terminamos en Puerto Montt.

El Tren de la Victoria se fue ornamentando con globos y banderas, iban muchos artistas, que se bajaban a guitarrear.  ngel Parra, los Quila, muchos otros m sicos. No solamente lo pasamos muy bien, formamos parte de una generación que se volc o entera a buscarle una alternativa a este país. El fracaso de la democracia con Frei era evidente, lo sentíamos, lo sentía la gente, que la realidad estaba muy lejos de sus promesas, que por lo demás es algo que le puede pasar a este presidente actual.

Dime una cosa, Ricardo. Yo era muy chico en esa época, pero accedí durante la dictadura, desde una perspectiva más racional, a leer el programa de la UP y el programa de Tomic. Me resultó inverosímil la similitud de ambos programas. Uno se pregunta cómo no hubo unidad social y política del pueblo y un gobierno de mayoría detrás de un programa que era claramente de mayorías.

Tienes razón. Creo que ahí el sectarismo socialista fue clave, sectarismo también del Partido Comunista, tal vez en menor medida. Pero también de una generación completa que veníamos de vuelta de lo que había sido la Revolución en Libertad de Frei. Veníamos de vuelta de las promesas incumplidas de una reforma agraria real, de nacionalización del cobre, de inicio

de una transformación social verdadera, de terminar con las poblaciones callampas que teníamos en Santiago, no se había cumplido. Y el Partido Socialista nunca leyó bien lo que significó Tomic en la Democracia Cristiana. Nunca leyó bien que éste era un personaje extraordinariamente más progresista de lo que era la media de la Democracia Cristiana y que detrás de él estaba una corriente muy importante de democratacristianos que creían en la revolución. Ellos habían intentado hacer una revolución, la llamada Revolución en Libertad y, por lo tanto, no fuimos capaces de entender el periodo histórico que vivía Chile, porque ¿qué pasaba si nos uníamos en torno a Tomic o en torno a Allende? Habríamos sumado al 65 o 70 por ciento de los chilenos. Los dos representaron el sesenta y tanto por ciento en la elección. Eso significaba una transformación real y una mayoría ciudadana muy poderosa detrás de un programa de cambio. No fuimos capaces de leer aquello, me incluyo, no fuimos capaces de entender la trascendencia que tuvo dentro de la Democracia Cristiana el surgimiento de una figura y un liderazgo tan potente como el de Radomiro Tomic. Puede ser que la amistad de Allende con Tomic no fuera lo suficientemente poderosa. Curiosamente, Allende era más amigo de Frei. Hay muchas variables subjetivas que pueden explicar aquello, porque si uno miraba los dos programas, eran programas muy de avanzada, Tomic también estaba por la nacionalización del cobre. Pero había un conjunto de factores que hacían que no fuera posible... Había desconfianza gigantesca.

¿Qué explica que el mismo partido que fuera la base del triunfo de Allende, al año siguiente en su congreso en La Serena, declarara la inevitabilidad de la ruptura final, cuando el proyecto de Allende era la construcción del socialismo en democracia?

Mira, yo escribí un libro que se llama “El Gran Desencuentro”. En el Congreso del PS, para ser riguroso históricamente, no hay una definición de esa naturaleza. En ninguna parte de las resoluciones escritas hay algo que dijera explícitamente aquello. Eso es lo que se ha dicho muchas veces, porque era la consecuencia lógica de las resoluciones del Congreso de Chillán. Además, se eligió a Altamirano como Secretario General. La dirección política que surgió del Congreso del Partido no fue una dirección que tuviera en cuenta la necesidad de asumir el mensaje de Allende, la postura de Allende, la visión de Allende, la impronta que Allende le había dado a su candidatura y a su gobierno. No entendimos lo que había detrás de esta idea de querer un socialismo en democracia y libertad, eso que es clave no lo entendimos cabalmente. El mensaje de Allende fue siempre socialismo en democracia, pluralismo y libertad.

Para nosotros -para mí también, con franqueza- fue solamente una frase que no tenía contenido y obviamente tenía un contenido trascendental. Esa frase, por lo demás, Allende ya lo había dicho en 1938 cuando fue ministro de Salud y repetido en 1947 en un discurso que hizo en el Senado. Entonces, yo diría que buena parte del Partido Socialista se metió detrás de la lógica que impulsaba el

liderazgo de Salvador Allende. Por cierto, un pequeño sector, pero muy activo, no necesariamente comandado -como algunos han dicho- por Carlos Altamirano, entendía que lo que pretendía Allende era una suerte de anomalía histórica. Nos faltaba el Palacio de Invierno y resulta que el Palacio de Invierno estaba ocupado por un socialista. Esa es la gran contradicción. Porque la idea de la revolución venía de una impronta marxista leninista que había penetrado profundamente en un sector importante del Partido Socialista.

El PC entendió mejor el mensaje de Allende y dejaba, probablemente para una fecha mucho más lejana, el asalto al poder. Pero muchos, no solo en el Partido Socialista, también en el MAPU, por supuesto en el MIR, pensaban que el gobierno de la UP era para generar las condiciones que facilitarían el asalto al poder. Y esas dos líneas estratégicas pugnaban.

No sé si era propiamente el asalto al poder. Por de pronto, los asaltos al poder se hacen por la vía armada. Y aquí nadie propició dentro del gobierno de la Unidad Popular que pudiéramos armarnos. Otra cosa fue que se armaron algunos grupos en respuesta a que la derecha se había armado a través de todos esos grupúsculos, Patria y Libertad, Comando Rolando Matus, en fin, pero nadie pensaba... El MIR quizás un poco, pero ni siquiera Miguel Enríquez, yo diría que ninguno de ellos pensaba que dentro del proceso de la Unidad Popular teníamos que asaltar el poder. Lo que peleábamos era profundizar las transformaciones y en vez de 99 empresas en poder del Estado, tenían que ser 200. Se desbordó muy rápidamente el programa de la UP en todos los aspectos.

Ricardo, tú eres testigo privilegiado, quizá por azar o circunstancia, de un momento histórico muy relevante. Porque estabas de Secretario General de la Universidad Técnica del Estado, donde el día 11 el presidente Allende iba a dar una conferencia de prensa para anunciar una convocatoria a plebiscito.

Efectivamente. Iba a ser un acto, teníamos dispuesto al frente de la casa central de la Universidad una cantidad de sillas. No iba a haber muchos estudiantes, yo había conversado con Osiel Núñez, el presidente de la Federación, para que no llegaran en masa los jóvenes, sino sólo un grupo y el cuerpo docente, bajo el eslogan, “No a la Guerra Civil”. Había una exposición muy bonita que después quedó clandestina por ahí en San Fernando y se recuperó, una exposición preciosa, No a la guerra civil, No al Fascismo y cosas de ese tipo. Pusimos hasta la alfombra roja, iba a estar el presidente de la República. El día anterior, lunes 10, llega una persona que yo conocía en representación de La Moneda para revisar los preparativos, era el jefe de la ORIT, el departamento de comunicación del Gobierno. Él me dice que el acto es súper importante, que debía haber el máximo de difusión posible y no tener ninguna falla, porque el presidente iba a convocar a un plebiscito. Además, me comunica que la radio de la Universidad haría de cabeza en la cadena nacional. Llamé a Erich Schnake para preguntarle si era verdad que Allende iba a llamar a plebiscito y

Erich me dice que el presidente ya tomó la decisión, independientemente de las opiniones del Partido Socialista y del Partido Comunista, a quienes no les parecía. El decidido era Allende.

¿Cuál podemos imaginar era el diseño político? ¿Cuál podría haber sido la pregunta a plebiscitar?

Perdía Allende y se iba. Él tenía claro eso. Lo tenían claro también José Tohá y Orlando Letelier. Ellos tenían claro que el presidente había tomado una decisión y que, independientemente de lo que pensarán los partidos de la Unidad Popular, lo iba a anunciar en la UTE. Eso lo supe el día 10. Hace muchos años que vengo sosteniendo aquello, y ahora recién se está asumiendo que lo que dije hace años atrás es absolutamente cierto.

Era una manera de capitular. Porque había una mayoría contraria que se había expresado en marzo.

Él estaba convencido que podíamos movilizar, habíamos sacado el 43%, no nos faltaba mucho para llegar al 50 por ciento. Pero bueno, era su decisión, yo creo que Allende tenía en su cabeza el temor de que desembocáramos en una guerra civil. Nunca lo he confirmado en ningún documento y la mayor parte de la gente que estuvo muy cerca de Allende en el último período han muerto, José Tohá, Coco Paredes y Arsenio Poupin, en fin, la gente más cercana a Allende, están todos muertos. Pero yo estoy convencido de que Allende tenía en su cabeza la posibilidad de una guerra civil, como la tenían los comunistas claramente. Y no quería una guerra civil.

Yo creo que Allende no quería una ruptura democrática en cualquier dirección que fuera. Tengo el recuerdo adolescente de una marcha a La Moneda donde todos gritábamos “a cerrar, a cerrar, el Congreso Nacional” y también exigíamos clausurar El Mercurio. Lo recuerdo decir, desde el balcón de la Moneda, en respuesta a los gritos, “No voy a cerrar el Congreso Nacional. Quiero el socialismo en democracia, pluralismo y libertad”. Estoy hablando de pocos meses antes del Golpe. O sea, a pesar de la polarización y de la presión de los militantes, su convicción jamás desapareció.

Por eso me molesta mucho que haya sectores de izquierda que reivindican a Allende disparando. Allende no es eso, es mucho más que eso. Es ministro, es diputado, senador, Secretario General del Partido Socialista. Es un republicano. El personaje que Allende más admiró fue Recabarren, también Balmaceda y, por cierto, al Padre de la Patria. Por el Che Guevara, sí tenía una admiración especial... Estando en Cuba tuvo una conversación al parecer muy cercana con el Che, ambos eran médicos. A Allende le pareció una personalidad muy interesante, como seguramente lo fue.

Yo escuché a Allende más de una vez, en distintas oportunidades, una en el

Estadio Nacional, anticipando lo que iba a hacer ¿Te acuerdas? “Tendrán que acribillarme a balazos...”

Así es, tenía la figura de Balmaceda en la cabeza. Si tú miras la carta que escribió Balmaceda el 18 de septiembre de 1891 en la legación argentina cuando se suicida, la famosa carta, hay frases completas que son iguales a las del Chicho cuando habla en Radio Magallanes al momento del Golpe. Estoy seguro de que cuando supo que iba a morir pensó en Balmaceda. Nunca se ha hecho la comparación. La gente que estuvo con él sabe perfectamente que improvisó su discurso póstumo. El Cacho Soto, médico personal y mucha gente más, la Payita, en fin, la gente que estuvo con él en La Moneda antes del bombardeo sabe que para que no se le cortara la comunicación, Allende se metió debajo de un escritorio con el micrófono. E improvisó.

¿No tenía ningún papel?

No. No tenía papel. Todas esas frases famosas las dice ahí a capela. Increíble. Yo creo que se aprendió desde muy joven las cartas de Balmaceda. La tengo acá en mi escritorio. La reproduce completa en mi libro porque siempre me pareció muy interesante. Allende era un republicano que creía en nuestro país. No era nacionalista en el sentido estrecho de la palabra, era un tipo que amaba mucho a su patria. Un patriota en el sentido más integral de la palabra.

Tú te has vuelto totalmente allendista con el tiempo.

Yo lo que quiero es tratar de reconocer a Allende en la otra dimensión, la del demócrata, socialista convencido, cuyo único error es no haber encabezado un partido socialista democrático como yo pienso que debe tener Chile. Él era la única persona que estaba en condiciones de hacerlo en Chile, porque él era esencialmente democrático y creía que el Partido Socialista debía ser un partido democrático en el sentido más liberal de la palabra. Allende nunca fue marxista en el sentido más integral, menos aún leninista. Hay un discurso en el Senado a propósito de la Ley de Defensa de la Democracia, en respuesta a la acusación contra Neruda, que era su colega senador. Allende hace una intervención y dice “nosotros, que somos marxistas”. Es la única oportunidad en que él se declara marxista. Seguramente no marxista como éramos todos los demás. Allende no era un ideólogo en el sentido que lo eran Clodomiro, Altamirano, Eugenio González o Adonis Sepúlveda. Era un líder popular que tenía gran cercanía a la sensibilidad media de los chilenos, una extraordinaria cercanía, no solamente con el mundo popular sino también con la clase media. Si uno mira la votación de Allende cuando fue Senador por el extremo Sur del país, es votación de clase media, también cuando fue Senador por Tarapacá, Antofagasta y Atacama, es mucha votación de clase media. De esa clase media emergente vinculada con lo que provocó el liceo en Chile, del que tú y yo fuimos beneficiarios, de la existencia de un buen liceo público gratuito, y la universidad pública gratuita.

Eso era Allende. No es fácil, como ocurre con toda figura que pasa a la historia de la manera en que pasó él, todos tratan de capturar alguna dimensión de su vida que justifique su acción.

Tenía cercanía con el MIR, sí. Porque tenía gran cariño por su hija Tati, que era mirista, y por Miguel Enríquez también, pero no por eso puede decirse que hubiese estado vinculado con lo que pensaba el MIR en ese momento. Ni siquiera lo que pensaba el ala más de izquierda del Partido Socialista, al cual puedo haber pertenecido yo. No, Allende tenía claro cuál era el desafío, era el único que lo tenía claro, precisamente ése es el problema.

Yo creo que se suicidó porque quiso morir con la muerte de su proyecto.

Claro. Hernán del Canto va la Moneda el Once enviado por la Comisión Política del Partido Socialista que se había reunido en un local de avenida Portugal. Tenía que preguntarle a Allende qué requería del Partido. Logró llegar donde estaba y -no lo digo yo, lo dice una gran periodista que investigó, Patricia Verdugo- Del Canto le dice, “compañero, vengo de parte de la Comisión Política a preguntarle lo que debemos hacer en estas circunstancias”. Y Allende le responde, poco antes que muriera, “pero si nunca me han consultado, por qué lo hacen ahora. No, muchas gracias. Hasta luego”. Ese momento refleja su gran sentimiento de crítica al partido, de mucho dolor por la falta de apoyo del Partido Socialista a su proyecto político. Nunca dejó de ser socialista, pero tenía un dolor en el alma. Entonces es una historia trágica, una tragedia griega. Nos embarcamos en una tragedia agravada por militares criminales, con traidores entre ellos. Este país no se merecía la represión que desató después esta gente, por miedo. Si no había lucha armada. En la Universidad Técnica alguien tenía una escopeta para cazar patos. No había armas, fue una de las tonteras de las que se convencieron algunos socialistas y gente del MIR, incluso también comunistas, de que teníamos armas para defender al gobierno popular. Mentira.

Había una cierta ingenuidad. Así como Bitar me contaba que se fue a presentar al Ministerio de Defensa, tú volviste -porque no tenías nada que ocultar- a tu oficina en la Universidad y te tomaron preso.

Nunca pensé que me iban a agarrar. Si yo era un académico de la Universidad, por qué me iban a agarrar a mí. Igual me agarraron, igual me torturaron, igual hicieron las barbaridades que hicieron. Porque había una suerte de ingenuidad. Semanas antes del Once, si le preguntabas a muchos chilenos si iba a haber un golpe de Estado, la gran mayoría lo descartaba. Porque no estaba en el ADN de la historia reciente de Chile que hubiese un golpe de Estado.

Y si lo había, iba a ser una cosa breve, una cosa más bien civilizada, pero la crueldad y la violencia que se desató eran inimaginables.

Cuando llegamos al Estadio Nacional vimos gente asesinada ahí en las afueras. Cuando llegué a la puerta del regimiento Tacna me despedí de mí mismo porque ya sabía -cuando me agarraron- que en el Tacna habían matado a mucha gente. A la gente de La Moneda la mataron ahí. El camión que nos llevaba pasó por ahí y el chofer pregunta "¿qué hacemos con estos hueones?" y un sargento se acerca y le dice "llévate a todos estos hueones al estadio nomás". Por eso el Estadio Nacional para mí fue la posibilidad de sobrevivir.

¿Cómo fue la experiencia del Estadio?

Fue muy duro, muy duro. Por el hambre, porque apenas nos daban comida. Mucha naranja, mucha cáscara de naranja. Yo fumaba. Y eso fue una cosa terrible, porque el cigarrillo se convirtió en una moneda de cambio brutal, había un señor que tenía los cigarrillos escondidos en el baño del Estadio hasta que algunos malvados lo amarraron bien lejos para robarle todas sus cajetillas. La degradación humana en esas condiciones tan duras es brutal. En cambio, después en la Penitenciaría fue una cosa distinta porque estaban los gendarmes. En la Peni después nos llevaron a una calle exclusiva para nosotros los presos políticos y después toda una galería. Era mucho más civilizado, estábamos todos juntos, la familia podía visitarnos y llevarnos comida, era muy distinto.

Estabas en el Estadio Nacional cuando vino esa delegación de Amnesty y la visita del cardenal ¿no?

El Cardenal Silva Henríquez, vestido de negro y calado con su clásico sombrero del mismo color, se subió a lo que era entonces la tribuna presidencial, tomó el micrófono y se le puso un milico detrás. Yo creo que el milico nunca pensó lo que iba a decir el Cardenal. No recuerdo exactamente sus palabras, pero nos llegaron al corazón, entre muchas cosas que nos emocionaron, dijo algo así como que nuestro sufrimiento le recordaba a Cristo y que llevaría un mensaje de paz y esperanza a nuestros familiares agolpados a las puertas del Estadio, cosa que efectivamente hizo. Ahí yo empecé -no a ser católico ni mucho menos- pero sí a querer a algunos curas que se la jugaron como él, porque nos levantó el ánimo a todo el mundo. Dijo unas cosas tan bellas en circunstancias que todo era tan inestable. No sabíamos si nos iban a mandar para el Norte, al Sur, si nos iban a liberar. No teníamos idea. Ésta es una experiencia dura, de las más duras que he tenido en mi vida. Aprendí que la naturaleza humana es capaz de apreciar lo bueno y lo malo que hay en el alma, porque en esas circunstancias yo diría que se expresan las peores pasiones como también las mejores pasiones del ser humano. En esos momentos de tensión máxima.

Saliste de la Penitenciaría como en abril.

Claro. Y una vez afuera me comuniqué con la dirección política del Partido,

con Carlos Lorca, particularmente. Montamos una fábrica de pantalones en la Plaza Egaña, y con una máquina de lavar de una compañera, Livia Sepúlveda, instalamos una lavandería en Bellavista, se trataba de darle pega a la gente para que pudiera subsistir.

¿Por qué no pensaste en irte inmediatamente? Como lo habían hecho tantos...

No me quise asilar. Primero, porque yo no era dirigente del Partido Socialista. Era un académico. Claro, terminamos todos presos, el rector Enrique Kirberg terminó en Isla Dawson y la universidad fue muy reprimida, sobre todo los estudiantes. Terminamos con Víctor Jara asesinado y tampoco era dirigente político. Pero no me dio por asilarme. Yo creo de irresponsable, no por valentía, más bien por irresponsabilidad. Todavía no podía cabernos en el mate que fuera tan brutal la dictadura que se había instalado. Ya en octubre nos dimos cuenta, cuando comenzamos a saber de la Caravana de la Muerte. Cuando empezamos a conocer esas barbaridades, nos dimos cuenta de que esta gente había llegado con el ánimo de aniquilarnos.

¿Tú ya te habías ido cuando cayó la dirección clandestina de Lorca, Lagos y Ponce?

Yo me voy en Septiembre del '74, cuando Carlos Lorca aún estaba vivo. De hecho, conversé con él pocos días antes de partir, en un departamento de la Villa Frei. Ahí estuvimos discutiendo el famoso Documento de Marzo. Yo desde que lo leí le dije a Carlos que había algunas aseveraciones que no compartía, que aún no comparto. Pero fue un documento muy valioso, considerando el poco tiempo transcurrido desde el Golpe, además escrito por gente muy valiosa.

Renato Julio, tu viejo amigo, te mandó un pasaje a París, donde fuiste después.

Tuve la posibilidad también de irme a Venezuela o a México. Me pareció conveniente irme, además, porque había caído un compañero en la citroneta mía y estaba todavía desaparecido. Me dije, ahora sí que estamos en otra. Fui a ver a mi suegro, que era un caballero muy respetado en el mundo de la abogacía y conocía al ministro de Justicia de Pinochet. Entonces, dije, me arriesgo, fui a sacar el pasaporte, no tuve problemas, y al otro día tomé el avión, el pasaje era en Air France. Así fue como terminé en París.

¿Y por qué la RDA, que fue finalmente tu domicilio más permanente?

Porque llegó Carlos Altamirano a París y me dice, "Ricardo, necesito un secretario ejecutivo que se vaya a Berlín y hemos pensado en ti". Él ya estaba instalándose en Berlín.

Carlos Altamirano te pide que te hagas cargo de la Secretaría de la dirección del partido en el exterior.

Secretario Ejecutivo de lo que se estaba constituyendo como dirección exterior del Partido Socialista. Yo no quería asilarme en Francia. Tenía posibilidades, pero iba a perder el pasaporte y la nacionalidad, me iban a dar la carta azul, que era una suerte de pasaporte de la Oficina Francesa de Protección de Refugiados, la OFPRA, que te permitía viajar por todo el mundo, pero no entrar a Chile. En cambio, en la RDA mi mujer y yo íbamos a mantener el pasaporte chileno. El día 31 de diciembre lo tiramos al cara y sello: Venezuela o Berlín. Una vez allá, ella se adaptó más rápidamente que yo porque aprendió alemán muy rápido.

¿Tú tenías hijos chicos?

Tenía uno, Diego, que había nacido el '70. La experiencia de Berlín es muy larga de contar, pero ahí aprendí que los valores de la libertad y la democracia tienen bastante más importancia de lo que nosotros les dábamos en Chile. La libertad y la democracia trascienden las dimensiones del poder. Yo diría que la libertad es uno de los grandes logros humanos. Ahí sentí el ambiente opresor, la falta de libertad, la falta de confianza en el vecino. Nunca supe que la Stasi, que era el servicio de espionaje interno de la RDA, me hubiera espiado. Sin embargo, mi hijo pasó a la oficina que hay en Berlín donde uno puede mirar hoy día lo que se escribió sobre cada uno de nosotros, y efectivamente escribieron sobre mí, quién lo escribió, anda a saber tú. No habló mal de mí el personaje que me espió. Incluso las personas más cercanas a Hönecker también fueron espiados.

Por otro lado, la nostalgia por el país, por el verdor de nuestros campos y la nieve en la cordillera, se acrecienta cuando uno está afuera, aunque la gente no lo crea, el terruño sí tiene valor, por algo existe como castigo -fue inventado por los griegos- esto de echar a la gente de su tierra, el exilio. Y claro, mucha gente ha dicho que el exilio fue una cosa dorada, que lo pasamos muy bien. Yo tengo el recuerdo de haberlo pasado pésimo.

Cuando se dividió el Partido Socialista, me fui a España. Traté de evitar la división, incluso vine clandestino a Chile a conversar con los dirigentes para evitarlo. Pero yo veía que se venía y ocurrió de todas maneras. Viví en España un año, conocí allá a Pilar, mi actual mujer. Me fui separado desde Berlín. Como el 60% de la gente en el exilio se separó. Muchísimos. El exilio fue un desastre desde ese punto de vista. Nunca ha sido cuantificado, la cantidad de niños que sufrieron la separación de sus padres en esas circunstancias fue muy grande. El daño del exilio en la dimensión familiar no ha sido estudiado. Creo que Michelle Bachelet estuvo trabajando el tema, pero nunca hemos tenido un informe de lo que eso significó.

¿Qué te enseñó a ti la transición española?

La transición española me enseñó varias cosas. Primero, las transiciones sin una Constitución que refleje el momento histórico concreto son un desastre y creo que una gran falencia en Chile ha sido que no fuimos capaces de ir a una nueva Constitución. Creo que la transición habría sido mucho más exitosa si hubiésemos tenido la fuerza, la fortaleza y el convencimiento de haberle dado a Chile una nueva Constitución. Segundo, el liderazgo. El liderazgo democrático de Felipe González y de Alfonso Guerra no tiene parangón. Tercero, una fuerza democrática surgida del franquismo que representaba Adolfo Suárez, porque el tipo tenía claro que debían dejar atrás la carga de la dictadura. Cuarto, una movilización muy tranquila por el retorno a la democracia, de la gente en las calles. Los jóvenes en las calles, todo el mundo en la calle, sin estridencia, en un momento hay una movilización popular por la democracia muy grande, en la que nosotros también participamos, pero no hay una cosa así de locura, salvo la GRAPO, que era como un brazo armado del Partido Comunista Español, que trató de generar una alternativa.

Volviste a Chile clandestino.

Volví clandestino al principio, el '79.

Volviste a liderar un sector del Partido Socialista luego de la división. ¿Cuál fue el eje de la división? Yo estaba en Chile, participé en el 3° Pleno clandestino y me retiré del PS después de la expulsión de Altamirano. En mi visión, el eje divisorio era casi geopolítico. La presión de la dependencia de los países del Este, de la URSS y la RDA, que sostenían materialmente al Partido, y la tendencia más socialdemócrata, vía pacífica y tironeada por la izquierda democrática europea.

Yo diría que lo que unía a todos los sectores, que de alguna manera tenían una adscripción internacional en la lucha contra la Dictadura era que todos teníamos claro que Estados Unidos no podía seguir haciéndose el leso del enorme error que cometió en Chile vía Kissinger y Nixon. También los democratacristianos, porque eran muy proclives a lo que estaba sucediendo en Alemania con la Democracia Cristiana. Nosotros más bien nos parecíamos a los partidos socialistas europeos occidentales y el eurocomunismo era un factor muy importante, porque estaban en una reflexión muy de fondo. Ahí la socialdemocracia sueca era una fuerza política que nos apoyó muchísimo, había muchos socialistas dentro de los 35 mil chilenos que había allá, eran unos 2 mil socialistas, todavía hay mucha gente, porque se quedó definitivamente. Y la Unión Soviética también ejercía su influencia. Entonces, todavía había un tema geopolítico, pero yo creo que la definición de los que nos vinimos aquí básicamente fue que nos parecía que seguir pensando en derrocar a balazos al

régimen de Pinochet era un gravísimo error, íbamos a seguir generando más dolor.

Pero Clodomiro Almeyda nunca estuvo en eso, al menos de manera explícita.

Es cierto, el compromiso del Cloro con la RDA fue de tal naturaleza, que aun cuando lo pensara, nunca lo dijo. Por el contrario, en una entrevista de El Mercurio le preguntan cómo se entiende que los jóvenes alemanes estén saltando los muros y se quieran ir a Occidente en busca de la libertad, dijo que eran unos pocos jóvenes que querían ir a revolverla a Occidente. Eso en un momento en que la cantidad de gente que estaba tomando trenes a Budapest y a Praga para saltar a Occidente era enorme y también la que intenta saltar directamente el Muro de Berlín. Cloro nunca vio eso, yo creo que lo pensó y se dio cuenta, pero sentía un compromiso tan grande con la RDA, y particularmente con Hönecker, que lo había tratado muy bien, tanto que después de su caída lo asiló en la embajada de Chile en Moscú cuando él era embajador en el gobierno de Aylwin.

Toda esa experiencia fue muy importante para revalorizar el sentido de la democracia cuando se tiene una visión socialista de la existencia y de la vida. Yo tengo la impresión de que, en el mundo de los Bolsonaros, Trump, la derecha chilena con Kast, y los fascistoides que andan dando vuelta en América Latina, los que vamos a terminar defendiendo la democracia somos la izquierda. Somos nosotros, porque nosotros hemos aprendido a valorar la democracia como expresión política de la libertad. Hay otras dimensiones de la libertad que tenemos que ser capaces de conquistarlas. Pero quienes las vamos a conquistar somos la gente que tenemos una visión amplia de la existencia de la vida, de la economía, la sociedad y la política. Eso lo aprendimos, lo aprendí en la RDA, pero lo había aprendido mucho antes en Checoslovaquia. Y lo reafirmé en la España democrática que renacía.

¿Eso fue lo que terminó dividiendo al PS? ¿La insuficiente revalorización de la democracia?

Hay un congreso del Partido Comunista alemán en Berlín al que llegan Georges Marchais, del PC francés, y Enrico Berlinguer, del Partido Comunista italiano. Se fueron de esa reunión después de leer ambos una intervención considerada muy antisoviética, o no soviética, por decirlo más claramente. Para nosotros ese fue el momento en que por primera vez se triza el llamado Bloque Comunista. Después empezamos a leer las reflexiones del eurocomunismo. Si algo influyó de manera profunda en el desarrollo ideológico y político del socialismo democrático fueron las críticas al comunismo soviético hechas por los comunistas occidentales. El eurocomunismo fue un momento mágico. De personas que, siendo muy comunistas, hacían referencia a cómo se había frustrado la posibilidad de un socialismo democrático en Chile. Tanto así que en Italia toda la política del Partido Comunista pasó a ser la búsqueda de un

entendimiento con la Democracia Cristiana. En ese contexto se inscribe el asesinato de Aldo Moro, que era uno de los líderes proclives a ese entendimiento. Y la referencia siempre era la experiencia de la Unidad Popular en Chile.

Llegar a un entendimiento con la Democracia Cristiana en Chile pasó a ser una motivación común de casi todos los partidos de izquierda chilenos. Pero la DC no estaba suficientemente madura aún para entenderse con el socialismo de Almeyda y los comunistas, por eso los primeros que tenemos contacto con ellos fuimos nosotros. Yo, particularmente. Acabo de hablar en un homenaje a Gabriel Valdés, en el que recordé cuando me invitó a su departamento en el parque Forestal, encuentro que permitió más tarde la redacción del Manifiesto Democrático, que sentó las bases para que después se constituyera la Alianza Democrática. Nunca le hemos reconocido a Gabriel Valdés su valentía, porque entonces dentro de la DC, incluido don Patricio Aylwin, no estaban disponibles para entenderse con socialistas marxistas que venían de lo que para ellos fue el desastre de la Unidad Popular. Gabriel tuvo la virtud de convocarnos a radicales, liberales y socialistas, en lo que fue el inicio de la búsqueda de una salida política que tuvo real alcance en nuestro país.

A mí me había enseñado mucho España que todo eso era posible, que el socialismo democrático era una vía posible para reafirmar una sociedad en libertad, que era la mejor antítesis a la dictadura de Pinochet. No era ni el Frente Patriótico Manuel Rodríguez ni otros que se levantaban en armas los que iban a terminar con la dictadura, ellos nos iban a llevar nuevamente al desastre, iban a reafirmar más la dictadura. De hecho, así ocurrió. Cuando el movimiento popular iba en alza y realizan el atentado a Pinochet en el Cajón del Maipo, Lagos termina preso, Germán Correa preso, yo fugado, y todo el movimiento popular que venía en alza desde las protestas de mayo del '83 se va al carajo.

Cuando tú llegaste a Chile a liderar un impulso de reunificación del socialismo, éste estaba muy disperso. La Convergencia Socialista, el PS Histórico de Juan Gutiérrez, el de Mandujano, en fin, me faltan los dedos para nombrar los distintos grupos. Pero tú armaste el Comité Político de Unidad Socialista.

Y le dimos la responsabilidad de dirigir ese Comité Político de Unidad a Carlos Briones, lo nombramos presidente. Ahí estábamos como 6 grupos, salvo la Chispa, la Coordinadora y el PS Almeyda, todo el resto de los grupos socialistas nos unificamos ahí. El hecho es que fue el primer brote de unidad posible. Después entramos como Comité a la Alianza Democrática y en ella representan a esa fuerza socialista unificada, los compañeros Hernán Vodanovic y Julio Stuardo.

Ése fue un momento de ruptura radical con lo que había predominado en el

socialismo chileno. Los sindicaron de amarillos, reformistas. Recuerdo un acto en el Caupolicán donde te gritaron...

Pa' tu madre me gritaron, pero igual pude hablar. A pesar de los griteríos. Sin embargo, en la Convergencia Socialista y también en el Bloque Socialista, tú puedes ver en nuestros documentos, hacemos un llamado a generar condiciones de mayorías. Que en el país se junten realmente todos los demócratas. Y valoramos por primera vez desde la izquierda con absoluta claridad el papel de la Iglesia Católica y del Cardenal Silva Henríquez. Yo diría que fue en el Bloque Socialista donde se empieza a plantear más claramente una separación de la alternativa que estaba representando el Partido Comunista, el MIR y el PS Almeyda. Ahí se produjo un esfuerzo importante, empiezan a tomar posiciones similares a las nuestras, gente del propio PS Almeyda. Cuando me voy a inscribir en los registros electorales y muestro a la prensa mi inscripción, fue tremenda la cantidad de garabatos que me llevé, traidor, pinochetista, en fin, incluso el Granma cubano me fustigó duramente. Sin embargo, a la semana siguiente Osvaldo Puccio y otros almeydistas se fueron a inscribir. A Cloro Almeyda, que estaba en la cárcel, le pareció estupendo que nos inscribiéramos. Y empezamos a inscribirnos todos. Los últimos que se inscriben en los registros electorales para derrotar a la dictadura en las urnas fueron los comunistas. El MIR no se inscribe, estaban bastante destrozados.

En ese esfuerzo se inscribe la decisión de crear el PPD.

¿A quién se le ocurrió el PPD, cómo surge la idea y cómo se toma la decisión?

Sé perfectamente cuándo y dónde, fue en la casa de la suegra de Lucho Alvarado. Estaban Jorge Arrate, Gonzalo Martner, Lucho Alvarado y yo. La idea no le parecía a Ricardo Lagos. Él pensaba que lo estábamos correteando del PS, con su desconfianza eterna, no le parecía. Ahí yo saco una declaración que está en El Mercurio, diciendo que las fuerzas democráticas necesitan un gran partido por la democracia. La ley hacía casi imposible formar un partido. No tenía ningún sentido que intentáramos inscribirnos como Partido Socialista, nadie iba a firmar en la calle señalando su nombre y su identificación con el carné para que lo agarraran los milicos, era completamente ridículo. Lo que quisimos hacer con el PPD fue sortear esa ley inscribiendo un partido que pudiera controlar el plebiscito usando el derecho a tener apoderados que le daba la ley a los partidos legales. Hay una conferencia de prensa que doy yo, como presidente del PS, y en un acto en el Teatro Cariola llamo a la formación de un gran ejército de seis millones de ciudadanos para derrotar a Pinochet.

Esa es la primera apuesta del socialismo renovado que le resulta, que conecta con el sentimiento popular. Se arma un tremendo partido, uno mira las imágenes del No y de la campaña de Aylwin y ve cómo predomina la bandera de los tres colores. Explicame tú cómo el socialismo renovado

después le pone la lápida a ese instrumento tremendo que había creado, que podría haber sido el gran partido socialista moderno, y retrocede para fusionarse con los que habían sido derrotados estrepitosamente en su estrategia política y también electoralmente, porque la bancada de la Renovación era gigantesca y la bancada del Almeydismo era pequeñísima. Dime cómo ocurre ese crimen político.

Desde luego, aquellos que habíamos ganado las elecciones éramos nosotros, los que habíamos salido electos el 14 de diciembre del '89, entendíamos que habíamos ganado los socialistas del PPD. Nos habíamos tomado el PPD, porque lo habíamos creado nosotros. Claro, había ex radicales como Schaulsohn y Rebolledo, gente del MAPU, excomunistas, incluso algunos de derecha liberal, pero la hegemonía de los socialistas renovados era muy grande. Siempre pensé que el PPD fue un gran instrumento, no habríamos logrado generar las condiciones para movilizar una cantidad tan enorme de gente que nos permitiera ese día importante de Chile, el 5 de octubre, tener la capacidad de vigilar la limpieza del Plebiscito en prácticamente el 100 por ciento de las mesas.

En ese período posterior en que nos vamos a la campaña electoral, en marzo, abril del '89, yo a Atacama y otra gente a otros lugares, incluido Ricardo Lagos en Santiago. Aunque Ricardo se dedicaba a recorrer Chile alentándonos a todos mientras Záldivar “le comía la color” en Santiago Poniente. Fue un gran error de Ricardo, que le costó la elección. Mientras nosotros estábamos en campaña se fraguó la unidad. El PS-Almeyda no tenía posibilidad de tener senadores ni diputados en número significativo. Yo vuelvo el día 27 de diciembre a Santiago y el 28 en un hotel del Centro –el Galerías, creo, ahí en San Antonio- participo de este proceso. Sin estar muy convencido, sobre todo cuando escucho a Óscar Guillermo Garretón, que habla en representación del MAPU, que se incorpora también como tal. Yo sabía que ese MAPU había estado en otra cosa muy distinta de la lucha democrática. Después viene el Congreso de unificación del partido en Valparaíso. Me acuerdo la rechifla que me llevé, la rechifla que se llevó Marcelo Schilling, la rechifla que se llevó mucha gente por un grupo de exaltados socialistas que venían detrás de Mario Palestro, de gente que había estado cobijada en el PS-Almeyda. En ese momento nos fuimos a un lugar del Congreso en Valparaíso, que estaba recién terminándose de construir. Tuvimos un grado de debilidad muy grande, porque mucha gente quería que nos fuéramos del Congreso. Ése era el momento, porque si nos íbamos del Congreso no hay unidad, éramos un grupo muy grande. Yo convencí a la gente que no nos fuéramos. Hice un discurso de esos que me salen del alma, que teníamos que preservar la unidad. Y se da el hecho de que en ese congreso eligen a Jorge Arrate de presidente del Partido unificado. Un sector muy importante quería que yo fuera presidente. Entonces al final nos dividimos el período con Jorge. Pero creo que la hegemonía política y orgánica del PS-Almeyda fue la que se impuso al final en el proceso de unidad. Porque, además, el Partido Socialista como tal sufre una división silenciosa, casi

hipócrita, pues la mayor parte de los mejores cuadros del PS renovado se quedaron en el PPD. Se queda en el PPD Ricardo Lagos, que era el líder indiscutido de todos nosotros, termina mucho más cargado hacia el PPD, de hecho, era el presidente del PPD. Yo sigo formalmente de vicepresidente del PPD, pero ya claramente los socialistas empiezan a tener poca presencia en el Partido Por la Democracia.

La unidad socialista podría haberse dado en el marco del PPD.

Sí. Clodomiro Almeyda estaba de acuerdo. Lo conversé con Cloro estando preso, también con Ricardo Lagos. ¿Por qué no nos unificamos en el PPD? Si ya hemos creado este instrumento, le hemos ganado a la Dictadura, hagamos del PPD una fuerza política grande, se llame socialista democrático o democrático socialista o como quieran, daba lo mismo. Era la principal fuerza, moderna. Era una oportunidad histórica. Siempre he dicho que el único que estaba en condiciones de levantarlo era Ricardo Lagos. Pero él se embarca sólo y exclusivamente en el PPD porque piensa que el PPD iba a ser la gran fuerza que al final nos iba a absorber a todos. Eso no ocurrió. Eso no ocurrió y no iba a ocurrir porque si hay algo que tienen los pueblos es su memoria. Y la memoria, obviamente, estaba en torno al Partido Socialista como sigue estando. Además, el presidente Aylwin eligió como socio privilegiado del gobierno al PS. Me decía, "Ricardo, cómo se llama este pájaro que han inventado, de dos alas, el PPD y el Partido Socialista..." Don Pato no podía o no quería entender. Porque el PPD le competía en su terreno a la Democracia Cristiana.

Era la figura de Ricardo Lagos absorbiendo el conjunto. Es posible que un sector muy importante del Almeydismo no hubiese estado de acuerdo con Ricardo Lagos. Porque Ricardo reflejaba un tipo de liderazgo que no tenía nada que ver con el liderazgo ideológico político tradicional socialista. Él era un líder moderno, era capaz de decir muchas cosas distintas a lo que normalmente dice un socialista o un hombre de izquierda, pero un gran estadista. Ése era un escenario posible. Sin embargo, no hicimos lo suficiente para que eso ocurriera. Ni él mismo tampoco hizo lo suficiente para que ocurriera. Por lo tanto, dejamos de dotar a Chile de una fuerza socialista democrática de una envergadura notable, sería la principal fuerza política en Chile. No me cabe la menor duda que la transición habría sido distinta. Creo que habríamos sido una fuerza muy significativa para darle una impronta progresista a la transición. El tema de la nueva Constitución para el país la habríamos ganado lejos.

A propósito de eso, yo participé en una reunión con el Partido Nacional, con el señor Rivadeneira en su casa, era el presidente de Renovación Nacional. Yo estaba al lado cuando escribimos en una servilleta las cosas que señala el acuerdo. También estaba Gabriel Valdés, y por el PPD estaba Ricardo Lagos. El documento se llamaba "Plena Democracia" o algo así. RN nunca ha sido capaz de reconocer que ellos al final tiraron para la cola e incumplieron el compromiso de ir a una nueva Constitución, no la Constitución de Pinochet.

Eso fue un acuerdo con el Partido Nacional antes incluso que surgiera Renovación Nacional. La UDI nunca estuvo de acuerdo, nunca pensamos que Guzmán estuviera de acuerdo con una nueva Constitución, no estaba en su ADN. Pero sí el Partido Nacional y luego Renovación Nacional.

Los poderes fácticos ahí operaron fuerte.

Pero ahí hubo un acuerdo, también estaba Silva Cimma. Hubo acuerdo explícito en varias cosas, recuerdo, en materia de derechos humanos, en que las Fuerzas Armadas dejaran de ser la fuerza determinante de la democracia en Chile y una nueva Constitución. Hay varias cosas que se escribieron. Seguramente nosotros mismos, nuestras peleas menores, la conformación del gobierno, quiénes iban a ser ministros y todas esas cosas, empezaron a enredar de alguna manera nuestro proyecto histórico.

Tú le reclamas a Lagos lo mismo que le reclamabas a Allende, su falta de compromiso y decisión de constituir una gran fuerza política socialista democrática.

Ni Salvador Allende ni Ricardo Lagos tuvieron en su momento lo que sí tuvieron François Mitterrand y Felipe González en Francia y España, esa visión de que la única posibilidad es un instrumento creíble, grande, poderoso. Jorge Arrate lamentablemente nunca creyó en ese proyecto. Él rápidamente empezó a cuestionarse esa idea. Cuando propusimos a Erich Schnake, histórico entre los históricos del PS, como presidente del PPD, pensamos que iba a generar las condiciones para la unidad, que iba a convencer a Ricardo y a Jorge, que íbamos a estar todos en la idea de hacer este gran partido de la izquierda democrática chilena. No se dio nomás, no sé. Son de los grandes errores que hemos cometido, como el de no haber hecho la unidad social y política del pueblo con Tomic en su momento. Habría sido una transición muy distinta de habernos resistido a dejarnos llevar por los sentimientos socialistas, pero con los sentimientos no se hace país, no construyes futuro.

Creo que ahora estamos en el peor momento. Porque justamente no existen los instrumentos, los dos partidos –PS y PPD– están en su peor momento, si le agregas la situación de los Radicales, y si sumas a la Democracia Cristiana también en un proceso de declive... Entonces, todas las fuerzas que hicieron posible reconstruir la democracia en este país, las libertades, modernizar Chile, con todas las falencias que existen y seguramente existirán por largo tiempo, todas están en un proceso de deterioro notable. Yo creo que es el peor momento de las fuerzas progresistas en Chile en los últimos 30 años. El peor momento.

¿Y tú a qué le apuestas, Ricardo? El nuevo ciclo democrático ¿va a ser posible por la renovación de los actores de la transición o por la emergencia y consolidación de los nuevos actores?

Mira, desde el punto de vista ideológico político, la renovación se instaló. Pero no se instaló en la capacidad de conducir. Todo el mundo reconoce que la renovación, que era un proceso que vivía todo el mundo, fue vital para rearmar un cuadro político distinto al que teníamos en tiempo de la sobre ideologización de las décadas del '60 y '70. Creo que se instaló, se instaló en el Partido Socialista con Camilo Escalona y con todos sus líderes, se hizo sentido común que tú no puedes denostar la democracia y que el socialismo sin democracia no tiene posibilidades de instalarse de manera importante en la vida del país. Se instaló el hecho de que los partidos no son monolíticos, no son vanguardia acerada del pueblo, como decíamos antes, sino que los partidos reflejan momentos concretos de la sociedad. Se instaló el hecho de que las instituciones democráticas ya no tienen el sesgo ni liberal ni burgués, que son instituciones que pueden perfectamente estar, como lo pretendió Allende, a favor del pueblo, a favor de la transformación, a favor de los sectores más marginales. Y que, por lo tanto, no hay que destruir esas instituciones, sino que hay que superarlas. Eso se instaló.

Sin embargo, desde el punto de vista orgánico, de la capacidad orgánica, ni el PPD ni el PS, ni cuando yo fui presidente del PS, fuimos capaces de generar condiciones para el gran entendimiento estratégico de las fuerzas progresistas y de avanzada en Chile. No tuvimos la fuerza, no tuvimos el convencimiento tal vez, pesó mucho más en mí tal vez mi condición de viejo militante. Tengo 60 años de militancia. En fin, puede ser que eso haya sido un factor. Tal vez el hecho de que casi todos nos hayamos ido al Congreso también fue un error. Y luego cometimos otro error, que dejamos de estudiar, dejamos de leer, dejamos de reflexionar en voz alta, dejamos de mirar el mundo, dejamos de reflexionar acerca de las nuevas condiciones que se han generado en el mundo moderno. Dejamos de reflexionar y no hemos reflexionado acerca de los cambios en la naturaleza del trabajo, por ejemplo. A mí me abruma pensar que mis nietos van a vivir un momento distinto a lo que yo pensé que era el trabajo y la forma como éste se organizaba en una sociedad moderna. Para no hablar del cambio climático, el incendio del Amazonas, son hechos políticos frente a los cuales no tenemos respuesta, la izquierda y el progresismo no tienen respuestas. No hay una fuerza sustantiva que ponga a las nuevas generaciones detrás de la defensa del medio ambiente o del objetivo de tener una economía sustentable. En fin, no somos capaces. Hoy día los jóvenes no nos creen, además. Si levantamos la bandera, no nos creen. Y eso creo que es un déficit muy grande.

Para superar esta situación, hay que conocer la historia. Por eso me sigo refocilando en la lectura de mucha historia, en volver a mi cuento, que siempre fue el que me motivó, de leer lo que ha sido Chile. Por eso escribí setecientas páginas de reflexión acerca del socialismo, de lo que fue la Unidad Popular y la historia de Allende, porque creo que el grave error que ha cometido la izquierda en general y el Partido Socialista en particular, es pretender que la gente se siga formando políticamente a través de los matinales de la televisión

chilena. Eso es la mediocridad. Eso es condenar a los chilenos y a las chilenas a la mediocridad total. Y un país mediocre no tiene posibilidad alguna de enfrentar los desafíos de la sociedad moderna. Tenemos un Instituto Igualdad en el Partido Socialista, donde estamos tratando de generar condiciones para abrir un debate. Incluso estamos pensando en una cosa de e-learning, para transmitirlo en todo el país, donde cada uno exponga sobre los temas. Yo sobre la transición. Escalona sobre la historia del Partido Socialista, en fin. Hacer teleconferencias que lleguen a todas partes para que la gente empiece a debatir, comience a reflexionar. La gran virtud de la izquierda chilena durante más de 100 años fue que tenía respuestas intelectualmente muy desarrolladas. Sin esa virtud no existiría Neruda, no existiría todo lo que fue el movimiento artístico cultural de Chile que estuvo particularmente vinculado a la izquierda.

¿Cuál es tu visión de las nuevas formaciones políticas que están captando prácticamente a toda la generación joven que llega a la política?

Mientras sigan denostando la historia, mientras sigan pensando que la historia empezó con ellos, van a cometer un gravísimo error. Mi gran preocupación es esa, porque estos jóvenes tienen a lo mejor muy buenas razones. Me acuerdo de un dirigente de ellos que me dijo, “Allende es un traidor y la Unidad Popular fue una traición permanente”. Mientras sigan pensando que la historia empieza con ellos no tienen destino. Ellos son parte de un movimiento popular, parte de la historia. Mientras no se sientan parte de lo que ha sido Chile como expresión significativa que se ha transformado durante todo el siglo XX y parte del XXI, mientras sigan pensando que Allende y todo lo que significó es algo exógeno a su existencia, que no tienen por qué asumirla, no tienen destino. Yo no digo que vayan a repetirla, por el contrario, digo que para no repetirla hay que conocerla. Esa es mi gran preocupación respecto de ese sector. Tampoco los veo con una visión estratégica de Chile. No los veo con una visión de futuro. Los veo que se han metido muy rápidamente en el coyunturalismo mediocre en que se debate la política en Chile.

Puede ser que aparezca muy pesimista, pero creo que soy realista en sostener que, incluyendo el Frente Amplio y lo que significa, todas las fuerzas progresistas viven un momento de crisis. Un momento de crisis de paradigma. Crisis orgánica y crisis de liderazgo. Por favor, dime, qué liderazgo se puede seguir. No hay. Y eso en la historia de Chile nunca ocurrió. Siempre hubo un liderazgo, en la izquierda siempre hubo un liderazgo claro que reflejaba al conjunto de las fuerzas que querían la transformación de Chile. Desde don Pedro Aguirre Cerda en adelante, no dejamos de tener durante más de 50 años alguien que reflejara aquello. Y no solamente había uno, sino varios liderazgos en disputa, del nivel de las personas de las que hemos conversado.

De las crisis surgen oportunidades.

¿Cuánto tiempo vamos a pasar en esta crisis? Además, esta crisis se junta con la crisis del neoliberalismo como fuerza ideológica y política, como expresión de la organización de la sociedad moderna. Trump es la expresión de un deterioro de la economía mundial. Vamos a estar en un proceso de recesión y no creo que en recesión surjan grandes movimientos de masas, salvo movimientos contestatarios sin mucho destino. Estamos frente a la necesidad de que los partidos y el PS, en particular, retomen un cierto curso, salga del marasmo en que se encuentra a propósito de hechos coyunturales lamentables. Que retome el viejo camino de leer adecuadamente la sociedad en la cual estamos inmersos. Pero bueno, yo sigo pensando que el Partido Socialista tiene un rol importante, que está vigente y dejará de estarlo no porque la historia nos dé la espalda sino porque nosotros mismos no seamos capaces de entender la historia concreta en la que desenvolvemos nuestro quehacer.

Ese es el desafío.

Ésta ha sido la conversación con Ricardo Núñez, un recorrido por su historia que, en buena medida, es la historia de Chile de los últimos 50 años. Gracias, Ricardo, no solo por esta conversación sino por lo que contribuiste a la recuperación de la democracia y a la renovación de la izquierda chilena. Yo soy hijo de esa renovación y, por lo tanto, agradecido, como dicen en México, país al que sé tú quieres mucho.

Agradecido siempre.

Esta entrevista fue realizada en su departamento de Peñalolén el 27 de agosto de 2019.

MARÍA ANTONIETA SAA



María Antonieta Saa Díaz nació en Santiago el 8 de enero de 1943. Profesora de castellano formada en el Pedagógico de la Universidad de Chile, militante política y activista feminista. Fue dirigente del MAPU Obrero Campesino y luego del Partido Por la Democracia. Alcaldesa de Conchalí y diputada en representación de Conchalí, Renca y Huechuraba, desde 1994 a 2014. Desde ese año es Consejera Regional electa en la Región Metropolitana.

Vamos a conversar con una persona que fue sindicalista en el periodo 70-73, militante activa de la lucha contra la Dictadura, una de las voces más poderosas de la causa feminista, impulsora de muchas leyes que contribuyeron a cambiar nuestra cultura, en fin, de las primeras consejeras regionales electas y de más alta votación.

¿Cómo estás María Antonieta?

Súper bien. Me emocioné con esa presentación.

Esto es una conversación interesada y cariñosa sobre tu vida, tu historia, las reflexiones y observaciones tuyas durante el trayecto de tu vida. Estudiaste primero en Santiago, luego en Pitrufquén, más tarde en Quillota y finalmente en el Liceo 7 de Santiago. Cuéntame de tu infancia tan itinerante.

Es que mi papá es abogado y mi mamá es profesora. Por hacerle un favor a un amigo se presentó como candidato a notario en Pisagua y después llegamos a Pitrufquén. Nosotros éramos de Santiago, yo nací en el barrio Yungay, mi abuela tenía un colegio frente a la Plaza del Roto Chileno. Un colegio desde los años Veinte, el Liceo Chileno para señoritas. Ahí empecé a estudiar. Vivíamos en el segundo piso del colegio. Totalmente santiaguinos.

Nos fuimos a Pitrufquén, ahí entré a un colegio de monjas dominicanas, la Escuela Beata Imelda. Siguiendo a mi papá notario, después nos trasladamos a Quillota, donde vivimos hasta más o menos mis 13 años, cuando mis padres decidieron que nosotros con mi mamá nos fuéramos a Santiago a estudiar y mi papá se fue de notario a San Felipe con uno de mis hermanos, que siguió la enseñanza secundaria allí. Viajaban a Santiago los fines de semana. Mi mamá quería que estudiáramos en el Liceo 7 y nos preparáramos para la Universidad.

¿Cómo era María Antonieta niña?

Era tímida, bien tímida, un poco quitada de bulla, pero siempre fui presidenta de curso. Éramos cuatro hermanos, yo la tercera después de los mellizos, dos hombres, que me hacían la vida imposible desde guagua, dicen que me dejaron el colchón encima en la cuna, y luego viene mi hermana menor. Entonces ellos, mi hermano, sobre todo uno, el Pato, era muy activo... siempre me hacían burla, por la edad del pavo... es que yo competía por la lectura de las mismas revistas.

¿Te refugiabas en la lectura?

Claro, yo leía mucho. Y mi papá que quería -ahí empezaron mis primeras rebeliones- que las niñas fuéramos semaneras. Eso quería, que supervisáramos el servicio de la casa. Yo me indignaba. Fue la relación con mi

hermano y con mi papá que me hizo ser muy rebelde, pero no era una rebeldía que se expresara, a pesar de que de repente explotaba, una vez peleé con un amigo de mi papá al almuerzo en la mesa.

Pero te dejaban hablar en la mesa. A muchas no las dejaban.

Yo peleé, no sé por qué. Pero en el colegio lo pasaba bien. Era la presidenta de curso, siempre me elegían la mejor compañera, eso me encantaba. Yo llegué como provinciana a estudiar a Santiago.

Provinciana bien avispada, porque llegando fundaste el Centro de alumnos del liceo 7 de Providencia.

Claro, ahí fui compañera de Neva Milicic, gran amiga mía, hoy día psicóloga infantil, también de María Elena Hermosilla, estudiosa de los medios de comunicación social. Y bueno, revolvimos el Liceo 7 de Providencia, con Neva y otras que estábamos en la JEC, que agrupaba a los estudiantes católicos de liceo. Cuando chica en Quillota tomaba el tren a Viña para ir a una reunión en una parroquia. Era bien católica y cuando llegué a Santiago ingresé a la JEC, que tenía acción en todos los colegios. Era una rama de la Acción Católica, de la Iglesia de los años '50 y '60, que quería acción social. Había un movimiento secundario que era la JEC, también en la universidad, la AUC, y los jóvenes obreros, la JOC. Nosotras éramos dirigentes estudiantiles y hacíamos acción social en los colegios. De ahí viene Enrique Correa, Pepe Olavarría y Juan Enrique Miquel, que después tuvieron figuración política.

Tú entraste a la Democracia Cristiana.

Yo no. Mi hermano, sí, mi hermano Patricio entró a la Democracia Cristiana porque mi papá, si bien era notario y no podía meterse en política, era democratacristiano, muy amigo de Frei Montalva, habían sido compañeros en el Colegio Luis Campino y después en la Universidad Católica. Entonces mi familia era democratacristiana, pero yo ya estaba en rebelión. Igual fui con Pato y mi hermana a la marcha de la Patria Joven con los de la Universidad Católica y me alegré con el triunfo de Frei. Me acuerdo de que cuando salió Frei y la Revolución en Libertad, salí al otro día a la calle a mirar y me decía, "pero si no ha cambiado nada". Eso me sirvió mucho para entender que los cambios eran lentos. Después, cuando era alcaldesa y la gente me decía, "¿cómo no ha cambiado nada"? yo les respondía, "mire, nueve meses se demora un hijo en nacer y cómo voy a hacer las cosas en pocas semanas..."

Tú ingresaste después a estudiar Pedagogía en Castellano, entiendo que por tu amor a la literatura.

Ya en el Liceo leía hartito, me gustaba mucho, pero mi vocación nació por un profesor que llegó al liceo 7, que formó un grupo de lectura de novelas.

Cuando estábamos en lo que hoy día es tercero medio leíamos a Camus y a Sartre. Después este señor resultó ser un abusador, pero nos enteramos después. En esa misma época una mamá descubrió esto, que el tipo se aprovechaba de las más calladitas... Yo lo enrostré en el Parque Forestal, me contestó tratándome de “mocosa insolente”.

Entonces tu pelea contra el acoso viene de larga data.

Fue tremendo para mí porque yo le abrí el camino a este señor. Yo estaba en la JEC, estaban los curas, había orientadores famosos como Enrique Cueto y otros. Yo le abrí el camino a este señor, que llegó a ser Premio Nacional de Educación. No fui víctima, por eso no puedo hacer la denuncia. Cuando supe, el premio ya se lo habían otorgado, no podría hacer eso si las chiquillas que fueron víctimas no hablan. Esa experiencia me dolió mucho. Era un verdadero gurú. Yo estudié castellano a pesar de eso, porque nos abrió todo el mundo de la pedagogía, de lo que se podía hacer desde ese rol, de lo lindo que era discutir con los adolescentes este tipo de cosas, de lo que a mí me había hecho pensar. Por eso estudié castellano.

Entraste al Pedagógico de la Universidad de Chile. Cuéntanos cómo eran los pastos de Macul.

Era bonito, para mí era un mundo extraño, ahí me topé con la política de frentón. Ya estaba el Frente de Acción Popular, el FRAP, era un mundo que yo miraba atraída... No militaba. El recuerdo más fuerte de la política que tengo es la visita del presidente de Venezuela Rafael Caldera al Pedagógico con Bernardo Leighton. Hubo una tremenda manifestación en contra, le tiraban huevos. Yo pesqué a don Bernardo, le tenía simpatía, para entrarlo por otra puerta.

No tuve participación política en el Pedagógico, más bien miraba. Cuando salí del colegio, ya en primero o segundo año del Pedagógico, fui Presidenta Nacional de la JEC. En su representación fui con Pepe Olavarría y Tomás Moulian a un congreso de estudiantes católicos en Alemania. Después nos invitaron a Berlín. Era agosto de 1961, justo cuando estaba el *peak* del conflicto, cuando se decide instalar el Muro de Berlín y se inicia la Guerra Fría.

¿Cuál era tu aproximación al socialismo real en esa época?

Muchos de la JEC, el movimiento general brasilero y otros latinoamericanos ya se estaban acercando a la izquierda. Mucha gente de la JEC y de la AUC, que eran los universitarios. En Brasil, por ejemplo, crearon Acción Popular, que luego converge al Partido Republicano Democrático, uno de los antecedentes del PT. Esos movimientos católicos nos fuimos acercando a la izquierda en esa época, a una izquierda que todavía no se expresaba, la izquierda católica, por así decirlo, la que después yo encontré en el MAPU.

Tú egresaste de Pedagogía en Castellano por ahí por el '65, hiciste una corta incursión como profesora y luego te metiste al programa de alfabetización de la Corporación de la Reforma Agraria, la Cora.

Eso fue gracias a mi hermano, mi hermano democratacristiano que trabajaba en la Cora en la época de Rafael Moreno. Yo me fasciné con la reforma agraria. Sentía que estar de profesora en ese mundo chiquitito era súper valioso, pero participar en lo que generó la reforma agraria me parecía apasionante. Por eso le pedí a mi hermano Pato que me buscara un lugar. Ingresé a la Cora, tuve que dar examen y todo, ingresé al Departamento de Desarrollo Campesino, al programa de alfabetización. Ahí tuve la suerte de conocer a Paulo Freire, gran educador popular brasilero que estaba exiliado en Chile. Hay gente que lo idolatra, era muy influyente, es considerado el padre de la Educación Popular y la Pedagogía Crítica.

Trabajábamos en alfabetización campesina aquí en la cuarta zona, que era Melipilla, Colina, Río Colorado, etc. Todo con este método de Pablo Freire, la pedagogía de la libertad. Había unos cuadros que, por ejemplo, decían Arado, y mostraba un campesino con el arado. Pero una pintora del equipo, Paz Vial, hizo los cuadros y pintó un caballo rosado, entonces los campesinos en vez de discutir del arado para llegar a la justicia social discutían que por qué el arado era rosado. Esto era la concientización. Los cuadros que enseñaban la sílaba llevaban un tema y el tema tenía que llevar a tomar conciencia de la situación social y la necesidad del cambio.

Fue una experiencia lindísima el contacto con los campesinos, aprendí a leer y a tomar choca con los campesinos de Cerro Colorado y Arriba la Cordillera. A las 7 de la mañana estaba yo ahí convenciéndolos. En ese tiempo no estaba en ningún partido.

Cuéntanos cómo te hiciste sindicalista. Tú fuiste dirigente de los trabajadores de la Cora.

Como tenía inquietudes, empecé a hablar en las asambleas. Ahí el dirigente que era Juan Codelia, un democratacristiano disidente -ya en ese tiempo se había creado el grupo que después se convirtió en el MAPU- se fijó en mí porque yo pedía la palabra y hablaba. Entonces me propuso ser candidata al sindicato. Yo andaba ya metiéndome en política. Me gustaba. Incluso estuve incursionando en el movimiento Camilo Torres.

¿Fue con ellos que participaste en la toma de la Catedral?

No. Para la toma de la Catedral el '68 se creó como un grupo ad hoc con un cura de Pudahuel, yo quedé como dirigente. Queríamos protestar contra el Papa, que había venido a Colombia y se había reunido con el presidente de

derecha. El lema era “La Iglesia con el pueblo y su lucha”, lo pusimos en lienzos que daban a la calle. Fue noticia mundial, yo creo que en ninguna parte antes se habían tomado una iglesia. Ahí nos constituimos en un movimiento que se llamó Iglesia Joven.

¿Ese movimiento después se politizó?

Por un tiempo se mantuvo como Iglesia Joven y después convergió con otras iniciativas en la organización de Cristianos Por el Socialismo, que fue muy importante, porque aglutinó a muchos curas.

¿Tú el '70 entonces ya te identificabas con la izquierda?

Sí. Antes de Allende se fue mi último resabio de catolicismo. No más catolicismo. Ahí ingresé al MAPU, en su segundo congreso. Como había mucha gente del agro y yo había sido dirigente de la Cora, Morelia Martínez me dijo, “tienes que presentarte al Comité Central”. “Pero cómo -le dije yo- si vengo recién entrando”. Y qué me dices tú, le rompimos la máquina a Rodrigo Ambrosio, que no me conocía, “¿quién es esta niña, de quién es la compañera?”, preguntaba el líder del MAPU. Bueno, la gente que me conocía del agro votó por mí y llegué al Comité Central habiendo entrado dos semanas antes al partido, sin pasar por la base. Como era una de las poquísimas mujeres y se acercaba la campaña de Allende, participé ahí representando a las mujeres, con la diputada comunista Julieta Campusano, que decía “que la niñita del MAPU escriba esto, la niñita del MAPU que escribe bien”. También estaban Mireya Baltra y María Elena Carrera, recuerdo.

¿Participaste en el Gobierno de la Unidad Popular?

Yo seguí en la Cora, no durante todo el gobierno, después me fui a trabajar al partido. Me enojaba, porque decía, “¿cómo esta gente tan inteligente le deja las mujeres a la derecha y no es capaz de hacer un análisis adecuado?” Por eso me dediqué a las mujeres, aunque estar trabajando en el partido y militar en el frente femenino era despreciado. Todas mis amigas estaban en el frente sindical.

¿Cuándo te asumiste como feminista?

Yo creo que en esa época un poquito, todavía no era tan claro. Fue después del Golpe.

¿Cuál era tu rol en el MAPU?

Fui secretaria del Secretariado, secretaria porque no hallaban mucho donde ponerme. Era la única mujer..... Estaban Jaime Gazmuri, Enrique Correa, José Miguel Insulza...

Fuiste entonces secretaria del Secretariado del MAPU Obrero Campesino. ¿Cómo fue esa división del MAPU entre personas tan cercanas, casi todos de la misma generación?

Fue dramático. Había dos tesis en ese tiempo. No eran las fracciones de hoy, en esa época tenían tesis, no era en torno a personas. No eran los girardistas y los no sé quién....

A pesar de que se les bautizó como MAPU-Gazmuri y MAPU-Garretón.

Pero era la tesis 1 y la tesis 2. Entonces no me acuerdo cuál era el número de la nuestra, pero yo era reformista, amarilla, después descubrí que siempre he sido radical en lo cultural y reformista en lo político.

¿Eso ya estaba verbalizado así en esa época?

Todavía no. Estaban los más ultras, más cercanos al PS y al MIR, con gente como Eduardo Aquevedo en Concepción, Carlos Montes en el Regional Cordillera de Santiago y Rodrigo González en Valparaíso. Garretón se fue con ellos. Yo me alineé con Gazmuri, éramos los reformistas, los que apoyábamos a Allende, más cercanos a lo que era el papel del Partido Comunista. La división fue dramática, fue tremendo, fue infantil también. Muy dramático, porque eran amigos, todo indicaba que Gazmuri iba a continuar de secretario general y sorpresivamente se eligió a Garretón en el Congreso, si Gazmuri le pasó el discurso que tenía preparado para que Garretón lo leyera en el Estadio Santa Laura. Fue muy dramático.

Entonces la llegada de Garretón fue sorpresiva, él no estaba preparado para ser Secretario General en ese momento. Yo entiendo más bien que estaba alineado con Gazmuri.

Claro. Eran muy cercanos Gazmuri y Garretón. La Pita Rodríguez, la señora de Óscar Guillermo Garretón era la más izquierdista. La cosa es que fue dramático, hubo tomas de locales, de la radio, peleas.

¿A ti te quedaron amigos al otro lado?

Sí, varios. Pero la mayoría de mis amigos se quedó con Gazmuri. Porque la gran mayoría de la gente que trabajaba en el gobierno, en la transformación concreta, se quedó en el MAPU Obrero Campesino. Adriana Delpiano venía llegando de Temuco de la Reforma Agraria, Mario Montanari lo mismo, casi todos.

En esa época el MAPU y el y el MOC representaron los dos polos en pugna en la conducción de la Unidad Popular. Unos creían que la UP era en el

fondo un gobierno de transición que debía generar condiciones para el asalto al poder y los otros creían de verdad en el proyecto de Allende de construir socialismo en democracia.

¿Cuál era el lema? Transformar la victoria en construcción socialista. Y el otro era avanzar sin transar. Nosotros estábamos con su alternativa, consolidar para avanzar. Ese drama de alguna manera precede el Golpe.

¿Cómo fue tu Golpe, María Antonieta?

Esa mañana yo estaba en el secretariado del MOC, en la sede del partido. Había tenido un sueño la noche anterior. Bueno, no era difícil tener esos sueños tremendos. Yo vivía con una amiga, Virginia González, entonces le grito a Virginia la mañana del Once, “pon la radio, Virginia, porque soñé de nuevo”, ella pone la radio y era el Golpe. Yo había soñado que, en la bahía de Quintero, donde siempre veraneé, venían los militares por la orilla con unos barcos, una cosa horrible, ella pone la radio y era el Golpe. Me levanté inmediatamente y le dije a Virginia, acompáñame, y nos fuimos al partido. Tomamos una micro, me acuerdo, avanzaba la micro y veíamos a los milicos con beatle naranja ¿te acuerdas? Qué cosa más horrorosa, yo alegaba en la micro, aunque me daba susto también.

Llegamos a la sede y estaba todo revolucionado, la gente quemando cosas. En mi escritorio -tenía una oficinita- estaban todas las adhesiones a los marineros en rebelión. ¿Te acuerdas? Yo tenía todo eso en mi escritorio y estaba asustada porque eran los nombres de mucha gente. Ahí ya estaban Jaime Gazmuri y Enrique Correa, en el 4° piso estaba Asuntos Especiales a cargo de Fernando Villagrán. Con Andrés Guzmán habíamos estado viendo algunas cosas por si había un golpe de Estado. Era tan infantil, mi letra estaba en unas tarjetas que decían que íbamos a poner unas retroexcavadoras en Cerrillos para que no despegaran los aviones. En realidad, puras cosas infantiles. Unos días después del Golpe hojeo el Libro Blanco en un supermercado, el libro donde se mostraba la supuesta conspiración izquierdista para tomar el poder, y ahí estaban los tarjetones con mi letra.... además, tan infantiles, aparecía como la gran conspiración.

Después nos fuimos con Gazmuri y otro dirigente a una casa de seguridad, cruzamos todo Santiago. Recuerdo a Jaime desesperado tratando de comunicarse con Allende a la Moneda, escuchamos la radio Corporación, después las últimas palabras de Allende en radio Magallanes. No logró comunicarse con Allende. Ahí nos separamos, yo me fui en el auto de Alejandro Bell, que era diputado. Alejandro me pidió que fuera a buscar a su señora -éramos amigas- que estaba en el barrio Recoleta para llevarla a San Miguel. Partí en su auto y me doy cuenta de que estaba lleno de papeles comprometedores y la piocha de la Cámara de Diputados. Recuerdo que venía por avenida Grecia tirando los papeles. Trataba de pasar al otro lado del

Mapocho y todos los puentes estaban llenos de milicos. Logré cruzar por allá abajo en Pudahuel, llegué y rescaté a Lili y los niños, volvimos y los dejé en la Gran Avenida. Tengo el recuerdo de haber pasado por todo el cordón industrial y los obreros resistían en muchos lugares, yo creo que murió mucha gente. Pasé por muchas partes hasta llegar a mi casa en la Villa Olímpica. Dejé el auto en algún lado y me fui a pie a encerrarme en la casa, ahí rompiendo papeles. Los echábamos en los conductos de basura, nos dolían las muñecas de tanto romper papeles. Como tres días después vino mi mamá y se llevó una bolsa con todos los discos.

Bueno, ahí viví un tiempo, después me tuve que ir de esa casa y comencé a vagar. Una amiga –chiquilla maravillosa– que era asistente social, María Angélica Palma, me recibió en su casa, que vivía en Colón 8000. Su marido trabajaba fuera, era ingeniero y llegaba sólo los fines de semana. El marido no sabía quién era yo ni a lo que me dedicaba. A la Cora no pude volver, como había sido candidata a la CUT había un letrero con mi foto.

Visto desde ahora y escuchando tu relato sobre el periodo de la Unidad Popular y la irrisoria preparación frente a la eventualidad del golpe, ¿cómo evalúas esa experiencia de la UP y de alguna manera la inevitabilidad de su final?

Yo creo que fue un sueño, tocamos el cielo. Pero fue una tragedia, no fuimos capaces de presentir y dimensionar la enorme tragedia que eso significaba. Eso te hace pensar en que la responsabilidad en la política es algo muy vital e importante y que, si no tienes un buen análisis de la famosa correlación de fuerzas, la verdad es que llevar a todo un pueblo a ese sueño y a ese sacrificio, porque fue el sacrificio de todo un pueblo, es tremendo y una enorme responsabilidad.

Ese fracaso te marcó en tu concepción de la política para el resto de tu vida...

Así es. Así es.

¿Cómo sobreviviste después del Golpe, sin pega y sin partido?

Fue en la casa de esta chiquilla que me acogió y después en muchas otras casas. Porque estaba claro que yo me iba a dedicar a la resistencia. Nunca pensé en irme.

Nunca pensaste en irte, ni siquiera cuando viste que partían tantos de tus amigos. ¿Por qué no?

Porque me sentía responsable de estar acá y no quería irme. No sentía tampoco un peligro así tan dramático. Si bien era parte de la dirección del partido, no fuimos de los partidos más perseguidos.

Pero Gazmuri y Garretón habían salido...

Sí, pero quedaba un núcleo dirigente y yo decidí quedarme. Sentía mucha responsabilidad.

¿Y cómo sobreviviste desde el punto de vista material?

Pobre como las ratas. Había momentos en que no había plata ni para micro, pero siempre en casa de compañeros.

¿No volviste a ser profesora?

No, porque me dediqué al partido a tiempo completo. Una vez choqué un auto llevando la primera declaración de la UP en la clandestinidad, logré salir, no fue un choque grande, llevaba la declaración porque todo el primer tiempo después del Golpe fui correo del MAPU con los otros partidos. Había una dirección del MAPU Interior, Gazmuri estuvo acá mucho tiempo. Enrique salió y después volvió clandestino. Entonces yo me quedé trabajando ahí, era correo.

¿Tenías un estipendio del partido?

Al principio nada. Después de un tiempo me arrendaron un lugar donde vivir, más estable. Era un garaje por aquí por el barrio Los Leones, de Providencia, en la calle Gath y Chaves. Una pieza arriba de un garage. Leí las memorias de Shackleton, el capitán de las expediciones a la Antártida, entonces soñaba que la Dina era el pack de hielo y lo traspasaba...

Pasaba todo el día en la calle, de correo. Me juntaba con gente de todos los partidos para intercambiar correos de la dirección política del MAPU. Estuve en eso como un año. Al final ya no logré seguir más. Después me tocó dedicarme a encontrar casas para la gente más perseguida. No sé cómo nos las arreglábamos, había poca gente dispuesta a correr el riesgo de esconder militantes perseguidos, en eso estuve trabajando mucho tiempo. Más Adelante trabajé haciendo un periódico, Resistencia Democrática. Lo redactábamos, hacíamos los estenciles, que eran unas plantillas con tinta para imprimir, se los llevaba a una chiquilla para que hiciera los dibujos, también los repartíamos. Eso fue varios años. Tengo el recuerdo de haber estado escribiendo los estenciles un domingo en un departamento en Vicuña Mackenna y mientras escribía empezaba a sentir que el ruido que hacía la máquina crecía y crecía, mi corazón palpitaba a todo dar. “Ya, tranquilízate”, me decía. Y después volvía a pasarme lo mismo.

También hice una revista, me acuerdo, con Carlos Catalán. Hacíamos la tapa con serigrafía, silkscreen, nos juntábamos a hacerlo en la casa de la mamá de Catalán, teníamos tapas repartidas por toda la casa cuando imprimíamos.

¿Era una revista cultural o derechamente política?

Política. De resistencia democrática. Me acuerdo una vez que metimos chistes de Mafalda y nos llamaron la atención desde el exterior. Poca seriedad, poca seriedad... Nosotros queríamos meter algo alegre, creativo, también pusimos poemas de Vicente García Huidobro.

Siempre estuve acá en Chile. Nunca dejé de trabajar en eso, me daban un pequeño estipendio. Otra vez me encontré con una persona que trabajaba como correo, venía de afuera, fui al hotel donde teníamos que encontrarnos y nos fuimos a un café. En eso llegan los Carabineros al café y me dicen, "sus documentos". Yo muerta de susto les preguntaba, "¿por qué a mí?". Estaba con un argentino que traía un regalito. Una de las camareras se acerca y les dice, "si no son ellos", era otra pareja que había hecho perro muerto y llamaron a Carabineros... El pobre argentino casi se murió.

¿Cuándo empezaste a trabajar como secretaria de escritores?

Me recomendaron como secretaria de Jorge Edwards. Yo era Verónica Pérez, ésa era mi chapa. Este señor me dictaba y yo escribía a máquina, él después me recomendó a Matilde Urrutia, esposa de Neruda. Así que iba a la casa de Matilde dos veces por semana. Ella quería conversar, era bien sola...

Después trabajaste con Elisa Serrano.

Claro, con Elisita Serrano. Éramos bien amigas. También le escribía a máquina, fui su secretaria. Fue bien entretenido. Era para tener un poco de plata porque éramos bien pobres. También trabajé en la boutique Palta en Providencia, fue mi primer trabajo más abierto, era una mezcla entre junior y gerente de finanzas. Trabajaba con Pato Arteaga, que fue bien solidario, él me dio ese trabajo. Después, con Marcela Serrano y otras amigas, formamos un Centro de Educación Técnica, un CFT, yo era la jefa de la carrera de Secretariado. Ahí me topé con el tema del abuso sexual de los jefes de las niñas, que si no salían con ellos les ponían mala nota en la práctica. En fin, en ese tiempo hice muchas cosas.

¿Cuándo formaron el instituto Isis Internacional en Chile?

Isis fue posterior. Yo el año '80 quise ir a un encuentro feminista en Copenhague, en realidad no feminista, más bien de mujeres. Ahí me encontré con Judith Astelarra, una socióloga argentina que había trabajado aquí en Chile, era una importante teórica del feminismo.

Tú a esas alturas ya habías leído harta literatura feminista ¿ya te sentías parte del movimiento feminista?

Sí, entonces quise ir. La mala suerte es que me mandaron con una compañera campesina que tenía que acompañarla en todo, y era ella a la que entrevistaban. Entonces me podía meter poco, porque quería ver el feminismo y logré que en el Partido me apoyaran para poder ir. Ahí me topé con el Isis, que estaba en Italia. Lo había creado Ana María Gómez, Ximena Charme y Teresa Chadwick, mujeres del MAPU-OC que trabajaban con una norteamericana. Era Isis Internacional, no tenía rama latinoamericana, ahí la crearon y se vinieron a Chile, cuando pudieron volver del exilio. En Italia me conseguieron un *stage* y fui feliz. Estuve primero en Dinamarca y el '82 me fui a Italia por un año a trabajar en Isis. Teníamos la oficina sobre la Piazza Navona, yo vivía en la casa de Ana María Gómez que estaba en el Trastevere, al otro lado del río. Fue maravilloso. Aunque se me desató una depresión grande, fue muy bueno para mí estar en Italia. Ahí tuve contacto con las feministas españolas porque ya conocía a Judith Astelarra, que vivía en España. Me invitaron a un seminario que tuvieron las socialistas ya cuando había ganado Felipe González o un poquito antes, estaba todo el equipo que formó después la Secretaría de la Mujer de España, que fue muy potente en el primer gobierno de Felipe González. El feminismo italiano, además, también había emergido con fuerza.

Mi motivación principal para ir a Dinamarca ya era el feminismo. Así que volví a Chile en 1983 decidida ya a dedicarme al movimiento de mujeres. Renuncié al MAPU-OC porque consideraba que el movimiento de mujeres no tenía que ser dirigido por las mujeres de los partidos. De hecho, a las mujeres que formaron el Círculo de Estudios de la Mujer yo las miraba de lejos y me decía, quiero estar ahí pero no puedo porque estoy en un partido. Estaba convencida que los partidos no podían dirigir el movimiento social... Las miraba de lejos. Me encantaban, pero no me sentía segura como para estar ahí, por eso renuncié a la militancia y entré al Círculo de Estudios de la Mujer, del que fui su coordinadora el año '83.

Después formaron el movimiento feminista.

Formamos el movimiento feminista con Julieta Kirkwood. Nos preguntamos si llamarnos o no feministas. Nos decíamos, no podemos llamarnos feministas, hay muchos feminismos, pero al final decidimos ponernos feministas, para desatanizar la palabra feminista.

Esa es la primera vez que se usa como denominación en Chile. Habitualmente se llamaban movimientos de mujeres.

Ahí conocimos a Elena Caffarena y a Olga Poblete, ellas nos decían, “ustedes son nuestras herederas”. Mujeres fantásticas. Elenita Caffarena me escribió en una tarjeta cuando me nombraron alcaldesa, “perdóneme que no la felicite por el cargo rasca que le dieron. ¿Quién es esta señora Alvear? ¿En qué movimiento de mujeres ha estado?”

Eso te llevó a jugar un rol más o menos protagónico en el movimiento gremial contra la Dictadura. Participaste en la Asamblea de la Civilidad.

Pero eso fue después. En el Movimiento Feminista nuestro lema era “Democracia en el País y en la Casa”. Ahí se fueron haciendo feministas otras mujeres. Las comunistas y socialistas, que habían echado a Julieta de una reunión en los años ‘80 porque había creado un movimiento dentro del Partido Socialista al que bautizó como “Furia”. Después, con Julieta Kirkwood, se creó el MEMCH ‘83, Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer surgido en 1983, que recogía su nombre de la lucha histórica de las mujeres. Las mujeres de los partidos crearon “Mujeres por el Socialismo”. También “Mujeres por la Vida”, que no eran feministas, era un grupo de mujeres políticas de diferentes partidos, Patty Verdugo, Olivia Monckeberg y Fanny Pollarolo, entre otras. Ellas eran mujeres opositoras que querían la unidad de los partidos. Convocaron al teatro Caupolicán a un acto que fue muy potente, con todos los partidos. Era un movimiento con mucha fuerza. De hecho, yo entré a “Mujeres por la Vida”, nos pidieron como Movimiento Feminista que lo integráramos y a mí me delegaron para participar allí. En representación de Mujeres por la Vida participamos en la Asamblea de la Civilidad, eso fue muy importante. Fue el año ‘86, era toda la civilidad y por primera vez, lo que es muy importante, las mujeres estuvimos representadas como mujeres. No nos querían aceptar, pero nosotros dijimos que teníamos una representación nacional, al final nos aceptaron y por primera vez fuimos como mujeres, como sujetas sociales. Yo encontré que eso era histórico, ahí levantamos la primera demanda feminista, de mujeres por la igualdad. Estaban todos los gremios, todas las organizaciones hacían su plataforma, los trabajadores, los estudiantes y las mujeres. Esa fue la primera agenda de igualdad de género.

Las demandas de las mujeres a la democracia.

No. Ése fue otro documento que escribimos el ‘88 con la idea de que lo suscribieran los dirigentes políticos. Hablé con Luis Maira y fracasé, yo quería que el compromiso lo firmaran todos los presidentes de los partidos de la Concertación y se ratificara en uno de los actos que se hicieron entonces. Pero las propias mujeres lo echaron para atrás. No hubo comprensión de lo importante que era políticamente. Con Julieta Kirkwood no se dio una discusión explícita, pero siempre estuvo como debate en el feminismo, si participar o no en la política, era una discusión que en los años ochenta se daba muy fuerte. Recuerdo incluso una pelea muy fuerte en un encuentro feminista al que fuimos muchas chilenas en Perú, entre las mujeres feministas que estaban en los partidos y las que no. Ahí con Julieta decidimos que en Chile no podíamos estar fuera de los partidos que siempre habían mediatizado la lucha social y que nos iba a pasar lo mismo ahora que venía la democracia, si se estaba fuera de los partidos no íbamos a tener influencia.

De hecho, tú viviste con un pie en cada uno y eso te generaba resquemores en ambos lados.

Para las feministas más radicales yo fui una traidora. Incluso me hicieron un juicio una vez, me acusaron de ser una Margaret Thatcher, la que me hacía el juicio era una mujer que creía mucho en el poder, entonces proyectaba, me veía muy poderosa. Fue como un juicio popular, muy doloroso. Por otro lado, en los partidos desconfiaban de las militantes que éramos feministas. Cuando estuve presa como dirigente de la Asamblea de la Civilidad, Jaime Estévez decía, “ésta no es socialista, es feminista”. Pero con Julieta creíamos que era importante participar en los partidos. Yo ingresé al Partido Socialista, al grupo de los suizos. Ahí conocí a Ricardo Lagos, con quien tuvimos una muy buena relación desde el principio, fue él quien me llevó a la Comisión Política del PS cuando se produjo la unidad. Yo ya estaba en la Comisión Política del partido que presidía Arrate representando al lote suizo que encabezaba Lagos. En esas reuniones de partido me espanté con el machismo.

Ahí te reencontraste con Adriana Muñoz.

Con Adriana Muñoz ya nos habíamos reencontrado en el movimiento de mujeres. Ella no estaba en el movimiento feminista propiamente tal pero sí en los aledaños. Ahí nos encontramos cuando volvió del exilio, ella volvió después, con Soledad Larraín, con quien habíamos estado juntas en el MAPU.

Cuando estábamos en el Partido Socialista, teníamos doble militancia, también en el PPD. Yo participé en la fundación del PPD y después decidí quedarme, porque si bien era machista, era menos anquilosado que el PS y era más fácil ahí empujar la agenda feminista.

Justamente quería preguntarte por eso, porque tu grupo de referencia era Carlos Montes, Enrique Correa, la propia Adriana Muñoz, José Antonio Viera-Gallo, en fin, todos los que se fueron al PS y abandonaron el PPD, en cambio tú decidiste quedarte. Recuerdo que eso fue en el marco de una posible candidatura a presidente del PPD de José Antonio Viera-Gallo, que los dejó a todos pagando cuando se fue al PS.

Yo estaba en Barcelona y me llamó Enrique Correa, que estaba coordinando todo eso, para preguntarme si yo los iba a seguir al PS. Me explicó la situación, yo le dije, “me quedo en el PPD”. Es que era más fácil, era un partido más abierto, con más vida democrática.

En esa época.

En esa época.

Tú siempre fuiste una militante política de la causa feminista dentro de los partidos y viviste las dificultades de esa causa. Cuéntanos cómo viviste este proceso de deterioro de la vida democrática del PPD, su captura por intereses personales y, en paralelo, también su izquierdización.

Ha sido muy triste para mí. Porque había mucha esperanza en que el PPD fuera un partido distinto, Gramsci dice que si queremos la democracia los partidos tienen que ser democráticos, y cada vez el PPD era menos democrático. Yo siempre me resistí a estar en un lote, me resistía a hacer la política de esa manera. Y bueno, se fue dando el deterioro. El primer choque que tuve fue cuando me quitaron la candidatura, tú sabes, porque fuiste solidario conmigo. Yo no podía entenderlo. Estos hombres, cómo los entiendo, si yo daba garantía de votos al partido, por qué me quitaban la candidatura, era un contrasentido, la estupidez más grande.

Fue la defensa corporativa de un grupo de hombres que veía que tu candidatura competía con la de ellos. Yo era el negociador, ¿recuerdas? Porque en la negociación, Conchalí era la primera prioridad, era un distrito que jamás íbamos a negociar porque teníamos a María Maluenda de diputada y contigo teníamos asegurado una diputada electa, cosa que no teníamos en los otros distritos. Así que se unieron todos los candidatos hombres de Santiago para que en el Consejo Nacional se votara por Humberto Lagos en vez de María Antonieta Saa, así ese distrito podría entregarse a cambio de otro, porque con Humberto bajaba la elegibilidad muy bruscamente. Todo para que ninguno de los otros candidatos corriera el riesgo de que se entregara su distrito, Girardi, Schnake, Del Valle, Santelices, entre otros. Hubo que generar un movimiento masivo para obligar al partido a hacer un segundo Consejo Nacional para revertir la decisión.

Claro, fijate que yo no me daba cuenta, cuando de repente me acuerdo que Ana María, una dirigente del PPD de Recoleta, me había dicho, “Antonieta, hay una máquina en contra tuya”, yo no me había dado cuenta. De repente nos dimos cuenta de que estaba esta máquina funcionando y ya estaba todo.... yo encontraba que era una cosa tan tremenda, me quitaron la candidatura. Pero no me desanimé, estaba segura iba a doblegarlos. Tenía una seguridad anímica algo irracional. Yo quería ser diputada desde los 7 años. Tengo escrito en un álbum de mi mamá, “futura regidora y presidenta de la República”, de cuando tenía 7 años.

Cuando alguien haga conmigo lo que yo estoy haciendo contigo, esta historia la voy a contar, porque yo nunca he visto tanto fervor popular por una candidatura, participé en una asamblea ¿te acuerdas? cuando al presidente comunal Armando Barrera le dio un ataque cardíaco cuando la presidía, estaban los bomberos, los huasos, los deportistas, en fin, todo el mundo, que no entendía cómo a su alcaldesa...

La primera reacción fue de la periodista Mónica González, no sé cómo se enteró, yo no la llamé. El sábado fue el Consejo y el lunes en La Nación, donde escribía habitualmente, publicó un artículo que tituló “La Noche de los Cuchillos Largos”. Después vino la solidaridad de 4.500 mujeres que pagaron una inserción en El Mercurio para exigirle al PPD que revirtiera la decisión, fue muy lindo. Y la reacción en el distrito fue maravillosa, Bitar no podía entender, Schnake decía “¿cómo vamos a hacer un segundo Consejo?”, también el apoyo que tú me diste en el PPD. Entonces fue una cosa muy bonita, eso me hizo muy libre, porque llegué poderosa a la Cámara. Me fueron a pedir perdón, me acuerdo, Guido Girardi con Oscar Santelices, diciéndome “te voy a apoyar toda la vida y nunca más...” Yo decía, “Dios mío, si no saco votos, qué ridículo más grande”, felizmente obtuve la primera mayoría. Fíjate que Ramón Elizalde, que era el diputado al que le gané, pero ayudé a elegir, me fue a saludar de mano, cosa que no hizo después mi querido y admirado amigo Manuel Bustos cuando también le convidé muchos votos, él no me fue a saludar, nunca se dio por enterado.

Tú contribuías a doblar, ocurrió varias veces, sólo en la tercera elección, cuando llegó Pablo Longueira con una tremenda campaña, perdimos el doblaje. Pero tú fuiste casi siempre primera mayoría, salvo cuando te ganó Longueira, que metió toda la plata del mundo. A ti te marcó la vida, por lo menos tu identidad y tu manera de ser en política, el fervor popular en torno a ti en ese territorio por haber sido nombrada alcaldesa de Conchalí. Fuiste de las primeras alcaldesas, de los que nombró Aylwin el '90 había sólo una mujer, María Antonieta Saa.

Pero antes te quiero hablar de otra cosa que fue muy linda. Después del Plebiscito del 5 de octubre las mujeres formamos la Concertación de Mujeres por la Democracia, que era independiente de la otra Concertación, la estrategia era juntar mujeres de partidos con feministas de fuera de los partidos y hacer un programa de gobierno en la línea nuestra. Hicimos el programa de gobierno, cuatrocientas mujeres trabajaron. Claudia Serrano fue la que coordinó eso, editamos un librito con nuestro programa. El otro objetivo era participar en la campaña de Aylwin y que nombraran luego a mujeres en los cargos del gobierno democrático. Lo único que hicimos fue el programa. Te quiero contar que nos echaron de la campaña de Aylwin, nos echó Enrique Correa, parece que éramos demasiado autónomas. Hasta nos conseguíamos plata para nuestras actividades...

¿Quiénes eran las líderes?

Las líderes eran Josefina Rosetti, la pusimos de presidenta, logramos unir a Carmen Frei y Mariana Aylwin, juntamos un lote de mujeres representativas, tanto militantes de partido como feministas. Cumplimos algunos de nuestros objetivos, pero lo hicimos pésimo en términos del nombramiento de mujeres.

Presentamos los nombres de cien mujeres para el primer gabinete, porque la gran dificultad de las mujeres es reconocer el valor de la otra, entonces era muy difícil concordar en dos o tres que podían ser ministras. Era difícil eso, muy complejo, nos fue pésimo.

El gobierno, además, fue impermeable a la participación de mujeres, la única mujer con rango de ministra fue al Servicio Nacional de la Mujer, Sernam, también la subsecretaria de Vivienda, Joan MacDonald, y Martita Wörner como subsecretaria de Justicia. Hablamos con todos, pero nos habían echado de la campaña. Después nos llamaron, fuimos a Concepción en tren con Patricio Aylwin, estábamos en dictadura todavía, al llegar el tren tocaba el pito y venía la gente, mucha gente, fue maravilloso. Pero ahí quedó la tendalada. Por primera vez se encontraban las socialistas con las democratacristianas. Recuerdo que hicimos un panel de derechos humanos y era primera vez que muchas democratacristianas escuchaban directamente de las torturas. Fue maravilloso, pero ahí se vieron superados y nos llamaron para el acto en el teatro de Concepción. Con Mariana Aylwin, recuerdo, resolvíamos los problemas, las socialistas no querían estar con las democratacristianas en el mismo hotel. Fue *heavy*, la unidad no era fácil, era primera vez que nos juntábamos. Fue muy emocionante cómo las democratacristianas en ese taller de derechos humanos asumían lo que había pasado.

La emoción más grande que tuve fue cuando se solucionó todo ese problema y me llamó el presidente Aylwin por teléfono. Sí, me llamó él. Fue bien impresionante, “le va a hablar el presidente”. Con Aylwin nos reunimos después las feministas, Mariana armó la reunión, estuvimos como 5 horas hablando con él, entendió perfectamente el problema, que no cambiara es otra cosa... Una conversación no lo iba a cambiar, pero él nos dijo, “mire, he escuchado a alguna de ustedes plantear lo de las cuotas -yo era la única que planteaba cuotas- y me parece razonable porque sin alguna herramienta va a ser muy difícil la participación de las mujeres”.

De hecho, él pedía nombres de mujeres a los partidos y le entregaban puros nombres de hombres.

Con Frei pasó eso también. Con Lagos fuimos y le pedimos, él nos dijo, “miren, si Aylwin tuvo una ministra, Soledad Alvear, y Frei tuvo cuatro, yo voy a tener cinco”. El Mercurio escribió –Blanca Arthur dice que no fue ella, pero no sé- preguntando cómo iba a compatibilizar el presidente Lagos su promesa de calidad de gestión con su compromiso de poner mujeres en los ministerios. Imagínate.

Ahora sí cuéntanos tu experiencia de alcaldesa.

Fue preciosa. Estaba tan asustada, no sabía cómo sería la gestión en concreto. Teníamos muy pocos recursos, \$4 mil millones de presupuesto anual y los gastos corrientes eran \$3.800, nos quedaban sólo 200 millones.

Pero inventaste programas pioneros.

Es que hubo mucha solidaridad, cien ONG se pusieron a mi servicio, hice convenio con muchas de ellas para poder tener programas sociales innovadores. Vino gente de fuera de Chile. Tuvimos relaciones internacionales de apoyo, de Francia, por ejemplo, había un urbanista profesor de la Sorbonne que tenía trabajos acá en Chile, él nos contactó con un alcalde francés. Tuve apoyo de Luxemburgo a través de Carolina Mayer, también del alcalde socialdemócrata de Gotemburgo, de Suecia. Además, tuvimos un equipo muy bueno, comprometido, con pasión por lo social. Mi única preocupación era que nadie mediatizara, eso me importaba mucho, que nadie monopolizara el poder, nadie manejara a las personas. Mi obsesión es que fuera una gestión muy abierta a la gente, con participación activa de la comunidad, que la gente tuviera su palabra. Creamos los consejos comunales del niño y la niña. Mi idea era crear consejos comunales con participación de la comunidad organizada en diversos ámbitos. Fue muy lindo. Eran 500 mil habitantes en el territorio, había mil comités de allegados. Hice una escuela de formación de dirigentes, una escuela de mujeres, en esto fue mi mano derecha Adela Fuentealba, una mujer maravillosa del PPD. Fue una gestión muy cercana a la gente. Además, en una época en que la gente estaba ávida de participar, nosotros abrimos las puertas del municipio después de muchos años de encierro. Pedro Mendizábal fue otro colaborador increíble. La alcaldía de Conchalí fue para mí una experiencia muy preciosa.

Pero tú querías ser diputada.

Yo quería ser diputada, sí. Habían dividido Conchalí en varias comunas, entonces mi proyecto de ser la alternativa progresista a Jaime Ravinet en Santiago se había esfumado. Yo pretendía perfilar un municipio distinto, de mujer, de izquierda. Cuando Conchalí quedó en su tamaño actual, la mitad de lo que era, pensé que podía contribuir mejor a mi causa peleando para transformar las leyes en beneficio de las mujeres y la igualdad de género. Por lo demás, yo había querido ser candidata a diputada el '89 en Peñalolén, pero allí pusieron a Laura Rodríguez, del Partido Humanista. Ahí complotamos con Mariana Aylwin y Soledad Alvear. Soledad quería ir al Sernam. A mí me dijeron, alcaldesa, yo dije Conchalí, pensando justamente en que María Maluenda ya tenía bastante edad y podía querer retirarse.

Tus 20 años de parlamentaria no caben en esta conversación por la cantidad de causas e iniciativas que emprendiste. Lo que te puedo decir es que todavía resuenan tus pasos en la Cámara y tus proyectos. Por supuesto, eras para muchos la hinchapelotas que les ponía el género a las palabras, pero hoy día

la Cámara ya no se llama Cámara de Diputados, se llama Cámara de Diputadas y de Diputados, formalmente. La legislación tiene tu huella, la trata de personas, la desaparición de la distinción entre hijos legítimos e ilegítimos, en fin, la lucha contra el acoso, el reconocimiento y valoración de la diversidad sexual... ¿Por qué paraste, María Antonieta, a los 20 años de diputada? ¿Qué te llevó a decir hasta aquí nomás llego?

Fueron dos cosas. Primero, me parecía que 5 períodos era escandaloso, son 20 años. Además, estaba cansada, me costaba mucho esta división esquizofrénica que tenemos los diputados entre el territorio y el trabajo legislativo, me costaba cada día más, sentía que me desgastaba mucho, que había mucha pelea también. Ya no tenía el mismo entusiasmo de antes, ni con la política ni con el partido. Eso era lo principal. Estaba poniéndome mal genio, peleaba mucho con mis colegas, estaba intolerante.

Y fuiste candidata en 2013 al Consejo Regional en Santiago en la primera elección democrática de los Cores. ¿Cómo has vivido el rol de Consejero Regional?

Es otra cosa, es distinto, muy distinto. Echo de menos de repente estar en la Cámara. Cuando hay discusiones interesantes me dan ganas de estar ahí.

Pero no te arrepientes de haber tomado esa decisión.

No, no me arrepiento, creo que hubo un quiebre en la política, ahora es distinto, no sé cómo habría tomado esta nueva etapa, aunque creo que me hubiera llevado bien con las jóvenes.

El Congreso de hoy se parece más a lo que nosotros queríamos que ese Congreso que viviste tú esos 20 años como diputada.

Pero tengo buenos recuerdos, fíjate. Cuando volví hace un año atrás, me emocionó el cariño de todo el personal. Mucho cariño, mucho recuerdo de todos los oficiales de sala, de los secretarios de comisión e incluso de gente de la derecha. Ignacio Urrutia, al que yo le decía, “cállate, fascista”, me acogió con mucho cariño. René Manuel García, otro machista total, me dijo, “Antonieta, aprendí tanto de ti”. Me emocioné, fue impresionante la buena onda con que me recibieron, me gustó mucho.

Permíteme tocar un tema personalísimo. ¿Cuándo tomaste la decisión -si tomaste alguna vez tú la decisión o la vida te llevó- de salirte de la fila de todas las mujeres de tu generación y decirte a ti misma, voy a ser soltera, no voy a tener una familia como todas mis amigas que se casaban antes de los 21, tenían cuatro o cinco hijos y se dedicaban principalmente a la casa?

No fue una decisión, no fue una decisión tan fría. Como todas las de mi edad, tuve un pololeo larguísimo. Duró cinco años, nos íbamos a casar y él me dejó. Era un estudiante de medicina, después médico. Sufrió, para qué decirte, casi me morí. Creo que las penas de amor son las peores. Eso me puso reticente a comprometerme, igual tuve otros pololos, pero nada muy profundo. Ahí después me fui metiendo en este mundo, que exige tanta dedicación y produce tanta realización. Además, toda la cosa afectiva la tenía por mis sobrinos, los veía poco, pero había un sustento afectivo que me mantenía bien. Tenía mis pololeos por ahí, no muchos. Creo que eso me sostenía afectivamente. Además, es tan bonita la política, es tanta la realización. Yo creo que es una de las profesiones más nobles, si tú lo vives, así como yo, muchos de nosotros lo vivimos con causas, es algo muy bonito que te hace sentir absolutamente realizada. Para mí fue una realización personal muy grande, todo lo que viví en la política desde la Reforma Agraria, la lucha democrática contra la Dictadura, la causa feminista, la alcaldía de Conchalí, los 20 años de diputada y ahora como Core. Conocí, además, gente muy interesante, en Chile y en todo el mundo.

Tuviste mucha inserción en el ámbito internacional.

Sí. Fui a muchas reuniones, conocí mucha gente, mujeres diversas, tuvimos seminarios muy interesantes. Me acuerdo en Washington, cuando estaba el Consenso de Washington, en una reunión de mujeres líderes de América Latina, la alcaldesa de Sao Paulo, de ciudades de México, diputadas, de acá de Chile estaba Gladys Marín y Alejandra Krauss, me acuerdo temblaban las paredes porque todas estábamos contra el Consenso de Washington. Además, las mujeres somos muy entretenidas, porque se da la discusión política, pero se da también el plano personal, la amistad, la confianza, entonces era demasiado divertido.

Nunca echaste en falta los hijos.

Nunca, nunca me cuestioné no tener hijos. Además, con mis sobrinas ahora tengo nietos, tengo una relación muy linda con ellos.

¿Y cómo es esto de reencontrarse con el amor después de tanta vida?

Soy la envidia de todas mis amigas, imagínate. Él es menor que yo. Es un hombre muy buen mozo.

La descripción que hiciste en una entrevista humilló a todo el mundo, cuando dijiste, “y no tiene guata”.

Es un amor, un amor muy lindo, muy lindo porque ya no está en ningún horizonte.

Recuerdo que tú viajabas a encontrarte con un amor suizo hace como 20 años.

Sí, pero fue impresionante que volviera, que me buscara a la edad que tengo - 76 años, soy abuelita-, fue una sorpresa maravillosa de la vida. Me llevo muy bien con él, lo pasamos muy bien juntos. Pero imagínate, para una mujer como yo, independiente toda la vida, que alguien te cuide es extraño, que alguien se preocupe si tienes frío, si lo estás pasando bien, en fin... Yo estoy acostumbrada a preocuparme de mis sobrinos, pero nunca nadie se había preocupado por mí. Mis sobrinas son muy cariñosas, pero esa preocupación, esa intimidad, no la había tenido nunca. Una amiga mía dice que es tan importante tener un testigo de tu vida, yo nunca tuve un testigo de mi vida, así tan cercano para comentar lo que te pase en el día.

Tú tuviste una relación muy intensa y larga con tu mamá.

Sí, pero en una relación de cuidado, no era una relación simétrica, yo era como la mamá de mi mamá. Por muchos años, claro, muchos años, pero no es lo mismo. Tener un testigo de tu vida es algo muy importante, de las pequeñas cosas, no de las grandes cosas, sino que del día a día.

Te ves contenta.

Sí, estoy contenta. Tengo una linda relación con él, no sé qué irá a pasar, tampoco hay futuro... Tampoco hay sueños de futuro, vivimos el día a día... Viajamos juntos a todo Chile. Fuimos a Machu Picchu, me di cuenta ya no puedo andar subiendo escaleras como antes, le dije que el próximo viaje era a un lugar plano.

¿Te produce alegría lo que está ocurriendo hoy día? Porque tú peleabas contra lo políticamente correcto y ahora lo políticamente correcto es aquello por lo que tú peleabas.

Fíjate que lamenté tanto no estar en Chile en mayo pasado para esa marcha feminista gigantesca. Lloré de emoción. Sí, ya me había pasado con las últimas marchas, ya habían venido creciendo las marchas. Yo decía, “por Dios, cómo esta gente no mira lo que está pasando”, porque ya las marchas del 8 de marzo venían grandes, lamentaba mucho que mis compañeros no vieran eso, no vieran ese fenómeno que venía. En la gran marcha de mayo yo estaba en España, lloraba cuando veía las noticias, que impactaron en el mundo. Me emociona, porque el dolor de las mujeres ha sido muy grande en la humanidad. Entonces las mujeres humilladas, ofendidas, se sienten reivindicadas, así como cuando las mujeres con Michelle primera presidenta de la historia se ponían la banda presidencial. Yo creo que a todas las mujeres les produce mucha emoción. De reivindicar esta herida profunda de miles de años. Entonces, encuentro que es

maravilloso, me encanta lo locas que son, lo disruptivas, es muy importante para la sociedad.

Cerrando esta entrevista, María Antonieta, por supuesto, con una puerta abierta y llena de ventanas. Si la vida imaginariamente te diera la posibilidad de rebobinar el casete, ¿qué caminos no habrías recorrido y en qué nuevos caminos te habrías adentrado?

Fíjate que estoy bien conforme con mi vida, porque fui feliz. Hoy día se habla de la felicidad como la vida plena y yo he tenido una vida bien plena, además este último botón de rosa que me llegó como que me completa como persona, estoy muy contenta. He conocido gente muy linda, he hecho muchas amistades y eso es muy importante. Con muchos de los colegas, tú, Guillermo Ceroni y otros colegas en la Cámara, personas muy íntegras. Conocí a muchas personas, he aprendido a conocer el alma humana y estoy satisfecha. Creo que hubiéramos podido haber hecho más, pero bueno, no se puede tampoco hacer todo.

Otras recogerán el bastón, así como lo han hecho las jóvenes de la causa que tú emprendiste hace tantos años, porque sin lo que ustedes hicieron no podría explicarse lo que está ocurriendo hoy día.

Ese periodo de los '80 con las feministas y Julieta Kirkwood fue maravilloso. Nuestra mejor época.

Es bien contraintuitivo, a mí me pasa lo mismo. Es que nos marca mucho más en la vida la épica de la lucha democrática en circunstancias tan duras...

Los españoles decían, “con Franco estábamos mejor”. En el sentido de la primacía de la solidaridad, de lo colectivo por sobre lo individual, de los anhelos por sobre las cuestiones materiales.

Aprender a apreciar los pequeños triunfos, dijiste. Hoy día se desprecian los pequeños triunfos. Me quedó resonando tu afirmación, “radical en lo cultural y moderada o reformista en lo político”. Te retrata muy bien.

Me retrata, sí. Hay también otro lema que tomé de Lula Da Silva cuando vino a Chile, pragmatismo y ética. Yo le puse pragmatismo, ética y pasión. También me refleja la condición de escéptica militante.

Sí, siempre fuiste un poquito descreída, desconfiada pero militante.

María Antonieta, muchas gracias, ha sido un placer. Esperemos que muchos y muchas se identifiquen con lo que ha sido tu vida plena.

Ha sido la conversación con nuestra querida militante del MAPU, sindicalista, antidictatorial, activista feminista, ex alcaldesa de Conchalí, impulsora de importantes cambios legales y culturales, en fin, una mujer feliz.

La entrevista fue realizada en su departamento de Providencia el 27 de agosto de 2019.

ROBERTO FANTUZZI



Roberto Fantuzzi Hernández nació en Santiago el 18 de junio de 1943. Ingeniero Comercial de la Universidad de Chile, empresario, comenzó su carrera empresarial en la empresa creada por su padre, Aluminios y Enlozados Fantuzzi. Es fundador y presidente desde 1991 de la Asociación de Exportadores de Manufacturas, Asexma. Incursionó en la política como candidato a senador como independiente apoyado por Renovación Nacional en Santiago Poniente.

Este capítulo está dedicado a un emprendedor, probablemente el emprendedor nacional por antonomasia, el empresario social paradigmático. Estamos hablando de Roberto Fantuzzi.

Muchas gracias por la invitación, aunque ¿te puedo corregir? yo no soy emprendedor, soy empresario y me siento orgulloso de serlo. Los emprendedores son soñadores, que sigan con sus sueños. Yo he corrido muchos riesgos y he hecho embarradas enormes en mi vida. Soy empresario, a mucha honra.

Muchos prefieren los eufemismos. Sé que tú prefieres las palabras claritas, decir las cosas por su nombre. Vamos a recorrer el itinerario de tu vida, intentar reflexionar, respondernos las inquietudes, las preguntas que nos hacemos sobre tu experiencia. Tú eres de una familia italiana, tu nono vino de Italia. ¿Tu abuela también? ¿Tu padre nació aquí? Cuéntanos.

No. Mi padre nace en Argentina, por el trabajo de mi nono, que fue el primero que puso ascensores en Uruguay, Argentina y Chile, era empleado de la Otis, un técnico que sabía hacer la pega. Efectivamente, cuando llegó a Argentina tuvo dos hijos, mi papá y un tío mío, los otros son chilenos. Mi papá, como típico argentino, por esos pocos meses que vivió allá se creía argentino...

¿En qué medio creciste tú?

Mira, la imagen dominante de mi infancia es mi papá con overol, nunca me voy a olvidar, mi papá fue una persona que no terminó sus años escolares, a los 13 años se arranca de su casa, mi nono lo pilló y lo manda a trabajar a la Fundición las Rosas, donde aprende a fundir aluminio. El mundo es chico, cuando se va de la fundición empieza a quitarle espacio a la casa de mi nona en Salvador con Bilbao, era una de esas casas que daban directamente a la calle, para atrás tenía mucho espacio y había un gallinero. Mi papá le empieza a quitar espacio al gallinero con sus ollas, allí empezó a fundir sus primeras ollas.

¡Las ollas Fantuzzi salieron entonces del gallinero!

Del gallinero, directo al huevo. Esto demuestra que la mayoría de los empresarios parte de muy abajo, pero con mucho sacrificio.

¿Cómo se llamaba al comienzo?

Ascensores y aluminios Fantuzzi. Después queda como Aluminios y Enlozados Fantuzzi, luego de 40 o 50 años, porque se creó una planta de enlozado que era mucho más tecnológica.

Cuando se instala la planta en Maipú, en lo que hoy es Cerrillos, ¿qué edad tenías tú?

Estaba en el colegio. Tuve la suerte, porque con mucho sacrificio mi papá me puso en el Saint George.

¿Y por qué a ti te pusieron en el Saint George y a tu hermano en el Instituto de Humanidades Luis Campino? ¿Cuánto mayor que tú era Ángel?

Ángel nació también en junio, como yo, 3 años antes, en 1940. Estaba en el Luis Campino, era tan malo para el estudio que había un cura que lo sacaba de la sala y lo paseaba por todo el colegio mostrando cómo no debían ser los niños. Hernán Somerville y Eduardo Frei Ruiz Tagle eran del mismo curso que mi hermano en el Luis Campino.

¿Tú nunca pasaste por el Luis Campino?

Nunca. Hice toda mi escolaridad en el Saint George, y gracias a eso tuve una red de conocidos muy extensa. Las redes son fundamentales, los contactos son importantísimos. Antes el trabajo era primordial, la gente se hacía a sí misma con mucho sacrificio, hoy día es más importante que sea conocido, que tenga redes.

¿Tu padre orientó a tu hermano mayor hacia la empresa, y a ti hacia el estudio?

No. Mi papá era una persona de una inteligencia impresionante, miraba una foto de una máquina y la copiaba exactamente igual, sin ninguna preparación académica. No digo que mi padre era millonario, pero los actuales millonarios de este país no han nacido de las universidades, la mayoría les había dejado como herencia a los hijos sólo su educación, la mayoría se han hecho desde la nada.

Insisto. ¿Por qué a ti te mandan a un colegio mejor y a la Universidad?

No, a mí no me mandan, uno se va haciendo su propia vida.

Pero tu hermano va a la empresa de la familia muy temprano. ¿Por qué tú no?

A mí me gustaba estudiar. Yo dormía con mi hermano Ángel en la misma pieza, porque vivíamos en la casa de Salvador con Bilbao, mis padres se casaron en la Iglesia esa que está en Santa Isabel con Salvador. Mi nono era socialista. No era casado con mi nona, era anticlerical. Era muy inteligente,

igual que mi papá, muy inteligente. Era tan supersticioso que no usaba nada de las cosas que usaba Ángel porque se me podía pegar su flojera para el estudio.

Tú siempre has contado que tenías dificultades para el aprendizaje, que tenías dislexia. Sin embargo, te fuiste a estudiar a la Universidad de Chile. ¿Cuál es la experiencia de un disléxico estudiando Ingeniería Comercial?

Terminé mi carrera, repetí un solo ramo. Todas las mañanas mi papá me pasaba a dejar a la calle República, donde estaba la Escuela de Economía. A las siete de la mañana pasábamos a la empresa y jugaba pimpón con los trabajadores, ahí aprendí mucho. El ramo que repetí tenía un profesor que hacía clases con un sistema de análisis de casos, moderno para la época, hoy día es habitual. Te ponía nota por la intervención en clase. Yo era tan tímido que no intervine en todo el año y me rajó. Al año siguiente tuve que hablar nomás. Desde entonces nunca más he parado de hablar. Gracias a un fracaso. Eso es un recordatorio para mí de la universidad, que uno aprende con las caídas. Cuando uno se cae, hace esfuerzos y trata de salir adelante.

Tú egresaste de la U el '66 o '67. ¿Tu primer trabajo fue en la empresa familiar?

No. Tú te debes recordar del presidente de la banca, Jorge Awad. Era el primer profesional más joven que entraba a Dirinco, institución que había sido creada en tiempos de Alessandri. Allí, este hombre empezó a controlar los precios -era la época de Frei- y tenía que hacer contabilidad de costos. Yo venía saliendo de la Universidad y había entrado a la Compañía de Acero del Pacífico, la CAP, una empresa creada por el Estado en tiempos de los gobiernos radicales, pero ni siquiera alcancé a entrar a trabajar, porque me llamó Awad y me dice, “por favor, Fantuzzi, vente a hacer la contabilidad de costo y todo eso”. Yo siempre se lo saco en cara porque ahora es uno de los paladines de la empresa libre...

¿Cómo viviste el período de radicalización social y política? Tú eras treintón en el '70.

Yo lo he pasado extraordinariamente bien en mi vida, he hecho muchas embarradas, pero lo he pasado el descueve en mi vida. La experiencia de Frei fue una verdadera revolución. Me acuerdo que teníamos en la fábrica pedidos pendientes, suponte, dos archivadores, y cuando entró Frei a La Moneda no cabían los archivadores de tantos pedidos pendientes que teníamos, porque se incorporó todo el campesinado a la demanda. Trabajadores y campesinos entraron a la demanda. Vale la pena hacer una historia de ese periodo. Evidentemente fueron muy dañados los agricultores con la Revolución en Libertad...

¿Fuiste simpatizante de Frei Montalva?

Nunca he participado en política. Siempre comento que me dicen “El Mulato”.

Ya es hora de mojararte... Además, te estoy hablando del pasado. ¿En esa época simpatizabas con el proceso?

En Fantuzzi éramos bastante modernos en ese tipo de cosas, eso hay que decirlo. Por eso me tratan de mulato político, porque los de izquierda me creen de derecha y los de derecha dicen que soy de izquierda. Porque yo las cosas buenas de unos y otros las aplaudo. En Chile nos estamos dividiendo en dos y yo soy partidario más bien, esto te lo escuchaba a ti también últimamente, de sumar y no restarse porque sí.

Después viene el período de Allende, donde efectivamente hay una separación enorme, incluso entre los familiares. Nosotros tuvimos una empresa constructora también, el arquitecto era íntimo amigo de Allende, entonces había una relación. Allende veraneaba en Algarrobo, nosotros también. Frei y Tomic también. A Isabel Allende también la conozco desde cuando era chica. Pero hubo una división enorme dentro de la familia Fantuzzi, incluso algunos querían irse de Chile. Mi papá siempre dijo que él se iba a quedar y creó otra fábrica, Aluminios El Mono.

¿Esa era una sucursal?

No, totalmente independiente. Los otros socios de la familia empezaron a retirar los dineros, querían irse, mi papá se quería quedar. Expropiaron primero El Mono y después Fantuzzi. Fue injusto. Lo que le daba más rabia a mi papá era que no le reconocían sus años de trabajo. Mi papá se sacó la cresta toda su vida. Entonces, cuando lo echan, decían lo mismo que de otros, que nunca iba a la fábrica, a él, que llegaba todos los días a las siete de la mañana y estaba hasta muy tarde. Entonces, ese tipo de cosas da rabia. El que nos expropia era Navarrete, compañero de colegio mío en el Saint George, el “Indio” Navarrete, que era muy buen atleta. Nos hicieron una oferta, porque acuérdate que Fantuzzi estaba en un caso particular junto con FENSA, el decreto de insistencia tenían que firmarlo todos los ministros, y Carlos Prats, que era ministro del Interior el ’72, se niega a firmar y quedamos en el limbo. Tanto Fantuzzi como FENSA.

¿La empresa estaba tomada?

Sí, estaba tomada. Te voy a decir cómo se tomó. A Ángel todos los trabajadores le decían Angelito, porque comenzó a los 13 años a trabajar, la mayoría eran sus amigos. Y cuando se toman la fábrica no lo dejan salir. Lllaman a la empresa desde el Ministerio de Economía a una reunión y fui yo. Después me di cuenta, era para que nosotros saliéramos y pudieran tomarse la fábrica. Date cuenta de la división de nuestro país, dividido totalmente en dos. La gente que era amiga...

Cuando a nosotros nos devuelven la fábrica, no echamos a nadie, aunque había gente que seguramente nos escupió, creíamos de verdad que se podía reconstruir lo que había antes.

Hay un libro de Arturo Fontaine, "Oír su voz", que habla de la reforma agraria y del shock para una familia terrateniente que trataba de manera paternalista a sus inquilinos y tenía muy buena relación con ellos, que en el contexto de la Reforma Agraria obviamente los inquilinos fueran y simplemente les quitaran el fundo. ¿Cómo lo vivieron ustedes?

Como muy injusto, mucha división. Siempre va a haber diferencias, a mí lo que me preocupaba es que se creó como un odio, y eso es lo que queríamos corregir nosotros cuando nos devolvieron la fábrica.

¿Se la devolvieron inmediatamente después del Golpe? Tú eres de los que celebraste el Once, supongo. ¿Hubo banderas en la casa?

No. Yo me acuerdo, estábamos ahí en lo que es hoy la plaza Perú, en Las Condes, arrendábamos un departamento. Vivimos el Golpe desde arriba. Estaba recién casado. Cuando tuve a mi hija, había falta de tantas cosas en el comercio, pero al otro día del Golpe apareció todo, por arte de magia, era lógico, todos veíamos una nebulosa, uno guardaba muchas más cosas de lo que necesitaba, y multiplicado por todo el mundo...

¿Cuál es tu reflexión sobre esa experiencia de la UP, vista con los ojos de ahora?

Mira, yo creo fue un momento histórico súper importante para mí, desde la perspectiva como persona, como empresario también. Pero ¿cómo reconstruir un país totalmente dividido? Después había muchos compañeros míos de universidad en la oposición, y hoy día, cuando me encuentro con ellos, salimos a almorzar o a comer, algunos siguen siendo tan revolucionarios como eran antes, digamos las cosas como son. Yo estuve en un colegio donde tenía a Hermógenes Pérez de Arce, José Miguel Insulza y Andrés Pascal Allende de compañeros. Siempre he vivido en una burbuja donde la diversidad es la norma, y seguimos siendo amigos. Mi actitud frente a eso es distinta, yo sigo siendo amigo, hay gente que no se puede ver, hay gente que considera las diferencias políticas como un conflicto insuperable.

Hoy día, ¿tú tienes más amigos en la derecha o más amigos en...?

Mira, yo siempre discutí con mi hermano Ángel si el Golpe había sido o no necesario, en esto mi hermano era bastante momio y partidario de Pinochet. Yo estaba en una reunión en Corfo y casi se convierte en un tribunal contra mí porque dije que los empresarios no deberíamos vivir bajo el paraguas de una

dictadura, entonces estábamos con Pinochet todavía en el poder. Esta discusión la teníamos frecuentemente con mi hermano, él se enojaba conmigo. Yo le decía, “oye Ángel, esto es como un doctor que salva a tu señora del cáncer, tú estás súper agradecido, pero si al otro día la viola, ya no estás tan agradecido”. Eso es lo que pasó, hubo el Golpe, si se hubiera entregado el poder, uno sueña, si se hubiera entregado a los dos meses o al año, sería otro Chile. Pero no fue así...

Cuéntame más del periodo de la Dictadura, que tuvo además un momento de crisis económica para ustedes. ¿Cómo vivieron ustedes el ajuste? Porque Fantuzzi era una empresa típicamente nacional...

Claro, la palabra, la marca Fantuzzi, si tú haces una encuesta a mujeres mayores de 35 -esto se hizo hace algunos años- el 95% se acuerda de la marca. Está metida en el chileno. Y sigue, aunque ahora son todas chinas. Me siento orgulloso de lo que se hacía en esa época, una fábrica que partió repujando el aluminio, y después teníamos hasta robots para esmaltar las tinas de baño. Hoy todos hablan de la economía circular y fijate que nosotros, en esa época, nos dijimos, a propósito de las cajas de cartón de las lavadoras, "si entregamos la lavadora en esa caja y esa caja la van a botar ¿por qué no le damos una segunda vida?" Hoy a eso se le llama economía circular, muy popular ahora en la víspera de la COP 25. ¿Qué se nos ocurrió entonces? Hacer una casa de muñecas. Tú comprabas una lavadora y te servía para hacer una casa de muñecas, venía con el dibujo para armarla. Esa inquietud la tengo yo hoy día, porque seguimos botando mucho cartón.

¿A esas alturas estabas tú de lleno en la fábrica? ¿En qué época empezaste a meterte en la empresa de la familia?

No duré nada cuando hice contabilidad de costos con Awad en Dirinco. La verdad es que yo gozaba en Fantuzzi porque el espíritu mío era que nosotros teníamos que ser una empresa distinta. Hubo una ley que estableció que el 5% por ciento de los gastos de la empresa, a costo tuyo, se podía destinar a construcción de casas. El otro día fui a CNN y cuando entro -uno se pone sentimental con la edad- me puse a llorar porque ese lugar lo conocí con máquinas adentro, era la fábrica de telas Yarur. Si tú das la vuelta por el barrio, eran todas casas hechas por Yarur, era otro mundo... Con la fábrica Fantuzzi era lo mismo, construimos una villa cerca donde vivía la mayoría de nuestros trabajadores. Hoy día hay que volver a entender que los trabajadores son tus colaboradores, ese término tiene que hacerse efectivo en el mundo real, a través de hechos concretos.

En esa época los trabajadores duraban 30 a 40 años en la misma empresa. Ustedes eran de las empresas características del periodo del crecimiento hacia adentro de la economía. Cuando se empiezan a liberar las barreras arancelarias...

No, nosotros exportábamos a 15 países. La crisis que sufrimos no se les puede achacar a los demás, eso se lo aprendí al padre Felipe Berrios, que dice que nosotros los chilenos consideramos que los éxitos son propios y los fracasos son de otros.

Tú dices que la crisis de Fantuzzi no tiene que ver con el cambio de estrategia económica de Chile.

Sólo una parte, no supimos ajustarnos. De la primera crisis nosotros salimos fortalecidos. El año '81 nosotros hacíamos puras ollas en Fantuzzi. Después del '81 hacíamos lavadoras, cocinas, estufas, tinas de baño, etc. Salimos de una empresa que era casi como un taller y nos convertimos en una empresa grandota. En un periodo de crisis, recuerdo, tuvimos a los trabajadores tres meses en su casa pagándoles el sueldo. Ahí se nos hizo un hoyo financiero, pero nos decíamos que, si largábamos al trabajador que sabe repujar, cuando volviéramos a trabajar nos iba a costar capacitar a alguien que supiera hacer bien la pega.

Nosotros alcanzamos a tener, sumando la parte comercial, unas 1.200 personas trabajando. Y si sumamos la gente de Aluminios El Mono, llegó a ser una gran empresa. Pasamos de taller a fábrica gracias al sacrificio de mi padre, mi hermano y de muchos trabajadores que estuvieron largo tiempo con nosotros, yo aporté cero. Después nos agarró el '98, ahí cometimos un error. Lo que pasa es que nosotros hicimos el siguiente cálculo, que es el cálculo del almacenero, tenemos tantas facturas, tanto dinero por facturar en pedidos que no podíamos entregar por no tener capacidad productiva suficiente, entonces dijimos, tenemos un pozo de tanto, suficiente para permitirnos dar un salto nuevamente y traer robots, los primeros robots que se trajeron a Chile. Esmaltábamos, creo, una tina cada minuto. Todo perfecto, estábamos operando perfecto, pero cometimos el grave error que cometen todas las pequeñas empresas, porque en Chile la banca te presta el paraguas cuando sale el sol y te cae encima cuando comienza a llover. En este caso viene la crisis y me acuerdo –como si fuera hoy día- que nos tira la cadena un banco y empezamos a caer porque teníamos un crédito de corto plazo, nosotros nunca pensamos que la crisis iba a ser tan pronto. Nos financiamos perfectamente y los pedidos empezaron a caer. Entonces esa ficción que teníamos, que íbamos a financiar nuestras operaciones produciendo más, no ocurrió. Lo digo de todo corazón, no es por hacer una crítica destructiva, el primero en cobrarnos fue el Banco del Estado, cuando es el que debió habernos apoyado, al revés, apoyar a las empresas nacionales que sobrevivían. Pero no, fueron los primeros. Una de las cosas que me produjo más ira también, fue cuando muere mi papá y traté de conseguirme...

¿Tu papá murió después de la quiebra?

No, si nunca quebramos. Se vendió a un inglés, él no fue capaz de sacarla

adelante, después la vendemos a Luksic, la opera como 3 años, la desgrana como un choclo, se vende la marca en 2 millones de dólares, la palabra Fantuzzi... Pero nosotros estábamos en otra... Estábamos con mi hermano Ángel y vamos a hablar con mi papá, que estaba acostado a las 8 de la noche, se acostaba temprano el viejo. Fuimos a decirle, "papá, perdimos la fábrica", entonces nos dijo, "yo nací en pelotas y voy a morir en pelotas", porque mi papá todo el día andaba pensando qué hacer, nunca pensando en la plata, eso me llamaba la atención a mí, porque siempre andaba pensando qué podía hacer y era lo más ingenioso que hay, por eso que cuando sus hermanos toman la decisión de irse, él dice, "yo no, voy a quedarme", hace Belinox, y crea El Mono, siempre creyendo que nunca se iba a agarrar los dedos, y se agarró los dedos. Era un gallo ingenioso, creía que iba a sobrevivir siempre.

Eso es un autorretrato. Eres como tu papá, siempre estás pensando qué hacer.

Fíjate que frente a la fábrica había un colegio municipal, no tenían dónde hacer gimnasia, y nosotros le prestábamos la cancha de fútbol. No trato de decir que éramos buenas personas, sino que éramos parte de una comunidad. Había un cura que nos pedía el casino para hacer la misa de sábado y domingo, primaba la amistad. Todos los trabajadores tenían sobrenombre, la gente los conocía por su sobrenombre. A uno muy pesado, le decían "leche de burra", a otro que tenía una discapacidad en los pies le decían "pueblo hundido". Pero todo en buena onda.

Ayer estaba almorzando -voy siempre al restorán Limoncello, almuerzo ahí en Huérfanos por \$4.300 porque voy antes de la una- y se me acerca un gallo, yo estaba almorzando solo, y me dice, "usted me regaló una ollita cuando yo estaba en el colegio". El otro día me llegó un tweet que repetí y tuvo cien mil impresiones -nunca había tenido tanto- de una señora que me mandó la foto de una olla suya de hace 30 años. Cuando nosotros incorporamos a personas con discapacidad, al principio nos costó, pero después fue muy positivo. Lo que sí nos costó- lo reconozco- fue cuando integramos a la empresa a expresidarios, ahí tuvimos un pequeño conflicto con el sindicato. Ese programa lo hicimos con Felipe Berríos, cuando Felipe no era ni cura todavía, estaba estudiando para cura. Ahí tuvimos una pequeña dificultad, pero después los sindicatos se integraron.

¿Fue una experiencia exitosa?

Mira, yo creo que de los que llegaron a trabajar a Fantuzzi, todos se rehabilitaron. Eso te demuestra que cuando les das la segunda oportunidad, la aprovechan. Felipe es súper cuidadoso. Teníamos psicólogo, Felipe hace las cosas bien, no improvisa. Y después los discapacitados, también ahí fuimos pioneros. Porque, generalmente, la gente asocia que uno le está haciendo un favor, que como empresarios les hacemos un favor a los discapacitados, mi

opinión es que es al revés, el discapacitado le está haciendo un favor a la empresa, porque te mejora increíblemente el clima laboral dentro de la empresa.

Tenemos exactamente la misma experiencia en el Congreso con las personas con discapacidad. Cuéntame, Roberto, ¿cuándo empiezas tú y por qué, a impulsar la asociatividad empresarial?, ¿de cuándo es la fundación de Asexma?, ¿cuándo empieza tu vocación de dirigente gremial?

Te voy a contar cómo nace la Asociación de Exportadores y Manufacturas, Asexma. Fíjate que esto fue una conversación con mi hermano Ángel, que era presidente de la Asociación de Industrias Metalúrgicas y Metalmecánicas, Asimet, que era muy grande en su época y la voz cantante de la Sofofa, tenía mucha fuerza. Supongo que siguen teniendo fuerza. Yo le digo a Ángel, “la lucha de Asimet es cerrar el país, yo creo que estamos mal orientados, hay que abrirse al mundo porque éste es un mercado chico, se puede generar empresas, pero relativamente chicas, hay que abrirse al mercado externo”. Mi hermano me dijo, "no, huevón, andas como siempre con cosas raras".

Entonces tuviste conciencia temprana de que Chile tenía que ser una economía abierta.

No sé si temprana. Le dije a mi hermano que me diera la oportunidad de salirme y seguir en Asimet como empresa, porque Fantuzzi era socio principal, Ángel era su presidente. Yo quería crear una institución nueva que promoviera la exportación de manufacturas chilenas, Asexma. Empezaba recién el mundo digital, cuando yo mandaba un correo electrónico, había personas que no lo abrían porque asociaban Asexma con sexo. Ahí empezamos junto a Gustavo Ramdohr, con 5 empresas, Indugas, Fantuzzi, Fensa, Somela y Vitroquímica. Nos reuníamos en las oficinas de Fensa, que estaba en el 5° piso, arriba de un teatro. Gustavo, que fue el primer presidente, me decía que se iba a morir si llegaba al quinto piso, no había ascensores, entonces él comenzó a prestarnos su casa frente a Eleuterio Ramírez. Al frente había un motel, nosotros nos entreteníamos apostando quiénes, de los que iban caminando por la calle, iban a entrar, porque es típico chileno que la pareja va derecho, haciéndose los lesos y de repente cada uno entra por su lado...

El prestó su casa, por la que podría haber generado ingresos por arriendo. Ese tipo de empresario no existe hoy día. Ahí nace Asexma.

¿Las cinco empresas exportaban?

Todas exportaban o al menos tenían la intención de vender afuera. Por eso cuando me hablan del boom exportador... Chile en ese tiempo exportó cocinas a Singapur, donde llegan cocinas de todas partes del mundo y, a pesar de eso, éramos competitivos. En algo fallamos después. Zapatos, exportamos 50

millones de dólares en zapatos a Italia, o sea, como venderle arena a Arabia Saudita. ¿Cómo no sentirse orgulloso? Hay capacidad en este país. Lo que no hemos sabido es tener una política exportadora, que es distinto. No hay política exportadora, porque, ¿dónde está? en el Ministerio de Economía, en la Cancillería, ¿dónde está la política exportadora? ¿En Corfo?

Sin embargo, desde que comenzó Asexma hasta hoy día, las exportaciones al mundo han crecido muchísimo...

Han crecido, sí. Es como un árbol, el árbol siempre va a ir creciendo hasta llegar a un límite. Pero ¿hemos cambiado algo? Hasta ahora no hemos podido superar el récord de 2011, 81 mil millones de dólares, en vez de ir aumentando hemos ido disminuyendo, porque estamos estancados igual que el árbol. Corea del Sur nos lo muestra clarito, se agotó el modelo. Ya no podemos seguir creciendo del mismo modo. ¿Qué hacemos distinto para pegarnos el segundo salto? Ése es el difícil.

Yo siempre he pensado, cuando te miro y sigo tu discurso y tus iniciativas, que tú ejerces un liderazgo incontrarrestable en la organización, pero siempre se te ve solitario en el mundo empresarial.

Mi hermano Ángel siempre me decía, “¿sabes lo que pasa? es que tú eres muy contreras”. Creo que eso me ha dañado un poquito. Es que siempre me he rebelado ante la injusticia, mira, perdona que sea autorreferente, pero nosotros nos dimos cuenta que las personas trabajaban 48 horas y se les pagaba 56 horas, porque se les pagaba la semana corrida. Eso ocurría si trabajabas de lunes a viernes, en cambio, si lo hacías de lunes a sábado, ganabas menos por hora trabajada. Nosotros lo modificamos. Me retaron algunos empresarios, porque eso hacía subir los salarios. Pero era injusto y cuando hay una injusticia tiene que terminarse.

Me pasa lo mismo con la discusión de las AFP y las bajas pensiones. Tenemos que ver qué se puede hacer para mejorar esa situación, qué es lo que deberíamos hacer como empresarios, porque nosotros somos de alguna manera responsables de la jubilación de los trabajadores.

Tú has sido un empresario rarísimo. Un empresario al que lo conmueva de la manera en que te conmueve e irrita la injusticia, es un ejemplar raro. Tú no eres políticamente correcto en el mundo empresarial. Has pisado huevos una y otra vez.

Proteger la injusticia lo único que hace es invalidar al mundo de la empresa. Nosotros tenemos que validarnos frente a la sociedad. Hoy día estamos terriblemente desprestigiados y tenemos que ver por qué nos desprestigiamos. Sí, claro, si apoyamos iniciativas que son injustas por supuesto que nos vamos a desprestigiar.

Después de 40 años de tu acción y tu discurso público para acercar al empresariado a la comunidad, ¿Sientes que ha tenido frutos?

No sé. Yo reconozco que lo he pasado bien en estas discusiones. Será porque me gusta ser contreras. Pero se han hecho cosas, no estoy diciendo que no he logrado nada.

Pero lo has pasado mal por momentos.

Muy mal, muy mal. Yo creo que en mis últimos años lo voy a pasar mal. Pero siempre voy a mantener mi disposición a decir las cosas por su nombre, a ir contra la corriente si es necesario. Yo doy una charla que se llama “La Guerra Generacional”, llevo como seis meses dándola, porque todos estamos preocupados de la tecnología. Entonces yo digo que perfecto, estamos en la famosa revolución digital 4.0 pero qué estamos haciendo en el mundo social para ajustar a las condiciones del presente a todos los trabajadores, que además están en guerra entre ellos, porque un baby boomer no tiene nada que ver con un millenial, para integrarlos en este mundo. ¿Qué queremos? ¿Queremos hacer autos? Necesitamos CFT para hacer autos y tenemos que ajustar nuestra educación y nuestra capacitación, te estoy dando un ejemplo. Si queremos ser ganaderos, son CFT distintos y son trabajadores distintos. Estoy completamente en desacuerdo con esa amenaza periodística permanente de que la cesantía se va a ir a las nubes. Los países más robotizados, que son Alemania y Estados Unidos, nunca habían tenido tasas tan bajas de desempleo, porque han ajustado a sus trabajadores a lo que se requiere para hacer una buena actividad económica.

Entre otras cosas han reducido la jornada.

Fíjate que ahí yo jamás habría enfrentado el debate de las 40 horas de la manera crítica en que lo ha hecho el mundo empresarial. Porque la variable de ajuste es el capital humano. Por qué va a ser siempre ésa la variable, aprovechemos esta oportunidad de discutir el tema, pueden ser 30 horas en el lapso de 30 años con variables de crecimiento y otras.

Entonces aprovechemos esta demanda para discutir de productividad y de capacitación.

Si estuvieras en una actividad trabajando 45 horas, te aseguro que esas 45 horas se transforman en muchas más, cuando tú lo llevas a la almohada son muchas más, porque los problemas tú te los llevas a la almohada. Definitivamente estás trabajando mucho más de 45 horas. Entonces están discutiendo las horas, si de aquí a 20 años no van a existir las horas, van a existir las tareas. Ése es el gran desafío. Si tú me apuras a mí, si yo viviera más, a Asexma tenemos que transformarla a la brevedad en una asociación gremial digital, que la gente

trabaje en sus casas haciendo lo mismo que hace en su oficina. No creo que lo alcance a ver, porque la mayoría de las personas todavía tienen temor de trabajar en sus casas. No sé si estamos preparados hoy, pero el mundo va para allá.

También tiene que ver con la soledad, porque estar con otros es una necesidad humana.

La Universidad de Chile, a la cual yo pertenezco, está haciendo un acompañamiento donde usó la palabra exacta de la soledad del mundo empresarial en el mundo de los pequeños empresarios, porque el pequeño empresario no tiene abogado, no tiene nada. Entonces están formando un equipo de profesores que nos van a acompañar en un programa experimental.

Tú me sorprendes como uno de los tipos de edad más habituado y familiarizado con las redes. WhatsApp, sesenta y tantos mil seguidores en Twitter, sigues, te metes en conversaciones, debes ser un ave rara en tu generación.

Casi nadie lo lleva, yo no sé ustedes que se dedican al mundo de las comunicaciones, porque el Twitter se ha ido desprestigiando, pero a mí siempre me llama la atención, porque si eso fuera efectivo, por qué lo manejan los presidentes. Todos los presidentes del mundo usan Twitter.

Es una manera de expresar una opinión que leen cien mil personas o más, cuando hoy día leen un diario menos de cien mil personas, entonces una entrevista en un medio de comunicación escrito puede ser menos incidente que el tweet que te mandó esa señora con la foto de su olla Fantuzzi de hace 30 años.

A mí se me acerca mucha gente que me dice, "lo sigo en Twitter". La mejor muestra es en el Limoncello, el restorán, donde se me acerca gente comentando cada opinión polémica que pongo en mi Twitter.

Ahora también estás en la radio, los viernes en la mañana en La Clave.

La radio a mí me gusta mucho, mucho más que la televisión. Hubo una época en que tratamos de hacer un programa de televisión. Yo decía en Asexma, tenemos que tener un puente con el mundo real, de cómo vemos las distintas situaciones el mundo. Nunca logré financiamiento para el programa, le teníamos puesto hasta el nombre, "El Perro y el Gato". Porque queríamos llevar no sólo al empresario sino a la empresa, al empresario y al dirigente sindical. Podemos tener puntos de vista distintos y eso enriquece la conversación. Por eso creo que fue el rechazo de mis colegas, por la reticencia y el temor de escuchar al otro.

Dime, Roberto, ¿cómo fue durante el período de dictadura tener a tu lado a la mujer que te acompaña ya durante 47 años, que tenía más bien su mirada puesta en el otro campo político? ¿Cómo ha sido esa convivencia pensando distinto?

Es súper positiva. En esta casa ha venido de todo. Eso me favorece. Reconozco hidalgamente que la diversidad es mucho mejor que estar concentrado en un solo mundo. Nunca se me va a olvidar, por ejemplo, el obispo Alvear, hicimos con él una biblioteca en Salvador Gutiérrez, reunimos mucha gente. Cuando uno se junta con gente distinta, a veces uno va cambiando de opinión, es muy enriquecedor. Yo creo que en ese sentido el matrimonio ha sido terriblemente positivo porque pensamos distinto. Tampoco se me va a olvidar una vez, cuando estaba haciendo un discurso Piñera de candidato presidencial en Estación Central, y le dice a mi señora desde el escenario, “si tú no votas por mí yo no voto por tu marido”. “Parece que vas a tener que votar por otro, no por mi marido”, le responde mi señora.

Revisando tu álbum de fotos, vi una con Eduardo Frei Ruiz-Tagle en su campaña presidencial del 2009, la más difícil. ¿Esa fue la primera vez que tú apoyaste derechamente a un candidato de la centroizquierda? ¿Lo apoyaste?

Yo lo conocía de antes. Lo apoyé porque me considero amigo, ambas familias vivíamos en el mismo barrio y teníamos relaciones de amistad. Yo quiero a Frei, no sólo a él, sino al papá y a su hermana Carmen. A Martita, su esposa, es que somos del barrio. Yo recuerdo que, cuando a Frei no le estaba yendo bien en esa campaña, compré un lápiz amarillo para que dijera ante las cámaras, “usted está eligiendo el presidente con este lápiz”, y haber regalado lápices por todos lados. El mensaje era que todo estaba en manos de la gente, que dependía de ellos. La verdad es que no resultó.

¿Te lo perdonaron en la derecha? Porque esa era la campaña Frei- Piñera.

Claro, Frei vs Piñera. Mira, yo a Piñera lo considero una persona súper inteligente, pero tiene una inteligencia muy especial.

Nunca fuiste piñerista.

No. Nunca fui piñerista, lo reconozco hidalgamente, nunca. Eso me ha traído consecuencias en el mundo empresarial, pensar en forma distinta. Da lo mismo lo que yo piense, pero, por ejemplo, se está discutiendo todo el aspecto social hoy día y veo los presupuestos de este gobierno y me digo, ¿dónde está el mensaje? Efectivamente se hacen muchas cosas positivas. Lo que yo no comparto, sí, es el asunto de las AFP, que va más allá del dinero. Ojalá le resulten los proyectos relacionados con lo social.

A mí siempre me pareció algo extraño que Ángel, tu hermano mayor, que entró muy temprano al mundo empresarial y luego a Asimet, entrara a la política, mientras tú, que fuiste a la universidad y tenías tantas inquietudes públicas, te quedaste en lo social. Él era más momio, ¿no?

Terriblemente momio. Pero era mi hermano y lo quiero muchísimo. Te saltaste una parte de su vida, que la considero muy importante para hoy. Él fue el primero que habló sobre educación dual en Chile, pienso que tenemos que llegar a ese camino obligatoriamente. Es el compromiso del mundo empresarial con el mundo educativo, es el modelo alemán que resultaba muy positivo. Después se pega el salto a la política, a mí nunca se me va a olvidar que se hace una reunión, en un lugar que no voy a decir porque me lo prestaron a mí, estaban Gonzalo Eguiguren, Onofre Jarpa y mi hermano Ángel, ahí nace el partido de los trabajadores, se llamó Frente Nacional del Trabajo. Ésa fue una idea de Ángel, que siempre decía que había que ser capaces de dar un mensaje que nos uniera a los trabajadores, porque si vamos a representar al mundo empresarial no vamos a salir nunca, tenemos que representar al mundo del trabajo.

Esa iniciativa fue precursora de Renovación Nacional.

Por eso uno de los grandes dolores para mi hermano, esto es primera vez que lo cuento, lo vi llorar, es cuando fue candidato a Senador compitiendo con Jovino Novoa y su amigo Onofre Jarpa hace una declaración apoyando a Novoa. Mi hermano Ángel tenía una profunda amistad y admiración por Jarpa, si le decía que se tirara desde el décimo piso, Ángel iba y se tiraba del décimo piso. Entonces fue un gran dolor, le dolió como si lo engañara su mujer.

La derrota le dolió, él pensaba que podía ganar.

Le dolió mucho. Se fue a vivir a Frutillar. Arregló un tractor y lo pintó amarillo, le gustaba mucho el tandeo, se paseaba en el tractor amarillo para arriba y para abajo. Y una vez, a fines del 2002, ya llevaba algunos años por allá, cuando volvía a su casa arriba del tractor, se da vuelta –manejar un tractor no es tan fácil, es muy celoso el tractor- y lo mata instantáneamente. Se había ido a vivir a Frutillar y lo pasaba muy bien porque en los pueblos es otro mundo.

¿Te afectó mucho su muerte inesperada, tan temprana?

Me afectó mucho. Estuve un mes entero llorando. Yo había ido a Concepción a dar una charla, estoy almorzando y me llaman para contarme que había muerto mi hermano Ángel. Me volví inmediatamente. A los 15 días voy a dar la misma charla a Concepción y me llaman para decirme que había muerto mi mamá. Yo les pido por favor que me den la tercera oportunidad y la tercera vez que di la

charla no pasó nada. Había que matar el chuncho. La verdad es que sufrí muchísimo porque éramos uña y carne, habíamos dormido juntos muchos años en la misma pieza. El me protegía. Cuando vivíamos en el barrio Elías de la Cruz, en Ñuñoa, al lado de la Plaza de los Aburridos, unos gallos pretendieron pegarme y Ángel me defendió. Era mi hermano mayor, mi único hermano.

Después de haber coqueteado entre lo social y lo político, recuerdo que en el PPD alguna vez sonaste como candidato a diputado...

Claro, Guido Girardi me pidió que fuera candidato en una oportunidad. Lo que pasa es que yo soy bien abierto. Hace unos meses me invitó la diputada Camila Vallejo a un hotel cerca de Plaza Italia a hablar en un encuentro por las 40 horas, yo voy encantado. Fui el único empresario, nadie más aceptó. Cualquiera que me invite yo voy, en eso no tengo prejuicios.

Pero hay una diferencia entre ir a una actividad de un sector político y aceptar ser su candidato a Senador.

Eso fue otra cosa. Gonzalo Eguiguren me convenció. El problema es que se perdían los 2 candidatos de la centroderecha, porque la Concertación tenía a Girardi y Zaldívar, ambos muy fuertes. Él midió el apellido Fantuzzi y marcaba una cifra que aseguraba que se eligiera uno de los dos candidatos de la Alianza. Entonces, yo le decía a Gonzalo, "oye, mi señora no quiere". Hasta que me convenció, como una semana antes del plazo para inscribirse. Partí tarde la campaña, fue muy corta, pero lo pasé muy bien. Me acuerdo hicimos unas ranitas chicas que entregaba en la feria contando la historia de una ranita, ésta es una fábula que tiene 500 años y yo la chilenizo. Que 5 ranitas caen a un tarro lechero, la gente empieza a contar cómo las ranitas una a una se ahogan hasta que queda una sola que, de tanto patalear y patalear, transforma la leche en mantequilla y se salva. Los doctores, preocupados de saber por qué se había salvado esa ranita, buscaban la explicación en la edad, la altura, la musculatura, en fin, pero todas eran iguales, salvo la ranita que se había salvado, porque era sorda y no escuchaba a los huevones negativos que le decían que se iba a ahogar de todas maneras. Entonces yo le regalaba la ranita a todo el mundo. Fue un momento alegre de mi vida, lo pasé extraordinario, es un momento privilegiado de contacto con la gente.

Es que en campaña se invierten los roles, porque normalmente es la gente que le está pidiendo algo a su representante, en cambio en campaña eres tú el que le está pidiendo algo a la gente, algo muy valioso de ellos que tú necesitas, que es el voto. ¿Te dolió la derrota?

¿Sabes lo que me dolió? Para ser bien honesto, yo participé sin ser político en una campaña porque me pidieron por favor que lo hiciera, y lo mínimo que yo haría con una persona que hace eso, es llamarlo por teléfono para decirle que lo lamentamos. No me llamó nadie. Ni la persona que me hablaba todos los días

para convencerme. Pero igual estoy agradecido que me hayan dado la oportunidad, lo encontré extraordinario, lo pasé muy bien.

A propósito de la ranita, tú fuiste especialista en regalar cosas sorprendidas. Siempre hacías regalos provocadores que hacían pensar y reír.

Dos personas se me enojaron. De los 500 regalos que habíamos hecho, dos personas se enojaron, un ministro de Economía, no voy a dar su nombre, al que le regalamos un caballo de esos que se balancean, porque como ministro se movía mucho pero no avanzaba nada. El otro fue un ministro del Trabajo al que le regalamos una virutilla porque puchas que estaba enredado en esa época, todavía está vigente el hombre. El que lo tomó para la chacota fue el presidente Lagos, después llegó a un encuentro de Asexma con un chupete enorme de regalo para nosotros, diciendo que los empresarios éramos muy llorones.

¿Y hay un antes y un después en materia de regalos con la famosa muñeca? ¿Qué te pasó ahí?

Era súper ordinaria. No fui el de la idea, pero me hice responsable, porque si estás liderando la Asociación Gremial, no es justo echarle la culpa a otro. Yo cometí el error, encontraba terriblemente injusto que involucraran a ministros que habían estado ahí, cuando todos sabemos que, si uno está arriba del escenario, no se atreve a salir, es muy difícil bajarse. Los medios de comunicación fueron terriblemente injustos con el ministro Luis Felipe Céspedes, porque él no tenía arte ni parte, fue sorpresa. En el momento nadie dijo nada. Yo me fui a la una y media, me entrevistaron a la salida y ningún periodista me preguntó nada. Esto reventó el día siguiente a las seis y media de la mañana por un periodista que puso un Tweet, se armó el escándalo, salió en 60 países, en mi casa mi señora no me habló en dos meses. No fue con mala intención, fue una falta de percepción del momento que estábamos viviendo.

¿Cuál es tu obsesión de ahora, Roberto? Normalmente tú te obsesionas con muchas cosas y saltas de una a otra ¿cuál es la obsesión del momento?

Yo quisiera poder entrar de frentón en la economía circular. De ver cómo dar segunda vida a las cosas. Lo que te decía que hacíamos con las cajas de cartón de las lavadoras que se transformaban en casas de muñecas. Eso me gustaría hacer. Otra obsesión mía es el gran cambio que vamos a tener que producir como país en la enseñanza de los trabajadores, en su reconversión, sino vamos a tener un nivel de cesantía altísimo que ni el trabajador ni el país se merecen. También me preocupan los inmigrantes, de hecho, fracasé hace dos años atrás recolectando recursos para los inmigrantes. Inmigrantes, expresidarios y cuidadoras de adultos mayores con Alzheimer u otras enfermedades que hacen perder la autovalencia. Yo creo que ahí tenemos que poner el acento como país, en capacitar a los inmigrantes que requieren saber cómo es nuestro país en los distintos aspectos, a los discapacitados también para integrarlos. Dentro de

Asexma tenemos un director que es no vidente, Miguel Ulloa, él siempre comenta que, en el año 2000, se le abrió el mundo y salió de la oscuridad cuando la tecnología le dio la posibilidad de escuchar sus correos electrónicos. Dice que ahora lo único que falta es la tecnología de reconocimiento de imágenes en el cajero automático, porque todavía necesita ir con otra persona para dictarle la clave. Sería bonito ser el primer país del mundo que incorpora esa tecnología para los no videntes.

En este momento de tu ciclo vital se te ve tan creativo y activo como al inicio. Has tenido una vida feliz, da la impresión. Por supuesto, con sus caídas.

Cuando uno es empresario arrastra al resto. En mi casa me decían “pasajero en tránsito”. Hubo una época en que pasaba más afuera que adentro. Uno se justifica diciendo que la calidad e intensidad de la hora pasada en la casa es muy superior a la de aquellos que están todo el día.

Hay grandes cosas que se pueden hacer. Me gustaría romper la separación entre la universidad y la empresa. Yo quiero hacer una charla donde voy a poner 2 sacos de cemento de 25 kilos para demostrar que antes la productividad se medía en el número de sacos que yo movía, por eso se llamaba mano de obra. Hoy día se llama capital humano, recursos humanos, aunque todos critican esos términos por razones más filosóficas. Pero cómo no vamos a ser capaces de involucrar más al trabajador y que no se sienta despreciado en su actividad. Ese cambio en el matrimonio entre empresarios y trabajadores para conseguir mejor y mayor entendimiento y convivencia sería formidable.

Si hubiera que definir un eje central de tu vida probablemente ha sido ése, la búsqueda de una comunión mayor entre empresarios y trabajadores.

He fracasado rotundamente, he fracasado en ese aspecto, pero he peleado por ello toda mi vida y sigo peleando.

Esa es una buena manera de terminar esta conversación que podría prolongarse indefinidamente. Éste ha sido el capítulo dedicado al empresario social Roberto Fantuzzi, en la primera temporada de Conversaciones Contra El Olvido.

Esta entrevista fue realizada en su casa de Vitacura el 27 de septiembre de 2019.

FANNY POLLAROLO



Fanny Pollarolo Villa nació en Linares el 7 de marzo de 1935. Médico Psiquiatra de la Universidad de Chile. Fue militante del Partido Comunista, fue una de sus principales voceras en los últimos años de la Dictadura. Candidata a senadora por su partido en la Región de Antofagasta en 1989 y luego diputada del Partido Socialista en el distrito 3 de esa misma región entre 1994 y 2002. Ha ejercido la psiquiatría social desde entonces hasta la actualidad.

Es la primera temporada de Conversaciones Contra El Olvido. Estamos entrevistando a personas que tienen en común mi cariño, admiración y respeto. Son personas que han dejado huella en la historia de nuestro país. En esta ocasión vamos a conversar con una médico psiquiatra, ineludible defensora de los derechos humanos, política, parlamentaria, pero sobre todo activista social. Se trata de nuestra querida Fanny Pollarolo.

Hola Pepe, una alegría de verte y tenerte en mi casa.

Linda casa. Ñuñoína por antonomasia. ¿Cuántos años has vivido aquí?

Muchos años. Desde que volvimos de Buenos Aires, de ese corto exilio que tuvimos en el '76 y '77. Buscábamos una casa, teníamos que dejar la antigua porque era muy grande y difícil de mantener. Buscamos aquí en Ñuñoa siempre.

40 años entonces. Aquí crecieron tus hijos e hijas.

Sí, claro, también los nietos habitaron acá. Hijos y nietos, algunos con sus parejas.

Vamos a recorrer tu vida reflexionando juntos sobre ella. Por supuesto, vamos a partir por esa infancia, hija de militar, nieta de abuelo político radical, infancia itinerante, además, porque los militares se van desplazando de pueblo en pueblo. ¿Por qué no nos cuentas un poco de eso?

Fue una infancia que yo viví de una manera muy interna. Interna y externa, ambas cosas, es lo que recuerdo. Gozando mucho de Linares, yo soy linarense, volvíamos todos los veranos. Nací en Linares y allí fui a primero y segundo básico, a ese primer contacto con otros niños, con nuestro lugar, con el aprendizaje. Después volvíamos todos los años porque era la familia materna, mi abuelo, mi abuela, los tíos. Marcada por esos lugares o espacios de campo todos los veranos. Yo fui campesina. Entonces son recuerdos muy lindos, muy alegres. Recuerdo mucho también mi casa grande en Santiago, sueño mucho con ella. En esa casa estaba esa otra parte muy mía. De ir haciéndome preguntas desde chica, de descubrir esos libros que me encantan porque a mi padre, maravilloso, le encantaba leer y compraba muchos libros. En el tercer piso de esa casa grande, con esos espacios especiales donde uno podía tener su propia oficinita, sus propios cuadernos, sus propios libritos. Ahí había una pieza llena de libros, ésa era mi pieza. Estaban en el suelo, había libros en todas partes.

¿Recuerdas libros que te hayan marcado?

Sí, hay dos libros bien importantes para mí. Uno es el de la revolución rusa soviética, no recuerdo el título, pero tenía fotografías de la revolución y ahí fue

como la primera reflexión, me enfrenté al conflicto de decidir, porque por una parte estaban las fotografías de los campesinos, de mucha miseria...

También estaban los hijos del zar asesinados...

Entonces qué derecho había de asesinar, pero qué derecho había de explotar. Otro libro que fue también muy importante para mí, en mi definición, en mi feminismo, que siempre tuve sin poder denominarlo propiamente feminismo, fue una biografía de Madame Curie, la Premio Nóbel de Física y de Química. De nuevo una imagen, ella en el laboratorio con su marido y sus dos hijitas. Fue la imagen que a mí me permitió, o me ayudó mucho, porque simbolizaba lo que yo buscaba, que era integrar el estudio, la doctora, qué se yo, y la familia, poder ser una persona distinta a las mujeres de mi familia.

Porque el modelo familiar para la mujer era su rol doméstico.

¡Doméstico, doméstico, doméstico! Mi madre era una estupenda persona. Nosotros éramos 5 niños, las mujeres cosían mucho. La abuela paterna vivía con nosotros y también era costurera, nos hacían toda la ropa. Una se va formando y recogiendo tantas cosas distintas, porque ahí estaban ellas muy en torno a la labor de criar a los hijos, ésa era su tarea. Mi madre sin quejarse, eso fue muy lindo, sin quejarse. Mi abuela paterna era regañona, no era una abuela dulce. No me quería mucho, pero a mí no me importaba, porque además había otra mujer muy maravillosa, Irene. Ella no supo nunca su fecha de nacimiento ni quiénes habían sido sus padres, Trabajaba en la casa. Crio a mi padre, llegó a la casa de la abuela paterna para acompañarla, se fue quedando y haciéndose parte de la familia, murió ahí. Mi madre la cuidó hasta el final, de esas cosas que se vivían antes. Fue muy lindo, porque ella fue muy feliz y nos hizo muy felices a todos, sobre todo a los niños. Una mujer maravillosa que no sabía leer ni escribir, pero a mí nunca se me van a olvidar los cuentos que Irene me contaba, que me encantaban. Mi padre y mi madre nos compraban libros de cuentos muy lindos. Ella me los leía al revés, porque inventaba. Decía que era medio gitana y veía la suerte, criaba pajaritos en el hombro. Ella me mostraba las otras dimensiones de la vida, que podía disfrutarse si había realmente posibilidad de quererse.

¿Cuándo tomaste conciencia o asumiste que no ibas a ser como tu madre ni tu abuela?

Muy pronto. Como te digo, me gustaba mucho leer y a los 10 años era muy aficionada a la poesía. Entonces, me sentía mucho más identificada con mi padre, el escritorio de mi padre me gustaba mucho y admiraba a mi abuelo. Yo quería tener eso.

¿Él fue Intendente?

Fue Intendente los tres periodos de los gobiernos radicales. Aunque lo empujaban siempre, nunca quiso presentarse a Senador, aunque se lo propusieron varias veces. Fue almacenero, eso fue lo lindo. Era el hijo mayor, perdió a su padre y tenía un hermano menor. A mí me puso Fanny por la abuela, la Nona. Él era el hijo mayor que sacó adelante con su madre a la familia, instalando un almacén en Linares. Era un precioso almacén de esquina. Ahí también conocí lo que era sacar con una poruña el aceite o el café. El hecho más importante es que a mí me marcó mucho también en eso de vivir la diferencia. Me llevó una vez de la mano a mostrarme algo en la trastienda, era su imprenta y delante estaba el almacén. Ahí estaba tan unida la vida, con la sencillez del almacenero y, por otro lado, las letras. El fundó el primer periódico de Linares, “El Heraldo de Linares”. Fue muy querido porque unía ambas cosas. Yo siento que esa visión integral era para mí muy importante.

Y ha seguido siendo importante durante toda tu vida.

Tremendo. La integralidad para mí es como la esencia de la vida. La he ido entendiendo y ampliando. Ahora la vejez me sirve mucho para eso, estoy contenta con mi vejez, porque me ayuda. Uno se va dando cuenta que de alguna manera hay una línea, es muy lindo, porque vas madurando aquellas cosas que difusamente percibías cuando niña o adolescente. En la adolescencia fueron madurando estos intereses, que yo también los desarrollaba en el campo, leyendo. Recuerdo esas tardes maravillosas debajo de un sauce y una agüita que corre. Maravilloso.

¿Eras muy católica de adolescente?

Era católica de verdad, de verdad. Media fanática, porque la actitud de estas mujeres en mi familia tan católicas que rezaban el rosario y no practicaban los principios del catolicismo, me chocaba. En Traiguén fue donde viví la cosa más intensa del catolicismo. Entré a la Acción Católica, era muy crítica de los que iban a misa de 12 a mirar las tenidas de las otras o a pasearse en la plaza, era una adolescente un poquito fanática. Llena de preguntas. Entonces sentí que en la Acción Católica podría llevar a la práctica mis principios. En mi familia no había tanto debate político, entre las mujeres nada, sólo los hombres lo tenían, pero en su espacio. Entonces sentí que era el espacio para vivir eso, llevarlo a la práctica. El cura se enojó, encontró que yo era una comunista. Por primera vez me decían eso. Tenía grandes interrogantes, sentía que esta sociedad era muy injusta, fui el tipo de niña que empatiza, demasiado sensible, me decía mi mamá. Cuando me contaban de chiquitita el cuento de la Caperucita Roja, yo lloraba. Fue bien terrible, el cura clausuró la Acción Católica porque nosotros habíamos propuesto ir a ver a unos ancianos que estaban en un hogar medio abandonados. Eso fue todo... era un poquitito conservador.

¿No alcanzaste a participar después, de estudiante universitaria, en la Acción Católica?

No. Ya me había definido. Antes de entrar a la universidad fue mi ruptura. Esta cosa tan hipócrita, también me molestó otro cura que estuvo en insinuaciones, el doble estándar. La figura de Jesús me atraía, pero veía todo esto y de pronto fui sintiendo que dejaba de creer. Me fui poniendo más reflexiva, más racional. En ese momento empezaba el existencialismo, Sartre era bien influyente. Había transcurrido la Segunda Guerra, eso me había golpeado mucho también. A mi padre militar –los dos teníamos una relación muy cercana- lo quise mucho. Por eso es que hoy día los hermanos nos preguntamos cómo sobrevivir a esta manera de mostrarse el Ejército, cuando escuchamos tantas veces a mi padre hablar del honor militar y de su amor por el Ejército, por ese ejército constitucionalista.

¿Él tenía un grado?

Él fue bien importante en el Ejército. Tan importante que estuvo muy cerca de ser Comandante en Jefe, fue durante muchos años comandante de la guarnición de Santiago. Siempre tuvo un sentido social. En la Segunda Guerra Mundial él sentía con fuerza el choque de su formación germánica y lo que ocurría con el avance del Fascismo. Yo fui sintiéndome cada vez más crítica, me acuerdo que mi padre llevó a la casa y me mostró el poema de Neruda, “España en el Corazón”. Era un tiempo en que se abrían múltiples reflexiones. Yo fui tomada por la razón, a pesar de que no es mi estructura, pero por una razón tremendamente humanizada, influida por el existencialismo. Llegué a la universidad ya incrédula, agnóstica.

¿Cuándo decides optar por la medicina? ¿Por qué la medicina? Porque tú, al menos para mí, eres antes que todo, una doctora. Nunca perdiste tu identidad profesional, aun siendo diputada.

Yo creo que es porque la medicina integra. Integra dos cosas que sentí muy fuerte en mi adolescencia. Esto de la importancia del saber, preguntarme y buscar respuestas, en cierto modo la investigación...

Ahí estaba Madame Curie.

Con que ese saber sirviera. Para reducir las injusticias. Para mí era muy importante el elemento de la justicia y la igualdad. Mi padre me decía que yo era la abogada de los condenados. Y la medicina lo integraba. Entonces ya pensaba en neurología, nunca pensé en cirugía, me vine de Traiguén el último año al Liceo 7 en Santiago para sacar mejor puntaje, a la casa de una tía. Después me di cuenta que la psiquiatría era lo que me permitía eso. Si era doctora servía, pero al mismo tiempo estaba ayudando a otros a que exploráramos -así lo veo ahora- juntos en un conocimiento que era muy

importante. Yo también iba aprendiendo y desarrollándome. Entonces, la psiquiatría ha sido muy valiosa para mí.

Era como la síntesis entre esa vocación científica, vocación por la persona y vocación por lo social.

Por lo social, por la justicia, por un mundo mejor, eso fue muy fuerte. Fui ese tipo de adolescente.

Estás en la Universidad de Chile, primero o segundo año, tienes menos de 20 años, te enamoras de un médico que tiene unos 28 y te embarazas contra todas las normas de la época. Me imagino que la reacción de la familia debe haber sido tremenda. ¿Cómo viviste tu condición de madre durante prácticamente todos tus estudios?

Yo había hecho un primer año y el segundo muy bien, estaba contenta con la carrera. Además, estaba contenta con lo que estaba ocurriendo en la universidad, ahí había un grupo de Juventudes Comunistas tremendo y otro democratacristiano.

Estamos hablando del inicio del gobierno de Ibáñez ¿no?

A mí no me gustó Ibáñez, yo ya simpatizaba con los comunistas. Tenía muchos amigos ahí, también en un nivel de reflexión y al mismo tiempo de pelea y de estudio. O sea, era la posibilidad de integrar todo eso en una vida rica.

Los comunistas ya eran actores públicos, a pesar de que seguía vigente la Ley de Defensa de la Democracia, en la práctica ya no regía.

Era gente maravillosa, dos de ellos están desaparecidos en este minuto. Había dirigentes estupendos y todo un grupo joven. Fue muy lindo, ahí nos conocimos con Mario y fue una relación muy fuerte, la sentí desde el comienzo muy fuerte. Él era médico psiquiatra. Desde Neurología yo estaba mirando más la Psiquiatría. Mis padres se habían ido ese año a Colombia, a mi papá lo nombraron agregado militar. Yo estaba con mi abuela, pero como ella nunca se metió mucho conmigo, estaba sola. Nos encontramos muy profundamente con Mario, sentí que con él podía desarrollar todos esos aspectos que para mí eran tan importantes. Él era militante comunista, pensábamos igual. Él era una persona muy lectora, me la gana a mí. Porque, además, es un sabio porque retiene todo, es capaz de evocarlo siempre. Los nietos siempre le preguntan a él. Yo creo que me conquistó con la primera invitación que me hizo “a pisar hojas” en el Parque Forestal. Dime tú que no fue una invitación preciosa. Muchas conversaciones, muchas caminatas. Nos seguimos viendo y la cosa se fue dando de manera muy natural. Al año teníamos ya un vínculo muy fuerte, muy completo.

¿Y tu familia cómo reaccionó?

Mi madre maravillosa. Ella vino de Colombia a fin de año a vernos, a mi hermano y a mí, que nos habíamos quedado acá, conoció a Mario y le encantó. Pero pensaba que la relación era a largo plazo, cuando le dije que había un embarazo y queríamos casarnos, me dijo “está bien hija”, lo aceptó bien. Fue bien maravillosa. Yo la había visto tan doméstica, que para mí fue una cosa muy linda. Mi madre siempre tuvo una gran apertura y capacidad de comprender al otro.

La reacción de tu padre fue diferente.

Claro. La de mi padre fue feroz. Me mandó a decir que me olvidara de él, que ya me había borrado.

¿Hasta cuándo duró eso?

Hasta que se bajó del barco de regreso a Chile. Porque lo fuimos a buscar con mi hija Paulina en brazos, me vio, miró a esta guagua, la agarró y se vino con ella todo el trayecto a Santiago, no la soltó más. Compró una casa que tuviera una casita atrás para que viviéramos con Mario. Quiso mucho a Mario, a mí me retaba porque decía que yo era una suelta... Mi madre fue una abuela maravillosa.

La psiquiatría vino inmediatamente después de egresar.

En ese tiempo no había especialización, no había mayores exigencias, uno se formaba con el profesor, con el maestro, llamémoslo así. El maestro era el doctor Armando Roa. Entramos un grupo de muy buenos estudiantes a su curso, muy aficionado a la psiquiatría. Estaban Rafael Parada y Otto Dörr, por ejemplo. Éramos un grupo estudioso que nos metíamos de lleno en la cuestión, ahí se me confirmó que la psiquiatría era realmente mi vocación.

¿Eso era en torno al hospital psiquiátrico?

Sí, en el Psiquiátrico. Entré a trabajar directamente como ayudante del profesor Roa, hacía clases complementarias a sus alumnos, me gustaba mucho. Rápidamente empecé a hacer clases como profesora. Era una buena psiquiatra, me gustaba mucho. Me gustaba mucho la psicoterapia. También cuando estudiamos la esquizofrenia, tuve un trabajo donde metía más el vínculo con ese sujeto psicótico, que algo pasaba, pero había que vivirlo.

Ahora me doy cuenta que era justo la época en que se estaban planteando nuevas visiones en la Psiquiatría, mucho más holísticas, donde la relación, el intercambio y la intersubjetividad estaban iniciándose. Era la década del '60 y empezaba todo un debate, otra mirada. Yo tenía un enfoque comprensivo, una

dinámica más en el enfoque del yo, más integrativo, donde lo relacional y la visión que integra el sujeto al mundo y a los otros. Esa cualidad tan especial que tenemos los seres humanos, de ser uno, pero también poder ser el otro y estar en una relación particular con otro. Hoy día hay un fundamento de esto en la neurociencia, con las células espejo. Después seguí desarrollándome, sin una formación académica especial, porque ya estábamos en otra, la psiquiatría tenía que ponerse en la tarea de trabajar con los maltratados, con los vulnerados.

La sociedad se había ido radicalizando, vinieron las elecciones del '70, ya llevabas varios años trabajando en el Psiquiátrico. Entiendo que ahí entraste a militar en el Partido Comunista.

Pero no el '70, después, el '72, en Villa Francia. Nosotros éramos amigos del PC, simpatizantes y amigos, compañeros de ruta. Trabajábamos políticamente con Mario Zamorano, dirigente comunista, un tipo maravilloso que fue asesinado en esa ratonera de la calle Conferencia el '76.

El PC era muy grande en ese momento.

En el Hospital Psiquiátrico era mucho más grande que los socialistas.

En el mundo de la cultura en general, era por lejos el principal partido.

Y viejos muy valiosos. Tengo ese recuerdo, de gente que admiraba mucho. Sentía que eran personas de una pieza, de una coherencia muy grande. Como era simpatizante, no tenía ningún problema mayor de enfrentar otro tipo de cosas. Los veía como personas, gente honrada, de principios, de entrega, de una política de verdad.

¿Participaron en la campaña de Allende?

Participamos, sí. Y en las anteriores también. Con Mario seguíamos de cerca la política, era tema importante en nuestra conversación. No era sólo la psiquiatría, ni la literatura, era la política siempre. En la campaña de Allende estuvimos en todas. Pero claro, la psiquiatría también iba abriéndose a esta visión mucho más social. En ese sentido, en el hospital y en la universidad se estaban desplegando estas nuevas visiones. Mario, mi marido, estuvo mucho en eso. En cambiar el currículo académico comenzando con las actividades prácticas en el primer año, llevando a los estudiantes a encontrarse con la realidad.

Trabajaba en la mañana en el Psiquiátrico y en la tarde íbamos a trabajar a Villa Francia, al consultorio de Chuchunco, en Estación Central, la comuna donde tú eres diputado. Con mis estudiantes armamos un trabajo comunitario con los pobladores. Ahí conocí a esos curas obreros maravillosos, en especial a Mariano Puga. Una noche que tuve que quedarme en una actividad con la

comunidad, un dirigente del Partido de ahí me dice “ya poh, compañera, decídase, si usted ya es más militante que muchos militantes”, y me entregó el carné del Partido.

Eso era el '72.

Claro. Nosotros fuimos bien activos todo el periodo '72 y '73 por la huelga de los médicos. Con Mario estuvimos trabajando a full. Y empezaron los debates. En esos debates fue donde comencé a tener más protagonismo. Recuerdo una asamblea de los médicos previa a la huelga, donde me paré y dije que se estaba pidiendo un voto para derrocar al presidente electo. Estuvimos más activos, tanto que una vez que hablé en la televisión por los médicos que trabajábamos durante la huelga, me ganó el huevo de oro en la portada del diario Puro Chile.

¿Por qué pensaste con tanta ingenuidad que, a pesar de haberte posicionado de manera tan clara en ese durísimo conflicto, podrías seguir trabajando en el Hospital Psiquiátrico después del golpe?

Nadie dimensionaba lo que en realidad estaba pasando. Si éramos médicos, estábamos todos trabajando. Yo estuve hasta el sábado, hasta que llegaron los milicos. Ser médico era una vocación social, al menos antes, no sé si ahora. A mí me da mucha pena. Creo que para muchos sigue siendo así, pero la mayoría ha cambiado, con esta comercialización de todo. Antes era fuerte, era un compromiso de vida, de verdad. Ese saber era un saber para otros, no sólo para uno. Bueno, yo estoy fanática del tema de la ética, creo que estamos como estamos porque se ha arrasado con eso. Antes tu valor personal tenía que ver con esos valores. Que fueras un muy buen profesional, honesto, una persona de bien, el auto que tuvieras daba lo mismo. Ese respeto porque eres un buen profesional, porque eras una persona valiosa. La moral que nos rige hoy día está hecha de normas, no de valores. Eso no ha sido nunca la ética. Me acordé de repente de una frase que se decía, “soy pobre pero honrado”, hoy día nadie diría eso.

La tarde del Once empezaron a irse todos, los pocos que habían alcanzado a llegar, porque había que irse. Dimos de alta a muchos enfermos, pero había otros que tenían que quedarse ahí. Entonces me quedé. También fui de las ingenuas que el miércoles en la noche creyó la noticia que venía un ejército del Sur y tuve una discusión con los auxiliares y enfermeros que me decían, “cuando lleguen, usted, doctora, se va a refugiar aquí”, y yo, mira la ingenuidad, les discutía que no, que las mujeres también podíamos pelear.

¿Cuánto tiempo estuviste en el Psiquiátrico antes de que te echaran?

Tuve que trabajar como jefe de servicio previo al Golpe. El doctor que pusieron de director después del Once era bien cobarde. El sábado fue el último día, porque los militares iban tomando los hospitales de a uno, dejaron para el

último el Psiquiátrico porque corría la voz que entre los locos había guerrilleros armados. Entonces estaban muy asustados, por eso llegaron al final. El médico al que nombraron director era el más asustado de todos. Me llamó por teléfono para decirme que me fuera para la casa, que tenía temor por lo que me pudiera pasar. Yo le transmitía mi certeza de que no iba a pasar nada si me quedaba. Esto ocurrió cuatro días después del Golpe. Las barbaridades que se estaban cometiendo eran tremendas, él estaba muy asustado. Volví el lunes a trabajar después del fin de semana, había estado de directora, tenía que hacer mi trabajo, atender a mis enfermos. Cuando llevaba trabajando como diez días, el director me llama a su oficina para pedirme por favor que me fuera. Yo no lo podía aceptar, "cómo me voy a ir, si estoy trabajando acá, tengo que atender enfermos", le dije. Incluso llegué a decirle, "soy uno de los mejores médicos de este hospital, usted no me puede echar". "Pero Fanny, me dice, te voy a mostrar". Abre las cortinas y había unos hombres, ni siquiera eran milicos, con cara de pocos amigos. Ahí me resigné y le dije "bueno, pero voy a tomarme el último café".

¿Cómo sobrevivieron los meses que siguieron al Golpe?

Los dos atendíamos en una consulta que teníamos juntos. Nosotros desarmamos la casa la misma mañana del Once, en realidad. Nos fuimos con la sensación de irnos a la guerra. Despedí a mi hija, que estaba en primer año de Historia en el Pedagógico y a los dos menores los llevamos a la casa de mi cuñada. Con Mario nos fuimos al hospital. Después nos volvimos a la casa de mi madre, no a la nuestra.

Fue un tiempo en que teníamos que ver qué hacíamos. Primero simplemente sobrevivíamos con la consulta, después tomamos los primeros contactos, porque había que empezar a ayudar. En ese periodo hicimos bastante trabajo clandestino, había que pasar información sobre las tareas más urgentes, en verdad lo más importante era cómo se salvaba a la gente. Mario estaba preocupado de sacar a mi hija mayor, porque ya estaban pasando cosas terribles con los jóvenes. Además, murió mi padre. La sobrevivencia de muchos de los nuestros no estaba asegurada, no la nuestra, nosotros nos sentíamos dentro de los privilegiados. No estábamos en la primera línea, nos movíamos con cierta seguridad. Ser hija de un general de Ejército indiscutiblemente en ese momento me ayudaba.

¿Él ya estaba retirado?

Él estaba retirado, no toleró el Golpe, no lo resistió. Estuvo desde que empezó el Golpe la mañana del Once mirando el humo de La Moneda después de ser bombardeada por aviones. Hizo un duelo feroz. Me dijo "éste no es mi ejército, me lo cambiaron, no lo reconozco, no es mi ejército". Eso lo mató. Hizo un derrame cerebral una noche de septiembre pocos días después del Golpe. Lo último que me dijo fue, "hija, cuídate mucho".

¿Partiste a Argentina porque tenías a alguien?

Sí, teníamos amigos psiquiatras argentinos muy valiosos que habían venido a Chile durante la Unidad Popular. Había un grupo grande de psiquiatras de izquierda, peronistas, que habían venido a conocer nuestra experiencia de gobierno con la Unidad Popular. Mario los había llevado a distintos lados, habían ido incluso a Villa Francia un día que nosotros estábamos con los jóvenes.

Estamos en Argentina, con tus amigos psiquiatras, con tu hija que había partido antes. Eran años difíciles y complejos allá.

Y se fueron haciendo cada vez más complejos. Por eso que más de dos años era imposible. De hecho, muchos de nuestros queridos amigos y amigas psiquiatras argentinos tuvieron que irse, porque corrían riesgos enormes.

¿Pudieron hacer psiquiatría? Porque en Argentina predomina el Psicoanálisis.

Sí, fíjate. Mario trabajó en un hospital donde pudo aplicar toda su experiencia en el tratamiento del alcoholismo, que era muy importante acá en esa época. Pero le era más difícil, trabajaba fuera de Buenos Aires. Yo tuve más suerte. Fui donde uno de los amigos psiquiatras y le dije que necesitaba trabajar, que me tenía que ubicar en algo. Con tanta suerte, que me conectó con un equipo que hacía psicoterapia, no eran psicoanalistas. Me dieron un espacio y lo pasé súper bien. Era un tiempo de mucha exigencia, pero al mismo tiempo uno estaba tan reforzada por la tarea, por la cosa médica que conversábamos. Esto de que uno se formaba con mucho sentido de la responsabilidad, que producía un sentimiento positivo de poder hacer algo, de tener capacidad de hacer algo con sentido. Los chilenos en general llegaban a Argentina y se iban rápidamente, había que acompañarlos. A veces, el departamentito que teníamos estaba lleno de chilenos, uno se hacía cargo de la alimentación y de todo. Yo me sentía bien orgullosa de que pudiéramos hacerlo. Ahora que te lo cuento, es lo que me pasaba también después en las protestas, en la salida a la calle con las mujeres. Era como que le estabas ganando la pelea a la brutalidad.

Volvieron el '75, cuando el flujo debe haber sido cien a uno entre los que se iban de Chile y los que volvían al país.

Un domingo en Buenos Aires, en la plaza Francia, donde solíamos ir con Mario, nos preguntamos por qué volver, sabiendo que era un hecho, una decisión tomada. Yo decía ¿qué van a decir los psiquiatras del futuro? Era tan fuerte que no necesitaba fundamento, pero ya que estamos ahí, pensémoslo, pongámosle palabras a eso.

La reflexión vino después de la decisión, que ya tenían tomada.

No fue racional, era del estómago. Tenía que ser. Era connatural a lo que nosotros éramos. Sí, así es la ética. Es tuya nomás, en el sentido de un determinado compromiso. Y bueno, no estábamos corriendo los riesgos de otros. Nos volvimos a la casa de mi madre e instalamos consulta.

Tu primer vínculo con la pelea de los derechos humanos fue en la Vicaría ¿sí?

Claro. Mario y yo nos vinculamos inmediatamente a colaborar en la Vicaría.

¿Y la decisión del FASIC? Porque que eso es desde la especialidad, desde lo médico, la defensa de los derechos humanos desde lo médico.

Claro, era necesario que los médicos, sobre todo los psiquiatras, los especialistas, que no sabíamos cómo se atendía a personas que habían sido torturadas, lo hiciéramos y había que aprender de alguna manera. Ya había contactado antes a Pachi Rojas para conversar de lo que teníamos que hacer, pero ella corrió más riesgos que yo y tuvo que salir. Cuando volví de Argentina era claro que teníamos que armar algo o seguíamos ayudando a la Vicaría. Ahí me llama Claudio González, de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas, el FASIC, para decirme que el Consejo Mundial de Iglesias había mandado a decir que financiarían un proyecto que tuviera que ver con las consecuencias de la tortura. Claudio me propuso que redactara un proyecto. Yo nunca había redactado un proyecto ni estudiado cómo se hacía, pero había que hacerlo. Apoyada en una sola bibliografía, la obra del psiquiatra francés Frantz Fanon, que había peleado contra los nazis en el ejército francés, pero después también en el Ejército de Liberación de Argelia. Trabajábamos en el tema del exilio, con los que partían, también con los familiares de detenidos desaparecidos y de ejecutados políticos, manteníamos una relación muy estrecha con la Vicaría de la Solidaridad. La Iglesia nos respaldaba y nos daba protección, pero era muy duro.

El trabajo del FASIC te permitió volver rápidamente a vincularse con Chile, y con el Chile más duro, el de la represión y del exilio, y a poco andar, me imagino, se te acercaron del Partido Comunista, que se estaba reconstruyendo. Entiendo que por ahí por el '79 ya tomaste contactos con la dirección clandestina.

Con Elizabeth Lira, que fue la primera a quien llamé para trabajar en FASIC, hicimos un encuentro en Punta de Tralca con uruguayos y argentinos sobre el tema de la tortura y las violaciones a los derechos humanos. Empiezan a abrirse espacios, se crean la oficina contra la Tortura y la Comisión de Derechos Humanos, y efectivamente toma contacto conmigo un compañero vinculado a la dirección clandestina y empezamos a ser “informados”.

Claro que tú te convertiste rápido en una de las pocas figuras públicas que tenía el Partido Comunista, un público entonces restringido, por supuesto, porque no teníamos medios de comunicación y no había libertad de expresión.

Eso fue cuando comenzaron las acciones masivas y abrimos este camino de las mujeres con “Mujeres por la Vida”, el ’83. Me llamó María Olivia Monckeberg por teléfono, nos ubicábamos porque ambas estábamos en el mundo de los derechos humanos.

Hasta entonces no había habido nada en que participaran la Democracia Cristiana y el Partido Comunista, ésa fue una acción pionera.

Y fue movida por el llamado de las mujeres a la unidad. Había ocurrido poco antes un acto muy complicado de los hombres en el Caupolicán, con mucha división. Entonces se inmola Sebastián Acevedo, viene este horror tremendo, se quema vivo clamando por sus hijos que estaban secuestrados por la CNI. El gesto parte de la Democracia Cristiana, de María Olivia Monckeberg, ella me llama y me dice, “tú como comunista y yo como democratacristiana, reunámonos, esto no puede ser”. Estaban otras compañeras socialistas. Esto parte de las mujeres, como un llamado a la política masculina a que se unan, a que la barbarie tiene que terminar, que no puede seguir, que es urgente. Lo hermoso y significativo es que esto se va dando espontáneamente, eso es una cosa a la que yo le doy mucha importancia ahora, que no todo tiene que ser programado, no todo tiene que ser eficaz, planificado y en base a criterios muy claros ya predefinidos.

No es imprescindible saber dónde terminan las cosas sino más bien el proceso, dónde comienza...

Y lo importante es el cómo, lo que va surgiendo de esto y qué es lo que vamos sintiendo, de lo rico que va surgiendo. Eso es muy atingente a lo que nos pasa hoy día, pero en ese momento fue una cosa que se fue dando en el tono de la amistad, en el tono de la unidad verdadera. Ahí aprendí, reconocí y viví la experiencia de que los liderazgos pueden y deben ser horizontales, pueden y deben ser compartidos, que es perfectamente posible compartir liderazgo, que es positivo tener vocerías múltiples. Esas son experiencias que fuimos reconociendo en este quehacer colectivo de las mujeres.

¿Qué otras mujeres había, aparte de María Olivia que convocó, tú misma, qué otras había ahí jugando un rol?

Muy importante fue Chela Bórquez, ella fue la que trabajó armando las bases de su partido, estaba estrechamente vinculada a Carmen Frei, que fue un buen respaldo también, aunque no apareciera tanto. Yo reivindico mucho a la Chela

y a Carmen. El PC rápidamente vio el valor de esto. También estaban Mirenchu Bustos, que fue muy importante entre las creativas, María Lenina Del Canto, socialista, Mónica González, Marcela Otero. Ahí decidimos comenzar con algo muy importante, convocando a un acto unitario en el teatro Caupolicán. Allí se realizó también un trabajo de equipo que fue muy lindo, lo rescato absolutamente, creo que las mujeres tenemos facilidad para eso. Era un colectivo muy horizontal, donde se colocan los afectos, se pone el humor, lo lúdico. Mostrando que tú puedes trabajar en cosas serias y graves, puedes sentir el dolor de lo que tú estás transmitiendo, pero por otro lado también está la expresión alegre de la vida. Siento que ahí aprendimos que la política no se puede hacer separada de la vida, de las movilizaciones sociales, de los que están en la calle. Cada una tenía su rol. Tere Valdés, por ejemplo, era la que, para estos actos grandes, iba a plantearles la propuesta a todas las organizaciones, a discutir con ellas, para que fuera un llamado compartido por todas, con liderazgo compartido. Eran movilizaciones convocadas por muchas organizaciones, hartas de partidos, otras más espontáneas, y el movimiento feminista también, el de “democracia en el país y en la casa”. La emergencia del feminismo había generado tensión con los partidos, esta segunda ola del feminismo en Chile. El PC había definido que ésa no era la contradicción principal y, por tanto, había que dejarla para después. Así que feminismo no. Pero como se estaba dando ese movimiento dentro de un movimiento social tan importante, el Partido Comunista terminó siendo ganado para el feminismo. Y cuando se recupera la libertad, se reconoce como algo perfectamente asumido.

Fue muy importante instalar en el discurso político el elemento cultural. Se trata de la democracia, pero una democracia mucho más amplia, una democracia más completa. Creo que todavía no le hemos dado toda la importancia a eso. La política sigue siendo todavía un área estrecha. La política es la economía, lo cultural es visto como un aderezo. En nuestra iniciativa la integramos. Fue también una apertura, la capacidad y voluntad de escucharnos. Así, fue surgiendo algo que todas sentíamos en el fondo, que es la conciencia de género, yo había sido feminista de chica cuando había decidido que no iba a barrer diez veces la casa, como hacían mi madre y mi abuela.

La riqueza de ese periodo fue muy grande. Esos años de Dictadura tan feroces, tan brutales, también dieron una riqueza humana, quizás requiera más tiempo para madurar todo lo que nos dice de nosotros mismos ese tiempo, lo conectadas que estábamos con las nuevas necesidades y las nuevas demandas. Lo vivía como algo que permitía también la sobrevivencia. No es que una fuera la súper *woman*, es que había elementos gratificantes en la vida y la acción política. Eran espacios en que nos dábamos cariño, toda la fraternidad que vivíamos en las marchas. Es lo que yo echo de menos porque en la triada de la revolución francesa se destaca la libertad y la igualdad, pero se olvida la fraternidad. Es una crítica que yo le hago a la declaración universal de los derechos humanos. Una volvía de las marchas con más salud mental, porque

nos apoyábamos, era natural apoyarse, con un sentido compartido que te hace querer que al otro le vaya bien.

¿Cómo viviste el cambio de rumbo de tu partido después de la revolución nicaragüense, cuando se incorpora la tesis de la violencia aguda y se crea el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que de alguna manera entra en tensión con el trabajo público, el trabajo social? Porque cada vez que había un atentado se intensificaba la represión sobre las organizaciones y liderazgos más públicos. ¿Cómo viviste eso? Hay mucho comunista que finalmente no siguió en el Partido, que había sido tradicionalmente un partido de masas, de lucha social, de cultura, de construcción de mayorías.

Cuando recibí la información, asumí que era dentro de la lucha de masas, que pasaba a ser con más fuerza, con una decisión mayor, pero que era de masas. Que el elemento armado no era como el de Nicaragua. Lo asumí así, yo creo que era así. Creo que de verdad era así, pero se fue polarizando hacia lo armado. Creo que la gran responsabilidad es que no se armó el bloque antifascista al que llamó el Partido Comunista. Eso marcó todo para adelante. Soy una convencida de eso. No es que eso sea razón suficiente para validar el otro camino, pero le creo a Lucho Corvalán. Tuvimos una reunión, me acuerdo exactamente de que era un domingo en la tarde, había solcito, nos atendía este compañero de la clandestinidad que era una gran persona, al Pato Hales y a mí. Ese día nos llevó la tesis. Yo la aprobé inmediatamente y Pato Hales inmediatamente dijo que ése no era su partido y que entraba en reflexión. Yo no la vi como una cosa militar, no la ligué para nada a Nicaragua y no aparecía tampoco dicho así. El elemento militar, si es que había, era absolutamente secundario. Yo me imaginaba algo así como la caída del monarca de Irán el '79, masas en la calle que desbordan y copan.

Después de las protestas vino cierta apertura con Onofre Jarpa, luego viene el llamado a la inscripción electoral y la perspectiva del plebiscito. ¿Cómo viviste tú eso desde tu condición de comunista?

Al principio coincidí con la dirección de mi partido, porque en ese minuto aparecía como que íbamos a validar otro periodo más, 16 años más de Pinochet en el poder. No tenía tampoco la capacidad de hacer las preguntas necesarias ni de reflexionar políticamente con más profundidad, como para pensar qué otros elementos había ahí. Porque yo creo que ya a esa altura veíamos claro que ese camino iba a significar las debilidades tremendas con que salimos de la dictadura.

¿Al final tú te inscribiste en los registros electorales?

Al final sí, voté por el No y salí a celebrar el triunfo con la gente, era una maravilla como la gente estaba en la calle. Y ya, bueno ya, no había otra posibilidad, no lo derrocamos, era lo que nos habría permitido cambiar las

cosas de verdad, íbamos a ir contra la corriente en el mundo. Pero igual fue un gran triunfo decirle que no. Por eso celebré, fue lindo ese día.

En esa fecha vinieron también los acontecimientos en el mundo socialista. Cayó el Muro de Berlín. ¿Te cayó algo de los fragmentos del Muro en la cabeza, o no?

Lo que me pasó a mí fue que, me dije, éste es un tiempo de reflexión. Las preguntas que hay que hacerse, cómo va a ser el debate, cómo va a ser la reflexión. A mí me entusiasmó, se cae el muro, ganamos el plebiscito y se instala el gobierno de Aylwin. Yo me entusiasmo por el primer encuentro público convocado por el Partido. Fui llena de entusiasmo, llena de preguntas de todo, y no sentí que se pudiera reflexionar ni debatir, empecé a hacer preguntas y me di cuenta que rápidamente comencé a ser considerada una persona complicada. Los dirigentes estaban en una parada muy defensiva, parece que algo les pasó que cuidaron en exceso no revisar la política. Es que el Partido Comunista vivió un tiempo demasiado largo en condiciones durísimas y se resistió a abrir el debate sobre en qué estuvimos bien y en qué estuvimos mal, qué entendimos, qué no entendimos, qué no consideramos, qué nos faltó, cómo lo podemos ver, qué pasó con el resto, qué pasó hacia atrás, cayó el muro, qué pasa con el socialismo, qué tanto de nuestra doctrina se había derrumbado y en qué había cambiado la realidad que nosotros habíamos manejado hasta acá. Estaba llena de preguntas y no había ánimo de responderlas, ni siquiera de preguntárselas.

Y los que salieron del PC constituyen un movimiento que toma el nombre de PDI, como en Italia, porque este fenómeno estaba ocurriendo en el mundo entero, y al revés de lo que pasaba aquí, en Italia el PC entero se había transformado en Partito della Sinistra, el Eurocomunismo había transformado globalmente al movimiento comunista.

Claro, eso estaba ocurriendo en todas partes. No era nada del otro mundo ponerse a reflexionar y hacerse autocrítica, era propio de lo que estaba ocurriendo, como tú bien dices, en todas partes. Yo era especialmente sensible a que las cosas las habláramos, las dijéramos. Cuando llevé para que la debatiéramos una carta de Luis Guastavino, que estaba ya fuera del Partido, fue lo máximo, poco menos que me pidieron que me fuera... Ahí renuncié. Yo me había vinculado con Lucho y Antonio Leal, los dos ya habían salido del Partido.

Ya habían salido muchos otros, los Quilapayún, Ernesto Ottone, Alejandro Toro. Pero ahí empieza otra fase de tu vida. El '93 fuiste candidata del PDI, como independiente en el cupo socialista, en la lista de la Concertación, allí en el mismo territorio donde habías sido candidata a senadora por el Partido Comunista el 89, con una muy buena votación.

Menos mal que esa vez no salí electa. Tuve suerte porque no sé qué habría hecho, habría sido la única senadora del PC, ya no creyendo en eso. Después en Calama fui candidata a diputada en el cupo socialista, sí, y nos enganchamos bien con los socialistas, trabajamos muy bien. Fui elegida, entré al Congreso y luego ingresé al Partido Socialista.

¿Cómo fueron los ocho años de representante de un territorio minero?

Volví a tomar conciencia de la importancia de que se produzcan las conexiones con las personas, con la gente. A veces no es más que eso lo que le piden a quien tiene una responsabilidad política, sentir que son importantes para esa persona que eligieron. La gente no es tanto lo que pide, sino una cosa que pedimos todos, si tú te relacionas con alguien, de verdad seas importante para ese otro, que te tomen en cuenta. Y en los momentos complicados había que estar, ir mucho, conversar y escuchar mucho. Y estar, eso es lo que la gente me dice, “usted estaba”.

¿Y cuáles fueron tus temas en la Cámara?

Los culturales, principalmente. Pero yo ahora digo, en qué medida todas las críticas que tenía en los temas duros me las guardé, no fui suficientemente crítica en las comisiones políticas del partido, no lo dije, porque estuve un poco satisfecha por los temas culturales en que sí podíamos avanzar. En los temas duros creo que no se avanzó casi nada. Además, quedaron como amarradas cuestiones tremendas. La privatización en salud, la privatización de la educación, la privatización del agua, el abandono de los medios de comunicación al mercado.

Nosotros con Andrés Aylwin estudiamos, discutimos a fondo los temas de derechos humanos. Estuve en la Comisión de Familia, armamos una comisión interparlamentaria de apoyo a la infancia con Carmen Frei, nos metimos también en el tema de la exclusión, en la esfera de lo sexual y el tema de la vocería gay, que comenzó con Rolando Jiménez, un compañero que también fue comunista. También tuve participación activa en toda la agenda de mujeres. Yo creo que el aprendizaje de Mujeres por la Vida lo llevamos a la Cámara, ahí aparecemos las tres juntas en el primer periodo, María Antonieta Saa, Mariana Aylwin y yo. Lo más interesante, lo más positivo fue lo del VIH, porque ahí en realidad colegislamos. Con la suerte de que el Ministerio de Salud también estaba interesado y ONUSIDA cooperó, pero nosotros elaboramos el proyecto junto con los compañeros de organizaciones del VIH. Ése fue un debate muy interesante, porque además había que cambiar la mentalidad, hasta ahora se había visto todo lo que fuera protegerse de una epidemia separando al "apestado". Fue tan importante porque fue un debate donde había que escuchar los argumentos del otro para poder desarmárselos y hacerlos enfrentarse a la realidad. Con todas las dificultades de los prejuicios y temores al diferente, fue muy bonito ver el aprendizaje de muchos.

Fue una sorpresa que tú perdieras la elección frente al mismo al que antes le habías ganado por lejos, ayudándolo a entrar a la Cámara. Waldo Mora Longa, contra toda predicción, se lleva esa candidatura en 2001. Tengo la impresión, sí, que después de perder tuviste algún sentimiento de liberación.

Sí, lo sentí. Liberación de dejar esas responsabilidades y expectativas de la gente tan múltiples sin tener las atribuciones ni los instrumentos para responder a ellas. Si miro para atrás, son como dos etapas, y después vino una muy importante. De haber estado en aquello que te vincula con la gente, que te pide que hagas buenas normas y puedes hacer tan poco directamente. Mario siempre me dice que yo debería haber sido primero alcaldesa. Cuando dejé de ser diputada, Teresa Chadwick me propuso que armara un programa de prevención de drogas con chicos fuera del sistema, desescolarizados. Eso me permitió entrar de lleno al tema social en un tema en que yo venía orientada, que es la infancia. Yo había estado mucho en el tema mujer, pero también en infancia. Me tocaba entonces hacer el aporte en otra área, y qué bueno, quizás los más dañados o lo más injusto que podría haber era que hubiese niños que no tuvieran las condiciones para un desarrollo integral. Entonces entré con mucho entusiasmo, me permitió también hacerme otras preguntas que me devolvieron a viejas preguntas de mi profesión, pero matizadas con una práctica política que me ha permitido ahora -toda la década del 2000 y del 2010 para adelante- hacer cierta síntesis dentro de mí y de lo que voy haciendo. Después en el Sename llegué como asesora de Paulina Fernández y empecé a colaborar en protección de la infancia, porque como venía de todo un trabajo con chicos de la calle, había aprendido cosas bien importantes, me habían surgido miles de preguntas con relación a la fragmentación de las políticas públicas, muchas instituciones dispersas, y el niño fragmentado en lugar de verlo como un sujeto total. De vuelta al pensamiento integrativo, sistémico.

¿Por qué intentaste volver, sin embargo, cuatro años después, cuando ya habías regresado con éxito a la política social, desde la perspectiva de psiquiatra? Hiciste una última incursión, bien infeliz -me tocó verla muy de cerca-, tenías una perspectiva de ganar increíble y, a mi juicio, tu propio partido y los caudillos locales boicotearon la elección. Pero ¿en qué estuvo que te decidieras a volver al Parlamento y a la política más activa?

Creo que fue la sensación de que no me había jugado totalmente en expresar las ideas diferentes a las que estaba impulsando centralmente la Concertación. Lo hablamos mucho con Sergio Aguiló, tuve la sensación de que estaba en deuda en el Parlamento. Yo lo estaba pasando muy bien en el trabajo con los chicos. Mario me decía que me veía bien, que me veía contenta en eso, que siguiera, que para qué volvía. Yo creo que fue esta cosa de las deudas famosas. Era la sensación de que lo había pasado bien en el Congreso, me sentía positiva, pero no había estado en los temas duros, este malestar, esta cosa que era evidente, esta visión deshumanizante, pragmática. Esta cosa de que hoy día ya no existen

los ciudadanos sino los consumidores. Esta cosa yo no se la perdono a Eugenio Tironi, porque es además el corazón del modelo. Entonces fue como, "ya, un periodo más". Visto desde ahora, por suerte no salí electa, no sé qué hubiera podido hacer. A pesar de que también estaba la elección de Michelle Bachelet, eso era muy importante, ayudar a la Michelle también. Pero ahí me decía, bueno, también se puede ayudar desde el trabajo que ya estoy haciendo, desde la política social. Creo que me equivoqué nomás. Y me endeudé, para qué te digo. Mi marido, una paciencia de santo. Mis hijos también.

Volviste a lo social, regresaste al comienzo de alguna manera.

Era el 2006 y Tere Valdés me recibió inmediatamente, incluso estuve trabajando mitad y mitad porque tenía que seguir con el programa con los chicos, donde viví la experiencia de la intersectorialidad. Tuve la tremenda suerte de poder armar una articulación con el Ministerio de Educación. Construimos una pequeña red para la escolarización, que ha seguido hasta ahora. Pusimos en marcha esa experiencia a lo largo del país, con el apoyo del Ministerio del Interior, porque saben que la deserción escolar es un factor de riesgo altísimo. Logramos meter también al Sename. El programa quedó instalado, incluso Piñera no lo cortó, se ha mantenido. Ahora lo llaman Escuela de Segunda Oportunidad, la UNESCO lo ha propiciado mucho. Ahí aprendí la importancia de la articulación intersectorial de las políticas públicas.

Me impacta que ahora, en esta fase de tu vida, hayas vuelto al territorio más pequeño, a lo comunal, en lo Espejo.

Bueno, me fui con preguntas al territorio. Las preguntas surgieron en el Parlamento y después en la política pública. Y claro, está, por ejemplo, el tema de la fragmentación de la política social. Todo lo tienes que mirar de manera integral, ya no hay pensamiento lineal. Ya no es la física mecánica, ahora es la física cuántica que, por lo demás, a comienzos del siglo XX ya plantearon que estamos todos en una red de interrelación permanente, que cada uno es tan importante como el otro y depende del otro. Entonces es otro paradigma. Yo lo he integrado en la psicoterapia, lo he ido integrando, pero yo quería ver cómo aplicas eso. Porque vi que el pensamiento lineal y mecánico sigue aplicándose en las políticas públicas. Y qué pasa en el territorio, qué pasa con ese sujeto que tiene que ser bien mirado en su totalidad, como un sujeto integral. Me fui con esas preguntas y ahora quiero ligar a la política esa visión holística.

Siempre me ha llamado mucho la atención -me imagino lo que significa el dolor de la pérdida de una hija- tu alegría de vivir, a pesar de todo. Tu resiliencia, tu proyección de dulzura, de acogida, a pesar de golpes tan fuertes. Uno ve tanta gente amarga, tanta gente quejándose, tanta gente triste y, sin embargo, tú, siempre alegre, positiva, durante toda tu vida, al menos la

que yo he seguido, como mamá de la Carlita, dirigente política, parlamentaria, psiquiatra, en fin, así de alegre como te he visto hoy día.

Mi hija Carla fue una sabia, fue una maestra, y el regalo más grande que me dio fue poder acompañarla esos cinco años. Nos mostró justamente lo que tú estás diciendo. Ella descubrió que estaba viva, no iba a pelear con el cáncer. No iba a estar en guerra. Ella aceptaba el cáncer y trataba de reducirlo al máximo y, en lo posible, detenerlo, pero estaba viva. Dejó muchas cosas que debía dejar y abrió su pensamiento, sus posibilidades, a nuevas cosas. A lo que se le ofreciera. Lo vivió maravillosamente. Yo, personalmente -el primer tiempo- viví al día. Pero claro, uno no vive al día siempre, el futuro está ahí. En un momento sentí que quería hablar con ella un poco más. Fui a hablar con ella y conversamos largo. La vi tan serena que también pude compartir la muerte que iba a venir, con la serenidad con que ella lo hacía. Y la acepté. Entonces creo que Carlita me permitió hacer el duelo junto con ella. Pero también es como un regalo que uno recibe, de vivir así las cosas, es un regalo, no es un mérito. Quizá sí hay mérito con Irene. Porque ella tuvo esa capacidad...

¿La que te contaba cuentos sin saber leer?

La que me contaba cuentos sin saber leer. La que estaba siempre contenta. La que estaba con su plancha y canturreaba, tomaba los bebés, feliz que llegara otro bebé, los pajaritos que se encariñaban, después salía a la calle y llegaban todos los niños donde ella. Gozaba contándoles historias. A los más grandes les veía la suerte, según ella, sabía leer las manos. Entonces, claro, quizás ella fue un gran aprendizaje. Todo haciéndolo con alegría. Es también como ganársela a la vida.

Por otro lado, tengo como un tono de enojo con la vida, en el sentido de que a uno no le preguntan, a uno le llega. Y se enfrenta a los misterios, le dan la capacidad de pensar y la capacidad de razonar y la conciencia, pero hasta un límite, y uno tiene que hacerse cargo del límite, del misterio.

Para mí es un misterio que a pesar de todas las vicisitudes que ha tenido tu vida –y la vida de todos aquellos que vivieron estos tiempos- tú hayas mantenido una relación de pareja durante 64 años con Mario, el psiquiatra, compañero y amigo. ¿Cuál es la receta?

No sé si hay recetas, pero siento que hay un lazo de unión muy fuerte con ciertas cosas que me parece que son básicas en la vida. Ciertas maneras de estar parado en este mundo, ciertos valores que nos guían y que son importantes para uno. Compartir una misma ética, que es también lo que hace que tú compartas con los demás una manera de relacionarte, una casa, la capacidad de acoger, de alegrarse y de complementarse. Porque él tiene muchas cualidades que yo no tengo. Él le pone orden y seriedad. Yo soy

bastante desordenada, mi rasgo adolescente sin duda se mantiene. Es un aprendizaje también. Y en los momentos difíciles poder acoplarse.

También hemos tenido -yo y él mismo a veces- la dificultad de no hablarnos todo lo que nos pasa a cada uno para poder ayudarse. Nosotros hemos hablado mucho. La vejez nos lo ha permitido también, nos ayuda también a mirar de nuevo las cosas.

¿Y tú eres de las que se arrepiente de cosas de la vida o confirmas el camino o los caminos que recorriste?

Yo vuelvo a mirar mi historia y me siento bien privilegiada. He podido vivir intensamente. Mira, yo no había pensado -porque así era la vida- que iba a ser una doctora, una buena madre y esposa y no tan mala dueña de casa. Y que se podía viajar y conocer un mundo maravilloso. Pero claro, todo cambió. Esto fue un cataclismo. Sin embargo, el tiempo, la vida -mirarlo ahora-, por un momento digo, mi vida tan fragmentada, entonces la vida de tantos tan fragmentada. Pero ha tenido una línea, además se me han abierto oportunidades que no esperé. Yo soy una doctora, pero siento que la política y lo social me han completado. La verdad es que me siento muy plena. Soy una agradecida. ¿Qué más puede pedir uno? Además, si ves tanta cosa terrible que le pasa a tantos...

Es una linda manera de concluir esta entrevista preciosa.

Esta entrevista fue realizada en su casa de Ñuñoa el 28 de agosto de 2019.

MARIANO RUIZ-ESQUIDE



Mariano Ruiz-Esquide Jara nació en Talcahuano el 10 de mayo de 1930. Médico cirujano de la Universidad de Concepción. Militante democratacristiano desde la fundación del Partido Demócrata Cristiano en 1956. Fue elegido regidor de Talcahuano en 1963, luego diputado por la agrupación departamental de Concepción en 1965, ejerciendo hasta el cierre del Congreso en septiembre de 1973. Fue electo el 14 de diciembre de 1989 como senador por la 13° circunscripción (provincia de Arauco, casi toda la provincia de Biobío, Chillán y parte de la actual región de Ñuble y la comuna de Lota), cargo que ejerció por 24 años hasta el 10 de marzo de 2018. Ejerció la medicina en el servicio público durante varias décadas.

Se trata justamente de conversar para no olvidar. De conversar sobre la vida de personas que jugaron un rol en la República previa al Golpe, que también participaron en la lucha contra la dictadura y cumplieron un papel protagónico en la construcción democrática en curso. Todos los entrevistados tienen en común, además, que son personas que yo quiero, admiro y respeto. En esta ocasión estamos con un doctor, un médico que fue diputado en la antigua república, dirigente social en dictadura y luego volvió a ser senador en democracia. Algunos dicen que es la reserva moral de la DC, parte de la reserva moral de la Democracia Cristiana. Se trata del doctor Mariano Ruiz-Esquide. ¿Cómo estás, Mariano?

Un gusto verte y poder conversar contigo, Pepe. Feliz de tenerte en mi casa y conversar.

Sé que tengo al lado a un gran conversador. Vamos a recorrer tu vida desde los inicios. Eres hijo de un republicano español que llegó a Chile por ahí por 1917 y se estableció en Concepción. ¿Cómo fue esa infancia penquista?

Fue una infancia feliz. No puedo quejarme. Mi padre llegó a Chile el año '17 exactamente, como tú señalas, a Concepción. En ese entonces, toda la gente extranjera, incluidos los españoles que no vinieron en el Winnipeg, sino que vinieron antes, llegaban a casa de tíos, primos o algún pariente que había llegado previamente desde España. El papá venía de un pueblo muy pequeño en la zona baja Castellana, en La Rioja. Él llegó a Chile traído por unos primos que le ofrecieron trabajar en una gran tienda que tenían en Concepción. "La Gran Vía", se llamaba, en recuerdo de la Gran Vía madrileña. Después le ofrecieron que se fuera a Los Ángeles, donde abrieron otra tienda. En ese entonces, curiosamente, Antuco era un pueblo más grande que el de hoy, ahora es un pueblo chiquito que está de Los Ángeles hacia la cordillera. Ahí, en esa época, llegaban en el mes de abril los argentinos con sus animales para venderlos en Antuco, y las casas comerciales de Concepción, Santiago y Los Ángeles, enviaban sucursales para aprovechar el consumo que hacían los argentinos. Fue ahí que mi papá conoció a mi madre. Ella era de Antuco. Hija de un gran abuelo mío, conservador, que se opuso a cualquier matrimonio con mi padre porque no conocía nada de él, además que ya entonces había recelos hacia los inmigrantes. Mi abuelo llamó a Los Ángeles a su abogado, que era su amigo, para que le averiguara quién era ese "niño". El abogado le dio una versión muy ponderada diciendo que era un gran hombre, a pesar de que era muy bajito, sobre todo, honrado, pobre pero muy trabajador. Entonces le dijo a mi madre, "un mes, en un mes decido si me convence y usted sigue con esto, si me convence voy a autorizarla". Al mes la autorizó y se casaron en Antuco.

Después le ofrecieron a mi padre que se viniera a Talcahuano, abrieron una tienda que se llamaba "La Riojana", porque mi padre y su familia venían de La Rioja. Esa tienda duró hasta más allá de la muerte de mi padre, que fue en los

años ochenta, porque después la vendieron. Mi padre hizo patria, quería mucho a Chile. Pero como pasa siempre con nuestros padres, me decía que la mejor agua era la de su pueblo, de Lumbreras. Lo llevé cuando ya era bien mayor a visitar España, y cuando llegamos a su pueblo, vi una fuente en una plazoleta y le dije, “papá, estamos en Lumbreras, anda a tomar tu agua”. Lo hizo y volvió diciéndome, “exquisita, pero la de Antuco es mejor”.

¿Cuántos hermanos eran ustedes?

Éramos tres. Murió uno, nunca se supo bien de qué fue. Incluso pedimos autopsia porque fue una muerte muy repentina, almorzando en un restaurante. Éstas son las cosas locas que hacemos. Me fui al Servicio Médico Legal con un amigo que ya falleció, a ver qué estaba pasando, y fíjate que me llevaron preso, denunciado por el profesor que estaba haciendo la autopsia, yo había sido un buen alumno de su ramo, se enojó conmigo porque estaba ahí, llamó a Carabineros para que me llevaran a la casa y no me dejaran salir hasta que terminara de hacer la autopsia.

Tú te educaste en los Padres Franceses.

De los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Te hiciste muy católico, ferviente católico. Me dicen que llegaste incluso a pensar en el sacerdocio como vocación.

Sí, muy católico, aunque en ocasiones algunos me han acusado de tener escape libre. Fue la época en que me hice amigo de Carlos Abel Jarpa y los radicales. Era muy católico, pero no beato. Pertenecí, sí, a la congregación de los Sagrados Corazones. Pero tú tienes razón, pensé dedicar mi vida al sacerdocio, quería ser cura. Recuerdo, incluso, que tomé el tren en Talcahuano, con la intención de subirme al Nocturno en San Rosendo para venir a Valparaíso, porque el convento Los Perales estaba al interior, en Quilpué. Cuando llegué a San Rosendo había que esperar el Nocturno como 20 minutos, pero se demoró más de una hora. En ese rato algo pasó en mi cabeza que me arrepentí de partir, no fue una niña ni amores perdidos...

¿No fue el gusto por las mujeres, estás seguro? Convénceme de que no fue una mujer lo que te impidió ser cura.

No, no. Fíjate que fue una cosa muy extraña, la sensación de estar entrando a un lugar del cual nunca iba a salir, porque en aquel entonces se salía un cura cada lustro. Entonces me volví a Talcahuano, seguí estudiando y quise entrar a estudiar Leyes. Fue mi madre, que tenía mucha influencia en mí, no por imposición sino porque la quería mucho, la que me llevó a la Medicina. Ella era prima hermana de un diputado del Partido Conservador que se llamaba Mario Ríos Padilla, padre del que fue Senador por la misma zona que yo.

Cuando veníamos a Los Ángeles o a Antuco, ella se las arreglaba para que el abuelo de Mario me invitara a su consulta de médico, y así me fueron lavando el cerebro y terminé siendo médico.

Después de estar tres o cuatro años exclusivamente ejerciendo la medicina, me ofrecieron la posibilidad de entrar en política. Fui candidato a concejal en Talcahuano y salí elegido.

Pero antes de eso, tú eres médico de la Universidad de Concepción. Estudiaste allí 7 años y luego hiciste un postgrado en hematología en Madrid, en la época del franquismo. ¿Cuando te fuiste estabas casado o partiste soltero?

Me había comprometido con mi señora aquí, antes de partir, con el ánimo de que ella se fuera cuando yo terminara la beca y después aprovechábamos de pasar la luna de miel en España. Llegué en tiempos de Franco, cuando las costumbres eran extremadamente severas. Me acuerdo haber llegado en plena Fiesta de la Primavera a Madrid. Había sido elegida Reina de la Primavera una descendiente de chilenos y yo, obviamente un caballero, fui a saludarla. La encontré extremadamente hermosa, entonces la invité a tomar un café, me dijo “sí, pero tenemos que ir a ver a mi papá para que nos autorice”. Partimos a verlo, el padre de la niña me hizo un interrogatorio de hora y media. Cuando nos íbamos yendo al café, me dice, “mire, doctor, ésta es mi única hija, usted me la cuida y mi casa estará abierta, pero si no la trata como merece, no vuelva nunca más”. Cuando volví a encontrarme con ella y la invité de nuevo a tomar café, me dijo que no, que su papá decía que los sudacas eran muy diablos, que como tienen petróleo y los españoles no, creen que pueden llegar y hacer lo que quieren. Así que se acabó. Capaz que a la niña no le gusté nomás.

Había pasado poco tiempo y alteré los planes. Le mandé un disco grabado a mi señora, pidiéndole que se fuera al tiro a España. Nos casamos en San Sebastián y estuvimos un año y medio por allá. Recorrimos España y un poco de Francia, pero no mucho porque me encontré con un amigo, esposo de una profesora del colegio que me pidió plata prestada para volverse a Chile porque tenía un hijo enfermo. Yo, corazón de abuelita, se la pasé y nos echó a perder el viaje porque no me la devolvió nunca y nos quedamos sin un peso para seguir allá el tiempo que queríamos.

Justo antes de partir habías ingresado a la recién constituida Democracia Cristiana, que se funda el año '57. A esas alturas ya tenías 27 años. ¿Por qué la Democracia Cristiana? ¿Cuál era el llamado? ¿Cuál era la identificación que te producía?

Mi abuelo era del Partido Conservador, líder de Antuco, conservador tradicionalista. En el año '46, estando en segundo año de Medicina, apareció la candidatura de Eduardo Cruz-Coke, médico, conservador social. Un día fue a

mi casa un prócer socialcristiano de la época, Horacio Walker Larraín, abuelo de los Walker de hoy, era motivador su mensaje social de avanzada, así que salí a ayudar en la campaña de Cruz-Coke. También había un cura socialcristiano al lado de Antuco, él también influyó para que tuviera ganas de meterme. Postulé a la Falange y al Partido Conservador, pero dije que no entraba a ninguno mientras no se juntaran porque eran iguales. No iguales, pero muy parecidos. Hasta que se formó el partido el '57. Ahí conocí a los falangistas, a Frei y a todos los demás. Entonces entré con todo.

¿Estuviste en la campaña de Frei Montalva el '58?

Sí, claro. Contra Alessandri y Allende. Ahí salimos terceros, pero con una buena votación. Después de eso me quedé en la zona ejerciendo, trabajaba en el hospital y tenía una consulta junto a un médico radical muy amigo de mi padre al que quise mucho, Roberto Vega. Después me dijeron que fuera regidor por Talcahuano, el '63, y luego vino la campaña ganadora de Frei.

Cuéntame de la Patria Joven.

Todo lo que hicimos los primeros democratacristianos o falangistas fue una locura. Estábamos llenos de una fuerza que yo no sé de dónde la sacábamos, porque éramos unos pergenios, teníamos 20, 25 años. Pero eso se notó con Cruz-Coke, que tenía una hija lindísima, Marta Cruz-Coke. Ella era preciosa, andaba siempre con una boina blanca. Todavía me reta, porque una vez que fue al Congreso a un encuentro de mujeres democratacristianas, siendo yo parlamentario, la fui a saludar como un buen caballero. Siempre que hago cosas locas digo que es por caballero, es una manera de sacármela. Estaba ella en un grupo y les dije, “de esta señora, doña Martita, estoy enamorado desde que la conocí”. En realidad, me enamoré de su padre, un tipo brillante. Fue Senador, después perdió la candidatura, y más tarde hizo algo que pucha que nos dolió, porque cuando perdió la candidatura senatorial, volvió al Partido Conservador y fue candidato en Valparaíso contra el padre de Eduardo Cerda, que le ganó y ahí se perdió en la noche del tiempo.

¿Qué los motivaba a marchar a Santiago, cómo era esa épica que uno ve en los documentales de esa época?

Era la fuerza de la que te hablaba, sentíamos que íbamos a cambiar el país. Pero a mí lo que me movió partió mucho antes. Con la campaña de Pedro Aguirre Cerda, cuando tenía 8 años. Aguirre Cerda le ganó a Gustavo Ross, un francés al que le decían Monsieur Gustav, frío como un capitalista irredento, unos ojos azules sin vida. Yo tenía a mi abuelo al lado, que era todo amor y fuerza, medía un metro ochenta y pesaba ciento veinte kilos. Salía con mi padre y sus dos hermanos, uno era franquista y el otro anarquista, mi papá más bien republicano de centro. Con el que mejor me entendía era con el anarquista, me ayudaba y prestaba plata. Me decía “mira, Mariano, lo que quieras, siempre que

no sea para dárselo a los curas. Gástalo en mujeres, en lo que quieras”. Era comecuras, me decía, “si midiera 10 centímetros más, la de curas que me cargaría”. Esa infancia fue llena de amistades, conocí a muchos de los que hasta ahora siguen siendo mis amigos.

En 1965, la marea azul lleva a 82 diputados democratacristianos a un Congreso de 149 escaños. Ahí estaba el doctor Ruiz-Esquide representando a la provincia de Concepción, habías salido de Talcahuano. ¿Cómo viviste esa experiencia? Tenían mayoría absoluta de la Cámara en todas las comisiones, lo que te permitió presidir algunas. Fue un período de reformas importantes para Chile, la chilenización del cobre, la promoción popular, el inicio de la reforma agraria. ¿Cómo viviste ese período de reformas?

Con mucha esperanza. Venía ya arrastrándose desde el año ‘46 con Cruz-Coke. Ganamos después con Frei y llegamos estos 82 a la Cámara. Fue una experiencia de dulce y agraz, de blanco y negro. Lo blanco era el entusiasmo que teníamos, casi irracional, porque era como tener a la mano todos los cambios, era una gran emoción, tenía 35 años y a esa edad todavía eres jovencito, entonces, ver la reforma agraria, yo que venía del mundo campesino y, por lo tanto, vi cómo cambiaban las cosas. A pesar de que en Antuco no hubo reforma agraria, porque era nada más que minifundio. Pero también estaba la promoción popular, la reforma al código del trabajo, la sindicalización campesina, la política exterior de Chile, que era una cosa novedosa. Antes de eso yo había visto siempre la política internacional como una cosa muy lejana. Pero ver cómo cambiaban las cosas con Frei, cómo se nos reconocía en el mundo y se nos empezó a respetar mucho más porque Frei también hizo lo que hacen los actuales presidentes. Fue el primero que abrió Chile al mundo, comenzó a relacionarse con otros líderes, vinieron a nuestro país importantes líderes mundiales.

Dime, Mariano, ¿cuándo empieza a producirse esta tensión interna dentro de la Democracia Cristiana respecto de la lentitud del avance de Frei y de quienes querían ir más rápido, que el ‘69 termina con una escisión y la constitución del Movimiento de Acción Popular Unitario, MAPU?

Bueno, empezó en marzo o mayo del ‘64, antes incluso del triunfo de Frei. Tres meses después del triunfo nos empezamos a reunir, unos más cercanos que otros. Se empieza a producir ya esa sensación de insatisfacción, nada de ruptura sino discusión sobre la lentitud del Gobierno. Varios lo pensábamos así, pero no nos dieron la razón en eso. Quienes lideraron este movimiento inicial fueron los senadores Ignacio Palma –padre de Andrés, el que fuera diputado después- y Tomás Reyes. Nos preguntábamos sobre cómo gobernar. No teníamos mayoría en el Senado. Ahí entra a jugar el tema socialista, que le negaron la sal y el agua al gobierno de Frei. Nosotros los terceristas, considerábamos que no íbamos a poder hacerlo solos. Entonces la segunda alternativa era con los radicales, pero los radicales no quisieron entrar y muchos de nosotros -yo no-,

de los que posteriormente formaron el MAPU, se opusieron tenazmente, consideraban que eso era transformarse en una cosa muy burguesa, muy tradicional, para lo que significaba la Revolución en Libertad. La otra alternativa era hacer gobierno con los socialistas, pero la campaña del '64 entre Frei y Allende, a pesar de que eran amigos personales, fue extremadamente dura y el PS estaba en una posición opositora muy dura.

¿Tú crees que Frei habría ganado si la derecha no se hubiera asustado después del Naranjazo y hubiera habido una competencia a tres bandas como la que hubo el '70?

La Democracia Cristiana, Pepe, cada vez que ha ido sola ha perdido. Perdió con Cruz-Coke, perdimos con Tomic el '70 y con Frei el '58. No, Frei no habría ganado si la derecha hubiera presentado candidato presidencial. Ésa es una de las cosas que significaron después dificultades internas, porque nos embarcamos en una crítica entre nosotros. Los que éramos terceristas y ya empezábamos a ser chascones, sosteníamos que sí, que había que ir en alianza con otros, porque solos no íbamos a poder gobernar. El sistema de tres tercios que se formó lo hacía imposible. Tú no puedes gobernar en un régimen presidencialista tan brutal como el chileno con un tercio de apoyo en la población, aunque sea el tercio mayor.

En la Democracia Cristiana estaba el grupo más oficialista, los rebeldes por otro lado, y ustedes los terceristas. Los rebeldes se fueron el '69 con el MAPU a formar parte de la Unidad Popular y los terceristas se quedaron y lograron imponer la candidatura de Tomic, que era una candidatura progresista. Yo te quiero preguntar lo que he preguntado a quienes vivieron esto mismo desde el lado del socialismo. Yo era joven en dictadura, cuando leo por primera vez los programas de la Unidad Popular y de Tomic, parecían dos programas mirándose al espejo, muy pero muy próximos. Sin embargo, no hubo respuesta a la invitación a la unidad social y política del pueblo que hiciera Tomic. ¿Por qué crees tú que fracasó ese intento de gobernar con dos tercios, de ir detrás de un programa de mayorías con una mayoría social y política?

Por varias cosas que para poder entenderlas hay que cerrar los ojos y lanzarse al pasado, para ver qué pasaba. Habíamos tenido una discusión con los socialistas bastante fuerte durante la campaña, que fue muy dura. "Ni la sal ni el agua", a mí siempre me ha llamado la atención que esa frase la dijo Aniceto Rodríguez, uno de los más centrados y sensatos del Partido Socialista. La presencia de Altamirano era mayor y había radicalizado a su partido. Además, Allende jamás dejó de pensar que iba a ser presidente. Entonces, toda su línea política de alguna manera estaba organizada para ese propósito.

A propósito de Allende, cuando nosotros con Bernardo Leighton hablamos con él 48 horas antes del Golpe, Bernardo me dijo a la salida, "estamos fregados". Porque Allende comenzó diciéndonos, "yo soy carne de estatua". Al final de la

conversación, con Bernardo de pie, Allende le pide que se siente, él se niega. “Pero por qué te quedas parado”, le dice el presidente Allende, y Bernardo le responde, “cómo no me voy a quedar parado, qué te digo Salvador, te van a matar, te van a hacer cualquier cosa”. “Al presidente de Chile, a Salvador Allende, nadie lo toca, nadie lo basurea”, respondió el anfitrión.

A esas alturas tú sentías que la cosa iba a terminar mal, que la ruptura era inevitable.

En el Partido Demócrata Cristiano había ido generándose en el último tiempo un resentimiento muy grande hacia los socialistas. ¿Tú sabes quiénes eran mis mejores amigos hasta los 20 años? Radicales y socialistas de la zona. Pero a esas alturas había mucho resentimiento entre nosotros y no podíamos ponernos de acuerdo. La única vez que nos pusimos de acuerdo demócratacristianos y socialistas fue en Talcahuano, cuando formamos el Centro Universitario, éramos 6 o 7 de todos los colores.

Yo me he formado a través de mis años de política la idea que hay un karma socialista. El Partido Socialista llega al poder y lo pierde, llega al poder y se le desarma todo. El Partido Socialista desde el año '38 -que es cuando comienza la historia- fue un partido que siempre ha tenido muchas dificultades para mantener su unidad.

Por último, la CIA estuvo absolutamente metida, de eso no me cabe ninguna duda. En una de las últimas comidas que tuvimos en mi casa, en la que estuvieron varios periodistas de todos lados, algunos políticos nuestros, había un hombre de la CIA. Entiendo que ahora ya no se usa, pero en aquellos años la CIA tenía varios consejeros en la embajada de Estados Unidos, ellos se encargaban de cada uno de los parlamentarios importantes y les hacían seguimiento. El tenor de la comida fue desastroso, por las informaciones que daban los periodistas y las opiniones de los políticos que invitamos con mi esposa Inés. Vivíamos en Hernando de Aguirre, al frente había un local del MIR y al otro lado estaba Patria y Libertad. El hombre de la CIA, nunca supe cómo se llamaba, me dice al despedirse, ya estábamos en la calle, “muchas gracias, la comida estuvo exquisita”. Yo lo miré y le dije, “bueno, dígame lo que va a pasar”. Me respondió diciéndome, “Mariano, tiene una familia precios y usted es un gran hombre. Váyase rápido con su familia a Antuco”. Eso fue el 5 de septiembre.

Tú escribiste un libro muy lúcido sobre la experiencia en curso de la Unidad Popular, publicado en marzo del '73. Ya había pasado el paro de octubre del '72, estábamos con una inflación desencadenada, desabastecimiento, etcétera. Tú publicas una visión muy dura, muy profunda, de la crisis que estaba viviendo Chile gobernado por Allende. Identificas los déficits y problemas del periodo. Planteas el desafío de cómo ser oposición e impedir el avance de ese proyecto, pero al mismo tiempo sin alimentar a la derecha, que

incubaba la perspectiva del fin de la democracia. Yo noto aquí, sobre todo hacia el final de ese libro, la tensión que hacía cada vez más difícil para ustedes hacer oposición democrática, porque tú luchabas por un gobierno más participativo, sustitutivo del capitalismo, con profundización de la democracia, etcétera, mientras las tensiones de la época hacían que la Democracia Cristiana se fuera alineando con el Partido Nacional, donde estaba el comando Rolando Matus y un poquito más allá Patria y Libertad, y en medio de todo la CIA, en fin... ¿Cómo vivías esa tensión brutal?

Yo te diría, primero, incomprendido. Todo el esfuerzo que hacíamos era el eslogan del libro, "no queremos derrocar a Allende, de ninguna manera, queremos que cambie, no queremos derrocarlo, queremos derrotarlo". Para nosotros había cuatro o cinco razones por las cuales veíamos muy, pero muy difícil lo que estaba pasando. Uno, la presencia de la CIA, que nosotros la teníamos ahí en la mesa. Segundo, la tozudez de Allende. Tercero, la tozudez y falta de realismo político de Altamirano. Cuarto, lo único que nosotros queríamos es que el presidente Allende le hiciera caso al Partido Comunista. Los socialistas decían avanzar sin transar y los comunistas decían consolidar para avanzar. Y no les hizo caso. La quinta cosa fue el empecinamiento de la derecha en preparar el golpe de Estado a como diera lugar. Pero eso venía desde antes. Además, no era la primera vez que la derecha estaba haciendo jueguitos con las Fuerzas Armadas.

Allende tenía dos temas siempre presentes. Uno era la idea del Ejército del Sur, por eso se lo confiaba a Prat. En el siglo XIX el Sur, particularmente Concepción, tenía representante en el gabinete de los presidentes, porque era el ejército mejor preparado, el que estaba en permanente lucha en la Araucanía. El otro tema, que explica por qué la conversación de Bernardo Leighton con Allende no avanzó, era la valoración que tenía el presidente de la imagen de Balmaceda, una verdadera fijación, de ahí la frase, "soy carne de estatua".

¿Había sectores golpistas en la Democracia Cristiana?

Sí. Más que en la dirigencia, en la base. Una cosa letal para Allende fueron las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios, las famosas JAP. A mí en Hualpencillo, por ejemplo, me declararon *persona non grata* en la Democracia Cristiana, por mi supuesta condescendencia con el gobierno. Es que las JAP las manejaban militantes del Partido Socialista o Comunista, entonces los demócratacristianos y otros se quedaban chupando el dedo, No había nada que comer. Se transformó en una cosa muy odiosa, muy encarnada en la gente, que contribuyó a radicalizar a nuestras bases contra la UP.

Definitivamente, la conclusión fue que no había nada que hacer. No había nadie en Chile que no pensara en ese momento, que no iba a haber un golpe de Estado. El problema era de dónde iba a venir. Si de la ultraizquierda o de Patria y Libertad. Entonces, ahí se aplicó en la gente nuestra, habiéndose llegado a la

conclusión de que aquí va a haber golpe, el criterio de que es legítimo, adecuado y digno del humanismo cristiano escoger el mal menor. Esto lo discutimos y conversamos mucho con Alberto Zaldívar, diputado y hermano mayor de Andrés. La gente nuestra entiende que, si las Fuerzas Armadas chilenas dan un golpe, éste va a ser corto. Algunos democratacristianos pensaron que siendo corto podía presentarse Frei cuando llamaran a elecciones y ser de nuevo presidente. Entonces, muchos se apoyaban en el ejemplo argentino versus los casi 14 años que llevaba Cuba, no lo digo en broma, yo hice todo lo posible por ayudar a la oposición cubana. Entonces, en la DC se dijo, va a haber golpe, es inevitable, y si lo hay, el partido elige el mal menor, que sería el golpe militar de las Fuerzas Armadas. Sobre todo, que ya se sabía, yo por lo menos lo sabía, muy francamente. En el hospital, la mayoría de mis amigos médicos estaban en esa idea.

Tú tenías muchos amigos del Tercerismo que tomaron la decisión el '71 de sumarse al proceso de la Unidad Popular. Jacques Chonchol, Julio Silva Solar, Vicente Sota, muchos de tu generación. ¿Nunca estuviste tentado en ese minuto de saltar fuera de la DC como lo hicieron ellos?

No. La noche antes de cuando se fueron a la Izquierda Cristiana, estuvieron en mi casa y me dijeron que no se iban a ir del Partido. Yo partí al día siguiente en avión a Antuco y cuando llegué, mi mujer me cuenta que habían renunciado. Me vino una sensación de marido engañado, y como soy vasco porfiado, no les hablé nunca más, hasta el episodio de Chonchol, cuando lo fuimos a buscar para llevarlo a la embajada de Francia después del Once. En ese cuadro, cuando viene el Golpe, el gran acto que se produce son los amores y desamores que generó la carta que firmamos los trece.

Entramos entonces a uno de los momentos probablemente culminantes de tu vida política, creo yo. El día 13 de septiembre 13 democratacristianos firmaron una carta abierta condenando el quiebre de la democracia, lamentando la muerte de Allende y el quiebre institucional, y reafirmando su compromiso con los valores de la democracia. Hacerlo el 13 de septiembre no era poca cosa. Ese documento se conoció en todo el mundo, también en Chile, y hoy día es un documento de gran valor histórico y político, pero sobre todo moral, que marcó la vida, por supuesto, de Mariano Ruiz-Esquide y de todos los firmantes. Es el testimonio moral de una generación política que no quiso ser cómplice del golpe de Estado. Cuéntanos cómo se fragua eso, en la casa del hermano Bernardo, como le decían a Bernardo Leighton.

Primero que nada, hay que señalar que, en el contexto de lo que hemos conversado, ya había una cierta unidad de criterio entre estos 13 y otras personas más dentro de la DC. Entonces, cuando vino efectivamente el Golpe, se cumplió lo que habíamos conversado, nosotros estábamos contra todos los golpes, de cualquier lado. Se nos decía que los militares representaban el mal menor, pero a nosotros no nos importaba. Era el mal, cualquiera fuera el origen

del golpe. Estábamos en contra, por lo tanto, fue muy fácil. A las 11 de la mañana empiezan los telefonazos y nos vamos donde Bernardo Leighton. Este texto que tú tienes aquí a la vista, nos demoramos quince minutos en hacerlo, porque habíamos conversado tanto, que ya teníamos los conceptos. Bernardo estaba con la pluma, la palabra y el teléfono. Todos los demás ayudábamos. La última revisión con las últimas correcciones del texto las hicimos con Claudio Huepe. Fue tan rápido porque teníamos ya prácticamente conocido el camino que íbamos a seguir.

Había personeros ahí de una calidad y un nivel muy grande dentro del partido. Entonces se plantearon dos temas. El primero fue Bernardo Leighton, que quiso ir a La Moneda a respaldar a Allende el mismo día once en la mañana. Le dijimos que no y le cerramos la puerta. Porque si salía lo mataban. Después que la carta se difundió al mundo, nos llegó la noticia de que la Junta Militar, los cuatro generales, habían estado discutiendo qué hacer con nosotros. Pinochet quería exiliarnos, Leigh quería matarnos, Merino mandarnos a Dawson con los jerarcas de la Unidad Popular, nunca tuvimos claridad acerca de qué quería Mendoza. Eran momentos de confusión. Se decía que Frei Montalva había hablado con Bonilla, el general que había sido su edecán, con el objeto de que no se nos detuviera, había amenazado con asilarse en una embajada si lo hacían.

Entonces se escribió esto. Con rapidez, era como si estuviéramos llenos de poesía. Pero luego había que distribuirla, obviamente era peligroso, si pillaban a alguien distribuyéndola, lo mataban. Entonces, no sé a quién se le ocurrió, se encargó a un grupo de personas, Enrique Palet, Reinaldo Sapag, Jorge Donoso y no recuerdo quién más, para que la fueran a dejar a la embajada italiana. Cuando iban a partir con la carta, alguien pensó que podían encontrárselas si los revisaban, y se los iban a llevar, entonces a alguno de los más lúcidos se le ocurrió agregar una carta falsa, de apoyo al golpe, e hicimos una carta que firmaba una señora Tila Castillo, que no existía. La pusimos encima. Alguien dijo, ¿y ustedes piensan que alguien les va a creer? Partieron con la carta, la entregaron en la embajada y muy pronto estaba difundida en todo el mundo.

¿Quiénes firmaron? Los 13 que tú ves en el documento. Bernardo, Belisario Velasco, Ignacio Balbontín, Jorge Cash, Jorge Donoso, Sergio Saavedra, Ignacio Palma, Renán Fuentealba, Florencio Ceballos, Claudio Huepe, Fernando Sanhueza, Andrés Aylwin y yo. ¿Quiénes no firmaron? El primero que dijo que no firmaba fue Radomiro Tomic, nos dijo, “yo quiero que ésta sea la carta del partido”. Yo estaba hablando con él y le dije que eso era imposible porque el partido está levantando otras ideas. “No puedo, Mariano”, me dijo. Tomó el teléfono Bernardo Leighton y le dijo, “Radomiro, hermano, cómo me vas a dejar solo en esto, si siempre hemos trabajado juntos”. “Que lo firme el Partido y yo lo firmo de inmediato”, le respondió Tomic. “No hables leseras, Radomiro, el Partido no va a firmar una cosa como ésta, así que te voy a poner igual”. Cortó y quiso ponerlo, pero ya habían salido a entregar la carta. El

segundo que dijo que no firmaba fue José Piñera, que era uno de los hombres más inteligentes que ha tenido Chile, además muy divertido. Cuando le dijo que no firmaba, Bernardo le dijo, “conforme, te borro”. Volvió Bernardo y dijo, “José dice que no lo firma porque se lo pidió un amigo nuestro”. Seguramente Patricio Aylwin, que era el presidente del Partido. Después de eso empezaron a sacarnos la mugre por los dos lados, primero las mujeres, porque no había ninguna mujer. La decisión fue no poner a ninguna mujer, ningún pariente, ninguna persona discapacitada, para que no corrieran riesgos. Estuvimos seis meses sin que Wilna Saavedra nos hablara porque ella había querido firmar y no la pusimos para protegerla.

¿Y cuál fue el impacto en el Partido? ¿Qué pasó con la directiva presidida por Patricio Aylwin?

Nos llamaron a un consejo del Partido, o un semi consejo, mezcla de la mesa directiva y del consejo. En la casa de Héctor Valenzuela Valderrama, el “Sotana Valenzuela”, uno de los camaradas diputados nos pidió que renunciáramos al Partido. Bernardo Leighton le dijo, “yo no firmo ninguna renuncia, ninguno de nosotros va a firmar ninguna renuncia, si quieren nos expulsan”. Íbamos saliendo con Claudio Huepe y nos topamos con el expresidente Frei Montalva y él nos dice, dirigiéndose fundamentalmente a Claudio, “entienda, Claudio, yo no tengo nada que ver con el Golpe”. Entonces Claudio le responde, “lo sé, presidente, lo sabemos, si no lo supiéramos no estaríamos conversando con usted”.

De ahí nos fuimos cada uno para su casa. Yo llegué a mi casa y cuando le mostré a mi esposa Inés lo que habíamos firmado, ella me dijo, “Mariano, te quiero tanto, pero me casé contigo pensando que eras sensato, me acabo de dar cuenta que estás más loco que una cabra, los van a matar”. Para tranquilizarla le respondí con una broma que no le hizo mucha gracia, “no, no nos va a pasar nada, porque el Espíritu Santo es tercerista y nos va a proteger”.

¿Tú volviste al Sur en esos años?

Me fui inmediatamente. Echaron del Servicio de Salud a todos los militantes de la UP y el doctor Morales, que fue nombrado director nacional del Servicio de Salud, que entonces era uno solo a cargo de todo el país, nos llamó a los médicos democratacristianos. Me dijo, “le quiero ofrecer la posibilidad de que lo contratemos, a pesar de su carta”. “¿Y dónde me ofrece algo?” le pregunté. “En Mulchén”. “¿Y hay otra parte?”, insistí. “Sí” me dijo, “Mulchén. Váyase doctor, acepte lo que le ofrezco, porque si no después quién sabe dónde va a ir a parar”. Así que me fui a trabajar a Mulchén, hasta que me llamó el director del hospital de Los Ángeles y me dijo, “en Mulchén hay pocos enfermos y muchos médicos, mientras que en Los Ángeles hay pocos médicos y muchos enfermos”. Así que me fui a Los Ángeles y me quedé varios años. El decano de la facultad de Medicina de la Universidad de Concepción, el prestigioso doctor

Fructuoso Biel, cuando supo que me habían mandado a Los Ángeles y que habían llegado otros médicos experimentados que eran de la UP, hombres muy valiosos, me propuso que me hiciera cargo de un curso de medicina práctica en Los Ángeles, en el hospital. Durante varios años hicimos ahí el curso de semiología, que es el más simple. Pero cualquier cosa podía pasar en ese tiempo. Llegaron 4 o 5 muchachos democratacristianos, estudiantes de medicina de los primeros años, a sugerencia del decano Biel. Eran unos frescos. A las 2 semanas ya estaban citando muchachas al hospital bajo el nombre del doctor. Varios terminaron pololeando hasta que se casaron, a un par los cazaron. No he sabido más de ellos. Eran muy simpáticos pero frescos. Cuando volvieron a la sede de Concepción sabían mucho más de medicina interna que de semiología. También formaron parte del Tercerismo, aunque hace poco me contaron que uno de ellos había renunciado al Partido, está renunciando una serie de camaradas que da mucha pena que se vayan.

¿Cuándo empieza para ti la actividad política de nuevo?

Cuando salgo de Mulchén y me voy a Los Ángeles. Me meto en la política de hecho, pero no públicamente. Nos confesábamos todos los jueves a las cinco de la tarde, con socialistas y comunistas nos íbamos a “confesar” a la Iglesia. Hasta que nos pillaron. Entonces el obispo Fuenzalida nos llamó para decirnos que lo había llamado el Intendente y que ya sabían.

Tú empezaste a juntarte con comunistas y socialistas cuando todavía no empezaban a hacerlo a nivel nacional.

Lo que pasa es que yo, desde muy joven y mucho antes de todo esto, había tenido este club de estudiantes en Talcahuano, donde convivía con mucha gente de izquierda. Por ejemplo, uno de mis mejores amigos fue Gerardo Espinoza, chorero también, dirigente socialista que fue ministro del Interior de Allende unos meses de 1973. También había Radicales muy amigos míos. Mi abuelo, cuando perdió Balmaceda, se vino al Sur con un amigo radical de apellido Osorio. Tú sabes que a los oficiales les quitaron la espada y a los soldados les hicieron darse vuelta la chaqueta, de ahí la expresión cuando alguien se cambia de bando. Ellos se vinieron a Los Ángeles y poco después se pelearon para siempre, no se volvieron a hablar. Cuando murió Osorio, mi abuelo me pidió que fuera a su funeral, durante 10 años le mandaba un litro de leche todos los días y un cuarto de cordero a la semana a su familia. Eran de esas peleas de campo de personas muy especiales, yo vi llorar a mi abuelo cuando falleció.

Después viene la presidencia del Colegio Médico en Biobío, la Asamblea de la Civilidad, adquieres una cierta notoriedad, participaste muy protagónicamente en la campaña del No. Luego vienen las candidaturas. ¿Mariano era alguien conocido en el territorio a esa altura?

Sí. Primero porque yo había atendido en Talcahuano como médico y era el único que salía en las noches a atender a la gente. En una oportunidad me atacaron tres personas en los cerros de Talcahuano y, cuando ya me tenían bastante acogotado, llegaron otros tres sacando sus armas, “al doctor me lo dejan tranquilo porque él me salvó la vida”, dice uno de ellos. Me llevaron hasta mi casa protegido, y como a las 12 de la noche terminamos tomándonos trago y café.

Cuando volví a Los Ángeles, donde era muy conocido como médico del hospital y, por supuesto, en Antuco, lo primero que me dijeron fue, “anda de candidato a Senador”. La circunscripción senatorial incluía las provincias de Biobío y Arauco, además de Chillán y la mitad de la provincia de Ñuble.

¿A quién tuviste de compañero de lista en la primera elección del '89?

A Edgardo Condeza, que llevaba todas las de ganar, porque él había llegado al Sur cruzando la cordillera, desafiando la norma que le impedía venir a Chile, se había convertido en un héroe nacional. Había expectativas de doblar a la derecha. Fue muy peleado. Tan peleado que una vez en la papelera en Laja hubo empujones entre los comandos y se agarraron, así que tuvimos que hacer un pacto de honor entre los dos para que no ocurriera eso el resto de la campaña. Él era un gran candidato. La última vez que estuve con él en la campaña fue en el acto de cierre en Santa Bárbara, a unos 40 kilómetros de Los Ángeles hacia la cordillera, hacia el Alto Biobío. Se puso a llover a cántaros y tuvimos que irnos a una barraca. Empezó la fiesta, canciones, discursos locales y después hablo yo, enseguida le tocaba a Condeza. Empecé a hablar y, como siempre he tenido mala voz, además que a esas alturas de la campaña me quedaba poca voz, saludé simplemente y dije que tenía dificultad para hablar más fuerte, pero no para luchar por la libertad y por los derechos a una vida mejor para mi pueblo. Y hasta ahí nomás llego. Teníamos 15 minutos cada uno y yo hablé menos de 10. Su comando empezó a alegar que entonces podía agregar a su tiempo lo que no había usado yo, se armó una pelotera y quedó mal, los locales le pedían que no fuera complicado, en fin, fue un punto en contra de su candidatura. Al final, gané por unos 10 mil votos, poco más de 2% de ventaja sobre Condeza, que fue segunda mayoría igual.

Ahí vinieron 24 años, tres periodos de Senador marcado por tu protagonismo en los temas de salud, en reformas complejas como el Auge, el plan de Acceso Universal a Garantías Explícitas.

Te voy a contar una anécdota. Era el gobierno de Lagos, su ministra de Salud, Michelle Bachelet. Un día en la tarde en el Senado, ella me toma y me dice, “el presidente quiere hablar con usted y conmigo. Nos recibió Lagos, muy bien, muy agradable todo, muy respetuoso, muy amables ambos. Empezamos a conversar, y Lagos me dice, “yo lo he invitado, a través de la ministra, porque en realidad lo que me interesa es que me ayude con el voto de Edgardo

Boeninger y Alejandro Foxley”, ambos eran senadores en esa época. Me sentí un tanto conturbado, invitado por el presidente con gran parafernalia, para que te diga que le ayudes con dos senadores. Le dije al presidente que le agradecía mucho la invitación, pero le iba a contar un pequeño cuento, “en Talcahuano había una niña muy hermosa con la que quería pololear, pero no me daba cabida, hasta que un día me preguntó si iba a estar en mi casa y yo, emocionado, le dije que sí y que, además, iba a estar solo. Cuando tomábamos once y pensaba que la situación había cambiado a mi favor, me contó que me venía a ver porque estaba muy enamorada de un amigo mío, Manuel García, y me pedía que la ayude a conseguir su favor. Presidente, me está recordando ese episodio”. No te digo la cara que tenía Lagos. Salimos con Michelle y me dice, “pero Senador, cómo se le ocurre decirle eso al presidente”. “Mire, Michelle, para que vaya viendo cómo son los senadores, para cuando usted sea presidenta”. Me miró como diciendo “¿qué me dijo?” “Usted va a ser presidenta de Chile”, le dije. Después en dos oportunidades, cuando ya era presidenta se encontró conmigo y me dijo...

¿No me cuente cuentos, Senador! te debe haber dicho.

Tú jugaste un rol destacado en el Senado, además te hiciste querer mucho transversalmente. A pesar de ser un senador con posición definida, te ganaste el respeto mucho más allá de las fronteras de tu partido, incluso de tu bloque político. ¿A qué atribuyes eso?

Me doy cuenta. Humildemente lo reconozco. Mira, yo creo que tiene que ver con dos cosas que me enseñó mi abuelo, que fuera hombrecito y que no fuera pipiolo, no anduviera para lado y lado. También porque nací en un hogar y una familia extraordinariamente cariñosa, casi melosa. Entonces me acostumbré a vivir y a tratar a mis amigos y a la gente así. Por ejemplo, cuando castigaron a Jaime Orpis yo lo llamé. Con las únicas personas que tuve dificultades, fue con tres o cuatro dirigentes provinciales de mi partido.

Mi padre era muy cariñoso, muy amigo de sus amigos. Era muy querido en Talcahuano. Mi madre también era muy cariñosa. Mi abuelo en Antuco era un viejo muy querido. De repente, sí, pasaban cosas que yo de niño no entendía. Mi abuelo mandaba 10 carretas de trigo a Los Ángeles al poder comprador que estaba ahí, y a la ciudad llegaban sólo 6. Cuando le hice ver esto a mi abuela, que manejaba a mi abuelo, me dijo, “ay, mijito, ¿usted quiere a su abuelo? Él es muy bueno, cumple todas las reglas como marido, salvo dos mandamientos, el sexto y el noveno”. Mucho después me encontré haciendo un trámite en la oficina de Impuestos Internos en Santiago, cuando alguien me pregunta, “¿cómo está nuestro abuelo?”

En 2013 decidiste no ir a la reelección y terminar definitivamente tu carrera parlamentaria en 2014, cuando todo indicaba que habrías podido reelegirte. ¿Estabas bien de salud?

Sí, estaba bien de salud. De la cabeza nunca me he mejorado. Es cierto lo que dices, yo creo que habría ganado, pero me cansaron las pequeñas intrigas que había en la región, un par de personas que querían ser senadores me hacían la vida imposible. En mi casa, además, había cierta petición no dicha para que dejara el Congreso, habían sido 24 años en que no estuve en la casa. De repente invitaba a mis hijas a jugar metrópolis y me respondían que ese juego lo jugábamos cuando tenían 10 años. Pero cuando me encuentre de nuevo contigo, te voy a recomendar que no hagas lo que yo hice.

¿Te arrepientes?

Absolutamente. Porque en política es muy raro que haya amistades de verdad. Entonces, el síndrome del pato cojo es de una crueldad infinita. Entonces, o te vas a ser profesor en la universidad o a tener una empresa de comunicaciones, si no, vas a estar todo el día como yo, pegado a la televisión en el canal 72, que es el del Senado.

Fue una carrera parlamentaria larga, porque son 24 años de senador y un periodo de diputado, el segundo interrumpido tempranamente por el Golpe. Pero también tuviste una larga y fructífera carrera de médico. Ejerciste de verdad la profesión. Y eres un referente de la Democracia Cristiana, entraste en 1957, estamos hablando de 62 años de militancia. Parado desde hoy, como un tipo que siempre ha buscado la unidad de la centroizquierda y ha fijado al Partido en ese domicilio, ¿cómo ves lo que ocurre hoy día con la Democracia Cristiana?

Estoy tremendamente preocupado. Debo decirlo con franqueza. Yo diría que la Democracia Cristiana tiene que corregir varias cosas. Primero, aclarar cuál es su ideología. Te lo digo porque nosotros somos humanistas cristianos en la doctrina, de centroizquierda en la ideología y patriotas en la búsqueda del bien de Chile. El Partido no ha logrado tener un domicilio que todo el mundo entienda dónde se sitúa. Porque las ocasiones en que la Mesa directiva ha fijado domicilio, ha sido desmentida por otros dirigentes demócratacristianos. Además, mientras la Mesa dice que está por los acuerdos con el gobierno, algunas personas consideran que esos acuerdos han sobrepasado los límites a los que se puede llegar sin dañar la identidad del Partido ni transgredir sus principios. Yo he escrito cosas sobre esto en la página Web de Radio Cooperativa, que publica mis opiniones.

El gobierno de Piñera hace lo que no se hacía nunca, salvo en los tiempos de Juan Antonio Ríos. Siempre que el presidente de la República invita a gente de un partido lo hace a través de su dirección política. Es decir, yo invito al presidente del Partido Demócrata Cristiano a que se sume a mi gobierno. Pero esto de que -del presidente Piñera se puede decir muchas cosas, salvo que es tonto- llama a uno y le ofrece un proyecto, luego llama a otro para otra cosa y

los va pescando de a uno, no corresponde. Eso porque en un régimen presidencial, el que se acerca puede recibir beneficios concretos para su gestión parlamentaria.

Espero que algún día volvamos al régimen parlamentario. Lo digo sinceramente. En el régimen actual, esa persona que participa con el gobierno queda sujeta. Y en política de Estado todo se cobra, no hay regalos. La primera que dijo que iba a hacer el puente con el Gobierno fue mi queridísima amiga Carolina Goic.

Su candidatura presidencial de 2017 fue la primera decisión de ir solos a una elección después de decenas de años, de Aylwin, Frei, Lagos, Bachelet, Frei y Bachelet, seis elecciones presidenciales seguidas que enfrentamos juntos como centroizquierda y esa es la primera vez que nos dividimos, cuando la Democracia Cristiana toma la decisión de no ir a las elecciones primarias y seguir hasta el final con la candidatura de Carolina Goic. ¿Cómo viviste tú eso?

Con inmensa tristeza. Con inmensa molestia. Con gran desaliento. Y con mucha rabia.

El resultado fue el que tú preveías.

Absolutamente. Pero si era cuestión de ver... Lo que pasa es que en Chile la gente no sabe la historia de nuestro país. Por Dios. Nunca la Democracia Cristiana hasta ahora ha ganado cuando va sola. Nunca, porque la elección de Frei Montalva sólo fue posible por la omisión de la derecha.

Mariano, para concluir esta entretenida conversación. Tú vas a llegar a los 90 ahora en 2020. Si miras para atrás, has vivido el período de la historia de cambios más vertiginosos de todo tipo: económicos, sociales, culturales, tecnológicos. ¿Cuál es tu balance hoy día, desde tus 89 años?

Yo tengo por Chile un amor muy grande, como lo tienes tú y lo tiene toda la gente que no sea capitalista. Porque el dinero, como muy bien nos decían algunos viejos libros que fueron *best sellers*, no tiene color ni patria. Y eso nos está pasando. Si esto sigue, el país va a desarmarse. Porque nadie puede, ningún país puede resistir una diferencia de ingresos tan brutal como la que tenemos. El más rico de Chile gana en un año lo que para conseguirlo muchos tendrían que trabajar 4 mil años. Tú lo sabes bien, esto no lo resiste una democracia. Si, además, tenemos un gobierno que está enredado -por ser caballero- con 5 o 6 candidatos presidenciales a la mitad del período. Con otras 5 o 6 candidaturas que aparecen en la oposición. La derecha cuando pelea lo hace de verdad, los dichos de sus candidatos cuando se refieren a los competidores lo muestran. Pero nosotros en la oposición no tenemos posibilidad real de juntarnos. Tengo mucho temor de que no nos podamos

juntar. Primero que nada, porque hay un personalismo muy grande en la política actual. Primero yo, después yo y después yo. Luego, porque a todos los presidentes de partido los noto encasillados en su interna. El partido es lo mío. Yo se lo he dicho a la gente del Partido Socialista, que son amigos míos, también se lo he dicho a los radicales, al que no he podido decírselo es al presidente de mi partido. Veo un Frente Amplio que no es gobernabilidad segura y, por tanto, creo que no tiene chance. El Partido Socialista también está enredado, y bastante. Están los radicales, que sí, creo que con ellos se puede llegar a un acuerdo relativamente importante. Y nosotros los democratacristianos no tenemos sitio definido, no sabemos qué piensa el presidente del Partido, porque un día dice que va a pactar con la centroizquierda y después se reúne solo con Piñera, y como decía Tomic, cuando se pacta o se gana con la derecha es la derecha la que gana.

Ésta ha sido una conversación sobre la trayectoria de su vida, y como ustedes pudieron ver, también sobre el presente y el futuro, con el diputado, senador, médico y, sobre todo, democratacristiano, progresista y patriota, Mariano Ruiz-Esquide.

Esta entrevista fue realizada en su departamento de Viña del Mar el 6 de septiembre de 2019.

LAURA SOTO



Laura Soto González nació en Valparaíso el 15 de diciembre de 1931. Abogada de la Sede Valparaíso de la Universidad de Chile, fue Jueza de Policía Local en Punta Arenas y ha ejercido como abogada especialista en derecho laboral y penal. Fue temprana colaboradora del Comité Pro-Paz en dictadura, convirtiéndose en la principal defensora de derechos humanos en la Región de Valparaíso. Fundadora y vicepresidenta del Partido Por la Democracia, fue elegida Senadora por la Región de Valparaíso el 14 de diciembre de 1989. Representó a Chile como Embajadora en Nicaragua entre 1994 y 1997. Fue elegida diputada por Viña del Mar en 1998 y en 2001 por Valparaíso, desempeñándose en el cargo hasta el 10 de marzo de 2010.

Hoy tengo la emoción y el honor de entrevistar a una persona queridísima, no sólo por mí sino por buena parte de los porteños y de todos los habitantes de la Región de Valparaíso. Figura señora de los derechos humanos, del ejercicio del derecho penal y también de la representación popular, tanto como Senadora por la Región de Valparaíso y luego como Diputada por Viña del Mar y más tarde por el distrito de Valparaíso. La idea, Laurita, es que hagamos un recorrido por tu trayectoria. Nosotros hemos tenido acercamientos siempre cariñosos en distintos períodos de la vida, pero quiero partir por donde comienza la vida. Tú naciste en Santiago, te criaste aquí en Valparaíso, en la escuela N°10, luego el Liceo N°2 de Niñas, pero no sé nada de tu infancia.

Fue una infancia especial porque, como fui la hija mayor, parece -de acuerdo con los recuerdos que tengo- que les molestaba a mis papás. Entonces, me sacaron del hogar y me llevaron donde mi abuela paterna. Mi abuela fue mi madre, la primera persona que amé, mucho más que a nadie en la vida, hasta que tuve a mis hijas.

Vivíamos en avenida Francia N°808, hasta el día de hoy me acuerdo. Ella me enseñó todo. Era una artista, ella era lo que se llama modista real, yo la admiraba mucho de pequeña. Tomaba las telas, las ponía para acá y para allá, cortaba y hacía unos vestidos fantásticos. Con lo que quedaba me hacía ropa a mí. Entonces, cuando llegaban las clientas, tenía que esconderme porque estaba vestida con un pedacito de la misma tela de ellas. Mi abuela me quiso mucho, estaba convencida que yo era la reencarnación de su hija que había muerto. Por ella me pusieron este nombre, Laura. De chica yo también pensaba que era su reencarnación.

Mi abuela era muy especial, formaba parte de la francmasonería. Ella, supuestamente, por lo que yo veía, podía mirar con las manos. No solamente era modista. Cada viernes veía que se juntaba gente en su casa a hacer estas reuniones espirituales. Imagínate. Yo era muy tímida y la terminología era muy intensa. También me enseñó a recitar. Su casa tenía una tremenda escala, entonces me ponía en la escala y me hacía hablar desde ahí. "No te escucho, más, mucho más fuerte, no, con emoción", me decía. Así que realmente ella me enseñó el arte de la oratoria de ese modo. Te imaginas la cantidad de recuerdos imperdibles que tengo de mi abuela.

¿Eso siguió después en el Liceo? ¿Seguiste con ella?

Siguió y fíjate que pasó una cosa muy triste. Yo la quería a ella muchísimo y se enfermó gravemente de cáncer. No pude resistir verla así. No pude, fue más fuerte que...

¿Tú eras niña o ya eras joven?

Ya era joven y no pude, por más que me insistieron, "tú eras la favorita, tú eras la hija predilecta", no pude. Yo la quería ver como era para mí, llena de vida, haciendo cosas.

Todavía la ves, porque algo tiene que ver con tu carrera profesional.

Precisamente. Ella tiene que ver porque me enseñó todo esto de la oratoria y también el ambiente familiar que había dentro de su casa, porque su hija mayor estaba casada con lo que se llamaba en ese tiempo un "leguleyo", que parece que no tenía título de abogado, pero era un señor fantástico, tenía una pinta de gran señor, usaba una corbata de esas floridas, muy elegante, con un gran vozarrón. Iba a comprar –y con displicencia- decía, quiero esto así o asá, y le contaba historias a todo el mundo. Él decía de mí, "esta niña es un portento". Entonces él influyó en ese sentido. Yo pensé, voy a ser como él un día.

Tuviste desde temprano entonces la decisión de estudiar Derecho.

Desde muy temprano. Pero cuando en realidad se hizo carne esta aspiración en mí fue cuando tenía como 14 años. Me vi envuelta en una manifestación tremenda de muchachos y había un carabinero joven, también un teniente, que estaba dándole con su sable a un muchacho jovencito. Entonces me encaré con él, me puse delante y él se retractó. Eso determinó totalmente mi vida. De ahí en adelante me dije, yo tengo que estudiar Derecho y tengo que defender a las personas. No querellarme, no perseguir, sino defender. Eso fue lo que hice en toda mi vida.

¿Y Derecho fue una experiencia linda aquí en la Universidad de Chile de Valparaíso?

Fue fantástico. Te diría que lo que me dio la universidad son todas las armas para la vida, no solamente para el derecho sino para la vida. Sentir la solidaridad, sentir el amor por el otro. Sentir que no estamos solos en el mundo y que entonces hay una responsabilidad. Todos los profesores que tuve influyeron mucho en ese sentido. Tengo de mi universidad los mejores recuerdos. Había grandes maestros. Estaba Carlitos León, que fue un gran escritor, de culto, extraordinario. Estaba don Enrique Correa Labra, que fue presidente de la Corte Suprema. Hubo grandes maestros. En la universidad estuve en un periodo muy privilegiado.

¿Había pocas mujeres en Derecho en esa época? Estamos hablando de inicios de la década del cincuenta...

Exactamente. Había muy pocas mujeres. Al inicio en el primer año éramos más o menos 100 estudiantes y solamente 10 mujeres. Fíjate que cuando llegamos al final, éramos solamente diez de esos cien, y 4 mujeres. En proporción no

estaba mal. Eso que todavía había algunos profesores, muy pocos, por cierto, que decían, "estas niñas vienen sólo a buscar marido".

¿Por qué te fuiste a Punta Arenas a ejercer el derecho tan temprano?

Me fui porque me casé. Me casé con un porteño de la Universidad Católica de Valparaíso, él estudiaba Ingeniería. Éramos rivales en el básquetbol. Era divertido eso. Ahí nos conocimos, precisamente en el tema de jugar basquetbol y estar en la barra de uno y de otro equipo...

¿Tú jugabas o estabas en la barra?

Estaba en la barra nomás. No era muy buena para el deporte. En ese tiempo, yo era súper joven, conocí a Enrique cuando estaba en quinto año de humanidades y él en primero en la Universidad Católica. Desde esa época nunca más nos separamos. Pololeamos siete años, nos casamos y nos fuimos a Punta Arenas. Fue una experiencia linda la de Punta Arenas, muy linda. Yo me había graduado después que tuve mi primera hija.

¿Cuántos años pasaste ahí?

Deben haber sido unos 20 años.

¿Tú llevaste a tu hermana Adriana a Magallanes o ella te llevó a ti?

Yo la llevé. Ella venía de Alemania, de Hamburgo. Tenía una linda carrera en Hamburgo y decidió venirse y acompañarme en Punta Arenas. También hizo una linda carrera en Punta Arenas, fue muy querida. Era una mujer extraordinaria. Hasta el día de hoy la recuerdo con cariño porque con ella podías conversar de cualquier cosa. No sólo de su profesión de médico, no sé si te han contado, pero ella tenía un ojo clínico, era famosa porque entraba a un lugar, miraba y sabía qué enfermedad tenía cada uno...

Yo siempre he pensado que ustedes tuvieron vidas paralelas, porque ella también estuvo en la lucha por los derechos humanos, en la Asamblea de la Civilidad, también en el Grupo de los 24, también en el PPD.

Teníamos cariños parecidos.

¿Tú fuiste jueza en Punta Arenas?

Fui jueza de Policía Local y tuve allí una experiencia riquísima. Una experiencia increíble de conocimiento de la realidad y de las personas. Muy al comienzo tuve el caso de un accidente entre una micro y un auto particular, en el que tenía de contradictor a Gerardo Álvarez, un abogado sumamente pillo de Punta Arenas. Él me trajo varios testigos y yo sabía que mentían como de día

claro. Decidí hacer una reconstitución de escena y fijate que me pasó que me di cuenta de que el pobre micrero tenía la culpa y que los testigos de Gerardo eran falsos, pero decían la verdad. Entonces no me quedó más remedio que condenar al micrero, pero con una pena menor... Le busqué mil atenuantes. Fue una muy buena escuela.

¿Tú tenías formación católica?

Sí, era católica y lo sigo siendo, con muchas dudas, por cierto. Como Voltaire.

El proceso de radicalización política que llevó a Frei y después a Allende, lo viviste en Punta Arenas. Cuéntanos de tu experiencia en el periodo 70-73.

Fue bien duro. Fue bien duro en el sentido de que había mucha pugna entre la gente, en especial respecto de la formación pública, en educación. Educación fue el centro del problema.

¿La Escuela Nacional Unificada, la famosa ENU?

La ENU, sí. Eso fue muy duro. Yo estaba por la educación pública, pero tenía muy cerca a mi hermana que estaba por la ENU, entonces teníamos discusiones también al interior de la familia.

Tu hermana había votado por Allende. ¿Tú habías votado por Tomic?

Claro. Yo había votado por Tomic. ¿Sabes por qué? Porque encontraba que Tomic, en ese minuto, estaba más a la izquierda que Salvador.

Los programas eran increíblemente parecidos. Y el Golpe te pilló de qué lado, ¿dónde estabas tú el Once de Septiembre?

Estaba litigando. Tenía un proceso laboral, con un abogado jovencito, que estaba muerto de susto, porque era socialista y se sentía muy presionado. Entonces lo que yo hice fue pedirle al juez que dejara en suspenso el comparendo. El juez accedió inmediatamente. Este muchacho se fue y yo me fui volando a mi casa porque las niñas estaban en el colegio. Tenía susto de lo que podía pasar porque éramos vecinos de la casa de la CUT. Cuando llegué había un tanque del ejército metido en mi jardín -era un condominio de tres casas-, se habían metido adentro. Nosotros estábamos al fondo con Nicolás Izquierdo, que trabajaba en Obras Públicas, pero en ese momento lo habían tomado como asistente del Ejército. Entonces, él consideró que estábamos mucho mejor ahí, llenó de colchones por si pasaba algo, por si había balazos, pero por suerte no pasó nada. Estando la CUT ahí al lado.

¿Fuiste de las que celebraron, lamentaron, se entristecieron? ¿Qué recuerdo te trae emocionalmente?

El recuerdo más tremendo fue el discurso de Salvador Allende. Hasta el día de hoy lo siento. Imagina la pena, te quebraba el alma. Era tremendo. En ese minuto se me pasó por la mente todo lo que podía ocurrir y que luego ocurrió. Cuando lo dimos vuelta y conseguimos la democracia, yo decía, "va a ser terrible, le vamos a dar la mano a alguien y no vamos a saber si es un torturador o un asesino".

¿Te quedaste en Punta Arenas muchos años después del Golpe?

El '77 nos vinimos a Valparaíso. Inmediatamente yo seguí la línea que tenía, defendiendo los derechos humanos. Y si tú recuerdas, me tocó el proceso a los psicópatas de Viña.

Claro, fue la primera vez que te vi en la pantalla de TV por ahí por 1980 o 1981. ¿Cómo fue eso, cómo llegaste a esa defensa? Porque tú desde antes te habías dedicado a sacar gente de la cárcel. Yo mismo tengo el recuerdo de mi hermana que había caído pintando consignas políticas, llamo a un amigo porteño para pedir un abogado y me dice, llama a Laura Soto, porque detenido que había, era obligatorio llamar a Laurita.

Las cosas que pasaron en ese proceso fueron realmente increíbles. Eso da para sacar un libro completo. De hecho, estoy escribiendo sobre los casos más relevantes en los que me tocó participar como abogada, después trataré de publicar.

En Santiago estaban los abogados de derechos humanos que todos conocen, pero la historia de defensa de los derechos humanos en Valparaíso está marcada por Laura Soto y en Concepción por Martita Wörner, las defensoras de derechos humanos más reconocidas de regiones. Pero cuéntanos algo del caso de los psicópatas, que tuvo a todo Chile en vilo.

Fue impresionante, hasta el día de hoy tengo dudas de qué pasó ahí realmente. Tengo la impresión de que fue un abogado cercano el que me pidió que asumiera la defensa.

Recordemos que se trata del caso de un asesino en serie que violaba y mataba a mujeres. Se armó un escándalo mediático en relación con la investigación y, no se sabe, pero fueron imputados un par de policías y también un connotado personaje de Viña del Mar, y Laurita es contratada para defender a las familias de las víctimas.

Exactamente. A las familias de las víctimas.

¿Y tú no te formaste al final una convicción respecto de lo que había ocurrido?

Al final me quedé para siempre con la duda, porque además había redes de protección, había intereses económicos muy grandes y seguramente intereses de otro tipo. Acuérdate que ahí fue el escándalo que costó cabezas de todo tipo. Desde Sergio Fernández, que era el ministro del Interior, que se tuvo que ir, al General de Investigaciones también y la ministra de la Corte que fue quien inició y al final se declaró enferma, se fue y dejó el proceso ahí. Entonces uno puede decir que hubo más víctimas de las que aparecían.

Eso te convirtió en la abogada más mediática, la más conocida de la Región.

Totalmente. Yo salía y la puerta de mi casa estaba llena de periodistas.

Eso te ayudó en la otra tarea, la de defensa de los derechos humanos, te hizo de alguna manera más intocable y protegida.

Tan protegida era que recuerdo haber salido un día de alegar una causa de derechos humanos con un auditor de la Armada y éste, al final de nuestra conversación, me dice, "nosotros te salvamos la vida, nosotros te cuidamos". O sea, ellos estaban conscientes que la CNI en ese tiempo era lo que era.

Y tú seguiste adelante. Fuiste vicepresidenta de la Comisión de Derechos Humanos y formaste parte protagónica del Grupo de los 24, que estaba encargado de elaborar una alternativa a la Constitución. ¿Cuándo tomaste la decisión de participar en política, si efectivamente la tomaste, o más bien vino por la vía de los hechos y de pronto descubres que ya estás jugando un rol político?

Vino por la vía de los hechos. Tú sabes que siempre se dice que las mujeres están siendo separadas y discriminadas. En mi caso fue al revés, porque aquí había un grupo de profesionales que trabajábamos juntos, fue ese grupo el que me eligió a mí. En realidad, yo no fui discriminada.

Desde fuera tengo una apreciación parecida, que mientras se desarrollaban los conflictos entre los hombres, Laura estaba siempre por encima de esos conflictos que muchas veces reflejaban ambiciones desenfrenadas y ahí todas las miradas se dirigían a ti, para ir más allá de los conflictos y ambiciones.

Claro. Se tardaron por lo menos un mes y medio en convencerme. Me estaban permanentemente incentivando, porque yo no estaba segura, tenía muchas dudas. De repente, uno de los del grupo, Julio Bermúdez, me dice, "sabes qué, tú puedes", porque mi alegato era que yo defendía gente y soy feliz cuando puedo defender y sacar a alguien de la cárcel o salvarle la vida. Ése es mi destino. Entonces un día este muchacho me dice delante de todo el grupo, "mira Laura, te voy a decir algo: tú puedes hacer mucho más por mucha gente si llegas a esto". Eso me convenció.

¿Y el PPD? porque el '87 tú fuiste la figura en torno a la cual se constituyó acá el Partido Por la Democracia. ¿Cómo fue que llegaste ahí? ¿Cómo llegaste a ese espacio político y a ese nuevo actor en un rol tan protagónico?

Llegué a ese espacio político por Ricardo Lagos, que fue muy importante en mi vida. Él llegó a invitarme a formar el PPD en la Región. Él fue también el primero que habló de mí directamente como una posible candidata. Recuerda que Isabel Allende tenía muchas pretensiones aquí porque su padre había sido Senador, entonces había una cuestión sentimental para ella, además que en la admiración y cariño por Salvador convergíamos todos. Pero Ricardo Lagos la convenció de que ella debía optar por ir en otro lugar para dejarme a mí en Valparaíso, y así fue.

Tú fuiste la primera Presidenta Regional del PPD. Fuiste Vicepresidenta Nacional cuando Ricardo Lagos era el presidente y luego entraste al Senado como representante de tu región. Te voy a contar que yo vine una vez a un acto muy masivo el '89 que convocaba a los jóvenes aquí en Pedro Montt al lado de la plaza O'Higgins y recuerdo que sube el grupo Congreso a tocar al escenario, y Pancho Suazo, su vocalista, dice, "yo quiero saludar a nuestra querida Laurita Soto, una rosa entre tanto cardo". Quedó la crema, se indignó la DC, los bajaron del escenario, porque los cardos incluían por supuesto a tu compañero de lista, Juan Hamilton, que se sentía seguro ganador.

Esto de ser una rosa entre tanto cardo. ¿Cómo lo viviste? Porque era dura la política y sigue siéndolo.

Fue muy duro. En el Senado me tocó compartir con los socialistas, que tenían mucha trayectoria. No era sencillo. Tú conoces a Ricardo Núñez, una personalidad muy segura de sí mismo. Una vez tuvimos una pelea grande, muy grande. Era el tema regional, porque yo desde muy temprano me definía como regionalista. Entonces, como presidenta de la Comisión impuse que determinada cuestión de dinero quedara para las regiones. Ricardo se indignó conmigo porque no era la posición oficial del Gobierno y empezó a pelear conmigo de hombre a hombre. Entonces yo sentía que de alguna manera tenía que reafirmarme. Y me reafirmé, pero no fue fácil. Fue duro.

Pero eso te hizo más fuerte, porque tú fuiste de todas maneras una voz muy reconocida dentro del Parlamento. Participaste en comisiones importantes. Obviamente en Derechos Humanos, pero también en la de Constitución Legislación y Justicia, te metiste en temas duros, peliagudos. A diferencia de buena parte de las mujeres, que se metían en "temas de mujeres", tú tuviste una paleta de preocupaciones más extendida, competiste mano a mano con los líderes de la época.

Sí. Tengo un buen recuerdo en ese sentido.

Cuéntanos cómo viviste la derrota 4 años más tarde, porque en ese minuto hubo senadores que se eligieron por 4 años y senadores que se eligieron por 8, tú estabas en la Región de Valparaíso, que eligió sólo por cuatro años. Cuando vino la reelección, el Partido Comunista llevó de candidato a su principal figura, Luis Corvalán, que sacó votación suficiente como para que ganara el demócratacristiano. Siempre sentí que era terrible porque tú los habías defendido tanto, te habías jugado por la vida de tantos comunistas y el PC no ganaba nada, su candidatura era testimonial y, sin embargo, presentaron a su mejor candidato sabiendo que eso podía causar tu derrota. ¿Cómo lo viviste?

Con mucho dolor, sentí en cierta medida que era una traición.

Otra cosa que me llamó la atención siempre, Laurita, fue tu involucramiento y compromiso con la diversidad sexual. Yo no había visto a nadie como tú que asumiera tan activamente desde el punto de vista político la diversidad, la homosexualidad, el travestismo y todo el movimiento que hoy se conoce como LGBT. ¿Cómo llegaste ahí, cómo hiciste de ésa una causa tan relevante de tu acción política?

Es que era para mí una causa de derechos humanos. Muchos católicos como yo tienen una mirada conservadora, a mí me sucedía lo contrario, me conmovía, me dolía la discriminación de la que eran objeto. Por eso asumí su causa con mucha fuerza. Y claro, me duele también que ahora, cuando hay tanta responsabilidad general con el tema, pocos nos recuerdan a los que fuimos los primeros en poner el tema de la igualdad de derechos y la discriminación a quienes asumían una opción sexual diferente.

Pero eso está escrito con sangre, Laura. Yo sé que la gente que participa de ese movimiento te quiere mucho y reconoce que fuiste la primera que los defendiste y les diste existencia en los medios de comunicación cuando estaban completamente marginalizados y ocultos.

Volviendo a tu primera derrota parlamentaria. En 1994 el presidente Frei Ruiz-Tagle te nombró Embajadora de Chile en Nicaragua, así que partiste a Managua por tres años. ¿Cómo fue esa experiencia?

Muy linda. Esa gente es muy generosa, es gente muy comprometida con la vida. Son alegres por naturaleza. Es gente muy positiva, entonces ahora me duele mucho el estado en que están.

Cuando tú estabas era Violeta Chamorro la presidenta. ¿La conociste?

Sí, por cierto que sí, la conocí mucho. Tuvimos gran cercanía. Era una mujer muy especial. Recuerda que ella no era política, era la esposa del director del diario al que asesinaron durante la dictadura de Somoza. Entonces ella logró un camino especial y lo hizo a su modo. A su modo, como mamá. No como la presidenta de la República sino como la mamá de esto. Fue realmente muy lindo. Recuerdo de ella su elegancia, su amor por la gente, tan fuerte. Y las anécdotas divertidas, porque como no era política, de repente metía la pata. Un día, por ejemplo, se reían las diputadas de oposición, porque doña Violeta había estado en el Departamento de Ramos en una región y empieza su discurso diciendo "mis queridas rameras". En otra ocasión, tú sabes que los japoneses son súper rituales, formalistas a la exageración, y un día doña Violeta está con todos, ahí con todo el mundo saludándola a ella, cuando llegan los japoneses y no encuentra nada mejor que tomarlos de los hombros y golpearlos cariñosamente, "mis queridos muchachos", los japoneses no sabían qué hacer. Fue muy lindo todo. A ella le encantaban los vinos chilenos. En los stands que hacíamos nosotros para promover el vino era fijo que estaba doña Violeta.

¿Cuándo te fuiste a Nicaragua, Laurita, tú ya sabías que ibas a volver al Parlamento?

No, para nada. No lo tenía claro. Llegué de regreso para hacer lo que sabía hacer, o sea, ejercer como abogado defendiendo causas, de nuevo particularmente en derechos humanos.

¿Cómo fue la decisión de ser candidata de nuevo el '97?

Ahí no solamente fue el grupo, sino también la gente con la cual trabajé, todos me asediaban. Al final tienes que ir por una responsabilidad más colectiva que personal.

Te elegiste con cierta facilidad, como si nadie se hubiera olvidado de ti.

Exactamente. Fui primera mayoría el '97 ganándole a Gonzalo Ibáñez en Viña y después en Valparaíso el 2001 a Carmen Ibáñez, "La Regalona", que era muy popular, y el 2005 a su hijo, Joaquín Godoy. La dificultad fue al final, la misma historia que en la senatorial del '93, los comunistas votaron por el exalcalde DC, Aldo Cornejo.

Tú volviste y fuiste elegida diputada en Viña del Mar. Hiciste los cuatro años y después fuiste elegida en Valparaíso. El PPD quería poner al ex alcalde de Viña del Mar y tú tenías popularidad amplia en todo el territorio. Eso permitió que el PPD tuviera representación en los dos distritos. Fuiste diputada tres periodos seguidos. ¿Cómo fue la experiencia en la Cámara? ¿Hiciste amistades?

Muy pocas. En la Cámara, naturalmente Nanny Muñoz, Fanny Pollarolo, María Antonieta Saa. Impagable María Antonieta, genial ella, donde tú la pongas. Jorge Tarud también. En el PPD tú y Sergio Bitar. Acuérdate las cosas que pasaban en el Partido cuando Erick Schnake era el presidente del PPD. Se peleaban a muerte Schaulsohn y Bitar, entonces se ponían de acuerdo en Laura Soto, ahí nadie reclamaba.

Tú fuiste bien identificada con el PPD y la ciudadanía identificaba al PPD contigo. ¿Cómo has vivido ese proceso de deterioro, que yo llamaría de privatización del PPD?

Con tristeza. Me da mucha pena. Me da mucha pena porque los grandes temas fueron colocados por el PPD. Los grandes temas de amor al prójimo fueron puestos por el PPD. Entonces, que de repente aparezca esta cosa del clientelismo, como que uno es dueño de un pedacito acá, y pasan platas por aquí y por allá. Es muy triste. Por eso he estado alejada, como dicen los masones, “en sueño...”.

¿En qué comisiones participabas cuando fuiste diputada?

Estaba en la Comisión de Derechos Humanos, en la de Constitución, Legislación y Justicia y también en la de Relaciones Exteriores. Ahí me tocó ver el tema de la Constitución. Acuérdate que Lagos empujó la modificación el 2005. Fue muy importante, un trabajo realmente extraordinario. Hay que destacar ahí la labor del “Panzer” Insulza, que era ministro del Interior, que fue muy importante. Es un gran negociador ese tipo.

Tú convivías en alguna comisión con Juan Bustos ¿no?

Juan Bustos también estaba en el tema de los derechos humanos. Ahí tuvimos todo ese proceso tremendo con Juanito. El último caso que vimos juntos fue el de Carlos Herrera Jiménez, el CNI implicado en el asesinato de Tucapel Jiménez, que el Fiscal Torres permitió se fugara a Argentina... Sí. Trabajamos juntos muy bien. Así que tengo un muy buen recuerdo de Juanito Bustos, que falleció en 2008, cuando ambos éramos diputados y trabajábamos mucho juntos.

El ejercicio de la labor parlamentaria, tu aporte en la discusión de leyes en momentos muy relevantes para la vida democrática de Chile, ¿en qué lugar lo pones de tu historial de vida como prioridad?

Como prioridad, lo pondría en el muy querido.

Pero inmediatamente después, me imagino, viene el rol de defensa de los derechos humanos.

Exacto. Aunque quizás en mi vida está primero mi rol de defensa de los derechos humanos, después la representación popular y el trabajo legislativo.

Me imagino que fue muy triste para ti el caso que te llevó al desafuero y que después incidió en que no fueras reelecta. Estoy seguro de que, si no hubiera ocurrido eso, habrías seguido en la Cámara. Yo te recuerdo en las campañas, Laurita, vestida de blanco, para la gente eras el emblema de lo puro, inmaculado, puro compromiso, pura vocación, cero relaciones con el dinero e intereses particulares. Para mí fue muy doloroso que te involucraran en esa historia de mal uso de recursos públicos y te desaforaran. Me imagino cómo lo viviste tú. Yo, de hecho, tengo el recuerdo de haberte sugerido que no fueras a la reelección porque no quería que trapearan contigo. Bueno, fuiste a la reelección y perdiste. ¿Cómo viviste ese proceso?

Fue tremendo. Fue tremendo porque era la antítesis de lo que yo era. Sentía que era tan injusto porque no tenía absolutamente nada que ver con aquello de lo que me acusaban. Te digo en serio, hasta el día de hoy lo veo y lo vuelvo a ver, no había por dónde involucrarme, eso significó un deterioro muy fuerte de mi salud, muy fuerte, porque viví todo ese proceso por fuera muy entera, pero por dentro era terrible, estaba quebrada. Eso fue duro, duro, muy duro. Es difícil explicar cómo uno se siente cuando está al borde del precipicio. Cuando sientes que, si te hacen así, te caes y te matan. Así vivía en ese periodo, ésa era la sensación, de una vulnerabilidad tremenda.

El proceso terminó donde debió haber empezado, con tu inocencia completa y la absolución total de los cargos que te imputaban.

Exactamente. Me di cuenta de que iba a ocurrir eso cuando el presidente del tribunal comenzó a llamarme señora Laura. Ahí me quedó clarísimo que él tenía claro que yo no tenía nada que ver en el asunto. Siento que él seguramente influyó en el resto del tribunal. Me imagino. Nunca pude conversar con él ni agradecerle ni nada, pero estoy convencida de que así fue.

La salida del Congreso vino como consecuencia de eso. ¿Qué has hecho desde que terminaste? Estamos hablando desde el 10 de marzo de 2010. Yo tuve la mala suerte de entrar justo el 11 de marzo de 2010, cuando tú ya habías partido. Si no, imagínate cómo habríamos podido trabajar juntos.

Claro, habría sido lindo. Además, que tenemos en común a alguien muy querido, tu padre, a quien quise mucho, como tú sabes. Pero ésa es otra historia. Seguí ejerciendo como abogado y me tocó un proceso muy duro, que fue ese proceso muy mediático, el de las niñas en un caso de explotación infantil. Yo defendí a la niña y fue muy duro porque me tuve que poner muy de punta con intereses muy fuertes, muy fuertes. Imagínate que al final, en mi discurso de cierre en el proceso, terminé con esta frase, "la pregunta del millón

es ¿quién no se ha acostado con una putita?" Era la pregunta del millón, porque en esa trama participaban personas de posiciones muy altas y se lavaban las manos. Fue muy fuerte.

O sea, volviste a lo tuyo, a defender a la gente de los abusos.

A los que tenía que defender.

Mirando para atrás, ¿qué dejarías de hacer o qué habrías hecho de otro modo?

No sé. Lo miro y lo miro mil veces y no sé. Creo que todo está determinado. No. Tampoco me arrepiento de nada.

Como decía Edith Piaf.

Claro. No me arrepiento de nada. No, no me arrepiento de haber peleado en una ocasión con Frei, públicamente. Tampoco de haber tenido un encontrón con Lagos, tan amigo de uno, cuando el presidente no es amigo. Entonces, es fuerte también.

Tú peleaste mucho por las regiones.

Claro, era regionalista total.

De hecho, si la reforma hubiera sido antes, podrías ser gobernadora regional, porque quizás seas la persona más apropiada para gobernar esta región. Para terminar esta entrevista, Laura. ¿Cómo quisieras que te recordaran?

Me gustaría que me recordaran como una "incansable defensora de los derechos humanos", así, secamente.

Ésa es la mejor manera de cerrar esta maravillosa conversación, Laurita. Laura Soto, defensora de los derechos de las personas, diputada, senadora y, sobre todo, una gran mujer.

Esta entrevista fue realizada en Viña del Mar el 17 de octubre de 2019.

BELISARIO VELASCO



Belisario Velasco nació en Santiago el 5 de febrero de 1936. Demócratacristiano desde 1958, trabajó por más de 20 años en la empresa pública ECA, fue secretario general de la Democracia Cristiana en dos periodos, comienzos de los años setenta y mediados de los ochenta, director-gerente de Radio Balmaceda desde el Golpe de Estado hasta su clausura en 1976, relegado dos veces por la Dictadura, firmante de la Carta de los 13, Subsecretario del Interior desde 1990 a 1998, embajador en Portugal desde 1999 a 2003 y ministro del Interior entre 2006 y 2008. También ha incursionado con éxito en el mundo empresarial desde mediados de los años setenta.

En esta ocasión tenemos a una persona con muchos récords en la vida, probablemente el más grande es haber sido el primer demócrata en pisar La Moneda después de 17 años de dictadura. Un hombre transversalmente apreciado en la política, particularmente en la centroizquierda, espacio donde se ha situado prácticamente toda su vida. Belisario, tú sabes que tienes mi admiración y respeto.

Es recíproco, Pepe, también tienes mi respeto y admiro muchas cosas de ti. También hemos hecho juntos muchas de las cosas que a mí me agradan y que van en beneficio de la gente, del chileno común.

Quiero partir por el comienzo, por esa infancia en el Fundo San Miguel de Romeral, con caballos, con vacas, con niños, en libertad absoluta. ¿Por qué no nos cuentas cómo empezó todo?

Yo nací en Santiago, a dos cuadras de la Plaza Brasil, el año '36. A los dos meses, mi padre, que trabajaba en el fundo de mi abuela en Romeral, me llevó para allá porque mi mamá y mi hermana mayor de un año se habían ido a vivir al campo. Ahí viví siete años. Me crié en el campo. Todavía no sabía hablar bien y ya montaba a caballo, lo que me sirvió para poder ir a la escuela rural que quedaba en el fundo de al lado. Me iba todos los días dos kilómetros solo en mi caballo blanco. Ahí estudiaba junto con los hijos de los inquilinos, que eran una especie de siervos de la gleba, no los nuestros, porque mi padre, sin ser de izquierda, era liberal, tenía gran cariño por la gente y un trato sensacional. La situación general de los inquilinos cambió completamente con la reforma agraria. El mayor logro de la reforma agraria fue la dignidad de los campesinos.

A los que tú conociste muy temprano en tu vida.

Claro. Junto a los hijos de los inquilinos aprendí a leer y a escribir. A saber más o menos quién era Bernardo O'Higgins y Arturo Prat.

La historia te gustó desde chico.

Cierto, siempre me gustó la historia, me sigue apasionando. De pequeño llegaba de vuelta a la casa a preguntarle a mi mamá o a mi papá, que eran los únicos que sabían. Mi papá andaba a caballo en los potreros de la hacienda viendo los animales. Había vacunos, teníamos lechería, se hacían quesos, se plantaba trigo y unas cerezas que eran las mejores de toda la zona. Ahí aprendí las primeras letras y a jugar con los hijos de los campesinos.

Estabas solo con una hermana, la que escribe poesía.

Isabel, que fue la primera mujer presidenta de la Sociedad de Escritores de Chile, la SECH.

Después vino una larga trashumancia. Cuando tu papá deja de administrar el fundo, se van a Antofagasta, después a Santiago, luego Curicó, más tarde el Patrocinio San José, el “Presidio Don Pepe”, como le decías tú. Pero siempre en colegios católicos, sean jesuitas, salesianos o maristas. Tu formación es muy católica.

Mi madre era muy católica. Mi padre también pero menos observante que mi madre. Yo puedo rezar completa de memoria la larga oración del mes de María, porque mi mamá en noviembre tomaba a mi hermana, a mí y a mis dos hermanos menores que ya fallecieron, y nos hacía rezar todos los días durante el mes de María. Yo, como el mayor de los hombres, llevaba la voz cantante.

Aparte de ese automatismo que está en el disco duro, ¿cómo andamos con la fe? ¿Y tu relación con la Iglesia? En tu autobiografía cuentas incluso de un acoso del que fuiste víctima.

Un acoso sexual que sufrí en Antofagasta. El rector me llamó una vez a su oficina, tenía 8 o 9 años, cerró la puerta, empezó a preguntarme qué me parecía Antofagasta y después quiso llegar a los genitales. Yo, que venía del campo, le pegué un puñete, le dije que lo iba a acusar a mi papá y salí corriendo. Nunca más me llamó. Lo ocurrido me perturbó mucho, siempre traté de olvidar el nombre y el hecho. Aunque el hecho no se olvida nunca, el nombre se me olvidó y ya no importa. Él debe haber muerto, tenía 9 años y él debe haber tenido más de cincuenta.

¿Cómo ha evolucionado tu relación con la Iglesia y con la fe?

Creo en un Dios, Alá o el Dios nuestro, el Dios de los católicos. Lo perdí por un tiempo, pero lo volví a encontrar más adelante, cuando estaba relegado y tenía tantos días y tantas noches solo, con tanto tiempo para pensar. Ahora me he alejado de la Iglesia por lo que ha hecho y lo que ha dejado de hacer, y porque promueve cosas con las que no estoy de acuerdo. No sólo en el asunto de la sexualidad. Impedir, por ejemplo, que las mujeres tengan alguna representación. Al que nombraron hace poco vicario de Santiago, Monseñor Cristián Roncagliolo, a propósito de este debate, dijo que había que respetar a Cristo, que no tenía mujeres en la última cena. Tienen que ponerse al día. Tampoco me gusta cómo se comporta en el ámbito económico, aparece como una transnacional, la más grande, la más rica. No me gusta lo que he visto en estos 83 años, que he visto bastante. Por eso estoy alejado de la Iglesia, sin desconocer que curas como el que acaba de morir, José Aldunate, son un ejemplo. Hay curas que viven su misión y realmente lo hacen. Pero hay una gran mayoría que no. Lamentablemente esa gran mayoría está también en Roma, en el Vaticano.

A los 17 te viste obligado a dejar el liceo y entrar a trabajar. Si no hubiera ocurrido esa situación que te forzó a abandonar tus estudios, ¿cuál habría sido tu vocación académica?

Habría sido abogado. Abogado vinculado a la cosa social, que siempre fue lo que más me interesaba, lo que me marcó más adelante en la Empresa de Comercio Agrícola, la ECA.

Entraste al Inaco, que en 1960 pasó a ser la ECA, una institución -aunque a la derecha de hoy le parezca inverosímil- creada por el presidente Alessandri para controlar precios y asegurar distribución y abastecimiento.

Había empezado como oficina reguladora del precio del trigo, porque el trigo se cosecha desde Coquimbo hasta Puerto Montt en sólo 90 días, entonces toda la oferta llega en ese corto periodo a los molinos, que entonces eran 150 en todo el país. Como los molinos eran los únicos compradores, en sus romanas se fijaba el precio y el peso. Como en las pulperías en la época de las salitreras. Esta oficina venía de tiempos de Arturo Alessandri y su hijo Jorge terminó de consolidarla creando la Empresa de Comercio Agrícola.

Tú entraste en el primer escalón de la carrera.

Claro. Con los gobiernos de Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos, el vicepresidente Alfredo Duhalde que lo reemplazó al fallecer, y Gabriel González Videla, se había llenado de funcionarios radicales. Y uno que otro socialista por ahí. Yo entré cuando Ibáñez Del Campo le acababa de ganar a Arturo Matte Larraín. Como no tenía título profesional ni técnico, ingresé al último grado del escalafón administrativo. Primero entré a una oficina que dirigía una mujer, me acuerdo, cosa rara para la época. Después pasé a contabilidad, donde se aprende el "debe y el haber", lo que fue y sigue siendo fundamental en mi vida. De ahí empecé a circular por diferentes secciones donde me necesitaran.

Hiciste más tarde un curso que impartía la propia ECA, que no tiene reconocimiento universitario, pero te permitió entrar a la planta profesional y técnica. Ocupaste cargos directivos también.

Tuve el cargo más alto de la ECA nombrado por la Contraloría, lo máximo que se podía ascender, porque el presidente y el gerente general eran cargos de exclusiva confianza, nombrados por el presidente de la República. Yo llegué a ser gerente comercial, tanto en lo interno como externo.

Un día me contaste una anécdota de esa época, recién ingresado a la empresa, cuando te llama Ibáñez a su oficina, ya no era el General sino el presidente Ibáñez, para entregarles una misión muy especial a ti y a un compañero.

Llevaba 2 años en el INACO cuando me llama la secretaria del vicepresidente, que era nombrado por el presidente de la República. La señora Cristi me dice que su jefe necesita verme a las 4 de la tarde, me asusté porque estaban echando gente todos los días. Había sido uno de los principales eslóganes de campaña el de “la escoba” para echar radicales del Estado. Llegué a la reunión con él y estaban esperando otras dos personas, jóvenes como yo, que tenía 18 años, pero militantes agrario-laboristas, que era el partido que apoyó a Carlos Ibáñez del Campo. El vicepresidente nos dice que el presidente Ibáñez quería hablar con nosotros, que él mismo nos explicaría el motivo, él sólo nos dijo que esperaba que cumpliéramos y dejáramos bien puesto el nombre de la empresa. A las 5 de la tarde debíamos estar en La Moneda por la puerta de Morandé. Cuando nos recibe en su oficina, el presidente nos ofrece un té, nos explica todo el problema de Palena y las discusiones con Argentina respecto a los límites. Ésa era una de las prioridades de Ibáñez, tenía un sentido de la geopolítica muy desarrollado. Nos explicó que al año siguiente vendría una comisión inglesa designada por el Rey de Inglaterra, que en ese tiempo eran los árbitros, por lo que era necesario reforzar la presencia y soberanía chilena en ese territorio. Nos explica que en toda la zona de Palena y Futaleufú, la moneda que circula era el nacional argentino, porque se compra la harina y otras cosas fundamentales en pueblos argentinos, que quedan más cerca. Dijo que iba a abrir oficinas del Inaco en Palena y Futaleufú para que abastecieran a la población y no tuvieran que ir a Argentina, pero que había que actuar inmediatamente.

A uno de nosotros le dijo, “le vamos a entregar una maleta con plata chilena – contadito todo, dijo, cazarro- para que vaya a cambiarle a los colonos la moneda argentina por pesos chilenos. Se había iniciado la colonización, muchos matrimonios jóvenes se iban para allá porque el Estado les daba 100 a 200 hectáreas de tierra. Le costó muchos millones de dólares al país, pero fue una inversión, no un gasto. Es como la educación, que es una inversión. Después, al segundo de nosotros le dice que la cuestión cultural era muy importante, que el “che” argentino se pega muy fácil y con eso toda la cultura. Lo manda a entrar a las casas y cambiar por banderines de Colo-Colo, la U y Magallanes, los de Boca Juniors, River Plate o Racing, donde los vea. Que lo hiciera con mucha educación, con buen trato, que es gente de la Zona Central que se fue a la Patagonia buscando un futuro mejor y lo encontraron. Y al más joven –dijo dirigiéndose a mí- le vamos a dar la labor política. “Un caballo igual que los demás, pero también una mula mansa cargada de tarros de pintura, para que salga tempranito en la mañana a pintar lemas políticos, como “Vote por Aguirre Cerda”, “Vote por Matte”, “Vote por Ibáñez”, por supuesto, y “Vote por el Pico”, porque es una expresión chilena y de eso se trata justamente, así que póngalo textual”. Partimos los tres y estuvimos más de tres meses, incluido el tiempo de vacaciones, hasta abril, cuando comenzó a llover mucho. Volví después de algunos años en misión de la ECA, y había muchas de mis pinturas todavía en las piedras, cerros y muros de la zona.

Tu primera acción política fue ésa, la encomendada por Ibáñez. A poco andar, participaste con la Democracia Cristiana el '58 en la primera campaña de Frei. Cuéntanos de eso.

Participé en la segunda, tercera o cuarta línea, en realidad. Tenía 22 años cuando ingresé al Partido Demócrata Cristiano. Con un grupo de amigos habíamos formado un equipo de fútbol, "Millonarios" lo bautizamos. Jugábamos en una liga de barrio. Casi todos eran estudiantes universitarios, yo no. Además de jugar fútbol, nos juntábamos en la tarde de los días viernes o domingo a conversar y discutir. A veces éramos siete u ocho, nunca todos, pero los más amigos, los que vivíamos cerca. Discutíamos de política, de economía, del gobierno, de fútbol, de tango, escuchábamos mucho tango. Estábamos horas conversando, lo pasábamos muy bien. Entonces ellos, universitarios, eran más leídos y hablaban mucho, pero yo sabía muchas cosas de política porque en la ECA era amigo de radicales y socialistas y conversábamos con frecuencia de política. Incluso me llevaron de candidato a la dirección de la asociación de empleados y me eligieron. Entonces aprendía cosas que mis amigos no sabían. Ellos se largaban con su discurso y yo iba atrás con mi punto de vista, ponía la realidad en la conversación.

Ésa ha sido tu característica de siempre.

Yo no elaboraba discursos, hablaba de las cosas que conocía. Ésa era mi función. No era un orador ni la persona que elaborara las tesis, después sí, cuando era ya mayor, hubo ocasiones en que elaboré algunas tesis. En ese tiempo aprendía mucho con ellos, que eran universitarios y yo no. Supe defenderme. Me puse a leer a los filósofos católicos franceses Emmanuel Mounier y Jacques Maritain, también las encíclicas sociales de la Iglesia, la *Rerum Novarum* sobre la Cuestión Social y la *Quadragesimo Anno* sobre las cuestiones laborales.

Entonces me planteaba la inquietud de quién era yo en realidad. Mis compañeros de trabajo me habían invitado al Partido Radical y al Partido Socialista. Estuve cerca de entrar al Partido Socialista y no lo hice. No lo hice porque siempre he creído en Dios. Me había definido como católico, cosa que hoy día no hago. Ahora me defino como una persona creyente que ama a su prójimo como a sí mismo y no hago a los demás lo que no quiero que me hagan a mí. Entonces llegué a la conclusión de que la Falange era mi opción. Era el año '56, después en julio del '57 se formó el Partido Demócrata Cristiano. Debe haber sido a fines del '57, cuando un amigo que era subsecretario de la DC, recién constituida, me invitó a participar y comencé a asistir a reuniones en una sede en la Alameda, estaban discutiendo el programa de la primera candidatura presidencial de Frei Montalva. Yo los oía hablar, estaban Renán Fuentealba, Bernardo Leighton, Julio Silva Solar, Alberto Jerez, tipos muy bien preparados, pero de repente alguno se equivocaba respecto de temas agrícolas y

yo empecé a corregir cosas, no me daban pelota, pero seguía asistiendo a las reuniones. Comencé a imbuirme de las ideas. Ya hablaban de la reforma agraria. En las reuniones con mis amigos del club de fútbol empecé a roncar un poco en las discusiones políticas. No fui de los firmantes del acta de fundación del partido, pero firmé poco después y hace más de sesenta y dos años que soy democratacristiano.

¿Cómo viviste la Patria Joven?

En la Patria Joven sí que participé activamente en su organización. Fue una marcha desde Punta Arenas y desde Arica convergiendo todos a Santiago. Terminó en el parque Cousiño, con gente de todo Chile, a los que les habla Frei Montalva en ese discurso maravilloso, que termina con el niño que le pregunta a su padre quiénes son los que marchan y él le contesta que no son los democratacristianos, no son los freístas, son los mismos de 1810, los de 1879, los de 1891, son la patria. En mi vida, son dos los discursos que me han llegado al fondo del corazón, ése de Eduardo Frei y el último de Salvador Allende, que se transmitió por radio Magallanes. Son dos piezas oratorias que recuerdo porque se impregnaron en mí y se quedaron para siempre. Yo era el agente de Santiago de la ECA en el momento de la campaña de Frei Montalva, tenía 28 años, llevaba ya 10 años en la empresa, y estaba verdaderamente entusiasmado con lo que representábamos, éramos un partido muy joven, con mucho sentido de misión transformadora, mucha épica. Eso se vio en la marcha de la Patria Joven, disposición al sacrificio, pero con alegría, con mística, con vocación de futuro.

Tú en el gobierno de Frei asumiste funciones del gobierno en el extranjero, eso te llevó a China y a Cuba.

Ya había asumido algunas misiones antes del gobierno de Frei. Me habían mandado a Buenos Aires a negociar con la Junta Nacional del Trigo y con la Junta Nacional de la Carne. Cuando llegó al gobierno, Frei no tenía contacto con gente que conociera la ECA. Formamos un núcleo democratacristiano. Yo había trabajado en la elaboración del programa de Frei, en toda la parte agrícola. Nombraron vicepresidente de la ECA a José Suarez y gerente general a Hernán Edwards, pero no tenían Gerente Comercial y de Operaciones. Me nombraron a mí y empecé a operar. Iba a las negociaciones en Argentina, Uruguay, Brasil y Colombia. Después me llamó Gabriel Valdés, Ministro de Relaciones Exteriores, porque había enviado a Sergio Molina y Alejandro Hales a los países tras la cortina de hierro, porque dentro de la política de relaciones exteriores del gobierno de Frei se había acordado establecer relaciones políticas y comerciales con todos los países que le fueran útiles a Chile para iniciar un desarrollo real. Ellos visitaron Checoslovaquia, Alemania oriental y Polonia, entre otros, y su misión fue un éxito político. Eso fue el año '65. Entonces Gabriel Valdés me llama un día y me dice, "Belisario, tú sabes de comercio, has estado metido varios años en la ECA, has hecho comercio

exterior con la carne, el trigo y el maíz, ¿por qué no te das una vuelta por esos países? porque yo creo que una cosa es la política y otra cosa son los negocios, las relaciones son fenicias. Quiero que tú vayas a esos países, veas qué necesitan, qué tienen ellos que podamos comprar e iniciemos una relación”. Partí a toda esa zona. Me conocí todos los países de la órbita socialista. Estuve dos veces en Alemania Oriental, en Rusia, en Polonia, en Checoslovaquia, en la Yugoslavia del mariscal Tito, en Rumania, etc.

Tengo una pregunta que me ha rondado hace tiempo. Tú eras de un grupo dentro de la Democracia Cristiana, una parte de ese grupo se escindió el año '69 con Rodrigo Ambrosio para formar el MAPU y otra parte de tus amigos se fueron el '71 a constituir la Izquierda Cristiana. Sin embargo, tú te quedaste. ¿Qué fue lo que te llevó a no seguir a tus amigos fuera de la Democracia Cristiana?

Cuando perdimos la elección de Tomic y gana Allende, yo seguía como gerente comercial de la de la ECA, nombrado por la Contraloría. Allende nombró vicepresidente a un comunista y gerente general a un radical. Llegaron los dirigentes del MAPU y me dijeron, “mira, Belisario, tú has sido toda tu vida del grupo Rebelde, hemos estado siempre juntos, te queremos nombrar vicepresidente de la ECA -esto antes de que nombraran al comunista-, sería la culminación de tu carrera, tienes asegurado los próximos seis años. Si no quieres, te vas a la embajada en Cuba, donde yo había hecho amistades importantes cuando compraba por la ECA. Son los dos cargos que hemos hablado con el presidente Allende y está dispuesto a nombrarte.

Te consideraban como uno de los suyos.

“¿Qué condición me ponen ustedes?” pregunté. “Renunciar a la Democracia Cristiana y entrar al MAPU”, me dijeron. A los 34 años uno no hace eso. Yo tomé una decisión a los 22 años y la tomé para siempre. No me voy a ir de la Democracia Cristiana. Creo en ella, hemos hecho algunas cosas mal, pero me daría vergüenza, no podría hacerlo, me tengo que afeitar todos los días, mirarme la cara al espejo y no podría hacerlo.

¿Luego de eso te sacaron de la ECA?

Yo era, además, como gerente de ECA, el presidente de Vinos de Chile y director de la Sociedad Lechera Nacional. A todo esto, mi secretaria era Lucía Pinochet, hija de Augusto, yo no veía el futuro, no tenía una bola de cristal. Ella tenía 20 años, era muy eficiente, fue mi secretaria por más de tres años, a veces la iba a buscar al trabajo el coronel Pinochet.

Cuando asume el nuevo vicepresidente, me citó para decirme que me pedía el cargo porque lo necesitaba, que sabía que me habían ofrecido alternativas, pero yo no quería colaborar. Le dije que yo siempre iba a colaborar con el gobierno

que sea, salvo que me pidan que vaya contra mis principios básicos fundamentales que son parte de mí, eso no lo voy a hacer, no por cargos. Trató de echarme, pero la Contraloría se lo impidió, entonces me mandó en comisión de servicio al Instituto de Desarrollo Agropecuario, el Indap.

Fuiste exonerado de la UP. Literalmente. ¿Eso te llevó a volver al Partido de manera protagónica?

En una época había sido gerente general de ECA un amigo mío, Felipe Amunátegui, que era muy amigo de Yarur, que quería traspasar la radio Santiago al Partido Demócrata Cristiano. También la radio Balmaceda, cuyas acciones fueron traspasadas íntegramente a la Democracia Cristiana. Y la radio Santiago igual, pero en ese caso el 40% de las acciones fueron a mi nombre. Se hizo la operación y me fui a radio Balmaceda a aprender, porque no sabía nada de radio. Estaba en eso cuando Renán Fuentealba me pidió que lo acompañara, porque él junto a Bernardo Leighton se iban a presentar en la próxima junta nacional para dirigir la Democracia Cristiana. Narciso Irureta, su presidente, era senador y estaba un poco cansado. Estaban los Guatones, cuyos lemas eran “no dejar pasar una a Allende” y “de las palabras pasaremos a los hechos”, dos frases de ese periodo que eran como la contracara de “ni la sal ni el agua” de los socialistas frente a Frei. Renán y Bernardo me dicen que quieren que sea secretario general del Partido. Yo les dije, si ellos creían que servía para eso, fantástico, les propuse a mi amigo Felipe Amunátegui para la Tesorería, porque era un tipo muy capaz y joven como yo.

Tu sector con Renán Fuentealba y el hermano Bernardo, ganaron la mesa y la conducción de la Democracia Cristiana al inicio de la Unidad Popular, buscando mantener el cauce de los cambios hechos por Frei e intentando evitar la polarización excesiva de la sociedad. Sin embargo, la polarización se los llevó por delante. La base democratacristiana se derecha, algunos incluso claman a los militares, ustedes son derrotados en mayo del '73 y entregan la mesa directiva a Patricio Aylwin. Sin embargo, siguen intentando el diálogo. Tú hablas de una reunión con Luis Corvalán, entonces jefe del PC, y de otra reunión el 6 de septiembre en Tomás Moro con el presidente Allende, explorando la posibilidad de un plebiscito sobre las tres áreas de la economía. ¿Cómo vivieron ustedes ese proceso que en la sociedad llevaba a las bases de la Democracia Cristiana a polarizarse hacia la derecha, mientras que, por otro lado, el Gobierno de la UP no lograba conducir a sus partidos para encauzar el proceso de reformas, con muchos apostando a la radicalización y ustedes ahí, tratando de mediar, en un esfuerzo casi imposible?

Cuando nosotros fuimos directiva, Guatones y Chascones nos tratábamos con la verdad. Con la verdad de cada uno. Nosotros se las decíamos y les dolía. Pero igual nos iban arrinconando porque eran más. Tenían más recursos que nosotros para moverse. Les llegaban recursos de afuera. No hay que olvidar

que cuando ganó Allende, en Estados Unidos se reunió Kissinger con algunos políticos y directores de medios chilenos y se entregaron 10 millones de dólares, para partir. Eso lo supimos de forma fidedigna. Esto está en los anales de la CIA, desclasificados en 2017.

Me acuerdo de un Consejo Nacional, presidido por Renán Fuentealba, el primer vicepresidente que era Bernardo Leighton y yo, que era el Secretario General, con unos 20 consejeros, entre los que estaban los senadores Juan Hamilton y Juan de Dios Carmona. Bernardo Leighton dice que "hay personas como Hamilton y Carmona que están golpeando la puerta de los cuarteles junto a la derecha". Entonces salta Juan Hamilton diciendo, "yo no acepto que Bernardo insinúe que Juan de Dios y yo estamos en contacto con militares y con la derecha. "Perdona, Juan, perdonen señores consejeros, -dice Leighton- voy a rectificar lo que dice Hamilton, yo no he insinuado tal cosa, la he afirmado". Así estaban los encuentros de la Democracia Cristiana hacia el final del gobierno de la UP. Eso te grafica la diferencia que había entre nosotros. Te podría citar la lista de los militares que, como Bonilla y Arellano Stark, tenían vínculos con la DC.

Nosotros estábamos en minoría y nos íbamos a ir de la mesa directiva, porque veíamos que no teníamos posibilidad de solucionar el problema. Pero la Junta nos echó. Nos presentamos y perdimos, nos ganó Aylwin holgadamente. Después en las elecciones provinciales del Partido también nos ganó.

Cuéntanos de la reunión con Allende en su casa de Tomás Moro.

Después que perdimos, seguimos trabajando juntos con Renán Fuentealba y Bernardo Leighton. La cosa estaba que ardía. El Gobierno cometió errores y los partidos que lo apoyaban también cometieron muchos errores. Le pusieron mucha bencina a lo que estaba ocurriendo y siempre había alguien para ponerle la chispita que faltaba. Se tomaban empresas que no estaban en la lista, predios que no cumplían los requisitos eran expropiados, fundos bien trabajados se los tomaban igual. Nosotros también habíamos cometido errores en la Reforma Agraria, pero entonces no estaba Estados Unidos en contra de Frei, ahora estaba la amenaza de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, la famosa OLAS, promovida por Cuba contra el Panamericanismo impulsado por EE.UU., que no estaba dispuesto a aceptar otra Cuba en América Latina. Nosotros seguimos trabajando internamente y tuvimos una reunión con los dirigentes del PC, que entonces eran los momios de la UP. Ahí, los dirigentes comunistas nos dicen que el golpe militar ocurriría a más tardar el 18 de septiembre, que lo sabían por su gente en las Fuerzas Armadas, especialmente en la Marina. Nos cuentan que hablaron con el presidente Allende y le dijeron que tenía que retomar la conducción reafirmando que se respetarían los derechos de los empresarios, porque los empresarios son indispensables. Nos piden, además, que conversemos con Allende, que a nosotros nos escucharía, porque respetaba mucho a Renán y Bernardo, habían sido senadores juntos.

Bernardo Leighton, además, que había sido ministro del Interior y era de Nacimiento, en la región del Biobío, hizo su propia reforma agraria, les entregó el campo a los campesinos antes de la ley y se vino a Santiago. Así era Bernardo, por eso lo respetaban en todos los sectores.

Al día siguiente nos reunimos con Renán y Bernardo, ellos concluyeron que si se reunían con Allende sería una noticia muy polémica y contraproducente. Así que me dijeron que mejor fuera yo en su representación, era más prudente. Igual el presidente Allende me conocía, me iba a recibir. Así que el jueves 6 de septiembre estacioné mi auto cerca de la casa de Tomás Moro, toqué el timbre y lo esperé en el living unos minutos, mirando la buena colección de cuadros nacionales con la que pocos días después arrasaría sus vecinos. Yo había conocido a Allende en Cuba, en mi periodo de gestiones comerciales por la ECA, tenía buena relación con él. Lo respetaba, sabía de todo. Además, era un hombre que sabía escuchar. “presidente -le digo- vengo en representación de Renán, Bernardo y lo que representamos de la Democracia Cristiana”. Le conté la verdad, que habíamos conversado con los comunistas y nos dijeron lo mismo que dicen nuestros antecedentes. Yo tenía amigos en todas partes, siempre fui partidario de los informantes. Nuestros informantes, nuestros antecedentes, nuestras relaciones nos comentan que lo que dice el Partido Comunista es cierto, le digo. “A usted presidente, le van a dar un golpe antes del 18”. Me contesta rápidamente, que “no va a ser así, porque el martes 11 voy a hacer un discurso al país llamando a plebiscito para fijar las tres áreas de la economía”. Me cuenta que le encargó la intervención a Carlos Briones, su ministro del Interior, que se la tenía que entregar al día siguiente a más tardar, porque él iba a trabajar el fin de semana afinando su discurso del martes 11.

Conversamos largamente, me dijo que transmitiera sus agradecimientos a Bernardo y a Renán, reconoció los problemas, criticó los discursos de los líderes de su partido, el Socialista, que no eran precisamente alentadores para la unidad nacional, que seguían tomándose empresas que no tenían por qué tomarse, fustigó a los cordones industriales, en fin, me dijo, “diles que estoy absolutamente consciente de la gravedad de la situación y cuéntales que el martes en la mañana voy a hacer un discurso donde voy a fijar la posición de mi gobierno, voy a anunciar que aplicaré mano firme, que voy a hacer respetar las tres áreas de la economía”.

¿Te fuiste asustado o esperanzado de Tomás Moro esa tarde?

Me fui esperanzado de esa reunión, pero un poco escéptico. Llamé de inmediato a Renán y a Bernardo. Les dije que tenía un mensaje importante del presidente, así que nos reunimos esa misma noche y les conté con detalle lo ocurrido en la reunión con Salvador Allende. Los dos quedaron escépticos como yo, no escépticos de que el presidente fuera a faltar a su palabra, sabíamos que la cumpliría, sino más bien del impacto de su discurso. Por un lado, un sector importante de la UP lo rechazaría y, por otro lado, sabíamos que

en la derecha estaban decididos a un golpe militar, teníamos el antecedente que era el 18 o el 17, en el ensayo de la Parada Militar.

Seguramente se anticipó justamente por la decisión de Allende de convocar a plebiscito.

A lo mejor estaban grabando la conversación con el presidente. Que el día 11 hablaría a las 12 de la mañana. No lo sé.

En La Moneda se sabía esto. Sergio Bitar contó lo mismo, que también había tenido una reunión previa, Ricardo Núñez también sabía porque el acto donde lo anunciaría era en la Universidad Técnica, de la que él era Secretario General. Había muchos en el secreto como para que no supieran los militares. Aunque se oponían Altamirano y otros dirigentes, Allende parecía decidido a hacerlo y eventualmente incluso a renunciar si perdía.

Me dijo claramente, “diles, si pierdo el plebiscito, renuncio”.

Todos sabemos lo que ocurrió. El 11 fue el Golpe con todas sus consecuencias. Tú asumiste con valentía junto a otros 12 que salvaron la cara -creo yo- de la Democracia Cristiana y se constituyeron en una especie de reserva moral de la DC por su posición frente al Golpe Militar. Lo que llama la atención es que sólo un mes después, Patricio Aylwin, presidente del Partido, que se opuso muy fuertemente a que ustedes firmaran esa carta y elaboró una carta oficial del Partido completamente distinta, te propuso ser director responsable del principal medio de comunicación del Partido Demócrata Cristiano, la radio Balmaceda, donde viviste lo que tú has descrito como uno de los mejores periodos de tu vida o, a lo menos, uno de tus mayores aportes a la causa democrática.

Efectivamente, es el período que más me enorgullece, esos tres años seguidos como director gerente de radio Balmaceda, periodo en el que debo haber estado detenido en unas cinco ocasiones.

Aylwin me conocía. Éramos amigos antes, me había ofrecido ser diputado en la región del Maule, donde él era senador, pero no tengo ese gen, ser político y ser parlamentario son dos cosas distintas. A mí me gustaba hacer cosas. Teníamos buena relación con Aylwin, aunque había discrepancias porque yo era rebelde y él oficialista desde siempre. Me llama un día a su casa, la misma donde vivió muchísimos años y en la que falleció, yo voy sin saber de qué se trataba. Allí me cuenta que José De Gregorio -padre del exministro de Economía e importante dirigente de la DC en tiempos de Frei Montalva- no está en condiciones anímicas de seguir conduciendo la radio, que es el único medio de comunicación que manejamos y aparece como la voz de la Democracia Cristiana. Me recordó los meses que estuve dirigiendo la radio antes de ser Secretario General del Partido, que la conocía por dentro y varios camaradas le

habían dicho que yo sabía hacer ese trabajo. Me pidió derechamente que me hiciera cargo como director responsable. Yo le dije que tendría problemas con su sector, que iban a protestar por poner ahí a alguien de los chascones. Me dijo, “tengo confianza en ti, Belisario, que no vas a hacer de la radio un elemento de los chascones, quiero un medio de comunicación humanista cristiano y humanista laico que se preocupe de los trabajadores, pero con el criterio suficiente para que no lo cierren al día siguiente”. Acepté la responsabilidad que me encargaba, diciéndole que no iba a hacer de la radio un instrumento para favorecer mi posición dentro del partido y tampoco las de la DC o de la oposición, sino un medio que transmita el humanismo sin apellido y se preocupe de los trabajadores y de tantos que entonces no tenían voz, todo eso con prudencia.

La tarea era casi imposible, porque tú estirabas un poco el elástico y te suspendían las emisiones o te clausuraban por un tiempo. De hecho, el '76 te mandaron relegado a Putre y el '78, después de la Consulta para negarle el ingreso a la delegación de derechos humanos de Naciones Unidas, volvieron a relegarte a Parinacota. Terminaste en Putre recibiendo confesiones en la misa dominical.

Recuerdo que Carlos Figueroa, entonces presidente de la Asociación de Radiodifusores, Archi, le envió una carta al Gobierno de Pinochet para que no sancionaran a la radio, sino solamente a los responsables políticos, o sea, a mí. Y así fue. Yo iba a comer con Tomaso De Vergottini, embajador de Italia, a esas alturas un turista con visa vencida, como decían desde el Gobierno, cuando me detienen en el camino. Era la Policía de Investigaciones, ellos mismos me decían que había tenido suerte, que si hubiera sido la Dina me llevaban a otra parte. Me condujeron esposado a una oficina en calle Huérfanos donde me permitieron usar el teléfono, llamé a Martita Caro para que avisara a mi familia y al Partido. De ahí al cuartel de Investigaciones donde pasé toda la noche y al día siguiente me llevaron al aeródromo de Tobalaba. A toda la gente que pude encontrar en el camino le gritaba que era Belisario Velasco, director gerente de Radio Balmaceda. Estábamos en el aeródromo cuando pasa un general de Carabineros y le digo quién soy, que me quieren subir a ese avión, que me van a tirar al mar. El tipo volvió minutos más tarde a decirme que me subiera tranquilo, que me llevaban a Arica. Cuando llegamos había unos cincuenta soldados rodeando el avión, yo pensaba que habíamos coincidido con la llegada de alguna autoridad, pero era por mí, considerado un peligro para Chile, una de las razones oficiales por las que me relegaban.

Y terminaste haciendo misa, amigo del cura, llenando la iglesia de feligreses con tus sermones.

El cura era un jesuita, Miguel Ángel Díaz, debe haber sido muy poco mayor que yo, que andaba justo en los 40 años. A pocos días de haber llegado lo conocí, él sabía quién era yo, me cuenta que le tocaba visitar como 14 iglesias

en la zona, por lo que no podía estar con mucha frecuencia. De hecho, me pidió que me hiciera cargo de las celebraciones de Semana Santa, porque él iba a visitar otros pueblos y se armaban unas fiestas enormes donde había de todo, menos santidad. Yo le dije que no podía aportar mucho de santidad, que tenía 4 hijos y había anulado mi matrimonio, que no le debía fidelidad a nadie. “Todos somos así -me dijo-, sólo te pido que converses con la gente, que cuides su buen comportamiento y prepares a los niños para la primera comunión”. Me dejó muchas ostias consagradas, las metió al sagrario y me pasó las llaves de la iglesia. Al domingo siguiente toqué las campanas para la misa, llegaron como 9 señoras, familiares de los pastores, a escuchar mi lectura de los evangelios, después fue aumentando la concurrencia dominical hasta que terminé predicando con la iglesia llena de gente.

Se encariñaron contigo y tú te encariñaste con Putre al punto que volviste con tu hija a hacer la primera comunión en esa iglesia, con el cura Miguel Ángel.

Cuando les dije a los niños que preparaba para la primera comunión que me volvía a Santiago, muchos se pusieron a llorar. Entonces, les prometí que volvería con Ana María, la menor de mis hijas, y mi hijo más chico, Felipe, a que compartieran con ellos su primera comunión. Cumplí mi promesa. Fue maravilloso ese reencuentro con los niños y la gente del pueblo.

El periodo en la radio Balmaceda duró 3 años, casi hasta el cierre definitivo, digo casi, porque antes que la clausuraran los militares te clausuró la Democracia Cristiana.

Me mandó una carta Patricio Aylwin para anunciarme mi salida del cargo, yo se la contesté ese mismo día. Al día siguiente me llama y me dice, “olvídate de la carta, vuelve a tomar tu cargo”. Mi respuesta a su carta anunciando mi salida de la radio había sido dura. La presión era muy fuerte, yo encabezaba un equipo grande, con mucha mística.

La gente no se acuerda mucho, pero durante los dos siguientes años al golpe, '74 y '75, las radios Cooperativa y Chilena aún no cumplían el rol que jugaron en la fase siguiente, la única voz de resistencia política era la radio Balmaceda.

En ese momento en Chile había muchas cosas bien terribles de las que hablábamos en la radio. La dictadura había creado el Programa de Empleo Mínimo, el PEM, donde se ganaba una miseria a cambio de trabajos bastante inútiles. Además, tenían que pagar la movilización y en eso se les iba buena parte del salario, que era mínimo. Como hoy día, porque 30 pesos por cuatro veces al día es mucho. El año 1949, tenía 13 años y me acuerdo, fue la Revolución de la Chaucha, cuando sube la micro 20 centavos, o sea, una chaucha, como le decían a la moneda de 20. Se armó una rebelión como en

Chile no se había conocido, fue enorme la movilización de trabajadores y estudiantes protestando. Por eso uno dice que no hay que olvidar la historia. Estoy de acuerdo que no hay que quedarse en la historia, hay que mirar hacia el futuro, pero sin olvidarse de la historia.

Son muy pocos los padres que tuvieron la experiencia de Kramer, el de la película con Dustin Hoffman y Meryl Streep, de criar ellos a sus hijos. Tienes un hijo y tres hijas que criaste tú después de la separación. Cuéntanos cómo fue esa experiencia, porque en esa época era muy raro que los niños se quedaran con el papá y éste se hiciera responsable.

La madre entró a estudiar a la universidad y se metió al MAPU, después al MAPU-Garretón. Nos separamos. Anulamos el matrimonio y se fue. Yo me quedé con los niños entonces. Mis niños crecieron conmigo. Felipe tenía tres años, Ana María 5, Pilar 7 y Mariluz 9. Fue una experiencia fantástica, aprendí a conocer sus pensamientos, a sentir lo que cada uno requería y necesitaba, también el cariño, tocarlos. Los niños requieren alguien que les transmita amor. No es que racionalizara mucho esto, me nacía hacerlo con mis hijos y a ellos conmigo. Crecieron conmigo.

Tu participación en radio Balmaceda, luego como presidente del directorio de la revista Análisis, te ponían en situación de peligro. Y una cosa es el miedo respecto de lo que le va a pasar a uno y otra cosa el miedo de lo que le puede pasar a los niños. ¿Viviste eso con fuerza?

Con mucha fuerza. Miedo tuve los 17 años de dictadura, para qué lo voy a negar. Viví con miedo, me levanté con miedo, salía de la casa con miedo. No sabía si volvería a ver a mis hijos. Porque a veces me seguían. También mis hijos se veían afectados por lo que yo hacía. En marzo del '74 me llama el interventor del colegio Saint George, el coronel Verdugo, un día antes del ingreso a clases, para decirme que mis hijos no podían entrar al colegio. Sabiendo lo que me había pasado a mí en el Patrocinio San José, que me echaron porque mi familia no había pagado el último trimestre, fui con todos los papeles para demostrar que estaba al día. Según el coronel Verdugo, mis hijos eran políticos y le hacían mal al colegio. “Esto es una estupidez, le dije, si son niños”, el menor estaba en pre-kinder y la mayor en 6° básico, creo. Me dijo que mejor me fuera, que por lo dicho ya podía meterme preso. Me fui rogando que no me fueran a detener a la salida. Cuando llegué a la casa, mis hijos estaban preparando su uniforme y todas sus cosas para el día siguiente, fue terrible tener que decirles que los habían echado por culpa mía, a pesar de ser excelentes alumnos. Descarté escuelas y liceos porque los rectores del gobierno eran lo mismo que el coronel Verdugo y podía pasarles cualquier cosa, conseguí a través de un conocido que me ayudara a matricularlos en el Santiago College, que estaba ahí en Providencia.

Genaro Arriagada y Carlos Figueroa te invitan el '88 a formar parte del Comando del No en un rol extremadamente preciso, a cargo de regiones. Luego Aylwin en su campaña te pide que hagas la misma función, dirigir la campaña en regiones, y después del triunfo, don Patricio, de manera sorpresiva para ti, que querías ir a TVN, te pide que seas el primer demócrata de regreso a La Moneda como subsecretario del Interior, y tienes el honor y orgullo de ser el primero que ingresa ahí y se reúne con el general Pinochet. Debe haber tenido una carga bien especial entrar a La Moneda y tener al frente al dictador, con la responsabilidad de organizar las cosas para la llegada de Aylwin y su gabinete. ¿Tu decreto lo firmó Pinochet?

Claro. Lo firmó Pinochet. Trabajé en La Moneda todo el gobierno de Aylwin y todo el gobierno de Frei con el decreto de Pinochet, es curioso, pero como seguí de subsecretario del Interior, fue con el mismo decreto. Cuando entré a La Moneda, en ese momento sentía que no era yo el que entraba, estaba representando todos los sacrificios que habían hecho los chilenos, a los torturados, a los que lucharon por volver a la democracia. Habíamos vuelto a la democracia. Mi primer nieto nace en democracia. Habíamos obtenido lo que queríamos. Tenía que ser una acción prudente, firme pero prudente. En un momento, como todos los ministros presentaron las renunciaciones, yo asumo todos los cargos, soy la única autoridad. Porque el subsecretario del Interior reemplaza al ministro del Interior y es el jefe del gabinete. Entonces prepara el decreto de los que llegan.

Estaba el tema de la seguridad para el cambio de mando. Acuérdate que estaba la fracción autónoma del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, lo que quedaba del MIR, el Movimiento Juvenil Lautaro, los restos del CNI y la DINA, había entonces 7 movimientos armados. En el traspaso de mando podía ocurrir cualquier cosa. Hubo que tomar todas las medidas apropiadas, reunirme con Carabineros e Investigaciones, ir a ver a Valparaíso, conversar con el presidente electo -nunca más le dije Patricio-, con Enrique Krauss, que iba a ser ministro del Interior, con Gabriel Valdés, que tenía experiencia. Para hacerse aconsejar un poco, uno no se las sabe todas. Sentía que en la parte de seguridad no podía pasar nada, yo era el responsable. Me movía con dirigentes del Frente Patriótico a los que conocía, con socialistas, miristas, en fin, a los que les pedía que diéramos un ejemplo, que el país amanezca tranquilo y contento, que pudiéramos hacer lo que había dicho Patricio Aylwin en su campaña. La respuesta fue positiva. No sucedió nada. Una cosa impresionante después de 17 años de dictadura, considerando que el dictador quiso desconocer el resultado del plebiscito. No sucedió nada.

Fue impecable el cambio de mando. Yo lo recuerdo como si fuera ayer. Fuimos a verlo a Valparaíso con unos amigos.

Claro, no sólo yo, toda la gente, los dirigentes sindicales, poblacionales y políticos, todos se movieron en función de eso. Era lo principal. Lo segundo era

el sistema para designar a los ministros, cómo hacíamos el ritual, que hace 20 años que no se practicaba. Pero resultó todo impecable. Hasta el clima nos acompañó ese día.

¿Y cómo fue el trato con Pinochet?

Cuando entro a La Moneda no me dejan entrar. Me paran los carabineros para preguntarme dónde voy. Yo iba con mi abogado Héctor Muñoz, que iba a ser mi jefe de Gabinete, y la periodista Ximena Gattas, que iba a ser la jefa de prensa. Piden los carnés y me dicen que no estoy registrado. Cuento corto, llamaron a Gonzalo García, el último subsecretario del Interior de Pinochet. Pasamos a saludar al ministro del Interior, Carlos Cáceres, y subimos juntos al Salón Azul, donde nos esperaba el presidente. Se levantó a saludarme y cuando Cáceres me presenta, Pinochet dice, “pero si lo conozco, me hija Lucía me ha hablado muchas veces de él, y bien, aunque tuve que mandarlo dos veces a veranear a Putre. Ella siempre se preocupó de usted en momentos muy difíciles”. Estuvimos un rato conversando, luego le agradece a Gonzalo García sus esfuerzos en el cargo y le pide que me informe de lo necesario. Él se queda conversando con Cáceres.

Yo bajé con García a la subsecretaría, que me explicaba cómo funcionaba todo, me muestra los archivos del ministerio, con sus divisiones, sus funcionarios, la planta absolutamente copada, y un archivo con el organigrama del gobierno. Los demás archivos estaban todos vacíos, no existían detenidos desaparecidos, ni narcotráfico, no existía nada de nada.

En los casi diez años que estuviste ahí -eres el alto funcionario más duradero de todas las autoridades de la democracia- tuviste que lidiar con muchísimos temas distintos, derechos humanos, desarme de los grupos armados, narcotráfico, el asesinato de Jaime Guzmán, la Colonia Dignidad, el caso Tompkins, donde revivió tu sentido de la geopolítica, en fin. Luego de esos nueve años estuviste un periodo en Portugal y, cuando todos creían que habías entrado en la fase de retiro, regresaste al corazón más candente de la política, que es el Ministerio del Interior. Fuiste ministro del Interior casi dos años con Bachelet, donde viviste la tensión con Rodrigo Peñailillo de un lado y Andrés Velasco del otro.

Fue difícil para mí. Porque nunca tuve el nivel de confianza con la presidenta Bachelet que se requiere desde el cargo de ministro del Interior. Chocaba mucho con Velasco, por un lado, por su visión más académica, tecnocrática, y yo siempre ponía las restricciones de la política y de la realidad. Y, por otro lado, tenía a Peñailillo, que desde su condición de jefe de gabinete de la presidenta y gozando de su absoluta confianza, se metía mucho en las cuestiones de Interior, en los temas del día a día.

Tengo el recuerdo de la discusión por el Transantiago en la víspera de su implementación y, siendo presidente subrogante del PPD ese verano, soy testigo y partícipe de una reunión a fines de enero, donde tú planteas probablemente una de las últimas objeciones a que se ponga en marcha el Transantiago porque no estaban todos los factores alineados para su éxito mínimo.

Eso es efectivo. Recuerdo perfectamente esa reunión. Estaban Andrés Velasco y Sergio Espejo, los ministros de Hacienda y de Transportes, que defendían vigorosamente la decisión de comenzar en febrero con el nuevo sistema de transporte integrado. Yo venía planteando mis objeciones desde hace rato. Tenía mucho temor de que perdiéramos la sintonía con la gente, porque le estábamos exigiendo un cambio muy brusco de sus hábitos y sin haber garantizado que todo funcionara adecuadamente, ni siquiera de acuerdo a lo diseñado.

¿Cuál es tu mirada de la Democracia Cristiana hoy día?

Yo pertenezco siempre al sector Chascón de la Democracia Cristiana. Estoy contento de haber participado en el acuerdo para mantener unida la Democracia Cristiana el '71 y después del Golpe Militar. Creo que hoy día hay que hacer el mismo esfuerzo porque está muy dividida. Hay algunos que en estos días se han ido, incluso parlamentarios. Yo habría preferido que se mantuvieran dentro para dar la pelea al interior de la DC. En lo que sea menester. Creo que lo que acuerda la bancada de diputados no se condice con lo que piensan algunos senadores. El presidente del Partido, Fuad Chahín, por más esfuerzos que haga, no va a lograr convencer a algunos parlamentarios ni del Senado ni de la Cámara. Veo mal a mi partido, tenemos que luchar por mejorarlo. Tenemos un 10.4 por ciento de la votación. Con el sistema electoral que existe en Chile, no sacaríamos ni un alcalde ni un gobernador. Habrá 4 o 5 que salen por sí solos, porque la gente los quiere y los necesita. Aunque nos aliemos con los radicales, llegaríamos al 15 por ciento. No nos sirve. Tenemos que revisar nuestra posición política, discutirla a fondo. Tenemos que renunciar a algunas cosas que son propias de los democratacristianos, que tratan de sentirse superiores en algunas cosas a otros partidos. El camino propio no me identifica para nada. Cuando Gutenberg Martínez dijo, cuatro o cinco juntas nacionales atrás, que debíamos llevar candidatos a alcalde en las 345 comunas, eso era el camino propio, destrozando la posibilidad de establecer relaciones con otros partidos como los que conformaron la Concertación y la Nueva Mayoría. Tenemos que llegar a eso. Yo estoy dispuesto y disponible. Desde comunistas a democratacristianos. Porque ninguno tiene toda la verdad. Yo creo en la libertad. No me voy a ir del Partido porque permanecí en él en los momentos más difíciles y voy a seguir haciéndolo.

¿Y tu balance de todos estos años? Empezaste en la política por ahí por el '57, han pasado más de 60 años y tú lo decías, tienes una trayectoria única

por lo diversa. Trabajador concreto desde abajo hasta lo más alto en una empresa estatal de verdad, empresario privado luego, hombre de radio, subsecretario récord de duración, amigo de Fidel Castro, democratacristiano con relaciones en todo el espectro político, conocedor profundo de Cuba, es muy difícil que alguien junte todas esas características en su vida. ¿Qué has echado en falta o echas de menos no haber realizado en tu vida?

Confieso que no me he aburrido, como diría Neruda. Pero en lo político, me habría gustado mucho ser alcalde, porque el alcalde está en contacto con la gente y viendo día a día lo que hace, el resultado positivo o negativo de sus acciones. Me gusta la gente. Creo más en la gente que en los partidos. Parece una contradicción en alguien que ha sido dirigente partidario, pero es lo que siento. Me gusta la gente. Me gustan las viejas de mi partido. Creo que el partido se ha equivocado mucho. A veces uno dice, hasta aquí nomás llego, pero sigo militando. Y ya a esta altura de mi vida voy a seguir. Aunque sea el último de los mohicanos. Voy a ser, soy y seré democratacristiano.

Tú eres un hombre de cariños y de lealtades. Partiendo por el cariño a tus hijos, que los criaste y mantienes una relación muy estrecha con ellos. 42 años con Christiane, tu mujer, la permanencia de tus relaciones de amistad con algunos camaradas de la Democracia Cristiana y más allá de la DC, porque siempre fuiste un hombre muy transversal. Pero marcado por esa característica, la lealtad, la cercanía y la amistad.

La verdad es que he vivido todos estos años en base a relaciones que he ido hilando. Y una amistad verdadera se mantiene, sirve no porque uno pida favores, sino porque tiene donde afirmarse, donde tocar. Si no, no habría podido hacer todo lo que he hecho y todo lo que he vivido. Desde Mao Tse-Tung, a quien tuve la posibilidad de conocer, a Fidel Castro, con quien pude conversar largamente muchas veces. Son situaciones que te deparó la vida y las aprovechaste cabalmente. Tuviste que hacerlo. Importa hacer lo que en ese momento te puso la vida por delante. Enfrentarlo y llevarlo a cabo de la mejor forma posible. A veces puedes herir a alguna persona, pero el objetivo no es ése, es la búsqueda del bien de los demás. Y bueno, uno responde por lo que hizo. Hay cosas de las que uno se arrepiente, a lo mejor pude hacer más, sobre todo en los 17 años de dictadura, pero también tenía que cuidarme un poco porque tenía a mis hijos. Uno responde por lo que hizo en su vida.

Uno responde por lo que hizo. Esa afirmación es una muy buena manera de finalizar esta conversación.

Esta entrevista se realizó en su casa de siempre del barrio El Golf, en Santiago, el 18 de octubre de 2019.

SERGIO BITAR



Sergio Bitar Chacra nació en Santiago el 30 de diciembre de 1940. Es Ingeniero de la Universidad de Chile, con posgrados en Francia y Estados Unidos. Ha sido ministro de Minería del presidente Allende, ministro de Educación del presidente Lagos y ministro de Obras Públicas de la presidenta Bachelet. Fue Senador por las regiones de Tarapacá y Arica-Parinacota el periodo 1994-2002. Escritor de numerosos ensayos de economía y política, además de su relato autobiográfico “Isla 10”, de su prisión en Dawson. Ha sido presidente del Partido Por la Democracia en tres ocasiones.

Vamos a conversar con Sergio Bitar, ministro de Estado en los gobiernos de Allende, Lagos y Bachelet. Presidente del Partido por la Democracia en tres ocasiones, exiliado en Venezuela y Estados Unidos, ingeniero de la Universidad de Chile con posgrado en Francia y en Harvard. Recorreremos el transcurso de tu vida y los múltiples desafíos que la caracterizan. ¿Cómo estás, Sergio?

Sorprendido de esta conversación contigo.

Es una conversación de amigos. Estoy entrevistando a personas que han atravesado épocas y tienen en común mi admiración y mi cariño. Esta entrevista se hace desde esa posición subjetiva.

Me mostrabas un libro que escribiste sobre la vida de tu padre. Cuéntanos en qué sentido marca tus características y tu vida ser hijo de sirios en territorio chileno.

En que te abre la mente al dolor de los demás. Te abre la mente a la variedad y a la diversidad, te hace ser tolerante. Mi madre nació en Chile, mi abuela materna vino de Siria, de la ciudad de Homs, calculo que debe haber llegado en 1910. Mi padre se vino el '27, también de Homs, después de la caída del Imperio Otomano después de la Primera Guerra Mundial. Británicos y franceses firman el Acuerdo Sykes-Picot y se reparten el territorio, Francia se quedó con Siria y El Líbano. Es cierto que ya habían venido muchos árabes a América Latina en el último cuarto del siglo XIX, se dice que para evitar que los turcos reclutaran como soldados a los hijos de familias sirias, libanesas y palestinas. El origen de la partida de mi padre es otro. Se había educado en un colegio jesuita donde aprendió francés, y a los 15 años trabajó como traductor para la Sureté Générale, que era la fuerza de ocupación francesa. Amenazado de muerte por colaborar con los franceses, su padre Habib lo envió a Chile cuando tenía 17 años a casa de una tía que había emigrado antes.

Pudo haber sido a Brasil o a Estados Unidos, donde había otros parientes, pero llegó acá, conoce a Juliette Chacra, su prima hermana, con la que varios años más tarde se casa. Les habían dicho que casarse entre primos era muy peligroso porque la descendencia podía salir con cola. Mi madre me cuenta que al nacer yo, la matrona le dice, “está bien su hijo, pero le falta un pie”. Mi mamá lloraba desconsolada culpándose por haberse casado con un primo hermano y mi padre preocupado de cómo sería el futuro de este niño con ese problema, llaman a un doctor alemán de apellido Johow, que les muestra que tenía los dos pies, que sólo se trataba de un problema de presión de la pared del útero sobre el feto. Estuve enyesado mi primer año de vida.

Ser inmigrante o hijo de inmigrante no era fácil, aunque a mí nunca me dijeron turco ni en la escuela ni después en el Instituto Nacional, pero veía que a otros sí se lo decían. Por supuesto, ningún inmigrante árabe podía ser miembro de un

club de golf o ir al Club de la Unión. A los judíos, a los bachiches, como llamaban a los italianos, a todos estos inmigrantes los tenían bastante excluidos. Me acuerdo de eso, me acuerdo del esfuerzo, del trabajo incansable de mi padre, que recorría Chile vendiendo telas, a él le era más fácil porque hablaba francés, a los que hablaban sólo árabe les resultaba más duro. Entonces, la condición de hijo de inmigrante es que tú ves el esfuerzo de tu padre luchando por salir adelante y educar a sus hijos para que la vida les sea mejor. Eso me ha marcado, como me marcó el exilio, que te reciban otros. Eso marca mucho mi aproximación a la inmigración en Chile, cómo nosotros los chilenos somos generosos y tratamos a los demás como nos trataron a nosotros. Entonces, ser descendiente de inmigrante te pone en la cabeza el amor a Chile que te recibe, te proyecta y te da todo, pero también el reconocimiento al esfuerzo, al sufrimiento, a la dedicación y a la entrega, que se parece un poco al exilio, por lo demás.

A ti te tocó vivirlo directamente después del golpe. Tuviste una estadía larga en Venezuela, particularmente, donde fuiste muy bien acogido. ¿Cómo ves hoy día la manera en que estamos acogiendo a los inmigrantes en Chile?

Cuando era ministro de Educación, me acuerdo que Unicef me trajo un documento para mostrarme que el sentimiento antiperuano y antiboliviano era más fuerte en los sectores de ingresos más bajos y en la educación pública, aunque lo sorprendente es que venía principalmente de la formación en el hogar. Hicimos programas después para educar a los niños en la tolerancia a la diversidad de culturas. Me acuerdo, cuando llegaron los primeros inmigrantes en esta nueva ola, los colegios públicos no recibían a sus niños porque los papás no tenían papeles en regla, así que en el ministerio de Educación hicimos un decreto para que se recibiera a todos los niños de inmigrantes en las escuelas y liceos, sin importar la situación legal de sus padres. ¿Qué culpa tienen los niños de los papeles de los padres?

Antes, cuando fui Senador por el Norte, también veía muy fuerte este resquemor hacia peruanos y bolivianos, esta cosa un poco xenofóbica en ciertas zonas, también con los Aymaras y, para qué decir, con los Mapuche. Entonces, esta inmigración masiva de los últimos años me ha sorprendido, porque ha habido más tolerancia de la que yo esperaba en los chilenos y mayor capacidad de acoger. Siempre hay grupos xenófobos, por supuesto. Me he preguntado por qué esa apertura, quizás por los exiliados que volvieron, porque había una buena economía que los podía absorber y no entraban tanto en conflicto por oportunidades laborales, porque la inmigración es más bien joven y la mayoría con buena educación y disposición a trabajar. Claro que ayuda que compartan la misma religión y el mismo idioma. Otra cosa es que tú llegues a Europa desde el islam o de una guerra en Siria o Irán, con presencia de grupos fundamentalistas y de terrorismo.

Respecto de Venezuela, me duele ver llegar a tantos venezolanos abandonando un país que pierde su capital humano, pero también, como hijo de inmigrante, me siento orgulloso de que Chile los haya podido acoger. Otra discusión es la política migratoria chilena hacia adelante, porque si se hace mal, puede convertirse en un búmeran.

Tú viviste la Venezuela de la fortaleza democrática y la expansión en términos de desarrollo y nivel de vida, que en la época en que viviste allá era bastante superior al de Chile. ¿Qué te hace sentir el hecho de que un proyecto político que se ha bautizado a sí mismo de izquierda termine llevando a Venezuela a la posición en que está hoy día?

Cuando me echaron de Chile después de un año preso, me fui a la Universidad de Harvard, cerca de Boston. Después de un tiempo nos fuimos a Venezuela con la idea de montar una empresa, si iba a dedicarme a la lucha contra la dictadura nadie me iba a dar pega, por lo que debía juntar unos pesos. Me metí a la producción de papel mural, aunque al principio no tenía idea cómo se hacía ni cómo se vendía. No fue fácil, pero el pueblo venezolano nos acogió con los brazos abiertos.

Era entonces la única democracia de América del Sur, brillaba en medio de un desierto de dictaduras. Yo veía las autopistas, el bienestar de la gente, dos grandes partidos políticos, el Copei, equivalente a la Democracia Cristiana, y Acción Democrática, que era la socialdemocracia. Nos recibieron estupendamente bien, los venezolanos fueron súper generosos. Allá tuve la posibilidad de ser empresario, armamos la oposición chilena a la Dictadura y pude asesorar al Gobierno de Venezuela.

He pensado mucho cómo se transformó ese país en lo que es hoy día. Tú sabes que publiqué un libro con Abraham Lowenthal sobre las transiciones democráticas a través de las enseñanzas de sus líderes políticos, y ahora los venezolanos me lo han pedido mucho, me han invitado varias veces a conversar con los dirigentes de la oposición para ver cómo salir de esta crisis. Una de las cosas es el anquilosamiento de los partidos políticos. Dejan de entrar jóvenes a los partidos Copei y AD, y se repiten las candidaturas presidenciales de los líderes de ambos partidos, Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera. Muchos amigos allá me alertaban sobre esa tendencia a repetirse los candidatos a presidente, porque quiere decir que pierde vitalidad la democracia, no tiene capacidad para generar nuevos liderazgos. Me llama la atención que, salvo Aylwin, todos en Chile han querido ser presidentes de nuevo y, de hecho, dos de ellos se han repetido el plato. Entonces, es una cuestión central el anquilosamiento de los partidos, el encierro en sí mismos y la pérdida de conexión con la ciudadanía para detectar a tiempo los problemas.

Luego viene un fenómeno nuevo que no conocíamos cuando escribimos el libro sobre las transiciones, que es lo que podemos llamar regresiones, cuando un presidente parte como demócrata, elegido por el pueblo, y comienza a

retroceder, hasta terminar en el autoritarismo y el desastre completo. En Venezuela se levanta con el Partido Socialista Unido lo que se ha denominado el socialismo del siglo XXI. La pregunta es cómo ocurre que un grupo de personas asume el nombre de algo, sin su contenido, sin visión clara de cómo construir algo positivo en su país y que, cuando comienza a aparecer esa incapacidad, termina siendo más autoritario que nadie y destruyendo todo. Cómo se transforma esto de una manera que, en vez de servir a la gente, te empiezas a servir a ti mismo. Y cómo se produce este rezago. Cómo puede ser que una sociedad que a fines de los años setenta producía tres millones de barriles de petróleo al día, termine produciendo hoy menos de un millón. Viajando en un tren maravilloso desde Oslo a Bergen en Noruega, reflexionaba sobre cómo dos países con recursos similares, unos ocuparon las ganancias del petróleo para edificar una institucionalidad y una cultura que les permite un alto nivel de desarrollo y calidad de vida, mientras los otros cayeron a lo que eran hace 60 años, un retroceso peor que el provocado por la guerra en Siria.

Nosotros hoy día tenemos que hacer una reflexión profunda sobre las regresiones democráticas. La izquierda, en particular, debe tener mucho cuidado de no contarse cuentos, de no creerse una ideología y simbología falsas, ajenas a la realidad, que no reconoce lo que está pasando, no valora a la gente y termina destruyendo sus valores, destruyendo especialmente a los pobres y destruyendo la democracia y la libertad. El caso venezolano va a ser un caso de estudio. No conozco otro similar. Unos hablan de Erdogan en Turquía, de Orban en Hungría y Kaczynski en Polonia, puede ser. Dejemos de lado las primaveras árabes, Asia es una cosa distinta y Cuba congeló su desarrollo democrático muy temprano. Pero Venezuela es el caso más patente de regresión política y fracaso económico, porque además están matando a la gente más pobre por falta de medicamentos y comida. Entonces ¿de qué socialismo me están hablando?

Hay que ser muy cuidadosos. La lección que me deja esto, junto con lo de Jair Bolsonaro en Brasil, es que debemos construir una alternativa claramente democrática con una centroizquierda realista, bien preparada para gobernar, capaz de entenderse con la centroderecha en mínimos comunes de cuidado de la democracia, que evite la polarización extrema.

Volvamos a tu infancia. Tú entraste a estudiar al Instituto Nacional, que en esa época era una especie de faro de la educación pública, la principal entidad formadora de la élite dirigente republicana. Cuéntame cómo se vivía eso en el Instituto en esa época y cómo lo contrastas con lo que está ocurriendo hoy día.

Estando en el Instituto me metieron preso por primera vez. Fue el estallido social por el alza del pasaje, lo que se llamó “La Batalla de Santiago”, el año ’57. Cruzamos la Alameda desde el Instituto Nacional para sumarnos a las manifestaciones, casi me matan, no tenía dónde esconderme, tenía un tío que

vendía medias en la calle Ahumada, pero había cerrado la cortina. Era el gobierno de Ibáñez, que al comienzo retiró la policía, así que había grupos de personas que rompían postes y semáforos, destruían las puertas de los locales comerciales, nosotros teníamos 15 años, fue un espanto, después salieron los militares, hubo muchos muertos y heridos. Nunca le conté a mi mamá por qué llegué tan tarde a la casa ese día.

También me detuvieron cuando vino André Malraux, el famoso escritor que era ministro de Cultura de Charles De Gaulle. Estábamos en plena guerra de liberación en Argelia y él daba una conferencia en la casa central de la Universidad de Chile, así que armamos un grupo para ir a protestar contra el colonialismo francés, subimos al segundo piso del Salón de Honor y alguien hizo explotar un petardo, salimos arrancando y los Carabineros nos pescaron afuera.

Contesto derechamente tu pregunta. En el Instituto Nacional había un salón, todavía existe, en que están todos los presidentes de la República que han estudiado en el colegio, entre muchos otros, Allende, al cual serví como ministro, Aylwin, que fue mi profesor de Educación Cívica, y Lagos, que estaba tres años más arriba cuando estudiábamos. Una de las cosas que más me ha dolido es cuando me llaman del centro de exalumnos hace un tiempo para pedir un aporte para rehacer los cuadros de los presidentes. Un grupo de estudiantes había quemado y destruido los retratos de Allende y de Lagos. Todavía me pregunto qué puede estar pasando por la cabeza para destruir los retratos de presidentes egresados de su colegio, además los tipos más progresistas, los que han hecho más por la educación pública. Tampoco logro entender que lancen bombas Molotov y destruyan la casa que los educa, los sostiene y los forma para el futuro. Es que destruir el Instituto es destruir el buque insignia de la educación pública.

Cuando estudié en el Nacional en los años '50, había gente muy variada, de niveles sociales muy distintos, de orígenes y de comunidades distintas, venían de todas las regiones, nos entendíamos también con los que iban al Barros Arana, tu liceo. Sentíamos lo mismo, competíamos con el INBA, el Liceo de Aplicación y el Valentín Letelier, los colegios públicos eran los mejores. En esos años, el 95% de los escolares iba a la educación nacional, que por supuesto era gratis. Para mi mamá fue muy importante conseguir que yo pudiera ir a uno de los mejores colegios de Chile, porque nos abría un camino que de otro modo habría estado cerrado. Después pude también estudiar gratis en la Universidad de Chile.

Fuiste a la escuela de Ingeniería, a Beaucheff.

Sí, claro, a Ingeniería en Beaucheff. Ahora me pregunto con nostalgia por qué no pudimos sostener la centralidad de la educación pública. Necesito una sociedad con espíritu más republicano. Por supuesto había crítica social pero también había convicción de que lo público era importante, de que parte de tu

vida estaba dedicada a agradecer lo que te dieron. Yo le debo mucho al Instituto Nacional ese sentido de responsabilidad con Chile, también más tarde reforzado en la Universidad de Chile. Ahora no. Mis propios nietos fueron a un colegio particular.

El Instituto Nacional sigue marcándome en la vida. Por eso trato de defenderlo, aunque está en declinación.

Esa melancolía de la situación pasada no puede hacernos olvidar que el porcentaje de jóvenes que terminaba la enseñanza media era un porcentaje menor de la sociedad chilena, el que iba a la enseñanza superior era pequeñísimo. En mi época el 9 %, en la tuya seguramente el 3 o 4 % iba a la universidad. El proceso de universalización de la educación ha ido aparejado de la pérdida de calidad generalizada, sin duda.

Cierto, ése es un fenómeno mundial. Nosotros discutíamos mucho esto de la relación entre cobertura y calidad. Si un niño no va a ningún colegio y entra a uno, cualquiera sea, por supuesto mejora la calidad promedio de preparación de la juventud. Nosotros pasamos de 500 mil estudiantes de educación superior el año 2004 a un millón doscientos mil hoy día. A pesar de las críticas que me hacen por haber facilitado el financiamiento a través de deuda, yo prefiero tener a 400 mil cabros que hayan estudiado, después le reducimos o eliminamos la deuda, a que no pudieran haber entrado a estudiar por falta de recursos. ¿Qué es más progresista? ¿El sueño de algo que no pudieron hacer o la posibilidad de haber hecho algo que después se corrige? Bueno, esa es otra discusión, pero lo cierto es que se expandió muchísimo la cobertura.

Cuando asumí el Ministerio de Educación después de dejar el Senado, en la mitad del gobierno de Lagos, todavía teníamos como 20% de los jóvenes que no terminaba la educación secundaria. Promoví la reforma constitucional que extendió la obligatoriedad de asistir a toda la enseñanza media. Eso fue el 2005, no hace tanto tiempo.

Cuando fui invitado a la Comisión de Educación de la Cámara para discutir sobre el Crédito con Aval del Estado, el CAE, uno de los diputados de mi partido preguntó por qué habíamos hecho esto tan rápido, sin esperar a que mejorara la calidad de la educación. Si hicimos las dos cosas juntas, pusimos financiamiento con los distintos créditos y becas y sacamos, al mismo tiempo, la ley de acreditación de la calidad. Uno en política toma decisiones según las circunstancias que existen, muchas veces con un nivel de incertidumbre muy alto, de acuerdo con lo que le dice su compromiso, sus valores y su conocimiento de la historia. No olvidemos que cuando la dictadura comienza la municipalización, más de 80% de los estudiantes iba a la educación pública y toda la expansión de los años ochenta fue de la educación privada financiada con recursos públicos. Reconozco que en los gobiernos de la Concertación no fuimos capaces de detener ese retroceso de la matrícula pública. Incluso pusimos el copago, en el gobierno de Aylwin, con Jorge Arrate de ministro de

Educación, mi compañero de curso del Instituto Nacional. Es cierto que entonces se necesitaba la plata para otras prioridades sociales, pero después esto derivó en una segregación educacional que vino a reforzar la segregación social. Hicimos un esfuerzo enorme, pusimos más recursos para los colegios más pobres, construimos infraestructura para establecer la jornada escolar completa, alargamos los períodos, multiplicamos por varias veces la cobertura de la Junaeb, pero igual siguió retrocediendo la matrícula pública hasta ser menor que la particular subvencionada. Ahora recién se estabilizó y si no ha seguido retrocediendo es gracias a la incorporación de los hijos de inmigrantes.

Y porque se limitó la creación indiscriminada de particulares subvencionados.

Es que se había mercantilizado al máximo, era un buen negocio, con ingresos asegurados por el Estado. En ese periodo estábamos más preocupados de que fuera más gente al colegio, hubiera más profesores y arreglar el Estatuto Docente. Después uno se dice que pudo haber hecho otra cosa, pero cada momento tiene sus prioridades y sus restricciones. Hoy pienso que debemos esforzarnos en detener la caída de la educación pública y ojalá revertirla. Eso se hace, no prohibiendo a otros que hagan sus colegios, es mejorando la calidad de la educación pública, poniendo ahí los mejores profesores, dando más incentivos, haciendo la reforma para los directores y mostrándole a los papás los resultados. Debemos hacerlo. No conozco un país donde el sector educativo principal no sea el público, salvo Holanda, pero allí el nivel de control sobre sus colegios privados subvencionados es completamente distinto al que tenemos nosotros, es una forma de gestión con una supervisión fiscal enorme. En todos los demás, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia o Japón, domina la escuela pública. Yo creo que la forma en que tú enseñas, la forma en que convives, la forma en que miras la preocupación por los demás, no se da necesariamente igual en un colegio particular pagado o en un colegio particular subvencionado que quiere mostrar un buen resultado de la prueba Simce. Pero el Simce no mide mi vocación pública. El mundo que viene va a requerir mucha más colaboración, mucha más preocupación por los demás, porque el cambio climático va a ser un cambio cultural brutal en la humanidad. Tenemos que resguardar la educación pública.

Tú egresaste de ingeniero a inicios de los 60, fuiste profesional en plena Revolución en Libertad. Entiendo que hiciste una pasada por Harvard al principio, pero eras un joven ingeniero cuando aquí estaba en marcha el gobierno de Frei y ocupaste un rol importante en la Corfo. ¿Qué edad tenías entonces?

Yo egresé muy joven porque aproveché de hacer la memoria el último año, además me eximí en todos los ramos, egresé a los 23 años y me dieron el premio al mejor alumno. Entonces me fui a completar mi formación de ingeniero en Francia. Mi hijo mayor nació allá. En ese momento, Francia

desarrollaba la planificación indicativa, que hacía contraposición a la planificación soviética centralizada. En la École des Ponts et Chaussées, en París, era muy exigente, había muchos jóvenes que venían de Ingeniería de la Polytechnique y tenían mejor formación que yo. Pero me las arreglé.

Cuando volví a Chile me pidieron que dirigiera el Centro de Planeamiento, que enseñaba economía a los ingenieros. Después fui director del Departamento de Industrias de la Universidad de Chile y ahí empecé a poner todos los cursos de economía. Mi convicción era que los ingenieros debían tener un rol más activo en la política, yo mismo, si quería dedicarme a las políticas públicas, tenía que saber economía.

Entonces no tenías ninguna militancia.

Pertenecía al grupo de independientes de izquierda pro FRAP de la escuela. Era independiente, porque el Partido Comunista no me gustaba, la Democracia Cristiana tampoco porque estaba contra la Revolución Cubana, el Partido Socialista era muy despelotado, además que me costaba mucho perder mi independencia personal. La primera vez que lo hice fue tiempo después cuando ingresé a la Izquierda Cristiana. Me costó hartito, pero me convencí de que, aunque pierda libertad, no llego a ninguna parte solo, para hacer cambios tengo que juntarme con otros.

Cuando estaba en el Departamento de Industrias en Beaucheff me invitaban a dar conferencias en los ministerios, a enseñar evaluación de proyectos a los ingenieros. Entonces me llama Sergio Molina, que en el gobierno de Frei Montalva era presidente de Corfo y había sido ministro de Hacienda, me dice que Jorge Cauas, que había sido mi profesor en Ingeniería, demócratacristiano también, le había hablado muy bien de mí. Molina me propuso que me hiciera cargo de la planificación industrial de Chile. Cuando entré como gerente de Planificación Industrial de Corfo tenía 27 años, ahí me encontré con una serie de otros amigos, algunos de los cuales siguen vigentes, como Ricardo French-Davis y Alejandro Foxley, con ellos y otros armamos un buen equipo de trabajo para proyectar lo que debía ser el desarrollo de Chile, cómo debía cambiar el país su estructura productiva para poder enfrentar lo que venía. En estos días he estado buscando los documentos de la época, que de algo nos pueden servir porque estamos ahora en un momento similar, estamos creciendo poco y vamos a seguir creciendo poco, tenemos que cambiar la manera de desarrollarnos si queremos seguir creciendo como lo hicimos en las dos décadas pasadas.

Ahí conocí a Frei Montalva, le tengo mucho respeto, hizo un buen gobierno si uno lo mira con perspectiva histórica. Yo era muy amigo de Eugenio Ortega, marido de Carmen Frei, su hija. Una vez el presidente Frei me invitó a comer con Alain Touraine, el famoso sociólogo francés. ¿Por qué el presidente de la República me invita a mí a su casa, ingeniero de 28 años, a conocer a Touraine?

Yo estudié en Francia con Touraine. Es mi maestro. ¿Tú sabes que vino contratado por la Universidad de Chile a fundar la Escuela de Sociología y de ahí se originó su fuerte vínculo con Chile?

Es un gran intelectual. No sabía que había formado a los primeros sociólogos chilenos.

La respuesta a la pregunta de por qué me invitaba a conversar con este personaje es que Frei Montalva estaba siempre a la búsqueda de jóvenes profesionales. Muchos lo seguían y él se preocupaba de ellos, les hacía espacio, los proyectaba. Frei es fundamental en la creación del Partido Demócrata Cristiano, que es una formación política de gran envergadura en la historia de Chile. Además, yo creo que el suyo fue un buen gobierno.

¿Estuviste en la campaña de Tomic o de Allende el '70?

En la de Tomic, pero dudé. Me decía, Allende por cuarta vez, lo había visto de cerca, lo admiraba cuando viajaba por el país haciendo campaña con la gente más pobre todo el tiempo. Me atraía mucho ese aspecto, pero también me preocupaba que para gobernar hay que saber hacer las cosas y no confiaba mucho en cómo lo iba a hacer la gente que estaba ahí. Además, Tomic planteaba un programa muy parecido al de Allende. Y trabajé con Radomiro Tomic.

Yo crecí políticamente en dictadura, no te puedes imaginar, cuando leo los programas de Allende y de Tomic, no entendía cómo, habiendo tal nivel de coincidencia programática no hubo acuerdo político para llevar adelante una candidatura presidencial y un programa común. La unidad social y política del pueblo de la que hablaba Tomic. ¿Cuál es tu interpretación de las razones que lo impiden? Porque cuesta entender que no hayan sido capaces de ponerse de acuerdo en construir un gobierno de mayoría.

Estás tocándome puntos bien importantes. Mi desesperación era ver cómo Tomic planteaba proyectos de expansión del Estado, acuérdate que en el propio gobierno de Frei Montalva se había impulsado la pesca que después se privatizó, sin eso no habría industria pesquera, la madera que después también privatizaron, el Estado creó Entel el '64 para la comunicación a larga distancia, todavía no había internet ni nada. Entonces yo veía eso, los discursos y la disposición de Tomic, aunque lo encontraba un poquito idealista, uno es ingeniero, quiere que haya valores para saber dónde vamos, pero con los pies en la tierra para hacer las cosas bien, mostrar resultados. Veía el lado de Allende, donde estaban mis amigos. Había gente que yo quería, en mis conversaciones con ellos yo defendía lo que se había hecho con la chilenización del cobre, la reforma agraria, la organización social campesina, las reformas urbanas para crear las juntas de vecinos, en fin, pero desde el socialismo se escuchaba que al gobierno de Frei no le darían “ni la sal ni el

agua", como dijo Aniceto Rodríguez, con quien estuve preso en Dawson y después exiliado en Venezuela. La vida tiene muchas vueltas.

Después de votar por Tomic me fui a estudiar a Harvard. Volví el año '71 cuando ya estaba empezando a quedar la escoba. Ése es otro cuento. Pero siempre me quedé con la convicción de que el gran error estratégico, que a mí también me cuesta entender, es cómo dos fuerzas similares chocan entre sí y no ven a la otra fuerza de enfrente que las puede destruir a ambas. Eso me marca mucho para valorar la Concertación, que es hija de ese drama. Por eso, incluso hoy, soy partidario de buscar formas de centroizquierda más cercana a la socialdemocracia. Eso podemos discutirlo después, pero ha cambiado tanto el mundo que hay que saber entender lo que pasa para poder hacer política en serio.

Cuando volviste a Chile a fines del '71, ¿habías entrado a la IC, o ingresaste al volver?

Mientras estaba en Harvard, La Unidad Popular se despliega y se desborda, Allende va perdiendo capacidad de gobernar, de controlar la aplicación de su programa. Entre muchas otras cosas, ocurre algo un poco dramático en mi vida, la familia de mi mujer es expropiada y mis suegros parten fuera de Chile, después que les quitan la fábrica de algodones Hirmas, la fábrica de neumáticos Firestone, lo que tenían de acciones del Banco de Chile, sus campos, en fin, un drama familiar brutal. Yo miraba esto desde Harvard, no estaba cuando ocurrió y mis suegros se fueron de Chile. No sabía lo que iba a pasar con mi vida antes de volver, pero sentía que tenía que optar, no podía omitirme, me decía, "tengo que jugármela por Allende, tratar de evitar que haya golpe militar y la democracia funcione".

¿Tú tenías la percepción temprana de que podía haber un golpe?

Sí, ya se notaba, estoy hablándote de fines del '71. El gobierno ya llevaba más de un año, se notaba un desequilibrio financiero espectacular y la búsqueda de consolidar un área de propiedad social estaba completamente desbordada. Cuando vuelvo, me viene a ver un personaje al que quiero mucho, Bosco Parra, para invitarme a que los acompañara en la formación de la Izquierda Cristiana. Había sido uno de los líderes del sector tercerista de la Democracia Cristiana, todos ellos habían trabajado por Tomic. Estaba lucho Maira, Pedro Felipe Ramírez, Jacques Chonchol, Rafael Agustín Gumucio y un montón de amigos. Era octubre del 71, habían decidido dar el paso de abandonar la DC y apoyar este proceso de justicia social que impulsaba el gobierno de Allende. Era la primera vez que yo iba a militar. Lo pensé mucho y decidí meterme.

Me encargaron constituir un equipo de economistas para prepararle a Allende un planteamiento de cómo enderezar la economía y evitar el desplome. Formé un equipo donde estaban Eduardo García, un gran economista, papá del actual director del Banco Central, Pablo García, estaba Tomás Reijman, doctor de

Harvard, Vittorio Corbo y Ricardo Ffrench-Davis, todos economistas de primer nivel. Empezamos a mirar los números y nada de lo que habíamos estudiado en las mejores universidades del mundo calzaba, esta cosa crece porque había capacidad ociosa y se está disparando el producto, pero la cagada que puede quedar aquí es mayor. Entonces, estamos hablando ya de fines del '71. Preparo el informe y me piden que vaya a la Comisión Política de la Izquierda Cristiana a exponerlo. Me acuerdo de haberles dicho que a poco andar íbamos a estar en 100% de inflación. Siempre habíamos tenido hiperinflación, pero no se había disparado a ese nivel. Después se lo llevamos al presidente Allende, se lo expusimos, ahí me di cuenta que Allende sabía esto, el punto es que no sabía cómo manejar una coalición en la que sectores del PS y otros estaban alentando a tomarse más fábricas, a tomarse más tierras, y nadie los podía parar. Eso no era el programa de la Unidad Popular que, a mi juicio, era viable. No había manejo político, la coalición no tenía conducción política. Por eso, después en la Concertación tomamos la decisión de que el gobierno debía tener un carácter suprapartidario, donde el presidente de la República manda, el presidente nombra.

Allende nos dijo que quería formar un comité que lo asesorara directamente en materia económica y me pide que lo integre, junto al comunista Sergio Ramos, que ya no está en el PC, y a Alexis Guardia, un buen economista socialista. Le presentamos un informe todos los meses, era descabellado todo lo que estaba pasando, el ministro de Economía, Pedro Vuskovic, con otros economistas, sostenían la peregrina tesis de que la economía financiera no tenía mucho que ver con la economía real y debíamos preocuparnos sólo de la economía real, de cuánto crecía el país y cuánto se invertía, no de lo demás.

Yo tomé un poco a Allende como a mi padre, mi relación con él fue muy fuerte, me quería mucho. Después de un tiempo me pidió que asumiera como ministro de Minería, cuando había sacado a Jacques Chonchol de Agricultura y tenía que haber alguien de la Izquierda Cristiana en el gabinete. Él conocía a la familia de mi mujer, porque le habían ayudado con recursos para sus campañas, sabía lo que significaba para mi familia que yo fuera ministro después de las expropiaciones. Me preguntó si estaba en condiciones de asumir el cargo. Yo quería, le pregunté a mi mujer, Kenny, le pregunté a toda la familia y se portaron con mucha grandeza, nunca me pusieron una objeción, a pesar de lo que les había ocurrido.

La ceguera con que se enfrentaban unos a otros para llevar el país a la más grande debacle es una de las cuestiones que atraviesa mi vida. Uno tiene que trabajar para que nunca más vuelva a ocurrir eso. No puede haber esa incapacidad política de entenderse, es mejor avanzar 20 metros y quedarse allí que tratar de avanzar 100 y retroceder al punto de partida o más atrás.

¿Cómo fue esa experiencia de ministro en una situación política económica tan frágil?

Cuando asumo, a poco andar estalla la huelga del mineral El Teniente, ya habíamos pasado las elecciones parlamentarias, donde a la UP le va súper bien, con casi 44% de los votos evita que la derecha consiga los dos tercios que pedía para destituir a Allende a través de una acusación constitucional. Se había cerrado ese camino para la derecha. Nosotros estábamos convencidos de que teníamos que elevar la producción minera, no teníamos repuestos, nos habían embargado el cobre en muchos puertos, en fin, había que racionalizar y parar la hiperinflación, porque así no íbamos a ninguna parte.

Había una ley para los trabajadores del cobre que establecía la reajustabilidad automática pasado un cierto porcentaje de inflación. En la negociación salarial, se había dado 11% a los trabajadores del cobre, pero a las dos semanas el Gobierno, frente al deterioro del poder adquisitivo, decide reajustar en más de 30% los salarios para todos los trabajadores. Nosotros planteamos que íbamos a darles la diferencia a los trabajadores del cobre para igualarlos al reajuste general, pero ellos exigían que se les aplicara el reajuste total sobre los salarios ya reajustados en 11%. Argumentamos que ellos eran los mejor pagados de Chile, que éramos una coalición que buscábamos emparejar, pero no fue posible.

Ése fue entonces el origen de esa huelga, que fue muy importante porque se trataba de la primera movilización de trabajadores contra el gobierno de la UP.

Ése fue el origen, lo que se llamó el doble reajuste. Acaba de salir la segunda edición de un libro mío que analiza en detalle ese momento. Es la primera vez que la derecha, ya fracasada su estrategia de tumbar a Allende por la vía constitucional, empieza a pensar en la sublevación. Entonces, necesita penetrar nuevos sectores sociales, por eso se la juega tanto en esta pelea en El Teniente, además que se dividen los socialistas, que tenían mucha presencia en los sindicatos mineros. Allende había tomado una decisión muy importante, está en su discurso cuando asumo, él llama a una nueva política económica. Por eso hay que ser muy cuidadoso cuando se dice que era ilegal lo que estaba haciendo Allende con el área de propiedad social, la derecha buscaba ponerlo en la ilegalidad, dejarlo fuera de la institucionalidad para darle luz verde a los militares, que estaban esperando una señal de institucionalidad quebrada para intervenir como defensores de la institucionalidad. Allende en eso fue impecable desde comienzo a fin. Decía invariablemente, “doy mi vida por la democracia, nunca he dejado de ser un demócrata, respeto todas las libertades”. Ahí estuvimos juntos viendo las cosas que había que hacer, él se mantuvo bastante firme en eso. Hasta que al final se logró parar cuando se produce el Tanquetazo liderado por el coronel Roberto Souper el 29 de junio, casi un ensayo general del Golpe de Estado. La huelga de El Teniente nunca pudimos pararla a pesar de la intervención de muchos mediadores. Al final llegamos casi a lo que nos pedían y no aceptaron.

¿Cuáles son las circunstancias que provocan tu salida del ministerio?

La acusación Constitucional. La Derecha ya estaba en el proceso de debilitar al Gobierno acusando constitucionalmente a sus ministros. Nos acusan a Luis Figueroa, ministro del Trabajo, y a mí, supuestamente por violar los derechos de los trabajadores al no dar el reajuste que ellos pedían. Tuve que ir a la Cámara de Diputados, me acusan y perdemos. Es una sesión impresionante, se sentían los tinteros, hubo puñetes, fue un caos. Yo expliqué con mucha tranquilidad cuál era mi política para mejorar la minería de Chile, qué hacer con la pequeña minería, la gran minería y el tema energético. Me destituyeron constitucionalmente. Ahora que estamos revisando la historia con Alejandro San Francisco, leo mi acusación constitucional y mi defensa, no recordaba, veo a Andrés Aylwin, Bernardo Leighton, Claudio Huepe, Mariano Ruiz-Esquide, a todos mis amigos en la DC votando contra mí. Somos íntimos amigos, los quiero a todos, además luchamos juntos contra la dictadura. Allende se resiste y me deja de ministro. La acusación pasa al Senado, éste la refrenda y me destituye. Pasan los días, Allende me dice que Frei, que era presidente del Senado, lo acaba de llamar para que me saque.

Ahí dejo de ser ministro de Minería y vuelvo a la Universidad de Chile. Allende me pide que asuma la dirección de todas las regiones del Sur, me dice que iba a poner otra persona a controlar el Norte. Lo último que recuerdo de todo esto es que me invita a almorzar el 10 de septiembre del '73 a La Moneda. Estuve con Allende 18 horas antes de su muerte.

¿Qué conversaron, Sergio?

De los que estaban en esa reunión están muertos Augusto “El Negro” Olivares, que murió el Once en La Moneda, y Carlos “El Negro” Jorquera, su secretario de prensa. Creo que estaba Aníbal Palma, también Joan Garcés. Escribí esto en mi libro sobre el gobierno de Allende, yo tomaba notas de todas las reuniones y las guardé. Mi mujer las quemó casi todas en el día del Golpe, le dijeron que era peligroso si allanaban la casa, pero las de ese día se salvaron. Allí se discuten dos cosas, una era la situación militar, con una exposición que hace Orlando Letelier, que al final del gobierno estaba como ministro de Defensa. La cuestión era que estábamos *ad- portas* de un golpe militar, la discusión era cómo contenerlo. Tengo una grabación de su exposición que me mandó después, porque cuando me fui a Harvard en Boston, él estaba en Washington y manteníamos contacto estrecho. Allí él iba hablando general por general, conversé con éste, este otro no creo que esté en esa...

Pinochet en el casillero de los que estaban con Allende.

Sí. Nadie tocó a Pinochet ahí en ese almuerzo. Tanto es así que el propio Allende preguntó la madrugada del Golpe si Pinochet estaba preso. Sigo pensando que Pinochet se subió a última hora. Esa es otra pregunta que tendremos que aclarar en algún momento.

La conclusión de la primera parte de la discusión fue que estaba mejorando la agricultura, arreglándose la situación del cobre, estábamos consiguiendo repuestos, podíamos aumentar la producción agrícola y la producción de cobre, frenar un poco la inflación, estamos tomando medidas, en fin, si pasamos septiembre, podemos mantenernos en el poder sin que se rompa la democracia. Ése fue el primer tema. El segundo fue el llamado a plebiscito para el día siguiente en la mañana. Esto es absolutamente cierto. Yo estaba ahí.

¿Tú das fe, Sergio, de que Allende, el martes 11 de septiembre del '73 iba a anunciar una convocatoria a plebiscito?

Absolutamente. Estaba con él. Estuvimos hasta las tres de la tarde y murió al día siguiente en la mañana. Nadie objetó en la reunión la decisión de llamar a plebiscito cuando nos la anunció Allende. Al terminar, nos dice que se va a Tomás Moro, a escribir el discurso que va a pronunciar a las 11 de la mañana del día siguiente en la Universidad Técnica del Estado. Su rector era Enrique Kirberg, que estuvo preso conmigo en Dawson. Entonces no tengo duda alguna de eso. El discurso lo dejaron escrito en la tarde del día lunes 10 de septiembre para decirlo la mañana del 11.

Ése era un plebiscito que íbamos a perder.

La discusión es qué habría pasado ahí y qué pasaba por la cabeza de Allende, porque él en ese almuerzo no dudó, aunque Altamirano y parte de la UP estaban en otra. ¿Cuál era el dilema político? Si no lo hago tengo Golpe, se termina la democracia y me muero, y si lo hago, puedo perder y también muero. Él nos había dicho en todas las reuniones de gabinete y a mí también en un encuentro personal, que daría su vida por la democracia, que si había un golpe militar, de La Moneda se iba al cementerio, que él no era hombre de exilio. Por eso no me extrañó su tranquilidad y coherencia cuando dice sus últimas palabras. Mientras yo me moría de susto por la situación previa, él enfrentaba la vida con total seguridad, tenía la decisión tomada de morir con su proyecto. El debate de si se suicidó o no se suicidó, son estupideces, yo siempre digo que se suicidó porque lo mataron.

Respecto del plebiscito, él sabía que si no lo hacía era una debacle, y si lo hacía, enfrentaría nuevas realidades, sabía que no podría seguir haciendo lo mismo, tal vez iba a consolidar o iba a tener que renunciar. No sé si la renuncia pasó por su cabeza alguna vez, creo que todavía pensaba que podía manejar las cosas para terminar su mandato de 6 años. Otra cosa era tener que negociar con una derecha que quería tumbarlo, con una Democracia Cristiana que ya estaba aliada al Partido Nacional en la Confederación Democrática, CODE. Otra cosa era dividir a la UP, terminar la experiencia y quedar como un traidor de la revolución, el que quebró la Unidad Popular, el que no tuvo los cojones para seguir adelante. Creo que ése es el dilema que despejó con su muerte. No negociaría en las condiciones que le imponía la oposición porque era traicionar a su coalición, al pueblo de Chile y a todo lo que había hecho. Distinto era el

pronunciamiento del pueblo a través de un plebiscito. Esa es mi lectura. Su decisión fue negociar con el pueblo y no negociar con la Derecha.

Tú te preguntabas sobre la inevitabilidad del Golpe en un artículo que publicaste. No sé si será *wishful thinking* (pensar con el deseo) pero tengo la convicción de que no, desde la lectura del programa de la Unidad Popular, de los avances que ya había logrado Frei y de la aparente solidez de nuestra democracia. Siempre pensé que la democracia era como la Cordillera de Los Andes, que nadie la podía mover, uno aprende en la historia que el jardín hay que regarlo todos los días. Creo que lo que estaba planteado en el programa de Allende, en las 40 medidas, también en el programa de Tomic, era viable, tan viable como todas las cosas en política, no todo lo que uno dice se puede hacer, pero uno marca por dónde quiere caminar, no es que mientas, sino que no depende totalmente de uno lo que pueda hacer o no hacer. Uno en política hace lo que puede dentro de lo que quiere. Entonces, mi conclusión es que era viable, pero fue perdiendo viabilidad. Me tomó muchos años escribir un libro sobre el gobierno de Allende, "Transición, socialismo y democracia", se publicó por primera vez en México. La pérdida de viabilidad la analizo en base a varios factores que la tornaron inviable, pero no nació inviable porque si hubiera sido así –este es un debate que tenemos con gente más puntuda- querría decir que no era posible ninguna transformación, que no es posible hacer transformaciones estructurales en democracia, y como los procesos revolucionarios terminan pésimo, entonces querría decir que nada es posible. Entonces para qué estás en política. Por supuesto que era posible. Pero hay factores que lo complicaron, entre esos está la incapacidad de la Unidad Popular de crear una coalición más grande o de negociar con la Democracia Cristiana algunas materias.

De la lectura del programa y de su similitud con el de Tomic, uno puede concluir que era un programa de mayorías. Las 40 medidas eran un programa de mayorías, pero sostenido por una coalición minoritaria. Además, para ser franco, sólo la mitad de esa coalición compartía el camino de Allende, la otra mitad pensaba que se trataba de abrir un espacio para un camino insurreccional, de asalto al poder y dictadura del proletariado. Entonces, me pregunto si acaso la inviabilidad no estaba en la propia Unidad Popular, donde no todos compartían la estrategia de Allende de construir socialismo en democracia.

Puede ser que el problema mayor sea que la fuerza política que impulsaba el proceso no tenía consistencia estratégica.

Piensa tú que el Partido Socialista había definido la vía insurreccional dos meses antes de elegir a Allende como su candidato presidencial, en una elección interna por lo demás empatada.

Pero en su comportamiento era un partido democrático, iba a todas las elecciones, quería resolver los problemas a través de elecciones, nadie tocó a la

prensa, nunca se concretó esto de armarse, era más bien el MIR, nunca un sector de la Unidad Popular llevó adelante en serio esa estrategia.

El discurso estaba entonces disociado de la realidad.

Claro. En su último discurso Altamirano habla de Vietnam. Y claro, las palabras tienen su fuerza...

...tanta que construyen realidad.

Avanzar sin transar, fascistas, asesinos, vamos a expropiar todos los medios de producción, incluso el manisero de la esquina, que viene la dictadura del proletariado, y Fidel Castro metido dos meses acá planteando ideas que no tenían nada que ver con la realidad chilena. Aunque él no quisiera, aunque entendiera que era distinto, transmitía su propia visión. Con Fuerzas Armadas como las que teníamos en Chile, con una derecha de enorme poder mucho más allá de sus votos en el Congreso. Creo que fueron claves la falta de capacidad por ceguera ideológica de construir una coalición consistente y el uso de un lenguaje de división intensa, a pesar de que las condiciones, vistas desde hoy, aparecen viables.

Si uno miraba un poquito con distancia hacia al final del proceso, el déficit estuvo en la política, en la incapacidad de sentarse a arreglar las cosas. Pensaban que uno iba a ganarle al otro y no que iban a perder ambos dos. El otro tema es que, cuando emprendes reformas importantes, no puedes hacer todo al mismo tiempo, expropiar los bancos, reforma tributaria, expropiación de empresas y nacionalización del cobre sin pago de indemnización a Estados Unidos, con lo poderoso que era entonces. Por otro lado, se llevó adelante una política económica absolutamente irracional, el primer año la economía responde porque hay una expansión de la demanda y por la capacidad productiva ociosa, entonces Chile crece al 7 por ciento con muy baja inflación, pero no hay nuevas inversiones. Es una política económica absurda. Por último, el desconocimiento y la desconsideración del factor internacional y del rol de Estados Unidos, de apreciar bien los márgenes que había en la Guerra Fría para hacer una transformación de este tipo. Hay un conjunto de factores que después los recoge bien el pensamiento la Concertación.

Todos esos factores dificultaban la viabilidad del proceso.

Mi tesis, entonces, es que el proyecto era viable en su diseño original y dejó de serlo porque la Unidad Popular no tenía una estrategia común y no bastó la muñeca de Allende, aunque él siempre confiaba mucho en ella, no alcanzaba para una transformación de esa magnitud.

¿Cómo viviste el martes 11, Sergio? Tú habías almorzado con el Chicho en la Moneda el lunes, lo dejaste a las tres y media. Seguramente partiste a la universidad. ¿Qué pasó el martes en la mañana?

El martes como las seis de la mañana recibí una llamada de unos compañeros de la Izquierda Cristiana que me cuidaban, unos muchachos que andaban con sus pistolas... Encuentro todo eso tan ridículo ahora. Me avisan que hay Golpe, la gente en el barrio empezó a salir a la calle, pensamos con Kenny que podían asaltar la casa y yo estaba ahí, más tarde empezaron a destapar champaña. Allende nos había dicho que esto podría ser muy violento, por lo que nos pidió que si ocurría nos escondiéramos en algún sitio para pasar el período más álgido. Entonces, partí temprano a la casa de las dos chicas que trabajaban con mi mamá cuando yo era niño.

¿Te llamaron a las 6 para decir que había Golpe de Estado o todavía se pensaba que eran movimientos raros?

No, no. Hay golpe, ya está, se desató el final, Allende se está yendo a La Moneda, se fueron algunos ministros con él, yo ya no podía ir porque no estaba en el gabinete y cuando pensé hacerlo ya estaba cerrada. Me fui entonces a La Granja donde estas mujeres.

¿Era una casa de seguridad?

Era una casa donde vivían las dos niñas que trabajaban como empleadas domésticas en la casa de mi mamá, me cuidaban desde que era chico. Eran dos mujeres excelentes que tenían un pequeño almacén en la población. Sabían que yo iría a su casa en caso de emergencia. Me habían preparado una cama. Desde esa pieza empecé a sentir los aviones. Fue muy dramático.

¿Escuchaste a Allende en la radio Magallanes?

Escuché a Allende en la radio y después empiezan los bombardeos. No tuve ninguna duda, Allende había muerto. En la noche vi en la televisión que los militares lo sacaban envuelto en unas mantas de La Moneda en llamas. En la tarde del día siguiente escucho un bando militar que lee una lista de personas que deben presentarse a los militares o sufrir las consecuencias. Ahí estaba mi nombre en esa lista.

¿Dónde tenían que presentarse?

No decían dónde. ¿Qué hago? Allende está muerto. Si hubiera tenido una pequeña dosis de sentido común, jamás me presento.

¿Entonces tenías comunicación con alguien?

Sólo con mi mujer, Kenny. "Negra, pasa esto, qué hago, yo he pensado que no tengo por qué aceptar que una dictadura me persiga o tener miedo a enfrentarlos o esconderme por algo que no puedo aceptar desde el punto de vista de mis principios. Soy una persona que ha sido ministro de un gobierno constitucionalmente elegido, mi trayectoria es absolutamente limpia y no tienen

nada que sacarme". Mira el raciocinio en ese momento. Entonces le dije que me iba a presentar.

Tú conocías a los militares, ¿habías tenido ocasión de tratar con ellos?

Uno de ellos, el general de la Aviación Claudio Sepúlveda, ministro de Minería de Allende hasta que los militares se retiran del gabinete, había ido a mi casa para entregarme información sobre la situación de la minería, junto con un coronel que lo asesoraba. Fue una conversación muy amable, muy correcta. Ese coronel, Edgar Ceballos, un gordito muy amable, pasó a ser el jefe de torturas en la FACH y fue condenado después por las torturas y muerte del General Bachelet.

Kenny me quiso acompañar, así que vinieron con mi mamá en auto a buscarme a la población. Me trajeron un maletín con muy pocas cosas, pensamos que era sólo para chequearnos. Fuimos al ministerio de Defensa, ahí en Bulnes con la Alameda. Estaba rodeado de tanques y francotiradores por todos lados. Daba susto. Ellas se quedan abajo en el hall y yo entro...

¿Esto era al día siguiente del Golpe?

Era el jueves 13 en la mañana. Me bajo del auto, entro y le digo a un guardia con ametralladora, "he sido llamado". El tipo me dice que pase al segundo piso, empiezo a dar vueltas buscando la oficina donde reportarme, había mucha gente circulando, un desorden total, nadie sabía dónde tenía que presentarme. Me encontré con un cura que me reconoce y me dice, "hijo, que le vaya muy bien", pero en tono de extremaunción. Un coronel me dice que no están recibiendo a nadie en el ministerio, me sugiere que vaya a la Escuela Militar. Después de estar como una hora dando vueltas decidí partir y a la salida me encontré a Jorge Tapia, ministro de Justicia, que andaba en la misma. Nos abrazamos y nos subimos al asiento trasero del auto, manejaba mi mujer con mi mamá al lado. Como la Escuela Militar no estaba tan lejos de mi casa, decidí pasar a buscar una camisa y un par de calzoncillos por si había que quedarse. En el camino, Jorge Tapia me empieza a meter miedo, me cuenta que su hermano le dijo que vio muertos en el río Mapocho y que están matando mucha gente.

En mi casa agarramos la maleta y partimos a la Escuela Militar. Entramos, adentro no saben qué hacer con nosotros, están tratando a muchos cabros a patadas, los tiran al suelo y nos suben al tercer piso, ahí me empiezo a encontrar con otras personas que conocía. Estaba Cloro Almeyda, Letelier, Carlos Briones y varias personas más. En el curso del día aparecen más, Lucho Corvalán, al que habían encontrado debajo de una cama, el ministro de Economía, José Cademartori, con el pelo azul porque se había teñido mal, el doctor Puccio ya estaba ahí, después llega su hijo de 21 años, que quiere acompañar a su papá que tiene un problema al corazón, estaba el pibe Aníbal Palma, Lucho Matte Valdés, el guatón Flores, entre los que recuerdo.

Al día siguiente, en primera página de El Mercurio, veo mi foto entrando a la escuela militar junto al exministro Tapia. "Jerarcas de la Unidad Popular ingresando a la escuela Militar", decía. Siempre pensé que esa foto no era casual, alguien quería hacer saber que yo había entrado a la Escuela Militar. Para protegerme. Sospecho que fue Fernando Léniz, entonces gerente general de El Mercurio, institutano e ingeniero de Beaucheff también, éramos bien amigos, yo lo había invitado a hacer clases cuando fui director del Departamento de Industria. Siempre pensé que puso esa foto para que se supiera que yo estaba vivo y había entrado ahí.

Nos dejaron en la Escuela Militar esa noche y al día siguiente, el viernes 14, ocurre una cosa insólita. Se baja un señor desde un helicóptero, el nuevo ministro de Justicia, Gonzalo Prieto, muy compungido y cuidadoso, frente a todos los ministros del gabinete de Allende, nos dice, "quiero darles las condolencias por la muerte del presidente Allende", tratándonos de "señores ministros", y luego nos pregunta por nuestra disposición a salir del país. Ahí comienza una discusión y él nos dice que vendría al día siguiente a buscar nuestra respuesta. Se produce una discusión insólita, alguien decía "¿cómo me voy a ir del país?", otro argumentaba, "tengo unas reuniones mañana, tengo que escribir no sé qué nota, tengo que ir a no sé qué cosa", absolutamente desconectados de la magnitud y profundidad del quiebre que se había producido. Unos más vivos se preguntaban si no sería mejor irse, que estaban matando a mucha gente, mientras otros decían que no podíamos, porque representábamos a la autoridad constitucional. Todo termina abruptamente al día siguiente, cuando aterriza otro helicóptero, y sentimos gritos anunciando que nos iban a trasladar de inmediato, empezamos a recibir patadas, les deben haber dado otras instrucciones. Nos alinean a todos y nos llevan al aeropuerto Los Cerrillos en unos buses repletos, nos caminaban por encima, a algunos los amarraron de las manos, cambió totalmente el trato. Ahí nos bajan y nos suben a un avión que no sabíamos para dónde iba. Nunca me olvidé, en el aeropuerto había militares brasileños conversando con los chilenos.

Entonces nos suben a un avión, nos amarran arriba y ponen unos tipos con ametralladora en las esquinas. Era un avión de la FACH, íbamos sentados a ambos lados, no sabíamos dónde íbamos. Cuando aterrizamos en la noche, alguien se dio cuenta que habíamos llegado a Punta Arenas. Después nos cubren la cabeza, nos empujan y nos meten en unas tanquetas. Ése es el único momento en que pensé, "hasta aquí nomás llegué, me van a fusilar". Es muy curioso ese momento, porque en un solo segundo haces un balance de toda tu vida.

¿Tenías 33 años?

Cumplí 33 en prisión. Sentí que iban a fusilarnos porque empieza a moverse la tanqueta, adentro estamos sentados y hay unos soldados con fusiles, a uno se le dispara, la bala pega en el techo y hiere en la mano a Daniel Vergara, el

subsecretario del Interior de Allende. Era de noche, le corría la sangre, los fusiles nos apuntaban, pensé que iban a parar y fusilarnos a todos, pero nos llevan a una barcaza, seguramente era un puerto, no veíamos nada, después nos cambian a otra embarcación. Sin poder dormir. Me acuerdo que Aniceto Rodríguez empieza a quedarse dormido y le pegan un culatazo para despertarlo, protesta diciendo que él es Senador de la República...

Llegamos en la madrugada, todavía oscuro, a un lugar completamente nevado, nos ponen un tablón para bajar, con luces que nos alumbraban, Mario Palestro empieza a caminar por el tablón y se cae al agua, que estaba congelada y con nieve. Lo sacamos y entramos, ahí José Tohá y Luis Matte dijeron inmediatamente, "ésta es la Isla Dawson". Uno era ministro de Defensa y el otro de Vivienda, habían venido a entregar la administración de Dawson a la Armada, para que pudieran hacer ejercicios y controlar los canales de Magallanes. Habían estado allí de ministros y ahora volvían en calidad de presos. Aparece un señor que resulta ser el jefe de la Isla, sobrino de Raúl Rettig, antiguo senador radical que después presidió la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Nos lee la Convención de Ginebra en lo que se refiere a los oficiales del ejército enemigo, advirtiéndonos que se aplicará la ley de fuga a cualquiera que intente salir de la Isla, disparándole por la espalda. Habían transcurrido sólo unos días desde que almorcé con Allende el lunes 10 hasta la madrugada del sábado 15 llegando a Isla Dawson, pero habían sido días intensos.

Te quiero contar que la película de Miguel Littin inspirada en tu libro, Isla 10, tuvo una espectadora privilegiada, mi madre en los últimos meses de su vida. Especialmente emocionada porque ella vivió su infancia en Isla Dawson, su padre escocés fue profesor de la escuela unidocente de Puerto Harris.

No me lo habías contado. Impresionante.

Ella se reencontró con su infancia viendo tu película, el viento, la nieve. Tengo un recuerdo imborrable viendo la película en la cama con mi madre, ya en la última fase de su enfermedad.

Yo era un estudiante de liceo al momento del Golpe y fue un gran impacto, pero nunca pensé que iba durar un tiempo tan largo en la historia de Chile y marcar tanto nuestras vidas. ¿Qué pensaban ustedes, los dirigentes de la UP? Si acaso había espacio para pensar en el futuro. ¿Pensaban como probablemente lo hacía parte de la Derecha y la DC, que se trataba de ordenar la casa para luego llamar a elecciones y que pronto Chile volviera a la normalidad democrática?

Tú estabas siempre en shock. Mi madre me contó, cuando ya volví de toda esta historia, que cuando pasamos a la casa a buscar una maleta con ropa para un par de días, me preguntó “Sergito, ¿cuánto crees que puede durar esto?” y yo le respondí, “mamá, esto puede durar unos dos años”.

¿Cuántos meses estuviste en Dawson?

Hasta que estaba empezando el invierno, recuerdo que en esos últimos meses ya íbamos a los bosques a cortar leña para acumular, había un frío descomunal. Mi principal recuerdo de Dawson es el frío. Además del trato miserable.

Después nos trasladaron a todos al Norte y nos repartieron en distintos campos de prisioneros. A mí me llevaron a Ritoque, un centro de detención cerca de Quintero. Allí también vivíamos rodeados de alambre de púas. Me acuerdo de un capitán de navío con el que establecimos una relación estrecha, impresionado de que yo hubiera estudiado en Harvard, volvió con una herida en el rostro porque se había estrellado con el alambre de púas un día que andaba a caballo recorriendo, y me dijo, “esto es parte de lo que tengo que pagar por lo que estamos haciendo”. Otro guardián que se hizo amigo mío, le llevó una vez un regalo que yo le había hecho a la Kenny.

Esta detención duró bastante más, hasta que empezaron a salir algunas personas, habían decidido echarlas del país. Al año de preso a mí me llevaron con arresto domiciliario. Después salí del país y estuve exiliado 14 años.

¿Hubo un decreto de expulsión?

Esa es otra experiencia notable, que muestra la disociación mental de los militares en la época. Yo empecé a recibir invitaciones del extranjero, me llegó una de la Universidad Libre de Berlín y otra de la Universidad de Harvard, donde había estudiado. Tomamos la decisión de ir donde ya habíamos estado, en Boston. Habíamos empezado las gestiones para que me dejaran salir o me echaran, cuando recibí una llamada del ministerio del Interior para una reunión con el ministro de la época, general César Benavides. Yo venía saliendo recién de un año de maltrato, desprecio e insultos, además con tantos amigos muertos, heridos y torturados. Era en el edificio de la Unctad, rebautizado Diego Portales, donde funcionaba el Gobierno. Cuando se abre el ascensor que me llevaba al piso de la oficina del ministro, me espera un muchacho que yo conocía de la escuela de Ingeniería, Elio Suárez, creo que se llama. Me abraza y me dice, “qué bueno que estés aquí, Sergio, el ministro te quiere hablar”. Paso a su oficina, me siento, y este general empieza a hablarme como si nunca hubiera pasado nada, como si yo viniera llegando de un viaje de Francia y no saliendo de la prisión en la que ellos me habían metido. Me dice, “nosotros sabemos que usted es un hombre de talento, por eso quiero pedirle, ahora que va a salir del país, que deje bien puesto el nombre de Chile”. Yo le agradezco y le digo que espero volver pronto. El tipo se sorprende, le pregunta algo a un

coronel que tenía de asesor y me dice, “por favor, señor Bitar, no haga tal, usted tiene que pedir permiso antes, no se le vaya a ocurrir venir de vuelta por su cuenta”.

Partí a Boston y antes pasé a Nueva York. Orlando Letelier había partido antes, recuerdo que lo fue a buscar a Ritoque su amigo Diego Arria, alcalde de Caracas, que habló con Pinochet y consiguió permiso para llevárselo. Él estaba instalado en Washington. No recuerdo bien si me fue a buscar al aeropuerto en Nueva York o a la estación de tren en Washington, pero sí recuerdo nítidamente su abrazo, su rostro lleno de lágrimas, habíamos vivido juntos la experiencia de Dawson y Ritoque. Después estuvimos siempre en contacto hasta que fue asesinado en septiembre del '76, nos hablábamos regularmente por teléfono, me pedía que lo representara en algunas reuniones a las que lo invitaban, estaba luchando de frente contra la Dictadura. Muy pronto le quitaron la nacionalidad, recuerdo que declaró en ese momento, “soy chileno, nací chileno, seguiré y moriré siendo chileno, ellos nacieron fascistas y morirán fascistas”. Yo había partido pocos meses antes de su asesinato a Venezuela, donde nos encontramos varias veces, él iba con frecuencia a Caracas.

Donde conservaba a su amigo alcalde.

Tenía su amigo, pero además un amor que lo tomó con mucha fuerza, una mujer venezolana muy linda. Él había pedido ser enterrado en Venezuela si moría, seguramente tenía conciencia plena del riesgo que corría como principal representante activo del gobierno constitucional de Allende. Fue velado en el salón principal de la alcaldía de Caracas con presencia de altas autoridades del gobierno, Diego Arria aún era alcalde de la ciudad. Siempre recuerdo como un momento muy emotivo en mi vida, cuando tuve que hacer un discurso de despedida a Orlando en el cementerio de Caracas. Fue un período muy trágico ése.

El núcleo de dirigentes chilenos en Venezuela era bien nutrido, bien denso, allí empezaron a producirse los primeros reencuentros con personeros de la Democracia Cristiana.

Venezuela era la democracia de Latinoamérica. Lo demás era un desierto de dictaduras. Había alternancia en el gobierno entre la Democracia Cristiana (Copei) y Acción Democrática, la socialdemocracia. Nos trataron muy bien. Nos acogieron con mucho afecto, ambos partidos fueron muy solidarios. Cuando llegué estaba Carlos Andrés Pérez, de AD, después vino Herrera Campins, del Copei, y luego Jaime Lusinchi, de Acción Democrática. Todos se portaron súper bien con nosotros. Por eso quiero mucho a los venezolanos que están en su exilio aquí, fueron muy abiertos y cariñosos con el exilio chileno. Yo pude ser empresario, escribir libros, hacer clases en la universidad.

También le dedicamos mucho tiempo a coordinar la acción política del exilio, en coordinación con otros países, con México, con Europa y también con Estados Unidos. Ocurrieron dos cosas políticamente importantes en Venezuela. El año 1975, yo acababa de salir de Chile y estaba en la Universidad de Harvard, cuando la fundación Ebert, de la socialdemocracia alemana, invita a gente de la Democracia Cristiana y de la Unidad Popular a conversar sobre el futuro. Ése es el primer encuentro, en junio del '75, en un antiguo pueblo fundado por colonos alemanes a fines del siglo XIX, llamado Colonia Tovar, a unos 70 kilómetros de Caracas.

¿Te acuerdas quiénes estaban?

La fotografía del encuentro está en la Biblioteca Nacional. De la Democracia Cristiana estaba Bernardo Leighton y su señora, Anita Fresno, que en octubre de ese año sufren el atentado en Roma, también el hijo de Tomic, Renán Fuentealba y Jaime Castillo Velasco. De los socialistas recuerdo a la Negra Lazo y Aniceto Rodríguez, de los radicales estaban Anselmo Sule y Carlos Morales Abarzúa. A mí me invitaron como exministro de la Izquierda Cristiana. Se me están escapando muchos nombres.

Comunistas no había, ¿no?

No. Era gente del sector más progresista de la Democracia Cristiana y del sector más moderado de la Unidad Popular. La fundación Ebert veía con inteligencia con quiénes se podía comenzar a establecer un cierto acuerdo y una cierta proximidad para desarrollar confianzas que permitieran más adelante crear una fuerza que fue la Concertación. Ése fue el primer hito.

Lo segundo es que nosotros creamos el Grupo de Caracas. Nos reuníamos en mi casa religiosamente unas 6 a 7 personas y preparamos un documento que se llamó “La Declaración de Caracas”. Estamos hablando del '76. Lo empezamos a distribuir por todas partes y lo mandamos a todos los regimientos de Chile. Buscamos las direcciones y llegó a todos lados. De hecho, hubo respuesta pública de los militares denunciando la entrega de documentos de alta gravedad, rechazando todo lo que allí se decía y prohibiendo que se enviara documentos a los cuarteles. En el Grupo de Caracas estaba Jaime Castillo Velasco, lo recuerdo por su gran lucidez. También mi gran amigo Carlos Matus, un tremendo intelectual. Participaba activamente mi amigo y compañero en la IC, Pedro Felipe Ramírez, exiliado también en Venezuela. Iba Renán Fuentealba, con quien jugábamos fútbol. Se formó un grupo importante. El doctor Arturo Girón estuvo yendo también. Tendría que revisar la nómina, pero hicimos un trabajo muy sistemático, muy serio, que sirvió después, se empató con lo que ocurrió en México en alguna ocasión y luego en Chantilly, en Francia, cuando empieza a configurarse un entendimiento más amplio. En Roma Julio Silva Solar y José Antonio Viera-Gallo crean Chile-América, una institución y una revista con apoyo italiano, empiezan también a generar un

espacio de conversación más amplio en la lucha contra la dictadura, aglutinando a distintos sectores. Entonces comienza a producirse un concepto de lo que debe ser el socialismo más amplio que después va a la Convergencia Socialista y más tarde al Bloque Socialista, esto previo a la Concertación.

Todas estas conversaciones convivían con el intento de algunos de mantener viva la Unidad Popular, porque había una burocracia de la UP que persistía entre socialistas, comunistas y radicales, que seguían articulados. Ya a la altura del '75, a dos años del Golpe, la gente más visionaria del lado nuestro se daba cuenta que no era posible, que era una acción política muy ideal, muy sana, muy utópica pero ineficaz, un fracaso. El sufrimiento había sido muy grande. En la Democracia Cristiana este proceso toma bastante más tiempo, hasta comienzos de los años ochenta. La convicción de que no pueden solos. Entonces se van produciendo nuevos hechos nacionales e internacionales. Como la ruptura de los socialistas, cuando un sector se va a Francia y el otro se queda en Berlín Oriental, creándose dentro del socialismo chileno una tendencia orientada hacia un esquema más socialdemócrata europeo. Entretanto, avanza una posición más progresista en la Democracia Cristiana e incluso los más a la derecha, como el propio Frei Montalva, se empiezan a percatar, al ver cómo los trata la dictadura, que no tienen ninguna posibilidad de recuperar el poder con los militares y menos solos, que hay que hacer un proceso de otra naturaleza.

¿Tú tienes convicción de que Frei y su círculo creyeron que el golpe duraba un año y luego llamaban a elecciones y Frei podía ser obviamente el presidente de nuevo?

Yo creo que sí. No sé si pensaban que Frei podía ser el presidente, pero tengo la certeza, por todo lo que conversé entonces y por lo que he analizado después, que había un sector de la DC que consideraba indispensable terminar con el gobierno de la Unidad Popular y pensaba que ellos iban a tener una posibilidad -o por lo menos que iba a haber una posibilidad- de retorno a la democracia en un plazo relativamente breve. Probablemente algunos de los generales que fueron edecanes de Frei estaban en esa línea, pero son eliminados rápidamente, como Bonilla y otros. Hace poco estuve en Roma y me reuní con un italiano, Roberto Savio, que ayudó mucho a la Democracia Cristiana en tiempos de Frei Montalva. Él creó una empresa de comunicaciones italiana que también nos ayudó mucho en dictadura. Me decía que los democratacristianos chilenos hicieron gestiones muy fuertes para explicarle a los italianos que el Golpe era indispensable y que no hicieran declaraciones en contra de la dictadura en los primeros años. Ese es un hecho. Claro que hay que valorar que después se produce una transformación, se dan cuenta de que eso no funciona y tienen que ir por otro lado.

En 1979 viene el viraje de una parte de la izquierda hacia una valorización de la violencia, o más bien de alguna forma de vía armada, con el triunfo de

los sandinistas en Nicaragua. El PC viró a la tesis de la violencia aguda y la tentación armada penetró mucho en el Partido Socialista. ¿En la Izquierda Cristiana, que por lo demás había estado al final de la UP en el polo más revolucionario junto al MIR y el Partido Socialista, fue descartado de plano o hubo ahí también un choque entre la visión del republicanismo democrático y la vía armada?

El final de la Unidad Popular lleva a una conclusión política universal muy fuerte, que un intento de cambio en democracia se va estrechando al punto que pierde viabilidad, que ya no tienes la posibilidad de retroceder en el tiempo cuando la odiosidad, la desconfianza y la polarización es tan grande, todos empiezan a tomar posiciones irracionales. Entonces viene la tragedia griega, que sé que me voy al precipicio y voy al precipicio. A mí me tocó como ministro y luego como asesor cercano a Allende, que la Izquierda Cristiana estuvo en posiciones cercanas al sector de los socialistas más duros, que razonaban diciendo, no podemos negociar, porque si lo hacemos, van a dar el golpe antes. Los de enfrente decían, no puedo negociar porque si converso con ellos se van a quedar y van a hacer lo que quieran después. Ahí se produce una radicalidad, pero nunca alcanza a transformarse en teoría de la lucha armada, salvo en el MIR y quizás algún grupúsculo del PS. El PC de ninguna manera, sólo lo asume mucho después, en la lucha contra la dictadura. Nunca en el núcleo dominante de la Unidad Popular y menos en Allende había ninguna idea sobre la lucha armada. Eso tampoco lo vi después del término de la UP, ni en la prisión ni en las discusiones políticas que empezamos a tener después.

A comienzos de los años ochenta empieza a cambiar el mundo, la socialdemocracia comienza a tener mucho mayor fuerza en Europa, Mitterrand y Felipe González llegan al poder, los laboristas ingleses nos ayudan, emerge el Eurocomunismo, y la Unión Soviética empieza a tener crecientes dificultades hasta que se derrumba a fines de los '80. Cuando los comunistas chilenos se meten en esto de la lucha armada y crean el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, ya la disociación con el resto de la izquierda es total. Entonces era un PC muy vinculado a la URSS. Hoy día tenemos un PC sin dependencia soviética que hace cosas parecidas, bastante irracionales.

Es a fines de los '70, principios de los '80, cuando el propio PS se quiebra por razones geopolíticas, si la dirección del partido debía desplazarse a París o quedarse en Berlín Este, que se inicia un proceso de renovación y convergencia en el que tú tienes un liderazgo indiscutido. Cuéntanos de ese proceso.

Había un grupo de dirigentes de la UP en Moscú, recuerdo que escuchábamos radio Moscú cuando estábamos presos, también había un sector importante del Partido Socialista en Berlín Oriental. De hecho, fui algunas veces a Berlín porque allí hacíamos reuniones internacionales de la Izquierda Cristiana, nos daban facilidades. Cada vez que entraba a ese lado de Berlín se me apretaba el

estómago y el corazón, era una sociedad muy oscura, una cosa bastante deprimente. Lo mismo en Moscú, donde estuve invitado por Naciones Unidas. Nunca vi a muchos entusiasmados con ese modelo socialista, salvo gente del PC que defendía a brazo partido a la Unión Soviética, más todavía cuando en el propio gobierno de Allende se vio que la idea de que el hermano mayor te iba a ayudar a financiar la crisis era una completa ilusión.

Fracasó una misión que fue a buscar crédito en la URSS encabezada por el propio Allende.

Y para qué hablar de los chinos, que estaban en su Revolución Cultural. Para ambos la experiencia de Allende era completamente incomprensible desde el punto de vista de la lógica del control del poder, control militar y control ideológico. Tampoco los cubanos. Nunca vi que la tesis de la vía armada fuera dominante en la UP. Claro, cuando hay un grupo chico que sostiene esa tesis, polariza y la derecha conservadora, que quiere evitar que cambie nada, aprovecha esa postura para endurecer sus posiciones. Pero era siempre una lógica minoritaria. Ahí es donde uno aprende que tienes que hacer un gran esfuerzo político para fortalecer las fuerzas del cambio en democracia, con gradualidad, a través de procesos de reforma. Hacer los cambios a tiempo antes que la situación reviente. Pero eso se empieza a gestar desde muy temprano y después ya toma cuerpo en Chile a comienzos de los '80, con el primer levantamiento que hacen los trabajadores del cobre, encabezados por nuestro amigo Rodolfo Seguel.

Con la primera protesta del 10 de mayo del '83.

Y después viene la formación de la Alianza Democrática que convoca, con mucho temor, a la primera manifestación pública masiva en el parque Cousiño. Me acuerdo porque estuve involucrado directamente.

¿Cuándo volviste a Chile?

Volví a fines del 84, cuando me dejaron entrar, aparecí en una lista publicada en El Mercurio.

Fue con Onofre Jarpa de ministro del Interior, que empujó una pequeña apertura.

Claro. Era impresionante. Cuando empezaron a entrar algunos de los dirigentes políticos de los partidos, sus militantes iban en masa a buscarlos. Cuando yo llegué fue toda la Izquierda Cristiana, saludo y abrazo a todo el mundo, me subo al auto y detrás salían tocando bocinas, flameando banderas, alcanzamos a recorrer unas pocas cuadras y se nos cruzan dos buses de Carabineros, rodean a todos los que vienen atrás, me dejan pasar a mí y terminan todos mis compañeros detenidos.

Empezamos lo que yo llamo el desexilio, que es lento, muy largo. El país estaba muy cambiado, habían construido muchos edificios en el barrio alto, la gente te miraba de otra manera, había mucha odiosidad. Todavía me acuerdo de una señora en el supermercado, donde iba acompañando a Kenny, se queda mirándome y me dice, "usted, qué hace aquí, no le corresponde a usted este barrio, váyase de acá".

¿Inmediatamente empezaste a participar en la estructuración interna de la oposición? Llegaste después de las protestas sociales, que habían comenzado en mayo del '83.

Participamos en varias protestas, pero las grandes habían empezado antes, efectivamente. Ya se había constituido la Alianza Democrática y esa concentración multitudinaria en el parque Cousiño en noviembre del '83 había ocurrido. Indirectamente me sentí parte de eso, porque lo habíamos conversado con Enrique Silva Cimma en un encuentro que se hizo en Barquisimeto, una ciudad del Occidente venezolano. Estaba con su yerno, Nelson Ávila, lo animé a que volviera a Chile a presidir la Alianza Democrática, estaba presidiéndola Gabriel Valdés y luego vendría un radical, le dije si quería hacer un gran cambio, tenía que convocar a una gran concentración popular.

Yo había partido a estudiar a Francia en julio del '83, no alcancé a estar.

Yo no estaba todavía, llegué a fines del '84. Lo primero que hice al llegar fue colaborar en armar el Partido, estaba volviendo Pedro Felipe Ramírez, Luis Maira, que eran mis compañeros más cercanos en esa tarea. Ya comenzaba a producirse el proceso de renovación del socialismo, gente del MAPU viene también, fuera de Chile habíamos armado la Convergencia Socialista. Después vamos a la formación del Bloque Socialista con el MAPU, algunos independientes y varios grupos socialistas, porque entonces el socialismo estaba muy fragmentado. Estábamos lanzados en reestructurar la oposición a la dictadura, en preparar programas, empezamos a formar los centros de investigación, estaba Cieplan, Lagos armó Vector, manteníamos intensa relación con algunas embajadas.

¿Cuándo te formaste la convicción de que la solución pasaba por el reencuentro de la izquierda con el centro democratacristiano?

Muy temprano, a la altura del '75. De hecho, esa convicción ya la tenía durante la Unidad Popular. El fracaso del gobierno de la UP refrendó mi convicción. Así que siempre luché por eso. Participé activamente en todas esas discusiones de que eso es amarillo, que no resuelve todos los problemas, como si eso fuera posible, como si algún cambio en el mundo pudiera resolver todo de una vez o resolver por anticipado los problemas que pasan a ser importantes después. Esa era mi convicción absoluta, tenía convicción de que había que atraer, pero

confrontar políticamente a los sectores que encarnaban una posición dura, los que creen que mientras peor, mejor. Pero esa concepción la he tenido siempre, la tengo ahora también, influye por supuesto entonces en nosotros la socialdemocracia europea, que había recogido la experiencia del fracaso nuestro. Recuerdo cuando nos invitaron junto a socialistas y radicales al cambio de mando en Alemania, había ganado Gerhard Schroeder y después nos fuimos a España al congreso del PSOE e hicimos una visita a Londres para reunirnos con el Partido Laborista, en todas partes nos decían cuánto habían aprendido de la experiencia de Allende, que había influido mucho en sus carreras políticas, su intento democrático de transformación social y también las razones de su fracaso.

Toda la evolución del PC italiano estuvo también inspirada en las lecciones que dejaba nuestra experiencia.

Nos toca también participar en ese período en los años ochenta, el intento de Enrico Berlinguer con Aldo Moro, frustrado por su asesinato. Los socialdemócratas suecos fueron un apoyo muy importante desde el principio. Sin los suecos el PPD no habría podido ingresar a la Internacional Socialista y el PS tampoco. En la reflexión nos ayudaron los italianos, los franceses, los españoles, los alemanes, pero los suecos tienen una influencia muy definitiva en consolidar una mirada integradora socialdemócrata, con una alianza un poco más grande como camino. Para América Latina es casi el único camino que puede haber. Algo parecido arma el PT y Cardoso en Brasil, el PRI en México mientras puede y después los argentinos también algo se acercan, aunque no tan estructurado conceptualmente como en Chile, Uruguay o Costa Rica.

Esa experiencia de renovación y convergencia finalmente tuvo su resultado institucional en la creación de un partido, el Partido Por la Democracia. Cuéntame cómo fue la decisión en la Izquierda Cristiana, que se dividió a propósito de participar o no en el PPD.

En este mismo espacio donde estamos conversando, me visitaron varios compañeros del PS que estaban pensando armar el Partido Por la Democracia. Vinieron a ofrecerme que fuera miembro de la directiva con rango de vicepresidente. Yo estaba en la Izquierda Cristiana, en cuya dirección política no hubo acuerdo para participar en la creación del PPD. Estamos en diciembre del '87, yo tomo la decisión de irme de la IC y participar en el PPD en enero del '88, después del Año Nuevo. No fue una decisión fácil, pero no recuerdo que haya habido ahí una lucha tensa. Yo había entrado ya en la lógica de que para armar lo que teníamos que armar para luchar eficientemente contra la Dictadura los partidos chicos no servían. Un grupo muy grande de la IC se fue conmigo al PPD y después otro se fue con Maira al PS. En el MAPU ocurre lo mismo, una parte va al PPD y la otra al PS. Entre la gente que era joven en el periodo de la UP hay una lógica de que, si quieres hacer cambios de verdad, tienes que meterte en los partidos con raíz histórica. El PPD no habría nacido

sin el PS renovado. Pero cuando se forma y llegan personas desde distintos orígenes políticos, desde el liberal Armando Jaramillo y el conservador social Julio Subercaseaux, hasta la excomunista María Maluenda y mucha gente que había militado en el MIR, estábamos haciendo una revolución conceptual en el modo de hacer política. Ya estaba dado en la sociedad, que te exigía entendimientos de envergadura, te exigía intentar caminos que no significaran más ruptura para salir de la dictadura.

Pero estaba también la fuerza de atracción del Partido Comunista, al punto que Maira termina en el Partido Amplio de Izquierda junto al PC y el PS-Almeyda.

Cuando se abre el proceso de inscribirse en los padrones electorales, el PC se opone y acusa de traidores a los que nos inscribimos, al final se inscribe por la fuerza arrolladora de la gente. Igual que ahora, que se manifiestan en contra del acuerdo que permite el plebiscito para abrir camino a una nueva constitución, pero al final llaman a votar apruebo.

En ese momento fui a hablar varias veces con Clodomiro Almeyda, que estaba preso por el artículo 8° de la Constitución de Pinochet. Al final se convenció y dio el paso para inscribirse y votar. Sin estar en primera línea de la campaña. Estaban en el Movimiento Democrático Popular, MDP, que era un resabio de la UP, allí el PC era dominante. El MDP junto a algunos sectores que estaban más a la izquierda inscriben una alternativa electoral, el Partido Amplio de Izquierda Socialista, PAIS, que tuvo un gran fracaso electoral. Lucho Maira perdió la senaduría del Biobío con una muy buena votación.

Si hubiera ido dentro de la Concertación, habría sido electo.

Claro. Si hubiéramos ido todos juntos habríamos tenido mucho más diputados y senadores. Después se reconstituye la unidad del PS y se nos plantea el tema de la doble militancia. En ese tiempo yo era secretario general del PPD y fui elegido miembro del comité central del Partido Socialista en el congreso de unidad. Pero no pudimos sostener eso, al final sólo Lagos quedó como la figura que permaneció en ambos partidos.

Retrocedamos un poco en la historia. Recuerdo haber participado bajo tu liderazgo en la elaboración del programa del PPD, que fue el anticipo del programa de la Concertación. Tú dirigías un grupo muy nutrido, estaban Ominami, Álvaro García, Brunner y muchos connotados. Abordamos todos los ámbitos, recuerdo, publicamos un librito muy importante si tú lo comparas luego con el del programa de la Concertación, se evidencia que el PPD logró poner buena parte de los conceptos programáticos del primer gobierno. Ese trabajo fue bien apasionante ¿no?

Esa era una de las cosas que acordé con Ricardo Lagos cuando me incorporé al PPD. Estamos hablando del '88. Teníamos el plebiscito por delante y Ricardo, que era presidente del PPD, me pidió si podía armar un programa, que siempre lo pensé como el programa de la gran coalición, no sólo del Partido. El Partido Por la Democracia había atraído a los mejores cuadros profesionales e intelectuales, podíamos claramente hacer la mejor síntesis de una vida de lucha durante el gobierno de Allende y luego por la recuperación de la democracia, tanto en Chile como en el exilio.

El PPD era también, comparado con los otros partidos, el mejor espacio para reflexionar con libertad y diversidad.

Claro. Para nosotros estaban primero las libertades, si no tengo libertad no tengo democracia, no tengo nada. Después vienen las demás cosas. Al PPD llega la gente que privilegia ese concepto y a nadie le preguntan de dónde viene, todos quieren tener una democracia con justicia social, con una dimensión de los derechos de la mujer, con una dimensión adelantada de la salud y del medio ambiente, estaban todos esos temas puestos ahí. Fue un periodo estupendo, terminamos con la publicación de un libro, "La democracia que anhelamos", que es una síntesis de nuestro trabajo. Como tú bien dices, el programa de la Concertación está muy sustentado en ese trabajo previo, si miras su estructura y sus conceptos, son muy parecidos.

Ese libro del '88 está siendo reeditado ahora con una segunda introducción, también firmada por Ricardo Lagos y yo, tal como la primera. Lo hacemos para mostrar que es posible imaginar el futuro. Porque si tú lees ese libro, ves que 20 o 30 años después buena parte de lo que está planteado se ha hecho realidad, hay una visión de futuro, que es lo que permitió que la Concertación durara tanto tiempo. Si hubiera sido sólo un acuerdo electoral sin un fuerte sentido estratégico común no habría durado cuatro gobiernos seguidos. Por eso lo queremos traer al presente, también para decir que tenemos que concebir el futuro en unidad de sectores más amplios, para poder construirlo.

Tú eras una de las mentes más claras desde el punto de vista programático y un referente para muchos. Cuéntanos cómo viviste el veto -porque veto hubo- a tu participación en el primer gobierno de la democracia reconquistada. Para nosotros tú eras ministro seguro y en un lugar destacadísimo. No habías ido a la elección parlamentaria. Eras el cuadro disponible del PPD más destacado y tu condición de exministro de Allende incidió para que no sé a quién se le ocurriera que no podías ser ministro de Aylwin.

Tienes gran capacidad de poner el dedo en la llaga.

De eso justamente se trata.

Efectivamente. Había dirigido la elaboración del programa del PPD y trabajado bastante en el programa de la Concertación. Era ingeniero de la Universidad de Chile, había estudiado en Francia y luego en Harvard, había sido profesor universitario en Chile, en Venezuela y Estados Unidos, había recorrido el mundo, escrito varios libros, era parte de la dirección del PPD, en fin, pensé de verdad que era posible que estuviera en el primer gabinete de la transición. Tanto es así que cuando se decide la plantilla de candidatos a senadores del PPD, a mí me tenían de candidato en la Región de Aysén, pero yo les dije a mis compañeros que tenía más vocación y destrezas para gobernar, que me había formado para eso más que para representar.

Cuando Lagos pierde la elección senatorial en Santiago Poniente y Aylwin le ofrece ser ministro de Educación, me llamó Ricardo para preguntarme qué pensaba. Le dije que ése era un tremendo ministerio y se podían hacer muchas cosas. Él estaba dudoso, pero finalmente acepta. Como también había perdido Juan Hamilton, le había ganado Laurita Soto en la Circunscripción Costa de la Región de Valparaíso, lo nombraron ministro de Minería. A mí me habían dicho mucho que ese cargo era para mí, pero encontraba raro ser ministro de Minería con Allende y después con Aylwin 17 años más tarde. Entonces me llaman después varias personas para decirme que el presidente estaba considerando que yo fuera vicepresidente de Codelco, si puedo manejar la empresa del cobre. Por supuesto, dije, mi formación de ingeniero, mi experiencia de ministro. Incluso me llaman un día por teléfono para preguntarme si dejaría al señor que estaba de gerente general de Chuquicamata o prefería que lo sacaran. Mi respuesta fue que no podía tomar esa decisión, pero me dicen, “si tú vas a ser el vicepresidente de Codelco”. “Bueno, si eso ocurre, tomaré una decisión”, le dije. Me llamaban todos los que iban a ser ministros de Aylwin para preguntarme lo que estaba pasando conmigo. En enero me llama el presidente electo, Patricio Aylwin. “Sergio, quiero darle explicaciones”. Yo le tenía mucho respeto por su destreza política. “Usted tiene ambiciones políticas”, me dice, “y no quiero en Codelco a una persona con ambiciones políticas. Por eso le pido que acepte ser mandamás de la Enami”. Me llamaba mucho la atención que si tenía ambiciones políticas no pudiera dirigir Codelco y sí la Empresa Nacional de Minería, mucho más pequeña.

Además, Lagos tenía ambiciones políticas, Foxley tenía ambiciones políticas, Hamilton tenía ambiciones políticas...

Entonces le digo, “no, gracias, presidente”. Después me dice, “y la Corfo, ¿usted tomaría la Corfo?”. “Presidente, no necesito un cargo, si le sirve estoy disponible cuando necesite hacer un cambio de gabinete”. Después ya lo pensé bastante más. “¿Qué tengo que estar dependiendo de que me pongan de ministro o no, en un cargo o en otro? Voy a ser presidente del PPD, voy a ayudar a que esta transición camine y después voy a ir de candidato a Senador”.

Meses después me llama Edgardo Boeninger, que era ministro Secretario General de la Presidencia, el articulador en el Gobierno. “Sergio –me dicen que entrar al gabinete”. Habían decidido crear el ministerio del Medio Ambiente, metiendo dentro al ministerio de Bienes Nacionales. Entonces le digo a Edgardo que ya había tomado mi decisión, que iba a ir de candidato a presidente del Partido y después de candidato a senador en Tarapacá. “Si tú no puedes ganar, está Soria allá”, me dijo. “Bueno, voy a hacer todo lo que esté a mi alcance”, le contesté.

Después empezó a ponerse difícil el panorama para la presidencia del PPD, había otro grupo promoviendo a José Antonio Viera-Gallo. Enrique Correa, que era muy influyente entonces como ministro clave de Aylwin, me dijo en una reunión que iba a apoyar a Viera-Gallo. Estaban todos los socialistas metidos en el PPD en ese tiempo.

Estaba recién produciéndose la separación.

Llega Jorge Arrate con su teoría de la fusión con el PS-Almeyda primero y luego la absorción del PPD, haciendo fracasar el proyecto de tener un partido socialdemócrata grande. Al final, Viera-Gallo se va del PPD sin competir, junto con varios diputados, alentados por Correa y la dirección del PS. Fíjate que todos los que compitieron conmigo por la presidencia del PPD después renunciaron al Partido. El segundo fue Jorge Schaulsohn y el tercero fue Fernando Flores.

Los que compitieron a tu lado también se han ido retirando. Yo fui tu candidato a Secretario General una vez y la otra te acompañé como vicepresidente, acuérdate.

Ya hablaremos de eso. Fui elegido presidente del PPD el '92, sucedía a Erich Schnake en la presidencia del Partido. Vamos a ver con Schnake a Aylwin y el presidente me dice, “Sergio, yo quería ver si usted quiere ser ministro de Economía”. “Presidente –le dije- acabo de ser elegido presidente de mi partido”. Schnake, a mi lado, no lo podía creer. Después sigue la conversación y me dice, “¿y en la Cancillería? porque puedo trasladar a Silva Cimma a Educación”. Se había ido Arrate de candidato a alcalde por la comuna de Santiago y el ministerio estaba vacante. Le dije que me dejara pensarlo. Ya había oscurecido. Le dije a Erich que en principio sí, pero que lo iba a pensar en la noche. Llegué a mi casa y me puse a pensar, leí un poquito la Biblia, cuando Jesús se va al desierto y empieza a recibir todo tipo de tentaciones. “No, me dije, quiero tener pies propios, quiero ganar votos, y quiero tener una posición autónoma, un partido, una senaduría”. Esa misma noche llamé para decirle que no. Siempre estuve oscilando entre estar en el gobierno o estar en el partido para ayudarlo a tu gobierno. Al principio la decisión no dependió de mí y después sí fue mi decisión.

Y esa decisión era bien aventurada, estaba el factor Soria en Iquique, había un senador Palza de La Democracia Cristiana, muy fuerte en Arica.

Tú me fuiste a ver en campaña, así que sabes bien.

Tú eras de afuera, pero hiciste una campaña a lo Kennedy. Recuerdo el afiche más kennediano que yo he visto, de perfil apuntando con la mano.

Fue muy bonita esa campaña, me busqué a personas muy buenas. Nuestro amigo Jaime de Aguirre, el de la canción del No, me hizo el jingle musical, estaba Eugenio García, el publicista del iceberg en Sevilla...

Y tenías buenos operadores, Sergio Echeverría, Jorge Insunza, Carlos Cuadrado...

Y mi hijo segundo se fue a hacer cargo de la campaña en Arica, eran puros jóvenes. Fue una cosa bien potente. La Kenny también me fue a ayudar. Hicimos una campaña muy fuerte hacia las mujeres.

“Más poder para Arica” era tu slogan. Y “Más Poder para Iquique”, por supuesto.

Yo había empezado mucho antes mi campaña, haciendo clases sobre política económica mundial en las dos universidades, la de Arica y la de Iquique. Iba bastante gente. Una buena decisión fue que la primera persona invitada a apoyarme fue Tencha, la viuda del presidente Allende, yo la quería mucho y ella también me tenía afecto. Me cohesionó muy tempranamente el frente de izquierda, así pudimos movernos después hacia el centro y sacar muchos votos. Le gané ampliamente al senador demócratacristiano y fui primera mayoría con 40% de los votos en ambas ciudades.

Yo estaba en la televisión ese día de la elección, en La Red, en un programa que armó Fernando Paulsen, junto a Francisco Javier Cuadra comentando los resultados, ambos saludamos tu victoria como la emergencia de una nueva figura presidencial. Fue comentario consensuado, emergía una figura consular de la política pero que había ganado su primera elección de manera muy abrumadora. Yo entendí cuando postergaste tu eventual ambición presidencial porque estaba la figura consolidada de Ricardo Lagos, podía decirse que tenía el mejor derecho, de hecho, compitió el ‘93 en la Primaria de la Concertación y luego terminó siendo su candidato el ‘99. También se puede entender tu capitulación frente a la emergencia inesperada de la demanda por un liderazgo distinto que representó Michelle Bachelet el 2005, en nuestro sector fue como un tsunami.

Mucho menos comprensible es cuando eras ministro de Obras Públicas y vinimos aquí a tu casa a fines de 2008 connotadas figuras del PPD a decirte, “Sergio, esta vez sí que sí”. Recuerdo que Kenny, tu mujer, te empujaba a ir, sin embargo, declinaste renunciar al ministerio para emprender una carrera que quién sabe dónde te habría llevado, pero habrías jugado tu carta. La democracia no funciona así, pero si le hubiéramos encargado a una agencia de selección de personal escoger los diez liderazgos de centroizquierda con condiciones presidenciales de los últimos treinta años, tú estarías de todas maneras entre los primeros. ¿Qué pasó ahí que nunca decidiste afrontar ese desafío? ¿Cómo ves, retrospectivamente, no haberlo hecho?

Que fui maricón.

Lo dijiste mucho mejor de lo que habría podido decirlo yo.

He revisado muchas veces ese momento, es algo que tengo clavado adentro, ese paso debí haberlo dado y no lo di. Pueden ser muchas las causas de por qué no lo hice, la Concertación ya estaba muy debilitada y estaba Frei, pero debí haber competido en la primaria. Si pudiera rehacer mi vida, iría a esa primaria presidencial. Al final uno se da cuenta que tiene debilidades internas. Tienes que tener un poco de locura. A mí me faltó, me falta incluso, en mi carácter. Soy bastante racional, moderado, calculo, pienso las cosas, me dedico, trabajo mucho, pero tal vez me falte esa dosis de locura, de entrar a hacer algo que realmente no se ve como posible o uno cree que no es posible. Ahí fallé.

¿Te habría gustado?

Sin duda. Me encantaría. Creo que lo habría hecho muy bien. Me habría tocado enfrentar en ese momento a Piñera en la elección.

Claro que igual lo enfrentaste, recuerdo, después de un debate con Bachelet ¿te acuerdas?

Claro, pero eso me costó no estar en el Gabinete, ella se molestó. Ciertamente, era su campaña, ella era la candidata. No quería gente con agenda propia, decía, en contraposición a Lagos, que pensaba que era bueno para su gobierno tener el máximo de candidatos presidenciales en su gabinete. En un momento éramos tres, estaba Insulza, Ravinet y yo, hasta cuando emergieron las dos mujeres que arrasaron con todo, Michelle y Soledad Alvear. Entonces, la única opción real que tuve fue la del 2009. Y la dejé pasar.

En términos muy objetivos fuiste un muy buen representante político, en ese tiempo de las dos regiones, de Arica-Parinacota y de Tarapacá, que antes eran una sola circunscripción. Por supuesto tuviste un rol destacado en el

Senado en comisiones importantes, participaste en negociaciones claves, impulsaste las famosas Leyes Arica...

Estamos en un sistema presidencialista, donde tú te sacas los ojos por empujar un proyecto de ley y lo promulga el presidente. Nadie sabe mucho el rol que tuvo el Congreso, menos todavía el parlamentario en particular. Pero hicimos muchas cosas. Recuerdo como cosas potentes, las leyes Arica, incluso hoy se están haciendo inversiones con las ventajas que diseñamos entonces. Otra que impulsé seriamente fue la reforma que hizo la educación media gratuita y obligatoria, entregándole la responsabilidad al Estado de asegurarla. La propuse como Senador y sólo la pude realizar como ministro de Educación. Le propuse al presidente Lagos que innováramos, creo que es la única vez que se ha promulgado una ley con el presidente presente en el Salón de Honor del Congreso. Esas son de las cosas más importantes, hice varias otras, reformas constitucionales con Gabriel Valdés para los chilenos que vivían en el exterior, con Boeninger en algunas otras cosas, con Piñera hice cuestiones en materia de control de lavado de dinero... hice hartas cosas.

Pero al final lo que seguramente quedará por siempre, es el resultado de un trabajo cultural de restauración, de reivindicación de la civilización del salitre, tarea que emprendiste con pasión irrefrenable, que te tiene además hasta hoy día trabajando en ello.

Tú tienes razón, en la recuperación y conservación de las salitreras puse y sigo poniendo mucha pasión y dedicación. Creamos una organización el año '95 respondiendo a muchos pampinos que me pedían ayuda para detener el deterioro de las salitreras y la extinción de la cultura del salitre. Logramos detener el desguace de Humberstone y Santa Laura, que habían sido vendidas a un privado que las compró con esa intención. Metimos a todas las asociaciones de pampinos a la corporación, hicimos una tremenda campaña de firmas para solicitar que fueran declaradas Patrimonio de la Humanidad, juntamos más de veinte mil, y partí a la Unesco con una maleta de la época del salitre llena de firmas, junto a los alcaldes de Huara y Pozo Almonte, y un pampino maravilloso que ya falleció. Nos recibieron, dijeron que era muy interesante y valioso, pero que las peticiones de parlamentarios no se tramitan, sólo los gobiernos lo pueden hacer. Luego quebró al dueño y se iba a rematar todo. Hice muchas declaraciones públicas alertando a eventuales compradores que nadie podría tocar nada, porque era la historia del Norte y de Chile. Con los pampinos apoyando para que no lo comprara un privado. Nosotros no teníamos ni un centavo, pero nos ayudó Collahuasi, su gerente general, que era Diego Hernández, él me cuenta que después lo retaron en su directorio porque tomó la decisión de aportar 130 millones de pesos sin consultarles.

Por las vueltas de la vida asumo como ministro de Educación y presento la solicitud a Unesco. Me fui personalmente a Sudáfrica y conseguí los votos, pero sólo para declararlo Patrimonio en Peligro, porque estaba hecho pedazos.

Después empezamos a conseguir recursos, se armó un equipo estupendo, hemos restaurado y está precioso, el 2019 finalmente logramos que fuera declarado Patrimonio de la Humanidad, salió de la lista de los que están en peligro. Justo estaba Ernesto Ottone, el que fuera ministro de Cultura de Bachelet, como Jefe de Patrimonio de Unesco, además que los ministros de Cultura se portaron súper bien, los de derecha y los de izquierda. Es que esto se transformó en algo por encima de la política. Nos han dado premios como mejor organización de derecho privado que gestiona un patrimonio público. En 2018 inauguramos el Museo del Salitre, que está en lo que era la pulpería de Humberstone, arreglamos el teatro, estamos reparando las casas y ahora queremos hacer el Museo del Yodo en la oficina Santa Laura.

Esta iniciativa es uno de mis grandes orgullos, porque al final es algo que queda para todos los chilenos, los niños van a ver que ahí está el centro del movimiento social chileno, el nacimiento de la izquierda como movimiento político, la industria transnacional más grande de América Latina, llegó a haber 60 mil trabajadores en el desierto, con una industrialización muy temprana, entonces cumple un conjunto de condiciones que lo hacen ser una cosa maravillosa. Estoy muy contento, porque al final, ¿quién se acuerda de una ley que promoviste o alguna pelea que diste sobre una cosa u otra? Eso es lo que tiene el congreso de complicado y por eso siempre he pensado que hay que realzarlo.

Sergio, tú eres súper ingeniero en el sentido de organizado, bueno para las matemáticas, en fin, sin embargo, tienes gran vocación por las ciencias sociales, la economía y el análisis político internacional, lo que te ha llevado a escribir innumerables obras. A estas alturas también eres escritor. De todos tus libros, ¿cuáles son para ti los fundamentales? El que más se conoce es “Isla 10”, que tuvo una proyección más popular. Conoció hace poco un libro maravilloso sobre tu padre y tu familia inmigrante. ¿Cuáles son los libros que tú más quieres de todos los que has escrito?

Los que llegan más al corazón, que es cuando tú hablas de la vida. Sin ánimo egocentrista de ninguna especie, donde ves tú que eres igual que los demás, con tus debilidades y tus aciertos. Por supuesto, “Isla 10”, que empecé a escribirlo el '76, lo dictaba en las tardes cuando volvía a mi casa de la universidad. Estaba entonces en Harvard. Lo hice porque me dije, “esto es tan terrible que lo tengo que dejar por escrito para que lo conozcan mis hijos”. No fue escrito para publicarse. Sólo 14 años después, el '87, ya de regreso en Chile, decidimos que era bueno que se publicara. Tuvimos que cambiar mucho el texto cuando lo releímos, los que me ayudaron a editarlo me decían que nadie me iba a creer si lo publicaba como estaba, que le tenía que bajar el tono, porque la gente lo iba a considerar exagerado, que no podía ser tan terrible, que este tipo estaba mintiendo. Ése es el que ha tenido más alcance.

El otro libro que es para mí muy importante, sigo pensando que es el mejor libro escrito sobre la política económica y la economía política del Gobierno de Allende, salió en México y en Brasil, una edición en inglés y estoy en la cuarta edición chilena, lo escribí en paralelo a Isla 10. Curiosamente, el libro se llamó al principio aquí, “Chile 1970-1973”, era como imposible ponerle el nombre original de Allende, era tal la bronca que había con él, estoy hablando del ‘93 o ‘94. La última edición se llama “El Gobierno de Allende. Chile 1970-1973”.

Otro libro muy trabajado es el de las transiciones democráticas. Conversamos con 13 presidentes que dirigieron transiciones en África (Sudáfrica y Ghana), Asia (Filipinas e Indonesia), Europa (Polonia y España) y América Latina (Brasil y Chile, después nos pidieron que incluyéramos a México cuando se hace el cambio electoral que permite el triunfo del PAN sobre el PRI). Lo hice con Abraham Lowen, un muy buen cientista político, amigo de muchos años, él ponía el marco más analítico y yo la dimensión más política. Imagínate, hay una edición en vietnamita, otra en birmano, está en árabe, inglés, francés y neerlandés. Después hay muchas cosas que uno va escribiendo porque quiere dejar testimonio, por ejemplo, trabajé mucho los temas de desarrollo futuro y escribí un libro sobre el futuro del Norte de Chile para el siglo XXI y también hice un libro sobre las relaciones con nuestros vecinos, “Chile, Bolivia y Perú, Un Futuro Común”.

Cuando fuiste senador hiciste mucho foco en las relaciones con Bolivia y Perú.

En el Senado todos los años fui presidente de la Comisión Chileno-boliviana de senadores, hice reuniones en Valparaíso, en Arica y en la Paz, hicimos todo un plan de trabajo conjunto. Después, como ministro de Obras Públicas, también fui e hicimos caminos. Como ministro de Educación traje profesores, dimos becas y tratamos de juntar a las universidades de ambos países. En el libro donde abordé esto, que salió antes del conflicto con Bolivia en La Haya, propongo una salida para el problema de la mediterraneidad boliviana, que no está resuelto y habrá que encararlo en algún momento. Como ministro de Educación, publiqué un libro que se llama “La Educación, Nuestra Riqueza”. He estado trabajando sobre los cambios mundiales y cómo impactan en América Latina. Acabo de publicar “El Futuro del Trabajo en América Latina”, sobre el impacto de la automatización y la digitalización. He estado trabajando mucho sobre el futuro de la democracia y sus amenazas. Soy vicepresidente de un organismo que se llama Ideas, institución de fomento de la democracia, financiado fundamentalmente por los países escandinavos. Acabamos de publicar en 2019 un libro sobre el estado la democracia en el mundo.

Tú fuiste ministro de Educación de Lagos y ministro de Obras Públicas de Bachelet. Hiciste en ambos ministerios un montón de cosas súper valoradas en su época, algunas de las cuales son releídas hoy día por algunos -desde el presente- como negativas. Me refiero al CAE y la política

de concesiones en obras públicas, muchos abominan de esas políticas, aunque ambas significaron en su momento un progreso. El CAE permitió una expansión gigantesca de la matrícula universitaria que no habría podido ser posible con los recursos del Estado. Lo mismo en materia de ampliación de carreteras, pues la concesión de la doble vía en la Panamericana permitió que el Estado focalizara sus recursos en las carreteras transversales, con mayor rentabilidad social y menor rentabilidad económica. ¿Cómo ves tú esta tendencia a mirar desde el presente y renegar de lo que hicimos, incluso entre algunos de los que protagonizaron junto a ti ese pasado?

Hay una frase que se le atribuye a Zhou Enlai cuando le preguntan sobre la Revolución Francesa y dice que ha pasado muy poco tiempo para tener una opinión de lo que significó para la historia de la humanidad. En la actualidad el inmediatismo es total, sólo vale el presente, no hay perspectiva histórica para analizar las cosas. Nuestra responsabilidad política es explicar, defender lo que uno cree que es bueno y reconocer lo que no estuvo bien. Con luces y sombras, a mí no me cabe ninguna duda que el período 1990-2010, es el mejor diez por ciento del Bicentenario de la historia de Chile, en continuidad, estrategia, cambios en todos los frentes, económico, social, cultural, inclusión, innovación, participación política, consolidación institucional de la democracia. Tal vez a lo que le dimos menos importancia nosotros fue a lo que hacíamos en lo cultural, que al final es la transformación que ha tenido más impacto.

La crítica que se hace hoy tiene que ver más con el cambio de percepción de lo posible. De los derechos, de tu autonomía personal, tu independencia de otros, tu nivel educacional, que te lleva a pensar que no se hizo todo lo que se pudo haber hecho. Claro, con los ojos de hoy, pero los ojos de hoy fueron contruidos en ese período. Creo que debemos mirar el pasado con serenidad histórica, con perspectiva más estratégica.

En lo concreto de las críticas, yo nunca he retrocedido en decirles a los jóvenes que hice lo que correspondía hacer en las condiciones de la época. Cuando tienes una gran demanda por educación superior y no tienes financiamiento para hacer crecer significativamente las universidades del Estado, no puedes estatizar las demás universidades, no hay carreras técnicas y la gente no quiere ir a la educación técnica, los papás tienen que dar aval, las familias se endeudan con los bancos con créditos de consumo, y como ministro de Educación, tengo la presión de muchos padres que reclaman el derecho de sus hijos a estudiar en la universidad, preguntando por qué hay crédito para estudiar en la USACH y no para hacerlo en la Universidad Diego Portales.

Entonces era revolucionario abrir el acceso a la universidad para la gente con menores ingresos. En la Cámara de Diputados me han dicho por qué lo hizo tan brusco y no esperó que las universidades mejoraran su calidad, pero la vida no es así, no podemos esperar y dejar pasar la oportunidad para varias

generaciones de jóvenes. No, nosotros hicimos al mismo tiempo las dos cosas, la primera ley de acreditación universitaria -que fue una pelea enorme- y el financiamiento, pero como la derecha nos dejaba pasar el financiamiento y no la acreditación, puse un artículo que condicionaba el derecho al crédito a que la universidad estuviera acreditada. Esa fue una pelea enorme. Es lo que habría hecho en mi circunstancia cualquier persona progresista. No tenía otra opción. La ley no fijaba ningún interés, habría que preguntar a los gobiernos posteriores por qué no bajaron la tasa de interés, cuando los bancos la subieron tanto.

Por lo demás, si no hubiera habido la expansión masiva de la educación superior, si no se hubieran incorporado en los últimos diez años cientos de miles de jóvenes, primeros en sus familias en acceder a la educación superior, no tendríamos la movilización juvenil que vemos hoy día. Alguien dirá que somos responsables de crear una crisis, que era mejor avanzar más lento, que se desataron frustraciones porque el mercado laboral no dio acogida inmediata a esos egresados y hay muchos desempleados o subempleados, y que las universidades no eran de buena calidad. Pero esto hay que entenderlo como un proceso, tú desatas dinámicas y ésta es muy importante.

Respecto de las concesiones de obras públicas, hemos ido perfeccionándolas. Hicimos una nueva ley de concesiones en el 2010, dándole mucho más poder al Estado para regular. Se critica el TAG, pero es justo que las obras usadas sólo por un sector de la población no sean pagadas por todos los chilenos. Y cuando pasa a ser del Estado, tienes que seguir cobrando, porque con esos recursos se hacen caminos nuevos en los territorios donde es menos rentable pero igualmente necesario. Acabamos de crear el Fondo de Infraestructura Pública con los recursos de las carreteras concesionadas cuando se acaba el plazo de la concesión privada. Si no, el Estado tiene que poner la plata, como lo hizo equivocadamente el presidente Piñera en el puente Chacao, donde le propusimos que lo hiciera como concesión y se le cobrara al usuario lo que pagan hoy día en el ferry, usando ese recurso público en política social, vivienda o caminos entre los pueblos.

Tanto el CAE como las concesiones fueron buenas decisiones tomadas en su momento. Por supuesto requieren modificaciones que las actualicen a las condiciones de hoy. Estoy convencido de que la Concertación, en perspectiva, va a ser evaluada como un gran periodo histórico del desarrollo de Chile. Eso es lo que dirán los historiadores, creo yo. Las medidas que tomamos dentro de lo posible eran bastante razonables. El intento que hicimos con la Nueva Mayoría de corregir y hacer muchas cosas que no se habían hecho antes, fue importante, muy potente, pero no fue un buen gobierno desde el punto de vista de la gestión. Ceo que el cuidado de la reforma bien hecha se perdió con el Transantiago. Mirando lo que pasa hoy día, la pérdida de capacidad de gobernar es lo más impresionante. Aunque tenemos jóvenes buenísimos, de

buena formación política y técnica para gobernar bien, estamos gobernando mal.

¿No crees que las condiciones para gobernar hoy son infinitamente más complejas que las condiciones para gobernar en el período de la Concertación, con una población más educada, más empoderada, más exigente de sus derechos, con cada individuo convertido en su medio de comunicación propio, sin intermediarios ni mediaciones a través de partidos políticos que son extremadamente frágiles? Además, los incentivos a la unidad son menores que los incentivos a la diferenciación. Los que tenían ambición de presidir el país, después de lo que hemos estado viviendo deben plantearse muchas dudas respecto de su capacidad de gobernar.

¿Qué se necesita para gobernar un país como el nuestro en las condiciones actuales, con un desfase tan grande entre las expectativas y la urgencia con que se plantea su satisfacción, la instantaneidad, la voluntad de que todo se resuelva en un solo movimiento? Si sabes que es inevitable y necesaria la gradualidad para que los cambios sean duraderos. ¿No sientes que está amenazada la gobernabilidad y que se requiere un nuevo pacto social para los próximos 30 años?

Es mucho más difícil gobernar ahora que antes. Si uno gobierna como antes, pero tienes que gobernar de otra manera. Necesitamos gente mejor preparada que antes y con compromisos éticos, que no esté solamente por el sueldo. Hay una dimensión del ejemplo, del coraje de decir lo que uno piensa, de ser coherente entre lo que haces y lo que dices. Pero hay fenómenos mucho más profundos que están en juego, que ponen en riesgo hoy día no sólo la gobernabilidad, sino la democracia misma. La democracia supone gobernabilidad, que el cambio se haga dentro del marco del Estado de Derecho.

¿Sientes que está amenazada la democracia?

Esa es la discusión hoy día, especialmente después de Trump, el Brexit, la afirmación de Xi Jinping en China, Erdogan en Turquía, Orban en Hungría, Putin en Rusia, Salvini en Italia, Maduro en Venezuela, Bolsonaro en Brasil y otros dos países donde estuvieron a punto de salir candidatos de convicciones conservadoras populistas del mundo evangélico.

La pregunta es si se trata de un problema de la democracia o un problema de las reglas, un problema en la capacidad de gobernar o un problema de la tecnología. Sabemos que hay un enjambre de factores en juego. Pero lo que sí sabemos es que hay una amenaza seria a la gobernabilidad democrática en una sociedad abastecida de tecnologías que permiten la reacción inmediata y el empoderamiento de cada ciudadano. Entonces la pregunta hoy día es cómo se descentraliza la sociedad, cómo se delega poder de decisión, no solo de

opinión, con los recursos que está ofreciendo la tecnología para que la sociedad se autorregule y a través de procedimientos democráticos a distintos niveles pueda mantenerse un proceso de esa naturaleza. Aquí influye mucho la distancia entre las expectativas creadas por la posibilidad y la capacidad concreta del Estado de satisfacerlas. Cómo mejoramos la información también para evitar los *fake news* y todas las distorsiones que hacen creer a la gente ciertas cosas que no son posibles. ¿Podemos controlar la globalización? Y si nos vamos a quedar atrás tecnológicamente, ¿cómo vamos a lograr inclusión social? Todas esas son preguntas que están surgiendo en todos los países del planeta.

|
Si a lo anterior le agregamos lo que podría denominarse individualismo de masas, donde ya no hay movilizaciones sociales organizadas, sino estallidos sociales en que cada uno llega a un cierto lugar por su cuenta, con su propia agenda, sin ninguna relación previa con otros, sin ningún liderazgo, sin banderas, donde resulta imposible encontrar alguien que represente al movimiento a la hora de negociar. Eso se va a generalizar en la sociedad contemporánea. Tenemos que preguntarnos cómo regulamos eso, cómo renovamos los partidos políticos para que sean capaces de capturar ese sentimiento, cómo hacemos de la democracia representativa algo que realmente la gente sienta que la represente, incorporando otras dimensiones más participativas. Éste es un debate mundial en pleno desarrollo. Los norteamericanos en el debate actual para la próxima elección presidencial no lo tienen claro, los europeos están en una discusión permanente, al Congreso del Futuro han venido tipos que proponen variados inventos con tecnologías avanzadas para que la gente participe, consulte y decida. Incluso para elegir representantes.

Te debe tranquilizar, sí, que la democracia siempre ha sido un proceso de traslado de poder y siempre los que lo detentan no lo quieren soltar. Es una constante histórica, estamos viviendo eso de nuevo y no se resuelve con que los de arriba tengan el poder total, eso ya no es posible. La pregunta, entonces, es cómo se gobierna a futuro sociedades que tienen tales niveles de complejidad en las que las variables externas, además, condicionan mucho lo que se puede y no se puede hacer.

Podría sintetizarse en que el camino de respuesta es democratizando la democracia.

Claro, la solución es más democracia. Es que hay mucha incertidumbre. Leí a un cientista político norteamericano de origen polaco que decía que la democracia es la institucionalización de la incertidumbre. ¿Quién maneja mejor lo incierto? La democracia.

¿Cuál es tu sentimiento predominante frente a lo ocurrido desde el 18 de octubre en Chile? ¿Temor, incertidumbre o esperanza?

Yo lo que yo veo acá es que se nos abrió una oportunidad de democratización mayor, de participación mayor. Con todos los riesgos que conlleva, el riesgo de la violencia en primer lugar, porque uno no puede desconocer que la violencia desata procesos, pero también puede parar todos los procesos, y entramos en esa fase. La gran mayoría de la gente está contra la violencia, pero no sabemos bien cómo resolverla, está claro que no resulta a balazos ni tampoco dejando que los jóvenes hagan lo que quieran. Estamos en un dilema, ninguno de nosotros tiene claro cómo se resuelve, aunque la respuesta que estamos dando no está mal, abriendo paso a un plebiscito para que la gente participe, explorando un gran pacto social o una política social crecientemente fuerte, y el orden público basado en el pacto social y en una policía mejor diseñada en un Estado reformado que pueda hacer las cosas de otra manera.

Los que nos dedicamos a la política no podemos solamente hacer diagnósticos, lo que tiene que hacer un político o una política es mostrar un camino, porque los estallidos sociales por sí solos no trazan un camino. Pueden sacudir la sociedad, pueden mostrar una mirada de hacia dónde ir, pero la construcción de ese proceso es política. Es cierto que los partidos están desprestigiados. Pero no hay otro. Tienen que ser los partidos, con la gente, con movilización social, con la sociedad civil, con las organizaciones sociales, explicando, usando la tecnología. Yo no veo otra. Esa es mi convicción, hay que trazar un camino y ese camino tiene que ser de gobernabilidad. Y no hay gobernabilidad sin una centroizquierda fuerte que se entienda con la centroderecha para fijar las normas que permitan que esta cuestión camine y evite la polarización, que es el peor enemigo de los procesos democráticos. Entonces, creo que, así como el año '88 nos salvó el plebiscito que puso la dictadura, ahora nuevamente va a ser el plebiscito, por eso hay que sacarle el sombrero a los partidos que supieron ponerse de acuerdo. De lo que se trata ahora es que el máximo de gente vaya a votar y achicar el temor a la violencia, que está jugando a favor del rechazo, es su principal arma. Luego, tenemos que empujar una nueva política social, más fuerte, inventar mecanismos de diálogo nuevos, mecanismos nuevos de decisión política a nivel local y regional, reforzar la gestión municipal pero también sus controles. Los sistemas que están funcionando mejor son los que tienen más mecanismos de autorregulación. Eso es lo que intuyo, son puras preguntas. Donde no tengo duda, sí, es que se requiere decidida voluntad política para señalar un camino.

A propósito del rol insustituible de los partidos, ¿cómo ves al PPD en su disposición y capacidad de generar un discurso afirmativo en la dirección que tú señalas?

Éste sin duda no es el partido que tuvimos ni lo va a volver a ser. Vivió su ciclo, pero puede contribuir. Puede ayudar, hay que reforzarlo para que ayude en la línea de lo que estaba diciendo recién, aunque sea más pequeño, que ayude a que el Partido Socialista no se desbarate completamente, lo que sería

gravísimo, ya un sector está partiendo hacia un lado que, a mi juicio, no va a resolver el problema. Al final podemos terminar con la elección de un liderazgo autoritario de derecha populista. Hay mucho temor al movimiento social y a la funa, pero si andas asustado nos fregamos. Hay que enfrentar con respeto la diferencia, mostrarla, evitar que esta cosa se polarice en extremo. Creo que el PPD puede jugar un cierto papel, que los partidos van a tener que cambiar radicalmente, no sé cómo van a ser en 20 años más. No tengo idea. Así como está, el PPD no sirve. Entonces tiene que ser de otra manera, tienen que elegirse de otro modo, tienen que estar metidos con la gente de otra manera, con qué organizaciones va a vincularse, cuál va a ser la relación entre partido y movilización social a futuro. En muchas sociedades hoy día los partidos están abajo y la gente arriba, efervescente. El PPD puede ayudar, espero que lo que está ocurriendo provoque una reordenación de las fuerzas políticas chilenas. Esto no puede seguir igual que como está ahora. Por ejemplo, veo a muchos jóvenes que se parecen mucho a lo que decíamos en el PPD hace 20 años. Muchos de Revolución Democrática me merecen bastante respeto, hay allí mucha juventud bien preparada y lo peor que puede ocurrir es plantear un dilema generacional. Algunos ven a todos los de 40 para arriba como unos viejos que no saben dónde están parados. Tal vez uno lo vivió igual cuando tenía 20 o 30 años. Pero hay que trabajar juntos. Yo no soy pesimista sobre Chile. Aunque me cuesta entender cabalmente lo que pasa. Mira la paradoja, la revista inglesa *The Economist* nos subió de categoría en su ranking, ahora estamos entre las democracias plenas, justamente por lo que a muchos aquí les genera incertidumbre, que es el itinerario para una nueva constitución.

Por primera vez en su historia, Chile va a tener una Constitución Política hecha en democracia, con plebiscito de entrada, elección de constituyentes y plebiscito ratificadorio.

En el “Estado de la Democracia en el Mundo 2019”, publicado por Ideas Internacional, se pone a Chile en el primer lugar de América Latina, seguido de Uruguay. El informe del PNUD de diciembre 2019 nos coloca también en el primer lugar en el nivel de desarrollo humano. Entonces uno dice, ¿cómo explicas el tremendo estallido social, la enorme insatisfacción con el presente que se ha manifestado en estos meses? Nadie tiene una explicación fácil. El hecho es que tenemos espaldas para enfrentar un cambio, aun con un gobierno que camina con muletas. No creo que sea bueno sacar al presidente, no sería solución, no se sostendría alguien elegido por el Congreso, como dice la Constitución. Hay que tener la cabeza fría. Además del plebiscito, tenemos las elecciones municipales y de gobernadores regionales para levantar una alternativa. Mira lo que pasó con la Primavera Árabe., Estados Unidos invade Irak para sacar a Sadam Husein y establecer la democracia, pero como no hay fuerzas democráticas constituidas en alternativa, terminas reemplazando un gobierno secular autoritario por otro de religiosos fundamentalistas que le cortan la cabeza al que no piensa como ellos. Lo mismo en Libia, que después de Muamar el Gadafi no ha encontrado su estabilidad democrática.

Sergio, mirando retrospectivamente tu ya dilatada trayectoria en toda su variedad , del hijo de inmigrante, el joven brillante de Beaucheff, el que va a hacer un posgrado a París, que participa en el gobierno de Allende, el que está en Dawson, el que vive el exilio, la excelencia académica de Harvard, la actividad empresarial venezolana, después la reconstrucción de la oposición en Chile, la participación en gobiernos, la fundación y liderazgo de un partido, la familia de no sé cuántos nietos, en fin, ¿tienes muchos arrepentimientos en la vida, aparte del que ya hablamos?

Sí. De no haber estado consciente de mi vida cada día, de haber estado pensando siempre lo que viene después y entonces se me fue la vida. O de ser un poquito pretencioso porque tienes tal o cual habilidad, y al poco tiempo te das cuenta no eres nadie y lo que vale de lo que hiciste es el cariño con que lo hiciste. Lo que pudiste hacer por otro, sin ninguna pretensión. Entonces, creo que se me fue muy rápido la vida, tal vez por todas las cosas que hice.

Si tuviera que partir de nuevo, me permitiría una pizca mayor de frivolidad, una dosis mayor de pasión, de concentrarme más en lo que estoy haciendo, la vida es eso, la suma de esos momentos, más que la capacidad de construir futuro, de planificar el futuro como ingeniero. Tal vez en la época en que nació se podía, era más lento todo. Ahora no. Y tener valores, al final es muy importante -como la vida se alarga-, el juicio de tu vida que hacen los demás. Se te va a juzgar por la última canción. Si te sale mal, aunque el gallo haya sido extraordinario... Entonces, como la vida es larga, va a haber muchas últimas canciones.

Tener fortaleza ética es muy importante también, no que no te arrepientas de nada, siempre uno se arrepiente, pero que no hayas fallado a tus valores o tropezado con cosas que no te permitan después mirarte al espejo. Eso es muy importante, ahora que se va a poder vivir cien años y tener, porque se vive a una velocidad impresionante, cinco de las vidas que uno ha tenido.

Al final lo fundamental es lo que diste a los demás. La cuestión es lo que sientes tú, pero no eres tú solo. Entonces uno vuelve al principio, a la ética, al valor de ayudar al otro, de sentir que pusiste un grano de arena para que el mundo sea mejor, que en eso le encontraste sentido a todo lo que hiciste, lo que te gustaba y también lo que no te gustaba hacer.

Hemos hablado sin duda de una vida con mucho sentido y también con mucha razón. Sentido y razón, como decía Violeta Parra.

Esta entrevista fue realizada en su casa de siempre en Vitacura los días 9 de agosto de 2019 y 24 de enero de 2020.

